Balada de las noches bravas

JESÚS FERRERO

Nuevos Tiempos Siruela

Jesús Ferrero

Balada de las noches bravas

Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

Portada

Portadilla

BALADA DE LAS NOCHES BRAVAS

Mundo
- ¿Jugando con el destino?
- ¿Podemos regresar al pasado?
- ¿Cuándo empezamos a tentar al diablo?
- ¿Por qué se construyó la Gran Muralla?
- ¿Hasta dónde llega el amor en la infancia?
- ¿Ondas magnéticas?
- ¿Y si alguien te regalara las bragas de tu mujer?
- ¿...?
- ¿Qué es la melancolía?

Limbo
- ¿Ella?
- ¿Más calor y más placer?
- ¿Nos ausentamos para estar más presentes?
- *Time is like a promise?*
- ¿La estrella de David?
- ¿Un amor loco?

Purgatorio
¿Podemos cambiar de naturaleza?
¿Qué buscaba Valente?
¿Otra vez Audrey?
¿París era una fiesta?
¿Edipo en Colombia?
¿Fuera de control?

Inferno
¿Un diamante más grande que el Ritz?
¿El saber?
¿En qué momento decidimos traicionar?
¿Hablando con los muertos?
¿Bailando con la señora M.?
¿Qué patria tenía Rubén Darío?
¿Por qué se inmolan algunos?
¿Es posible describir la caída?
¿La nave de los locos?

Paradiso
De vita beata?
¿Malas corrientes?
¿Los muertos pueden tocarnos?
¿El perfecto vacío?
¿Máquinas disociadoras?
¿...?

Créditos

BALADA DE LAS NOCHES BRAVAS

a la Escuela de París,
in memoriam

...De dónde vienes, dime, rostro herido, bailarina del pañuelo ensangrentado, amor mío de entonces, más que yo mismo entonces, por quien quise morir y tuve frío...

Pere Gimferrer, *La muerte en Beverly Hills*

Mundo

¿Jugando con el destino?

Nubes densas y plomizas sobrevolaban la Ciudad Prohibida y se notaba en el aire un temblor especial, como si estuviese a punto de producirse el más esperado acontecimiento de aquellos días: la toma de Pekín.

Una vez más, la ciudad iba a ser poseída por los que envidiaban su condición de urbe abierta a las estepas, a la inmensidad, al mundo, y por su tranquilo y populoso existir.

Camilo dejó atrás la plaza, y de nuevo tuvo la impresión de que se estaba jugando la vida y de que la vibración que sentía en sus oídos y en su corazón la producía el diapasón de la muerte. Iba vestido con ropa china poco vistosa, pero su nerviosismo y sus pasos urgentes y esquinados le delataban continuamente.

El sol emergió un instante de entre las nubes grises cuando se adentró en una calleja maloliente en la que crecía un ciruelo. Yankuén seguía en el lugar de siempre, ya que la ventana del salón de su casa estaba iluminada. Llamó a la puerta y un instante después la vio aparecer.

Se empezaron a besar en el vestíbulo y luego se deslizaron hasta la alcoba desde cuya ventana circular se veía el ciruelo. Yankuén corrió

la persiana de bambú y se arrojó a la cama con él.

Hicieron el amor sumidos en el mismo silencio que envolvía la ciudad, notando el sonido de sus roces y su respiración, bajo una oscuridad que los acercaba más que la luz, porque anulaba en su negrura el tiempo que habían permanecido separados.

Más tarde, mientras fumaban y tomaban té, hablaron de sus vidas. Los últimos diez meses Camilo había estado cumpliendo una misión en provincias y no se habían visto. Camilo tenía algunas cosas que contarle pero sobre todo una:

–He venido a proponerte que huyamos juntos a la India.

–Yo no puedo marcharme de Pekín, Camilo.

–¿Puedo saber la razón?

–He sido amante de un espía de Mao muy próximo al mismo Mao y con mucho poder en la sombra.

–¿Cuándo?

–Este año. Hace ahora nueve meses que me descubrió en la calle, cuando iba a subir a un taxi. Me abordó y me hizo proposiciones... –¿Y?

–Me negué rotundamente. Dos días después desaparecieron mis dos hermanos. Una noche acudí sola al hotel donde tiene su guarida y me entregué a él. Dos horas después mis hermanos aparecieron. La ciudad es ya de los comunistas, su intimidad es ya de ellos, la tienen poseída y paralizada desde dentro. ¿Quieres más detalles? ¿Deseas que te cuente todas las veces que he tenido que estar con el amigo de Mao? ¿Quieres saber lo que le gusta hacer y a lo que me tuve que prestar?

–No.

–Hace semanas que la administración municipal está a cargo de un comité nacional-comunista y hace días que un regimiento del Séptimo Ejército Rojo hizo su entrada en Pekín, si bien no se ha enterado nadie.

Yankuén reventó en sollozos. Camilo la miró y sintió una profunda extrañeza. Como si los dos hubiesen cambiado de dimensión o como si estuviesen habitando ya espacios diferentes dentro de un mismo cuarto. La penumbra que los envolvía y el crujir inesperado del viento no los ayudó a tocar realidad. De pronto la vida parecía haberse convertido en una sustancia fantasmal y al mismo tiempo todo adquiría una gravedad de pesadilla.

Al amanecer se despidieron. Camilo abandonó desconcertado la casa de su amante, y ya en la calle, tuvo la desagradable impresión de que la irrealidad seguía sus pasos. Había un silencio letal en Pekín, y hasta los pájaros habían optado por la mudez. Aunque también cabía la posibilidad de que hubiesen emigrado, y por eso la noche anterior había estado jalonada de ruidos que parecían bandadas de pájaros huyendo de la capital, de su tensión acallada, de sus calles solitarias

disolviéndose en la atmósfera fría, húmeda y gris. Era como cruzar una ciudad sin aliento o de aliento tan cohibido que parecía discurrir bajo la tierra. ¿Por eso la tierra había empezado a resonar?

El estado de hiperestesia en el que se hallaba le hizo creer que los adoquines temblaban bajo sus pies. Al temblor se unió un rumor sordo y lejano, las nubes de polvo mezclándose con el hollín y borrando los tejados de las calles más distantes, al otro lado de la Ciudad Prohibida.

Camilo acababa de dejar atrás una escuela abandonada cuando fue detenido por cinco soldados gubernamentales que iban borrachos. Le quitaron todo el dinero que llevaba encima, y como tenían ganas de divertirse, se les pasó por la cabeza descuartizarlo.

Ataron sus manos a un camión y sus pies a otro, y decidieron hacer una apuesta. Se trataba de adivinar cuál de los dos camiones se quedaría con la parte más grande del cuerpo de la víctima.

Camilo había iniciado un ejercicio espiritual destinado a adelantarse al dolor cuando el rumor se convirtió en clamor, un clamor que se fue acercando cada vez más a ellos y que dejó desconcertados a los soldados. Inmediatamente surgieron de las sombras de una bocacalle cuatro milicianos de Mao.

Los soldados del Gobierno se rindieron de inmediato, y apartándose de Camilo, se arrodillaron pidiendo clemencia. Uno de los milicianos empujó despectivamente a los soldados, se acercó a Camilo y, al ver que se trataba de un occidental, le apuntó con su pistola.

El hombre parecía dispuesto a apretar el gatillo cuando alguien gritó desde atrás.

–¡Deténgase!

El miliciano se dio la vuelta y vio ante él a un individuo de rango superior que acababa de descender de una camioneta, y que acercándose a Camilo lo examinó fríamente y preguntó:

–¿Quién es usted?

–Me llamo Camilo Robles, soy de nacionalidad española y pertenezco a la Compañía de Jesús –contestó.

–¿De modo que es usted jesuita? Bien, señor Robles, le voy a encomendar una misión que le va a salvar la vida. Informe a los miembros de la Compañía de Jesús que, por orden expresa de Mao Tse-Tung, tienen rigurosamente prohibido salir de la residencia hasta nueva orden. Sea usted diligente y honesto y haga cuanto le he dicho, a no ser que quiera poner en peligro su vida y la de todos los jesuitas que ahora mismo se hallan en Pekín. ¿Me ha entendido?

El oficial se había expresado con absoluta claridad y Camilo se dispuso a cumplir lo ordenado. Mientras se dirigía a la residencia Loyola en un camión militar, fue asistiendo al espectáculo, tranquilo y a la vez rápido, de la toma de la ciudad. Aquellos milicianos parecían venir de muy lejos, pensó, y traían los ojos cargados de ausencias. Se

apoderaban de las calles sin disparar un solo tiro y siguiendo los pasos de una danza general, como si más que una invasión estuviesen representando una ópera china. Y mientras los veía deslizarse en el silencio expectante y radical que envolvía de nuevo Pekín pensaba en Yankuén. Los camiones se deslizaban por las avenidas como si llevasen amortiguadores de sonido, algún caballo relinchaba a lo lejos, más allá de la Ciudad Prohibida, mientras los milicianos avanzaban, los unos con rifles, los otros con pistolas. A veces las mujeres salían a recibirlos y lloriqueaban y hablaban de los muertos, impidiéndoles la marcha, y algunos transeúntes inquirían a los invasores, como si los conocieran de algo, y les preguntaban por personas concretas, personas que tal vez se habían ido a la milicia, o que habían desaparecido por otras razones. Preguntas que se disipaban en el aire polvoriento de la mañana dejando tras ellas la vibración del dolor. Y de pronto, dos camiones provistos de altavoces rompieron la mudez con proclamas tan ambiguas como definitivas:

–¡Sea bienvenido a Pekín el Ejército de Liberación! ¡Sea bienvenido a Pekín el ejército del pueblo! ¡Felicitemos al pueblo de Pekín por su liberación! ¡Pueblo de Pekín, hoy es el día en que eres definitivamente liberado! ¡Alegra tu corazón, pueblo de Pekín, que ha llegado para ti la salvación!

El cielo se oscureció y estalló en relámpagos blancos. Bajo la lluvia, Camilo oyó los primeros disparos cuando ya estaba bajando del camión.

–No se inquiete –le dijo el miliciano que conducía el vehículo–. Disparan al aire.

Tres días después tuvo lugar el desfile de la victoria. En la polvorienta y sucia mañana otoñal, las tropas del ejército rojo desfilaron por primera vez ante el retrato de Mao colgado de uno de los dinteles de la Ciudad Prohibida.

Al día siguiente, Mao se presentó en la residencia Loyola acompañado de una joven hueste. A Camilo le iba a obsesionar siempre aquella cara fría y lunar, de una opacidad tan pulimentada como impenetrable.

Mao miró a los tres jesuitas que le habían salido al encuentro en el vestíbulo de la residencia, hizo una leve inclinación y murmuró con su voz asmática y silbante:

–Dignísimos amigos, el pueblo chino agradece vuestra generosidad.

Como los jesuitas le miraban asombrados, Mao prosiguió:

–¿O no es cierto que la Compañía de Jesús, de tan antigua presencia en China y tan respetuosa siempre con nuestra idiosincrasia, ha decidido donar todos sus bienes a la recién nacida República

Popular?

Antes de que los jesuitas pudieran contradecirle, Mao se apresuró a añadir:

–Gracias, gracias infinitas, gracias de verdad. Estoy seguro de que la Providencia premiará algún día tan enorme gentileza. Que pasen una feliz jornada mientras preparan las maletas. China les dice adiós con lágrimas en los ojos.

La comitiva ya se iba cuando Camilo oyó que Mao comentaba a sus hombres:

–¡Ah, qué buenas gentes los jesuitas, siempre tan solícitos y tan generosos, y además llevan faldas, como los mandarines y las prostitutas!

Esa misma tarde, todos los jesuitas de la residencia fueron conducidos en camiones hasta el aeropuerto. Al anochecer, ya volaban hacia Bangkok en un avión destartalado que tuvo muchos problemas para aterrizar.

Tras un breve periodo en Tailandia, vinieron para Camilo los años de Manila, donde aprendió a olvidarse de Yankuén, a la que nunca volvió a ver y de la que sólo llegó a saber que seguía viva.

Camilo encendió un cigarrillo y se preguntó por qué ahora, cuando su avión procedente de México estaba a punto de aterrizar en Madrid, le venían imágenes de aquellos días de China. ¿Quizá porque fueron momentos en los que estuvo a punto de modificarse su destino? ¿O era simplemente porque nunca se había sentido tan cerca de la muerte?

El avión ya estaba aterrizando, y no sin inquietud, Camilo se preguntó cómo iba a encontrar España tras diez años de ausencia.

¿Podemos regresar al pasado?

La chopera rodeaba el río por el flanco de Margalisa. Árboles recios y sanos se elevaban con rectitud sigilosa y sólo desfallecían al final, formando, al juntar sus copas, arcos góticos y azafranados, que más que filtrar la luz solar la retenían y la condensaban entre sus ramas temblorosas.

Camilo le pidió al taxista que lo dejase allí mismo. El coche se detuvo junto a la Fuente de las Culebras, que vomitaba agua por tres chorros que surgían de tres serpientes de piedra, y antes de apearse, pagó al taxista y le ordenó que dejase su equipaje en la casa más próxima a la iglesia de la laguna. El vehículo enfiló la carretera del humedal y Camilo se adentró en la arboleda. Una liebre saltó de entre unas matas y desapareció en la maleza, y un cuervo alzó el vuelo entre los troncos grises y lechosos que dejaban ver al fondo el agua azul del Esla.

Camilo cruzó la alameda por el camino que moría en la ermita de Santa Ágata y más tarde torció por la senda de los monjes, que iba descendiendo desde la ermita hasta el monasterio, entre avellanos, fresnos, nogales y castaños que crecían al borde del camino, sobre la tierra negra y esponjosa y los riachuelos que formaban tejidos de plata

entre los helechos y las altas hierbas, y se preguntó cuántas veces habría recorrido de niño aquel mismo camino lleno de fragancias húmedas y a ratos muy umbrío. Su mente empezaba a poblarse de recuerdos infantiles cuando desembocó en el trigal que precedía al monasterio. El trigo estaba verde y se mecía al compás de la brisa que llegaba del río, dejando ver al fondo la espadaña y la cabecera del monasterio, abandonado desde la desamortización de Mendizábal.

Algunas cigüeñas habían anidado en la espadaña y una de ellas estuvo paseando con él por el presbiterio en el que se podía apreciar como en pocos lugares el paso del románico al gótico. El monasterio estaba aún más ruinoso que diez años atrás, y el único trozo de la bóveda que quedaba junto al presbiterio se había desmoronado. Casi con placer, Camilo pensó que el cielo era ahora el único techo del conjunto, salvo en el flanco de la sala de los monjes y la sala capitular, que aún estaban intactas, y tras despedirse de la cigüeña, que ahora deambulaba por la derruida ala de los novicios, caminó hasta el puente romano y se dirigió al pueblo que se hallaba al otro lado, donde encontró a su hermana Claudia esperándole junto a la laguna Grande.

Los dos hermanos se abrazaron.

–Pero si casi no has cambiado –dijo ella. Y en parte tenía razón. Camilo no había envejecido tanto como su hermana, a pesar de que el jesuita lo pusiera en duda tan sólo para halagarla.

Mientras se dirigían a casa, Camilo dijo:

–Noto el pueblo más deshabitado.

–No te engañas, hermano. Acabarán marchándose todos... –comentó ella antes de comunicarle al jesuita que Isabel se había casado y que tenía un hijo.

Camilo recordó que su sobrina era una niña cuando partió a China y preguntó:

–Pero ¿qué edad tiene Isabel?

–Diecinueve –dijo Claudia–. Ya te puedes imaginar lo que ocurrió.

–¿Está viviendo con vosotros?

–No. Ahora vive con su marido en la antigua casa del enterrador, la de la laguna Salada.

–¿Y quién es su marido?

–Emilio. El hijo del maestro. Pensaba ir a buscarlos luego para invitarlos a la cena.

–Deja esa labor para mí –dijo Camilo, que se separó de su hermana a la puerta de casa y se adentró en la pasarela de madera, que atravesaba un flanco de la laguna Grande hasta la isla en la que se hallaba el cementerio y una calleja de cinco casas. En las charcas que rodeaban el cementerio vio muchas avutardas y se alegró de respirar de nuevo el aire de las tres lagunas, cuyas aguas y humedales acogían

a lo largo del año una asombrosa variedad de pájaros: gansos, azulones, avutardas, chorlitejos, avefrías, garzas...

Ya en la isla, pensó en Isabel y se preguntó cómo sería ahora. La recordaba como una niña-junco, morena, esbelta, de carnes prietas, tez oscura y ojos verdes, que sonreía con mucho comedimiento y que tenía una voz cantarina y quebradiza. En ella seguía pensando cuando le salió al paso un muchacho que venía vestido con un mono azul y un jersey de lana de color indefinido. El muchacho se presentó a él como Emilio, el marido de Isabel, luego miró al jesuita con timidez, desde el azul de sus ojos coronados por el flequillo rubio.

–¿De modo que tú eres el culpable de la situación de mi sobrina...? –murmuró Camilo. Emilio se sonrojó antes de balbucir: –Sí, pero tiene usted que comprender que estaba y estoy loco por ella.

–¿Loco por quién? –rugió Camilo, mirando al muchacho con fiereza–. ¿Loco por una niña llena de inocencia? ¿Loco por la pureza elevada a la enésima potencia? ¿Y qué has conseguido? Yo te lo diré, bastardo, has conseguido cambiar su naturaleza. Mi sobrina era una virgen del Renacimiento y ahora es una madre cualquiera. ¿Te sientes orgulloso de la mutación?

Emilio se quedó paralizado. Camilo se abalanzó sobre él, le agarró de las solapas del jersey y le escupió a la cara:

–¿Sientes que convertir a mi delicadísima sobrina en una especie de tinaja andante destinada a conocer el horror del parto fue toda una hazaña por tu parte? ¡Pobre miserable!

Emilio había empezado a temblar, pero tenía la fortuna de hallarse ante un hombre tan histriónico como temperamental, y que en cuanto veía dibujarse el terror en el rostro del otro se compadecía y cambiaba de actitud. De pronto se apartó de él, le miró con cierto afecto y preguntó:

–¿Qué hacíais cuando os conocisteis?

–Habíamos empezado magisterio pero lo hemos dejado.

–¿Y ahora qué?

–No lo sé, don Camilo. Isabel y yo nos queremos más que nunca, pero estamos hundidos en un hoyo de tristeza más profundo que el Esla. Nos esforzamos todo lo que podemos, pero de poco nos sirve. Tenemos deudas en todo el pueblo. También les debemos dinero a mi padre y a mi suegro, que no nos perdonan ni un céntimo.

–Tu padre y tu suegro son como son, pero hemos de confiar en los milagros del tiempo, que todo lo redime.

–Si supiera usted lo mucho que nos han humillado...

–¿Y el niño?

–¿Ciro? Está bien. De momento parece un niño alegre.

–¡Qué milagro! Tendré que conocerlo cuanto antes. ¿Me lo presentas?

–Ahora mismo.

Camilo y Emilio torcieron hacia la derecha hasta que llegaron a aquella exigua casa entre la escuela y el cementerio, que tenía algo de cobertizo. Isabel se sonrojó al ver ante ella al jesuita y se miró a sí misma con espanto, pensando que estaba muy lejos de llevar la ropa adecuada para recibir al ilustre hermano de su madre.

A Camilo le conmovió la nobleza que parecía condensar el rostro sufriente de su sobrina, tan diferente a la faz de niña que hasta entonces guardaba en su memoria. La vida le había golpeado en la cara pero no se la había destrozado, y su mirada había adquirido una profundidad que asustaba. Se abrazaron y besaron antes de que Camilo dirigiera la mirada hacia mi persona. Yo tenía entonces unos cuatro años y, según dicen, sonreí con naturalidad al visitante.

–Muchachos –dijo el jesuita–, tenéis que salir cuanto antes de este infierno líquido donde no os dejan vivir. ¿Os gustaría veniros conmigo a Loyola?

–Naturalmente –contestó mi padre.

–Hablaremos de eso más tarde, pero antes nos iremos a cenar a casa de mi hermana. Van a celebrar un banquete en mi honor –murmuró Camilo en un tono tan jovial como burlón.

–Tendría que cambiarme –dijo mi madre, y miró a su tío como indicándole que no había más espacio habitable que el visible. Camilo entendió enseguida y salió con mi padre a la calle para que mi madre pudiera cambiarse de ropa.

Únicamente en China recordaba Camilo haber asistido a cenas como la de aquel día, no sólo por su sentido ceremonioso y familiar, también por la variedad de los alimentos. Pero había que celebrar la llegada de un alma que se había perdido por los confines de Oriente, y no sólo se hallaban a la mesa su hermana, su cuñado y sus hijos, también habían venido los hermanos de su cuñado y sus primos, de forma que eran más de veinte comensales. Todos bebieron en demasía y hacia las dos de la mañana, cuando se estaban despidiendo, algunos hombres no acertaban a pronunciar bien una sola palabra.

Camilo durmió apenas tres horas y al amanecer estuvo recorriendo en bicicleta los pueblos que rodeaban el humedal. Una vez más se detuvo ante la iglesia románica cuya torre se reflejaba sobre el agua de la laguna Grande. Días muy lejanos de su infancia asaltaron de pronto su memoria, y recordó el aspecto que tenía aquel lugar en mayo, cuando el pórtico se llenaba de flores y la vida más reciente se fundía en una misma fragancia nueva y antigua con las piedras carcomidas y talladas como en Francia. Y es que aquella iglesia podía parecer, desde cerca y desde lejos, una iglesia normanda

misteriosamente trasladada a aquella comarca lacustre por las delicadas manos de un hada merovingia. Inmediatamente le vinieron a la memoria cinco versos de León Felipe, poeta de la región que había muerto en México tras un exilio infinito.

> Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni
> en el cuerpo.
> Pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
> ligero, siempre ligero.
> Sensible a todo viento
> y bajo todos los cielos.

Bueno, pensó, yo tampoco puedo decir que haya dejado que las cosas me hiciesen callos en la piel del alma y en la del cuerpo. Habré pasado años y más años de vida sin acordarme de este cofre de piedra labrada y estas lagunas, pensó, e inmediatamente le sobrevino la apetencia de sentir en el cielo de la boca la redondez eucarística de un buen vino. Fue entonces cuando dejó atrás la iglesia y enfiló la carretera del monasterio para más tarde cruzar el puente de hierro y madera y adentrarse finalmente en el camino rodeado de nogales que conducía a la residencia de los Velarte, pertenecientes a la nobleza vasca.

Tras dos lustros de no pisar aquel lugar, la casa de los Velarte le pareció disminuida, pero llena de encanto. Se trataba de una mansión de piedra ocre al otro lado del río Esla, rodeada de encinas y cipreses y cercada por un hermoso jardín que iba a morir al río. La edificación era en realidad un pabellón de caza del que sólo hacían uso uno o dos meses al año. Ellos y el duque de Sotomayor, con el que al parecer estaban emparentados, eran los únicos que mantenían residencias de caza en una comarca que un siglo antes había albergado cinco pabellones y todos para la caza mayor.

Como pudo comprobar Camilo nada más llegar, el señor Velarte se hallaba acariciando un potro junto a la entrada principal, flaqueada por una rosaleda y una glorieta, mientras sus invitados conversaban en el salón de ventanas entreabiertas y visillos flotantes. Apoyadas en uno de los muros laterales de la casa, se veían muchas escopetas, y más allá varios podencos permanecían tendidos en el suelo y con la respiración agitada de quien ha estado de caza. El señor Velarte oyó los pasos del jesuita y se volvió hacia él.

–Pero Camilo... ¿Tú aquí? Es lo último que podía imaginar. ¡Dichosos los ojos que te ven!

El señor Velarte y el jesuita se abrazaron. Aún lo estaban haciendo cuando apareció la señora con su hija Sara, una niña rosada y rubia de

unos tres años, que se parecía mucho a su madre.

Los saludos continuaron, y con los saludos las risas. La señora le preguntó dónde había estado y Camilo le contó que había permanecido diez años en Oriente, primero en Pekín y más tarde en Manila. Los últimos tres meses los había pasado en México DF.

Los Velarte le invitaron a una copa de vino en la galería acristalada que daba al patio, y estuvieron hablando un rato de los saltos en el espacio y el tiempo.

Veinte años atrás, cuando Camilo aún no había entrado en la Compañía de Jesús y estaba estudiando en el seminario de Astorga, su padre había pasado por una época de penurias económicas y el señor Velarte había pagado durante año y medio los estudios del muchacho. Desde entonces el jesuita le rendía a don Jaime Velarte un cierto vasallaje y nunca dejaba de visitarlo cuando se hallaba en la región.

Al atardecer, el chófer de los Velarte devolvió al jesuita a la laguna Grande. Camilo pidió apearse junto al pretil de la iglesia, donde acababa de ver a una mujer desde el coche.

Rugía el viento que agitaba las aguas de las tres lagunas y los juncos se agitaban como trigo nuevo. La mujer iba vestida de negro y miraba hacia el fondo de las lagunas. Acercándose con pasos quedos, Camilo miró hacia donde ella miraba: en primer lugar vio los juncales conformando un arpa oscilante y tan amplia como su deseo, más adelante la barranca que desembocaba en un cerco casi micénico de piedras grises y blancas, y más adelante aún las lagunas, las colinas desoladas y los característicos palomares de la región, tan parecidos a pagodas chinas.

Camilo sintió que la noche tenía allí una pureza tan radical que envenenaba la piel, al cercarla y aislarla con su frío estepario y su luz mineral. En esa atmósfera, que le recordaba la de algunas regiones lacustres de China, el cuerpo de las mujeres adquiría una consistencia ardiente y cristalina, a la vez que profundamente animal, y el deseo que lo arrastraba hacia ellas le parecía tan virginal como el aire que llegaba desde la sierra de la Culebra y tan oscuro como la noche oscura del alma.

Camilo posó la mano sobre el hombro de la mujer, que se volvió bruscamente.

–¿Tú? Sabía que habías regresado –musitó ella.

–¡Verónica! –exclamó él, mirándola fijamente.

–¿Ya te han dicho que enviudé?

–No.

–El año pasado Bernardo se ahogó en el Esla.

–Te acompaño en el sentimiento.

–No lo hagas. Si no llega a morir me mata.

Verónica miró medrosamente a su alrededor y dijo:

–No debieras abordarme así, pensarán mal. Pero quiero verte, Camilo. Ven a mi casa a medianoche. Podrás deslizarte sin que nadie te vea por el camino de los monjes.

–De acuerdo –dijo él, alborozado.

–Y ahora permite que me esfume –concluyó ella–. No quiero que nos vean juntos.

Mientras Verónica se alejaba en dirección al puente, Camilo se sentó en un banco de piedra del embarcadero, extrajo del bolsillo de la sotana una petaca de plata y la apuró. El brandy le ayudó a entrar en calor y se acordó de Verónica y de aquel verano de 1944, cuando Europa se hallaba todavía en guerra y estaba muy próxima su partida a China, aquel verano en que creyó haberse enamorado de Verónica, de carne blanca y voluptuosa. Pero en realidad sólo habían llegado a besarse y a abrazarse en la iglesia a altas horas de la noche, mientras en la plaza del pueblo los demás bailaban apurando el último día de las fiestas patronales.

El antiguo rostro de Verónica se fundió con el rostro que acababa de ver y volvió a sentir la misma emoción que antaño. Una hora después, cenó con sus familiares, y a las doce, cuando ya todos dormían, se deslizó fuera de casa y se precipitó hacia el camino de los monjes.

Avanzaba, retrocedía.

Avanzaba de nuevo.

Pensaba que le esperaban las fuentes más vivas del placer, las que conectaban directamente con el pasado y con lo que había quedado pendiente.

Sentía que le aguardaba la fusión de la carne.

Oh, Dios, la fusión nuclear de la materia que siente.

Lo creía mientras avanzaba, lo sabía cuando retrocedía y cuando avanzaba de nuevo. Lo recordaba.

La casa de Verónica permanecía iluminada. Era como una zarza ardiendo en medio de la noche, pero en cuanto oyó golpes en la puerta, Verónica apagó todas las luces y recibió al jesuita a oscuras.

Lo fue guiando entre las sombras hasta un pequeño salón y se sentaron junto a una chimenea de ladrillo rojo en la que ardían troncos de olor a encina.

Allí no necesitaban otra luz que la de las llamas y allí se confesaron el uno al otro como dos almas perdidas mientras se acariciaban el cuello y la cara, como si además de recobrar sus respectivas imágenes necesitasen también recobrar sus volúmenes.

Antes de correr los visillos y borrar con sus manos la estampa nocturna que se estaba desplegando ante sus ojos, Verónica se acicaló un poco, preocupada porque la noche pasaba y no llegaban los besos más hondos, los que conducían de verdad a la invasión de los cuerpos y al temblor. Camilo miró sus piernas blancas, ahora desnudas sobre la cama, sus zapatos negros, su aspecto de viuda que busca a un hombre en la noche y que ya lo ha encontrado. Parecía iluminada, él también. Verónica susurró:

–Quiero que tomes posesión de mí con entera tranquilidad, quiero que devores toda mi soledad esta noche, Camilo Robles, y que luego te vayas, como supongo que es tu destino. Necesito beber lo que todas las demás han bebido, hasta la más subnormal. Bernardo me pegaba todas las noches, tuve un aborto por su culpa y por su culpa me quedé estéril. Bueno, es un capítulo de mi vida que quedó atrás. ¿Me das un beso?

Se lo dio, y muchos más. Para Camilo fue un ejercicio de reparación de la conciencia perdida de las cosas. Mientras la noche seguía su curso, se sentía cada vez más poseído por la mujer de carne nívea, Verónica de ayer y de siempre, y era consciente de que estaban consumando deseos muy antiguos, para que al fin dejasen de doler en el pecho y en la mente a esa hora en la que el frío invade la alcoba y el día se apunta tras la ventana.

¿Cuándo empezamos a tentar al diablo?

Un cielo cruel y rojizo anunciaba el día por uno de los flancos de la bóveda acristalada de la estación, y los andenes estaban llenos de viajeros ansiosos y desorientados que evolucionaban penosamente con sus maletas y sus niños, conformando entre todos un sordo rumor de voces y pasos, bajo la atmósfera tórrida y humeante.

Los trenes iban tan llenos de gente que se dirigía al Norte de la península y a Europa que parecían convoyes de deportados. Y fue allí, en la estación de Medina, donde Camilo comprendió que si seguían así las cosas una parte de la Historia quedaría atrás para siempre. Aquellos trenes abarrotados de hombres, mujeres y niños de mirada triste y anhelante le hablaban al jesuita de una fuga del pasado motivada por la necesidad de sobrevivir, que en muchos de ellos se convertiría en una fuga total, y le asombraba que ese fuera el signo de los tiempos: fugarse del pasado a la velocidad de las locomotoras Diesel, que el pasado era un lugar donde hacía mucho frío y donde la vida se parecía demasiado a la muerte.

Incesantemente los trenes procedentes del Sur vomitaban viajeros en los andenes. Los mozos de estación, cubiertos con monos oscuros, chaquetas polvorientas y gorras que parecían haber pasado por

muchas cabezas, miraban febrilmente a los recién llegados, y se precipitaban como cuervos hambrientos sobre sus maletas, pero los viajeros los rechazaban con violencia (nadie estaba dispuesto a pagar a un mozo de estación por algo tan sencillo como cargar con una maleta).

Algunos conseguían sin embargo atrapar la maleta de algún viajero que descendía de primera, y a pesar de su delgadez y su malnutrición, volaban con la carga como si la quisieran robar y les persiguiese la policía.

Camilo contemplaba el espectáculo desde el café de la estación, sentado a una mesa con mi madre, mi padre y yo. Ya no cabía nadie más en el establecimiento, y los camareros apenas si podían deslizarse por la sala. Muchos niños lloriqueaban y el ambiente estaba saturado de humo. La atmósfera, más que trasladarlo al presente, le evocaba algunas estaciones del Norte de China, en el frío amanecer de invierno, y le exaltaba tanto ajetreo y tanta gente y tanta deportación.

Aún tardamos más de quince horas en llegar a San Sebastián, desde donde cogimos otro tren que bordeaba la costa y que nos dejó finalmente en Loyola. A Camilo le urgía presentarse cuanto antes ante sus superiores de la orden, y nos dejó a mis padres y a mí en el hotel Banda, que exhibía sus paredes blancas y sus toldos verdes junto al río.

Yo era demasiado pequeño como para percibir con nitidez lo que era cabalmente Loyola, pero con el tiempo pude comprobar que el lugar consistía en dos extensos jardines, uno oculto y el otro público, que rodeaban un santuario de piedra severa y gris con una basílica en su centro, de portentosa cúpula. El jardín exterior estaba a su vez rodeado por el río y sus cinco puentes, de cuyos pretiles colgaban lagrimones de hiedra que rozaban el agua.

Aquí y allá, destacando como floraciones blancas en un universo fundamentalmente verde, se veían algunos caseríos.

Para mí fue como pasar de un universo de sonidos familiares, y ecos amortiguados por las lagunas, a un laberinto poblado de siluetas negras y voces que resonaban entre paredes de granito y árboles mineralizados. La Santa Casa, la basílica, las residencias de los jesuitas me parecían mundos indescifrables, tan mágicos como amenazadores, y me impresionaba el jardín oculto, desplegándose más allá de los pabellones grises.

En el pasillo que comunicaba la Santa Casa con la basílica, el aire era frío y sepulcral como en las leyendas de Bécquer que más tarde me leería mi madre, y su puerta negra semejaba la entrada a un universo de oscuridad y tensión mental.

En Loyola todo giraba en torno al santuario: el hotel, la panadería, la sastrería, la gasolinera, las tiendas de recuerdos, la tienda de

ultramarinos, y el fotógrafo que en verano se colocaba en la explanada y con su máquina primitiva, bajo cuyos cortinajes negros solía meter la cabeza, hacía fotografías a los visitantes, que se las podían llevar con ellos esa misma tarde.

Así era entonces el reino perdido de los jesuitas, destacándose en mitad del verdor frente al rocoso macizo de Izarraitz. Hasta la explanada llegaba la fragancia vegetal de los pinos y los helechos, y la lluvia tendía a ser una presencia continua, también en agosto.

En el hotel Banda sólo estuvimos unos días, ya que enseguida nos trasladamos a una pequeña buhardilla de una casa junto a la gasolinera, desde cuyas ventanas delanteras se podía ver el santuario. Las ventanas traseras daban a un solar frecuentado por cuervos. Durante los primeros años en Loyola, mi madre trabajó de costurera para la Compañía a la vez que me iba enseñando a leer y a escribir. En lo que respecta a mi padre, halló enseguida ocupación en el hotel Balneario de Cestona, ubicado a siete kilómetros del santuario, en una ladera verde y reluciente que recordaba la campiña alemana. Al principio hacía el recorrido en bicicleta pero luego, cuando lo nombraron camarero, se compró una motocicleta roja y con ella se trasladaba al hotel haciendo un ruido tremendo.

Una tarde de julio, mi padre nos llevó a mi madre y a mí al hotel y nos enseñó la escalera central, «estilo imperio», según nos dijo adelantando la mano como un marqués que estuviese mostrando su mansión a unos amigos. También nos enseñó el comedor «inspirado en el del Gran Hotel de París», un teatro, un salón social, un comedor campestre, un comedor árabe, y un jardín que albergaba árboles centenarios.

En los tiempos a los que me refiero, el hotel estaba en decadencia, pero yo no lo notaba y todo indicaba que aún seguía siendo un negocio rentable. Mi padre debió de aprender mucho sirviendo aperitivos y aconsejando diferentes formas de masaje a las señoras aquellas que pululaban por los salones y el jardín, y probablemente fue allí donde empezó a iniciarse en los misterios del adulterio con alguna de las mujeres que invocaban su nombre en el salón social para que se acercase, presuroso y solícito, con la bandeja bailando en la mano y la sonrisa de oreja a oreja.

Tanto él como mi madre querían abandonar cuanto antes la buhardilla junto a la gasolinera y la solución llegó una vez más de la mano de Camilo, que al año siguiente localizó a kilómetro y medio de la basílica una especie de caserío al que llamaban la casa de la roca, construida sobre una peña que caía casi en picado sobre el Urola. El primer piso se hallaba ocupado por un matrimonio de Navarra, pero el

entresuelo había quedado vacante.

A pesar de no ser supersticioso, o quizá debido a ello, Camilo no quiso decirles a mis padres que la casa la había construido un indiano que había muerto poco después de inaugurarla. Sus hijos, residentes en Madrid, la alquilaban a un precio casi simbólico y se desentendían completamente de ella, como si creyeran que la habitaban malas corrientes.

Tan sólo llevábamos unas horas en la casa de la roca cuando vi a una niña de mi edad, detenida en uno de los peldaños de la escalera exterior. Desde mi llegada a Loyola, yo vivía en la misma atmósfera alucinatoria que mi madre, que me la comunicaba directamente sin pretenderlo, y aquellos ojos brillantes destacándose entre la niebla me parecieron una alucinación. La niña llevaba en la mano un llavero con un cascabel, que hacía sonar en medio del silencio de la mañana, y sonreía con una tristeza extraña.

–Hola –musitó descendiendo dos escalones.

–Hola –dije yo, fijándome en sus cabellos casi rojos.

–¿Vas a vivir aquí? –preguntó descendiendo otros dos escalones.

–Sí.

La niña acabó de bajar la escalera y se detuvo muy cerca de mí. Podía notar su respiración y casi me asustaba la inmovilidad de sus ojos, verdes e impregnados de una luminosidad blanca que los hacía más inquietantes. La niña susurró:

–Bienvenido a la casa de los precipicios.

Abrí mucho los ojos y exclamé:

–¿Por qué dices eso?

La niña se echó a reír.

–¿No has visto el barranco que da al río?

–Sí.

–La vuestra es la terraza desde la que se tiró el hombre que hizo la casa. Lo volvió loco el hada de la locura.

–¿Me quieres asustar?

–Sí, me gusta asustar a la gente –contestó fríamente–. Me llamo Beatriz, ¿y tú? –preguntó regalándome una sonrisa muy suave.

Conocer a Beatriz modificó por completo mi conciencia infantil, convirtiéndome en un niño diferente, más amoroso y a la vez más reservado, más sociable y a la vez más pensativo, y que ya guardaba en su imaginación, como un tesoro definitivo, las primeras imágenes visuales que había retenido de ella... Una cara ovalada, unos ojos parecidos a los de mi madre pero más brillantes, una boca sonriente... Eran como fotografías ardiendo y en movimiento, que apenas se concretaban. Más tarde empezó a contar su voz, la voz de Beatriz... ¿O

fue antes?

La voz era lo más vertiginoso, lo que más me cautivaba, y recordaba a menudo el día de mi llegada a la roca, cuando ya llevaba unas horas con Beatriz y escuchamos un aullido prolongado. Ella cogió mis manos y dijo con voz susurrante:

–La mujer que grita es el hada de la locura de la que te hablé antes.

–No sé si creerte... Se lo preguntaré a mi madre.

Beatriz posó sus manos sobre mis mejillas y me dijo desde muy cerca, casi labio contra labio:

–No debes hablar de eso con los mayores.

–¿Por qué?

–Será nuestro secreto.

–¿Y quién te ha dicho que la que grita es el hada de la locura?

Como si recordara respuestas que había oído en voz de su madre, se encogió de hombros y dijo:

–Lo sé por intuición.

Beatriz tenía mirada de niña sabia, como si ocultase bajo su piel fragilísima un monstruo superior a su misma conciencia, y junto a ella sentía, a la vez que un placer muy intenso, un continuo efecto de distorsión. Su presencia y sus palabras tenían el poder de transportarme a otros sitios a la vez que me ubicaban de verdad en la casa de la roca.

Como supe más tarde, Beatriz había nacido en Vera, en una casa junto a la frontera, cuando su padre trabajaba en una clínica privada de Hendaya. Según decía su madre, la niña había estado a punto de morir en el parto, y habría muerto de no haber sido por la intervención de una partera italiana, gorda y reluciente, que llegó a media noche desde Hendaya. Se llamaba Beatrice y en su honor llamaron a la niña Beatriz. Y así la llamaban todos salvo yo, que a veces la llamaba Béat con su aprobación.

Ya debíamos de llevar un mes en la casa de la roca cuando Beatriz me guió a la cima de una peña en forma de cabeza que se elevaba unos cinco metros por encima del cercado de los cipreses, y a la que no era difícil subir por el flanco opuesto al río. Desde allí podía dominarse el manzanal de Sergio, el dueño de la gasolinera, que tenía dos hijos, Arcadia y Jacinto. A menudo los veíamos jugar entre los manzanos y nos asombraba que pareciesen novios y que Jacinto, cuatro años mayor que ella, la estuviese tocando todo el rato por debajo de las faldas. Arcadia parecía fascinada por los cumplidos de Jacinto y su mirada de Satanás, y nosotros no entendíamos muy bien por qué, ya que Jacinto era un genio de las invenciones crueles y, gracias a sus experimentos con animales, nos fuimos adentrando en el complejo universo de las vilezas inútiles de las que se compone a menudo la vida humana.

En una ocasión vimos cómo Jacinto atrapaba un lagarto verde como los que poblaban las colinas de Izarraitz y le colocaba un cigarrillo en la boca. El saurio empezó a tragar humo y a inflarse. En ese momento Jacinto apuntó con su carabina de aire comprimido y disparó contra el lagarto, que estalló como una flor de sangre.

En otra ocasión presenciamos desde la roca cómo el divino Jacinto ataba dos gatos por las colas, anudándolas como si fuesen dos sogas, y los dejaba a merced de su destino, rabiosos, gimientes y dispuestos a desgarrarse el uno al otro. Pero otras veces Jacinto se volvía un ser dulce y zalamero, y le regalaba flores, avellanas y manzanas a Arcadia, y ayudaba a su padre en la gasolinera, y sonreía a las visitas como un ángel bueno y profundamente poseído por el don de la mansedumbre. Operación teatral que le traía siempre beneficios, pues todos le daban golosinas y algunas amigas de su madre alababan su dulzura.

–Se ve que no lo conocéis –solía decir ella.

Aunque nada nos alarmó tanto de Jacinto como la ocurrencia que tuvo la tarde en que ató un petardo al pico de un pichón y prendió la mecha. La cabeza del pájaro saltó por los aires y Beatriz y yo nos echamos a correr. Al llegar a casa vimos que no había nadie y decidimos salir al camino, para esperar a nuestras madres que, suponíamos, no tardarían en llegar.

Íbamos tan agitados por la visión del pichón decapitado que al volver a desandar lo andado equivocamos el camino, y creyendo que nos dirigíamos a la roca, nos fuimos hacia Izarraitz. Pasamos ante una mansión sombría en la que había un letrero: KONTUZI ERLEAK (cuidado con las abejas) y nos detuvimos. La casa nos pareció de otro mundo y surgía de ella un olor extraño: a moras podridas y a petróleo. Fue allí donde nos sentimos definitivamente perdidos. Caminamos más de dos horas siguiendo el curso de un arroyo, entre croar de ranas y chasquidos, hasta que nos sorprendimos ante una barranca rodeada de encinas, robles y hayas tan altas como nuestra desolación.

La noche cayó de pronto, como un manto pesado y negro arrojado por manos invisibles desde algún lugar del cielo, y la oscuridad se llenó de crujidos y rumor de agua. Crujidos de ramas o de animales tan extraños que no podíamos imaginar su fisonomía. Beatriz empezó a temblar y nos acurrucamos junto al tronco de un árbol, muy cerca de una torrentera que iba a morir a una cueva llena de helechos.

Nos encontraron a media noche, abrazados el uno al otro para protegernos del frío, y ante el alivio que les produjo hallarnos, desistieron de reñirnos pensando que ya llevábamos suficiente susto en el cuerpo.

En otra ocasión, Beatriz y yo nos entretuvimos jugando a los novios en el órgano de la basílica y cerraron sus monumentales puertas

dejándonos dentro. Lo supimos de inmediato, porque aquel crujir de puertas más altas que las de los grandes hoteles de Cestona era al mismo tiempo el crujir de otras puertas: las del terror.

Todo el espacio que nos rodeaba se transfiguró adquiriendo su aspecto más tétrico. La basílica era realmente un círculo negro de columnas y arcos de mármol negro: el mármol más negro que he visto jamás.

Pero si de pronto te evadías del miedo, te dejabas guiar por las luces de las velas y las lámparas que permanecían encendidas toda la noche, iluminando el retablo principal y los escudos rosáceos y acolchados de la cúpula, podías pasar de creer que estabas en un sepulcro muy severo a pensar que te hallabas en la sala central de un palacio persa erigido por un sátrapa muy rico. Era un mundo con dos caras que se troquelaban, por así decirlo, la una a la otra. Una cara negra como la muerte y otra policroma como la vida.

A las tres horas empezamos a creer que las estatuas se animaban, avivadas por la luz de las velas, y nos dio la impresión de que la virgen quería arrojarnos el niño a los brazos, de que san Francisco Javier se estaba preparando para degollarnos y de que el mismísimo san Ignacio, de cuerpo metálico y alma de plata maciza, le estaba diciendo a Dios que se apiadase de nosotros, a pesar de que éramos pecadores y estábamos profanando con nuestra presencia la noche interior de la basílica, profunda como el pozo del abismo de abajo y del abismo de arriba, que allí podían parecer el mismo pozo.

Entonces empezamos a gritar. Se encendieron todas las luces y aparecieron tres hombres vestidos de negro. Uno de ellos era mi tío, que si bien respetó la piel de Beatriz a mí me dio una bofetada que resonó en la basílica como un trallazo de Dios.

Pero a las ocho de la mañana del día siguiente, ya andábamos como siempre de danza por el bosque y las colinas, antes de que mi padre acabase el desayuno y se fuese en moto al hotel, y antes de que Ignacio, el padre de Beatriz, iniciase su ronda de consultas a domicilio.

Lo que decía Beatriz: todo lo que me contaba a lo largo del día sobre los mayores, sobre nosotros, sobre los bichos, sobre la oscuridad, sobre los juguetes, sobre los hombres, sobre las mujeres, sobre el besar, sobre el mear, sobre el comer, sobre el rezar, sobre el dormir, y sobre el despertar, todo era como si lo estuviese diciendo también yo, y a ella le ocurría lo mismo conmigo. Vivíamos en el interior de la ley de la simpatía, que es la ley perpetua de la magia, perdidos en un mundo de semejanzas que formaban ante nosotros un vaporoso tejido. Por eso cuando ella faltaba porque se había ido de viaje con sus

padres, yo sentía una soledad abismal y el día se me hacía interminable. Entonces corría hasta la barranca y miraba: al fondo del valle, los camiones se alejaban rugiendo como animales prehistóricos, hasta perderse en dimensiones cada vez más irreales, y creía no tocar suelo, porque no había suelo en cuanto faltaba Beatriz. De súbito, un silencio muy hondo amortiguaba todos los sonidos, reduciéndolos a ecos muy débiles de sí mismos, y el mundo perdía consistencia. Hasta mi madre se convertía en un ser fantasmal. Pero he aquí que al fin veía surgir a Beatriz junto a la cascada y la vida se volvía a animar como las figuras de una linterna mágica.

Sin embargo, a veces tardaba en llegar y la espera se convertía en un suplicio. Algunas tardes de comienzos de verano, cuando las nubes bajaban amenazantes del macizo de Izarraitz, podía echarme a llorar si no tenía a mi vera a Beatriz. Siempre he sido muy sensible a los signos del cielo, pero junto a ella esos signos parecían leves hasta en su aspecto más terrible.

Beatriz y yo nos hallábamos en pleno idilio cuando Camilo nos vino a visitar y estuvo hablando con mi padre mientras nosotros recorríamos los alrededores de la casa. La niebla cubría buena parte de la comarca, pero se rasgaba a la derecha dejando ver un meandro del Urola y profusas arboledas.

La terraza que daba sobre el barranco era la preferida del jesuita y en ella siguió hablando con mi padre mientras fumaba un Montecristo. En dos ocasiones, en el transcurso de la mañana, Camilo había observado cómo la mirada de mi padre se deslizaba hacia el primer piso de la casa y hacia la mujer que se hallaba tras una de las ventanas. Pensando lo peor, el jesuita dijo:

–¿Estáis bien aquí?

–Estamos en el cielo.

–¿Qué tal con vuestros vecinos?

–Muy bien. Son gente razonable e independiente. Él es médico, como supongo que ya sabe usted, y ella también, pero no ejerce. Tienen una niña que se ha hecho muy amiga de Ciro.

Mi padre miró al jesuita de reojo. Camilo murmuró:

–¿No estarás tentando al diablo?

Mi padre se alteró bruscamente.

–No le entiendo.

–Hablaré más claro: me inquieta cómo miras a tu vecina...

–¿A Rebeca? Se equivoca. La miro con toda la distancia del mundo.

Mi tío esbozó una mueca de escepticismo antes de decir:

–¿No estarás alimentando deseos peligrosos para tu matrimonio?

–¡Dios me libre! No.

Ese día comimos en la terraza, y por primera vez en mucho tiempo, mi padre no dijo ni una sola palabra durante todo el almuerzo.

¿Por qué se construyó la Gran Muralla?

En una época de insegura determinación, pero que debió de ser posterior a la unificación, el sabio emperador Thsin ordenó construir la Gran Muralla. El emperador no quería que sus fuertes y ágiles guerreros cayesen en la frivolidad y la molicie y, por ese motivo, envió a sus quinientos mil mejores hombres a construir la Gran Muralla en las montañas del Norte. El trabajo le parecía al monarca la mejor medicina contra el vicio.

Doña Eloísa, la profesora, iba leyendo despacio el texto del dictado. Habitualmente empleábamos para ese menester los libros ínfimos de la Enciclopedia Pulga. El librito que la maestra leía ese día versaba sobre China, y su autor, de nombre catalán, parecía amante de la más alta severidad.

Mientras escuchaba a doña Eloísa, veía ante mí una película portentosa. Primero aparecían montañas cubiertas por la niebla. ¿Cuándo? En una época de insegura determinación. Al mismo tiempo veía a muchos guerreros entregándose al vicio y a la molicie en palacios grandes como la Ciudad Prohibida. Los guerreros bebían

hasta no poder más, se tambaleaban por los atrios, besaban a mujeres fáciles. Hasta que llegaba el emperador y dirigía hacia ellos una mirada terrible. Volvía la imagen de las montañas del Norte, pero ahora las poblaban quinientos mil hombres, que iban construyendo una muralla, lejos de los palacios de la frivolidad y del vicio.

–Ciro, ¿en qué piensas? –preguntó la maestra.

Preferí decir la verdad:

–En la frivolidad y el vicio.

Todos se echaron a reír y yo también, orgulloso de resultar tan gracioso ante mis compañeros y sobre todo ante Beatriz, que me miraba fijamente. La maestra se acercó a mí y adelantó la mano. Fue una delicia, de verdad. Le daba reparo pegar fuerte y su gesto se convirtió al final en una especie de caricia. Ah, cómo disfrutaba cuando doña Eloísa me daba bofetadas de mantequilla y tortazos de algodón.

Al salir de clase nos estaban esperando al otro lado del patio nuestros padres y mi tío Camilo junto a los dos coches. Mis padres y yo nos metimos en el automóvil negro de mi tío y Beatriz en el seiscientos con sus padres. Íbamos a hacer una visita a los señores Velarte, según dijo el jesuita, que a comienzos de verano solían pasar por Oñate.

Hacia las tres de la tarde salimos de Loyola y nos dirigimos a nuestro destino. Fue entonces cuando le pregunté al jesuita:

–Tío, usted que sabe tanto de China ¿me podría contestar a una pregunta?

–Claro.

–¿Cree usted que los chinos hicieron la Gran Muralla para huir de la frivolidad y el vicio en una época de insegura determinación?

Mi tío se echó a reír a carcajadas. Luego, mientras conducía, preguntó:

–¿Quién te ha hecho tan portentosa revelación? A fin de no humillar a la maestra ni poner en evidencia sus tristes herramientas de trabajo, por otra parte no tan diferentes a las de otros colegios, respondí que lo había leído en el TBO, en la sección de *Curiosidades históricas*. Mi tío movió afirmativamente la cabeza y dijo:

–Mejor fuente imposible, hijo. Te felicito.

Una hora después ya nos hallábamos los seis paseando por las calles de Oñate, más nobles y vetustas que las de los otros pueblos y que además tenían, al menos las del casco viejo, un cierto aire de barroco vasco.

Ya de atardecida, cuando caminábamos por una calle céntrica y poblada de castaños de Indias, nos vimos finalmente ante el palacio de

los Velarte. Tras el cerco de lanzas de hierro, vislumbramos un jardín con dos palmeras de tronco peludo, y tras el jardín la mansión de estilo vascofrancés. Los ventanales arqueados del primer piso permanecían iluminados y tras los cortinajes blancos podía adivinarse una especie de reunión mundana.

Camilo llamó al timbre que se hallaba a la derecha de la puerta de acceso al jardín y no tardó en aparecer un mayordomo de cara adusta. El jesuita le dijo:

–Quisiéramos ver a los señores. Somos viejos amigos de la familia.

–Pasen –dijo el mayordomo–, que voy a buscar a don Jaime y a doña Julia.

Los Velarte salieron al jardín y allí nos recibieron, como si quisieran indicar que la reunión que se estaba celebrando tras los ventanales no nos incumbía. Su hija Sara venía con ellos y al vernos dio un grito de entusiasmo, a tal punto estaba deseosa de tener compañía.

Mientras hablábamos con ella en la glorieta, los Velarte condujeron a los adultos a una galería acristalada y allí les ofrecieron vino de Jerez. A intervalos, llegaban ráfagas de música desde la sala principal de la mansión, atravesaban la galería y la glorieta e iban a morir a las sombras del jardín.

Nuestros padres y Camilo ya se estaban despidiendo de los Velarte cuando Sara empezó a suplicar a su madre que Beatriz y yo nos quedásemos con ella unos días. Más que espanto, la señora Velarte pareció sentir alivio y enseguida dijo:

–De acuerdo. Se quedarán unos días contigo, pero tienes que prometerme que os portaréis muy bien.

–Prometido –dijo la niña.

Luego la señora Velarte miró con amabilidad a nuestros asombrados padres y dijo:

–Mi pobre hija se siente a menudo muy sola y no me extraña que quiera tener a Ciro y Beatriz junto a ella. Dejen que se queden hasta el jueves o el viernes.

–Pero señora Julia –dijo mi madre–, ahora mismo mi hijo lleva sólo lo puesto.

–Y mi hija –dijo Rebeca.

–No se preocupe, doña Isabel –musitó la señora Velarte dejando a mi madre petrificada, pues nadie hasta entonces había empleado con ella fórmulas tan respetuosas y tan solemnes–. Todo eso corre de mi cuenta. Y lo mismo le digo a usted, doña Rebeca. Pueden irse tranquilas, que los niños se quedan en buenas manos.

Mientras los adultos acababan de parlamentar, Sara nos condujo hasta su cuarto.

Nadie detecta mejor que los niños los cambios de dimensión

estética que generan las diferencias sociales. En aquel universo en el que vivía Sara no parecían permitidos los mismos desahogos que en nuestra casa de Loyola. Allí no te podías revolcar en la hierba del jardín, ni podías correr alocadamente por los pasillos, ni podías irrumpir como un potro en el salón reluciente. Había que moverse de otra manera, como si uno estuviera haciendo teatro y lo viera mucha gente desde todos los ángulos. Más que una manera de ser, era una manera de estar que podía resultar agobiante.

Y sin embargo, lo que más nos sobrepasó de aquella tarde en casa de los Velarte fue la primera visión del cuarto de Sara. Era inmenso, según nos parecía a Beatriz y a mí, y estaba lleno de juguetes de todas las características y todos los colores. La pared del fondo cobijaba las muñecas. ¿Cuántas? No podíamos saberlo. En cambio los anaqueles de la pared de la derecha estaban llenos de peluches. Por el suelo había dos trenes eléctricos que circulaban por cuatro pueblos erigidos sobre colinas nevadas.

–Mirad –nos dijo Sara, deteniéndose junto a una de las colinas–. Es como si fuésemos gigantes y estuviésemos en Suiza, contemplando el panorama. ¿Conocéis los Alpes?

Le dije que sí. Sara se echó a reír a carcajadas.

–¡Qué mentiroso eres!

–Te lo juro, los vi en una película de montañeros. Uno de los montañeros bebía demasiado y acababa muriendo bajo la nieve, que te lo diga Beatriz.

–Bah, en una película... Pero eso no es ver los Alpes, Ciro. Yo hablo de los Alpes de verdad, de las estaciones de esquí, de aquella vez que me torcí el tobillo por seguir a mi padre en San Moritz. ¿Me entiendes o no me entiendes?

–Claro que te entiendo, Sara. Sé cómo son esas estaciones de esquí de las que hablas, no creas que no. Sé que en esas estaciones hay mujeres rubias que fuman cigarrillos mentolados y miran a los hombres como si los odiaran. Sé que hay bares elegantes donde esas mujeres toman whiskys con hombres que sonríen fríamente mientras beben... Sé que a veces en esos bares aparecen estrellas de cine: Sofía Loren, Brigitte Bardot, aparecen y la gente cree que es un sueño. ¡Brigitte Bardot tomando un refresco en San Moritz...! Pero suele ser cierto.

Sara me escuchó maravillada y me susurró al oído:

–Tienes mucha imaginación.

–No es verdad, Sara. Hablo de lo que he visto.

Como Sara estaba todo el día entretenida con nosotros, sus padres nos dejaban junto a los criados y aprovechaban para no parar en casa ni de noche ni de día, en un ir y venir sin objeto o de objeto siempre desconocido. Por la mañana iban a bañarse a una playa a las afueras

de Deva, que solía funcionar como playa privada, y donde tomaban los primeros dry-martinis, después comían en Zarauz, y pasaban la noche en San Sebastián. Según habríamos de saber más tarde, solían alquilar un piso entero en el hotel Londres y allí continuaban la farra con sus amigos, en general tan ociosos como ellos y de la misma clase social, a excepción de dos empresarios del barrio de Neguri que estaban empeñados en establecer lazos con la aristocracia, a la que, como todos los burgueses que creen llegado el momento de *ennoblecer* formalmente su fortuna, le daban una importancia que ya no tenía y que no iba a tener nunca.

Cuando los Velarte regresaban a Oñate, se veían obligados a permanecer más de catorce horas seguidas en la cama, tomando agua de Vichy y escuchando música. Aquella forma de existir nos provocaba a Beatriz y a mí cierta impresión de caos, pero también de libertad.

El jueves por la mañana nos devolvieron a Loyola. Ya en la casa de la roca, teníamos la sensación de haber estado soñando un largo sueño, lleno de sucesos mágicos y largas horas de irresponsabilidad, mientras los señores Velarte, reducidos a fantasmas fugaces, iban y venían como si la vida fuese un extraño y luminoso carrusel que tenía mucho de mareante.

De todo eso estábamos hablando junto a la cascada cuando apareció mi madre y estuvo jugando un rato con nosotros, hasta que nos ordenó volver a casa y se acercó a la carretera, donde acababa de detenerse Mauricio Gonzaga, el potentado de la comarca, con su flamante automóvil negro. Mauricio le ofreció a mi madre una rosa que había cogido por el camino.

Ella la rechazó y dijo:

–No seas idiota.

Mauricio esbozó una sonrisa larga, aceleró y desapareció tras los árboles.

A veces Camilo llegaba con la mirada extrañamente fija, como si recordase algo o como si desease algo. Venía en el coche de la Compañía, cargaba con Beatriz y conmigo, y nos llevaba a San Sebastián para pasar el día con nosotros. Y eso hizo un día de julio que llegó con la sotana blanca de verano y sus zapatos también blancos. Parecía obsesionado y a la vez animado, y miraba al cielo como si esperara algún milagro no del todo inocente.

Antes de llegar a San Sebastián se quitó la sotana y se quedó todo él vestido de verano, con su pantalón, su chaleco blanco, su corbata azul y sus gafas de sol.

Camilo era un mitómano más o menos secreto y sabía que se estaba

celebrando en San Sebastián el festival de cine y que se hallaba en la ciudad Audrey Hepburn. Justamente ese mismo día le iban a dar el premio Zulueta de interpretación femenina por su piadosísimo papel en *Historia de una monja*, película que mi tío había conseguido ver en un pase privado a fin de poder hablar de ella en Radio Loyola, donde solía intervenir una vez a la semana hablando un poco de lo que le daba la gana, pero en tono más o menos pastoral.

La película le había entusiasmado, y aunque nosotros lo ignorábamos, pues nunca nos decía nada, estaba empeñado en ver con sus propios ojos a su divina monja cuando cruzara la alfombra del Kursaal.

Y allí estábamos al anochecer los tres, esperando entre la gente a la puerta del teatro. Y de pronto, apareció ella. Es ella, decía la gente, es la monja de *Historia de una monja*. Es la Hepburn. Qué divinidad, ya no parece una monja. ¿Y el collar de perlas?

–¡Hola! –grité.

La actriz se dio la vuelta y me miró. Yo había conseguido deslizar la mano entre los barrotes de la valla y noté cómo la actriz me rozaba con sus uñas de chica destinada a desayunar en el Tiffany cruasanes con diamantes.

Camilo parecía más alterado que yo y que Beatriz, que me miraba como si envidiase mi roce con la diva, y desde el Kursaal nos fuimos hasta un convento a las afueras de la ciudad, que tenía muy mal aspecto y que estaba extrañamente iluminado con bombillas de colores y luces de neón. Camilo detuvo el coche ante el convento y entró en él tras dejarnos encerrados en el vehículo más de una hora. Salió del convento despeinado y más nervioso de lo que había entrado, y regresamos a Loyola sin decir una palabra. Yo intenté hablar de Audrey Hepburn, pero Camilo no me dejó. Necesitaba silencio, estaba pensando en su vida.

¿Hasta dónde llega el amor en la infancia?

Aún quedaba un rato para el recreo y Beatriz estaba leyendo en voz alta un poema de Rubén Darío que figuraba en el libro de gramática, si bien parcialmente censurado, como habría de comprobar más tarde. En el poema Rubén Darío contaba cómo de niño tenía sobre su pupitre una esfera del mundo y cómo en una ocasión arrancó con su navaja la ciudad de París de la esfera, y se metió a la capital francesa en el bolsillo.

Tras la lectura de Beatriz, la maestra nos aconsejó no hacer lo mismo con ningún globo terráqueo que nos saliese al paso. Ni pude ni quise hacerle caso y esa tarde, nada más llegar a casa, entré en el cuartito donde solía trabajar mi padre, alcancé la esfera que se hallaba sobre la librería, corté con mi navaja el trozo en el que se hallaba París, coloqué la esfera de modo que el agujero no se viera, introduje el fragmento del globo en un relicario de plata que le robé a mi madre y, como el poeta, me metí la ciudad de la luz en el bolsillo mucho antes de conocerla. El corte había sido generoso y en realidad llevaba conmigo media Francia y parte de los Países Bajos, circunstancia que agrandaba mi poder. Sentía el trozo de mapa como una brasa calentando, casi quemando, mi pierna, y me decía a mí mismo que

aquel amuleto me iba a proteger siempre y que acabaría viviendo con Beatriz en París.

Esa tarde fuimos a un cine de Zumaya con nuestros padres y ya regresábamos a Loyola en el coche de Ignacio cuando nos sorprendió la tormenta. Más que una cortina de agua, aquello era una muralla y no veíamos nada. Así que tuvimos que parar en el hotel Arocena, que imponía más de noche que de día, blanco y azul, con sus amplios ventanales, sus tejados de pizarra y su escalera de incendios, destacándose tras los tilos y los tamarindos, en una noche llena de relámpagos. Llegamos al salón y vimos que se estaba celebrando una fiesta. Más de veinte parejas bailaban alrededor de los músicos. La estrella de la orquesta era un trompetista que padecía el síndrome de Down. Lo llamaban Gabino y tocaba con mucha pasión. Ahora parecía especialmente arrebatado y atacaba con la *Canción del silencio*. Fue su gran noche. Tan gordo como ágil, dio cuantas vueltas quiso por el escenario y remató la función tocando *Ansiedad*.

Beatriz y yo permanecimos un rato observando a Gabino y viendo bailar a nuestros padres.

–Me gustaría bailar contigo... –susurré.

–Mejor no.

–¿Por qué?

–Porque querría que me abrazaras muy fuerte, fortísimo... Nadie debe saber que estamos enamorados.

–Nadie.

–¿Te gustó la película?

–Mucho.

–¡Qué miedo me daba cuando la niña se quedaba sola en el bosque...! El muy cerdo le regalaba bombones...

–No entiendo por qué odiaba a las niñas...

–Las odiaba y las quería. Estaba loco. Me lo dijo mi padre a la salida... Me gustó más *La última noche del Titanic*. La gente bailaba sin saber que estaba a punto de morir. ¿No te hace gracia?

–No.

–A mí sí. Un día bailaremos así tú y yo... –susurró Beatriz.

–Desde luego que sí, pero en otros sitios... En París, en Londres, en Nueva York...

–Iremos en barco a Nueva York. Bailaremos mucho en el barco, como los del Titanic...

–Por supuesto.

–Y beberemos champán y tú me dirás que soy cada día más adorable...

–Sí, hablaremos como en las películas y llevaremos trajes soberbios. Podremos exclamar: ¡qué paisaje más encantador!

–Y yo podré decirte, a la salida de algún cine de París: ¡qué película

más divina! La encuentro fascinante...

–Y yo podré susurrarte: cariño, te adoro... ¿Lo estás pasando bien?

–Contigo siempre me lo paso bien, querido, te diré yo.

–Es tan suave este aire de París... ¿Cuándo estuvimos aquí por última vez?

Me acordé del trozo de globo terráqueo que llevaba conmigo y se lo enseñé a Beatriz, tras elevar ceremoniosamente la tapa del relicario.

–Mira –le dije–, he hecho lo mismo que Rubén Darío.

Beatriz miró emocionada el trozo de cartón y empezó a leer:

–París, Versalles, Tours, Orleans... ¿Me lo das?

Se lo di.

Beatriz acababa de guardar el amuleto cuando se acercó a nosotros Alvar, el hijo del matrimonio que se ocupaba del salón de baile del hotel. Era un año mayor que nosotros, y hasta ese momento había estado tocando la armónica en la escalera de incendios, protegiéndose de la lluvia bajo un paraguas enorme. Alvar tenía los cabellos negros, los ojos castaños y vivos, y se le veía un niño habituado a hacer equilibrios en la cuerda floja que le llevaba continuamente del mundo de los adultos a nuestro mundo. Cuando estaba con los adultos, Alvar se hacía el inocente absoluto, pero cuando estaba con nosotros le gustaba parecer un sabio, y nos atormentaba con sus truculentas interpretaciones de los signos, los ruidos, el universo que nos rodeaba.

Había cesado de llover y Alvar, Beatriz y yo dejamos atrás el hotel y nos adentramos en el robledal, de alta hierba y altos helechos sobre los que destacaban los troncos negros. En el robledal, el aire parecía siempre detenido y apenas si se movían las últimas copas de los árboles, pues estaba flanqueado al norte y al sur por dos peñas.

Ya en el interior del bosque, seguimos por la orilla izquierda del riachuelo que hacía mil complicados meandros antes de romperse en la cascada que desembocaba en el Urola. Fue entonces cuando escuchamos una vez más el grito. Era como un aullido prolongado, que llegaba desde el otro lado del abismo, o desde el otro lado del bosque, o desde más allá de la cascada. A decir verdad, parecía un gemido que se deslizara por todo aquel ámbito como una velocísima ráfaga de espanto.

–Beatriz dice que es el grito del hada de la locura... –comenté.

Beatriz negó con la cabeza, como si ahora le avergonzasen sus fantasías.

–¿Ah, sí? ¿Eso crees tú? –preguntó Alvar, mirando con cierta admiración a Beatriz–, pues no vas mal encaminada. Pero si hemos de ser exactos habría que decir que se trata, más que de un hada, de una «vampira».

–¿Por qué lo sabes? –pregunté.

–Lo he leído en un libro...

–¿En qué libro?

–En uno que tiene mi padre... Es un libro de una bruja rusa... Veréis..., la mujer que grita pertenece a la raza de los vampiros etéreos... Los vampiros etéreos son en realidad muertos... Gente que murió antes de tiempo y que grita desde el más allá, con toda la rabia, con todo el sufrimiento, y que no se resigna a haber dejado tan pronto esta vida. Os lo digo totalmente en serio, chicos... Prefiero que sepáis la verdad... La vida es muy complicada, muy complicada... Ya lo dice mi padre... Levantas una piedra, y surge un misterio. Te metes en el bosque y te encuentras con un vampiro etéreo que busca tu sangre para reencarnarse y volver a la vida. ¿No es espantoso? Sí y no. Hay que acostumbrarse a todo.

–¿Lo ves? –gritó Beatriz repentinamente eufórica–. ¿No te dije casi lo mismo? Dios mío, una vampira etérea, aquí, en el bosque...

Los tres regresamos al hotel acosados por el miedo y no tardamos en oír un rugido a nuestras espaldas.

–¡Niños, que nos vamos! –gritó Ignacio desde el porche del establecimiento.

Mi madre ya había salido del coche y esperaba a que lo hiciese yo cuando creí notar que mi padre rozaba levemente el culo de Rebeca sin que lo advirtiesen los demás.

Fue en ese momento cuando oímos el frenazo del Mercedes de Mauricio Gonzaga, que invitó a nuestros padres a tomar una copa en su casa. Las dos parejas se miraron pensativas, como si les costase decidirse. Mauricio les animó diciendo:

–Os tengo preparados unos vinos franceses que te trasportan directamente al cielo... ¿Los vais a despreciar, grandísimos necios? Lo bueno de las tormentas es que tras ellas todo parece volver a comenzar... ¿No lo notáis? Es como si la noche acabara de empezar...

–Me has convencido –dijo Ignacio.

–Y a mí –añadió Rebeca.

–¿Y vosotros? –preguntó Mauricio a mis padres.

–Nosotros también aceptamos tu invitación. –¿Y los niños? –dijo mi madre de pronto. –Que se queden aquí... Hoy les dejamos dormir juntos –musitó Rebeca.

De modo que nos dejaron en la casa de la roca y se fueron con Mauricio en los dos coches.

La noche había adquirido una transparencia veraniega, bajo la luz de una luna pletórica y anaranjada. Junto a la piscina, Mauricio hablaba con voz histriónica a sus invitados mientras deslizaba su

mirada por el cuerpo de mi madre.

–¿Sabíais que yo quise vivir en vuestra casa? –dijo el anfitrión.

–No –musitó mi padre, al que supongo con una copa de vino en la mano.

–Vi cómo la construían... Armando, el indiano, había venido para vengarse...

–¿De quién? –preguntó mi madre.

–¿No lo adivinas? De chaval había trabajado en nuestra casa... Pero un día se marchó sin despedirse y con el propósito de volver rico –dijo Mauricio.

–La suerte le acompañó –comentó mi padre.

–¿Tú crees? Quizá sí, en algún aspecto, pero supongo que también le acompañaron la crueldad y el esfuerzo... De forma que llegó millonario y se puso a construir el caserío de los tres tejados. Una auténtica pagoda vasca, según su entender. ¿Y dónde? Pues en la roca más alta del valle. Para él era fundamental tener un *palazzo* más alto que el nuestro. Mi padre ansiaba machacarlo. Su rabia aceleró su muerte. Le resultaba insufrible ver cómo su antiguo criado estaba construyendo su *château* al borde de la barranca. ¡Y su casa doscientos metros por debajo de la del indiano! Su cabeza de hidalgo vascongado acostumbrado a mandar empezó a descomponerse por dentro y acabó loco. Veía al indiano en su habitación, ante su lecho de muerte. Lo veía con sus propios ojos, según nos decía mientras agonizaba. Y Armando sonreía diabólicamente, moviendo apenas los labios. ¿Por qué no lo echábamos de su cuarto?, nos preguntaba desconcertado. ¿Nos habíamos aliado con su peor enemigo para acelerar su muerte?

Los invitados, que le habían escuchado con atención, guardaron silencio, hasta que Rebeca dijo:

–¿Y teniendo la casa que tienes querías irte a vivir a la nuestra? No lo entiendo. A mí me parece un lugar siniestro, ya se lo he dicho más de una vez a Isabel...

–A mí no –dijo Mauricio–. Me gustaba esa casa y en el fondo pensaba que el indiano la había construido para mí. Llegó muy agotado y con una mulata resplandeciente, que enseguida le fue infiel con uno de los criados. Armando se arrojó al barranco tras matar a su mujer.

–Yo no sabía nada de eso –musitó mi madre.

–¿No? Es normal, ya nadie habla del indiano. Pero no te inquietes, Isabel, que la casa no tiene malas corrientes, el único que tenía malas corrientes era Armando, las traía con él. Yo lo tenía claro y por eso estaba decidido a comprarles la casa a sus hijos.

–¿Y quién te lo impidió? –preguntó Ignacio.

–Mi hermana, que ahora vive en Madrid y que es muy supersticiosa. Creía que la pagoda del indiano era la casa del pecado y

que me iba a traer mala suerte. Las mujeres supersticiosas son... Bueno, quiero decir que no es fácil tratar con ellas. Su inseguridad básica los obliga a ver signos nefastos por todas partes. No tocan realidad. Yo creo que ni siquiera viven... Por eso no acabé comprando la casa de la roca... Pero pienso que es un buen lugar para vivir, además de exultante... Armando sabía lo que estaba haciendo... ¿Qué veo? ¿Se ha acabado el vino?

–Creo que sí –dijo mi padre.

–Alguien va a tener que acompañarme a la bodega. ¿Vienes conmigo, Isabel?

Mi madre, a la que en esta escena designaré con su nombre de pila, se quedó indecisa, después miró a mi padre, que le hizo un gesto de asentimiento. Así que siguió a Mauricio ante la mirada envenenada de Rebeca.

Lírico. En esos momentos Mauricio Gonzaga quería ser lírico. Isabel, ah Isabel... Mientras la miraba evocaba las tardes en que la veía deslizarse en bicicleta por la carretera de Loyola. Y ahora la tenía delante, bajo la luz dudosa de la bodega. A ella, a Isabel.

–He querido que me acompañaras porque deseaba hablar contigo... –le susurró.

–¿Conmigo?

Él asintió antes de añadir:

–No puedes ignorar que me gustas...

–Mauricio, por favor.

–Me basta con tenerte cerca para sentirme otro. Hoy os vi junto a la casa de la roca y me dije: tengo que confesarle a Isabel lo que pienso, tengo que decírselo como sea. Dios, qué suerte tiene Emilio.

–¿Tú crees? Será mejor que te des un chapuzón en la piscina...

–¡Vete al diablo! Quiero que tomes en serio lo que digo.

–¿Piensas que puedo?

–Sí.

–Pues te equivocas. No puedo tomar en serio tanta tontería.

–Eres una cobarde, Isabel. Te asusta el amor, te asusta el...

–¿Y a ti no?

–No.

–A mí tampoco. Pero ocurre que estoy enamorada de Emilio.

–No te creo. No tienes cara de enamorada... ¿A que no te atreves a darme un beso?

Isabel lo miró con prudencia, cogió una botella de Burdeos, y empezó a subir las escaleras.

–Soy un imbécil. Sabía cuál iba a ser tu actitud, lo sabía... Creo que te puede el pánico, Isabel.

–Y a ti la idiotez. ¿No vienes? Tus invitados deben de estar preguntándose qué hacemos tanto tiempo en la bodega.

–Me da igual lo que piensen... A veces imagino que vivimos en la casa de la roca, y que todos los demás se han muerto. En verano nos vamos a Las Landas, y en otoño vemos cómo retiran los pianos de los casinos de Normandía... Una vida muy diferente a la que llevas, Isabel. ¿Me escuchas?

–No.

–Lo sabía, lo suponía. Eres idiota.

–Tienes toda la razón.

Los dos subieron al jardín y encontraron a los demás bañándose en la piscina.

Y mientras ellos continuaban la velada, Beatriz y yo nos abrazábamos como en los viejos tiempos. Nuestro noviazgo tenía ya historia, y estaba lleno de momentos de placer y de angustia. Beatriz se dejaba besar en el cuello y me decía:

–¿Todavía te parezco atractiva?

–No te entiendo.

–Las mujeres lo dicen. ¿Todavía te gusto, cariño?

–Las mujeres viejas sí que lo dicen, supongo.

–Mentira. El otro día Natalie Wood lo decía en una película, y bien joven que parecía...

–Qué pena que ya sólo nos dejen dormir juntos de vez en cuando... ¿Qué estarán haciendo?

–Emborracharse.

–Mejor. Vendrán muy tarde...

–¿Has oído?

Un grito prolongado y más melodioso que otras veces llegó desde el otro lado del robledal. Beatriz dijo:

–Las noches de luna llena parecen una canción.

–¿Qué canción?

–La de la locura.

Al día siguiente mi padre nos llevó a pasear por el camino que iba bordeando una de las barrancas y luego se adentraba en el bosque. Alvar y Beatriz me estaban trastornando con sus suposiciones sobre los vampiros y las ánimas, y decidí tratar el tema con mi progenitor. Mientras avanzábamos por el camino en el caluroso atardecer, le dije:

–¿Y ese grito que se oye por las noches?

–Es el de María... –respondió mi padre.

–¿Y quién es María?

–Pronto lo sabrás.

Dejamos atrás el bosque y llegamos a un lugar en el que no

habíamos estado nunca y donde se veía una charca de agua corrompida, un poste de alta tensión que emitía un continuo zumbido, y una pequeña casa de piedra de una sola planta. Tenía dos ventanas y una se hallaba abierta, dejando ver a una niña de larga cabellera rubia y mirada perdida que se acunaba sobre un balancín mientras roía uno de sus puños.

–Ella es la que grita por las noches... Sus padres vinieron del Sur... Él trabaja en la fundición, y ella se queda en casa con la niña... No debe de andar lejos... No tratan a nadie, no hablan con nadie, pero quieren a la niña... Viven para ella, para sus gritos...

–¿Y por qué grita? –preguntó Beatriz.

–Es su forma de combatir el miedo... –dijo mi padre.

–¿Qué miedo?

–El miedo a la noche, niña, el miedo a la vida... ¿Tú nunca tienes miedo?

–Sí, a veces tengo miedo.

–¿Mucho?

–Muchísimo.

–Pues ahora imagina un miedo infinito, un miedo que fuese más que muchísimo, muchísimo más que muchísimo... Algunas personas tienen esa enfermedad, Beatriz, esa terrible enfermedad...

Beatriz se quedó paralizada. Con ánimo de calmarla, mi padre acabó diciendo:

–Es una pobre insensata, hijos. Nació sin cerebro y sin cerebro seguirá hasta que se muera. Volvamos a casa que amenaza tormenta.

Lejos de calmarnos, sus palabras nos llenaron la cabeza de tinieblas mucho más densas que los nubarrones que descendían desde lo alto del macizo de Izarraitz.

Esa noche, mi padre descubrió el destrozo en el globo terráqueo que tanto apreciaba y declaré que lo había arrancado con la navaja. Mi padre se puso furioso y me urgió a que confesara dónde había dejado el trozo. No estaba dispuesto a desposeer a Beatriz de aquel regalo que tanta ilusión le había hecho y le dije que lo había perdido.

Mi padre me dio un tortazo seco y brutal. Luego arrojó la esfera al fuego de la chimenea y gritó:

–¡Mira lo que has conseguido, hijo! El mundo en llamas. ¿No te sientes tan poderoso como Dios?

Así era entonces la vida, cruel y feliz a un tiempo. La primavera nos mantenía atentos a sus sueños húmedos, a sus lluvias constantes que prometían un año suavizado por la música del agua.

El verano nos sorprendía mirando el fuego desde la roca. En agosto eran frecuentes los incendios y podíamos ver las llamas invadiendo los

bosques del otro lado del río. El fuego se reflejaba en el agua, conformando una doble alucinación, pero quedaba lejos y sabíamos que las llamas no nos iban a alcanzar nunca.

Desde la roca negra, que se alzaba sobre el valle del Urola como un balcón sobre el abismo, resultaba un espectáculo tan fascinante como gratuito.

Sin que viniese a cuento, Alvar podía decirnos a Beatriz y a mí:

–Todavía recuerdo aquella noche en la que vino a visitarme la mujer del bosque, y que no es la pobre María. Es el ánima de la mulata que mató el indiano y que quiere regresar a la vida. Mis cabellos se volvieron blancos cuando me tocó...

–Pues ahora los tienes negros.

–Porque volvieron a oscurecerse cuando el fantasma desapareció. Sí, mientras yo dormía, la noche tiñó de nuevo mis cabellos. Total que cuando me desperté parecían tan negros como siempre.

–O sea que te relacionas con la vampira. –decía yo.

–Sí, y no creas que es una relación fácil. No ves su cuerpo, pero sientes el frío de su aliento.

–¿Y qué te hace? –inquiría Beatriz.

–Cosas que no puedo decir –respondía Alvar desviando la mirada.

–¿Y por qué?

–Cosas desagradables. –musitaba Alvar–, cosas que no puedo explicar, en relación con el frío y el calor. Sensaciones extrañas, y una voz que me dice: soy Basilia Mendoza, soy Basilia Mendoza y quiero regresar a la vida...

–Estás mintiendo. Lo has debido de leer en algún libro de tu padre.

Alvar ponía cara de ofendido.

–Yo sólo miento cuando hablo de las personas –aseguraba mirándome con desprecio–, nunca cuando hablo de los fantasmas. Es un consejo que me da siempre mi madre. No te rías de los fantasmas, hijo, que no tienen sentido del humor y son almas malignas.

A menudo íbamos a Zumaya con nuestros padres, en moto con sidecar y en coche, y nada más llegar corríamos hasta la plaza de la fuente por una escalera muy empinada y le pedíamos un helado a un hombre de dientes negros que tenía su puesto frente al palacio Olazábal. El heladero aún no nos había servido cuando Alvar blandía un cuchillo de goma y se quedaba con los ojos fijos en un punto del aire.

Me acercaba a él y rozaba su hombro. Alvar continuaba con la mirada detenida en el punto inconcreto. La mano que sostenía el cuchillo empezaba a temblar visiblemente. Parecía que le faltaban las fuerzas y que estaba a punto de arrojar el arma y echarse a correr.

–¿A quién estás viendo?– preguntaba yo.

Alvar susurraba sin mirarme:

–A Basilia Mendoza. Estamos perdidos.

Y lo estábamos: perdidos en un mundo de fantasías y perdidos en un mundo de olores, sobre todo en Zumaya, donde tendíamos a guiarnos por el olfato: el olor a salitre del roquedal más próximo a la desembocadura del río, donde abundaban los cangrejos parecidos a tarántulas, el olor a madera y a brea de los astilleros, el olor a heno de aquella pradera que llegaba hasta el mar, el olor a hortalizas del mercado, el olor a gasoil de los barcos, el olor a pescado, a madera y a cemento del puerto, el olor a cera del museo de Zuloaga, el olor a incienso y a rosas de la iglesia de San Miguel de Artadi, imponente y austera como una fortaleza, el olor a crisantemos del cementerio.

Todo parecía un juego entre lo visible y lo invisible. Los días se tejían como fábulas sucesivas, las noches estaban llenas de presencias ígneas, y la vida parecía la encarnación del mito, pero había algo en el aire de naturaleza opresiva e irrespirable, que flotaba como una amenaza continua, y que sólo se notaba de verdad algunas tardes, cuando gemían las sirenas de la policía o de la guardia civil, o cuando la gente, en los bares, en la calle, hablaba a media voz, como si todo el país estuviese llevando a cabo una larga penitencia, teñida de amenazas y jalonada de víctimas inconcretas y esquinadas en las noticias de la prensa.

Y era como si una luz de invierno tiñese el corazón mismo del verano, o como si un velo ligeramente gris, que jamás se iba del ambiente, atenuase los colores propios de las estaciones y le diese a la extraña realidad de aquellos días la vaguedad impresionista de la melancolía.

¿Ondas magnéticas?

Pájaros en una jaula muy alta. Ni siquiera pájaros en el alambre, aún menos pájaros en el aire, pensaba Rebeca mientras miraba por la ventana. Noche de atmósfera espesa e inmovilizada. Hacía un calor enervante que le quemaba en las sienes. ¡Y encima Ignacio había pretendido hacer el amor con ella! Los hombres no entendían de ritmos de la carne y de ritmos del alma. A cualquier hora, cualquier día, zas... ¡Qué bestialidad!

Ignacio se tomó una pastilla y se durmió. Allí estaba el rey de los lirones... Ella también podía tomarse una pastilla y morirse por un rato, pero ocurría que hasta el sueño le daba miedo, porque se le había metido en la cabeza que quizá una noche se levantaba sonámbula, abría la ventana, y se arrojaba al vacío... Recientemente, un periódico había hablado de un caso así... Pensó en la posibilidad de poner rejas en las ventanas... Peor, mucho peor. Entonces sí que iba a parecer una jaula. Una jaula con más pájaros, y sobre todo con un pájaro rubio como un canario. Y ella se tenía que cruzar con ese pájaro todos los días... Y ese pájaro vivía justo debajo de ella, y ese pájaro oiría por las noches sus pasos por el cuarto, sus pasos de pájara ansiosa, crispada.

Se acercó más a la ventana y contempló los barrancos. Casi todo eran profundas hondonadas de sombra, y al fondo el río... Vetas rojizas brillando apenas. ¿Por qué estaban allí?, gritó para sus adentros, y de pronto sospechó que, en los otros cuartos de la casa, a otras personas les estaba ocurriendo lo mismo que a ella... ¿También a Emilio?

Emilio se levantó sudoroso de la cama y contempló a Isabel, que

permanecía dormida tras haber hecho el amor con él. Se acercó a la ventana y creyó escuchar los pasos tan rápidos como vacilantes de Rebeca. Giró la cabeza hacia la cama y volvió a contemplar a su mujer. Le agradaron sus largos cabellos negros, la paz en el rostro. Era fácil desearla y difícil engañarla. Difícil sí, pero ¿era realmente imposible? Volvió a pensar en Rebeca, siempre en Rebeca...

Se secó el sudor con la mano y miró hacia el vacío. Le gustaba aquella casa, las ventanas proyectadas al abismo, el aire tan puro y tan frío que llegaba a veces: un aire lleno de deseo al desnudo, sin atributos pero con muy claros objetivos. Volvió a escuchar los pasos de Rebeca y recordó la caricia furtiva que se había atrevido a hacerle. Ayer me estaba poseyendo con la mirada, pensó, ayer la estaba comiendo con la mirada, ayer me estaba volviendo loco con su mirada, ayer quería vivir dentro de su mirada, ayer sentía que la estaba bebiendo desde muy adentro con mi mirada, y sabía a ron dulzón y a agua fresca y a quinina y a bencina y a desazón y a mujer sofocante y ansiosa.

Volvió a la cama. Hacía calor y ni siquiera los cubría la sábana, de modo que podía apreciar la desnudez completa de Isabel. Besó su cuello y olió un instante sus cabellos. Un cuerpo delicado y cruel. ¿El de Isabel o el de Rebeca? El de Rebeca, por supuesto. Y una mirada de una profundidad agobiante. Seguro que era más expansiva que Isabel. Quizás Rebeca había llevado durante un tiempo una existencia vegetal, pero ahora parecía llena de deseo, como una novicia guapa que acabase de dejar el convento y se pusiese por primera vez ropas civiles, medias, zapatos de tacón alto...

No, no, estaba delirando. Lo más hermoso del mundo era Isabel. Le debía la vida... Era una mujer tan razonable y al mismo tiempo tan cálida. Sí, sí, en eso Emilio estaba completamente de acuerdo consigo mismo. Ahora bien, ¿acaso Rebeca parecía la reina de las nieves? Él la intuía caliente y soberana. Seguramente no con Ignacio... Oh, ya se sabe, Ignacio la había cuidado, pero ¿la había amado?

Naturalmente que sí, hombre..., se decía a sí mismo Emilio. Mira que te vienen unas ideas... Pero si tú nunca has sido profundo... ¿Y para qué quiero ser profundo?

–Isabel... –susurró.

–¿Qué quieres? –le dijo ella, sin abrir los ojos.

–Eres un amor.

–Cierra la boca, por favor, y duérmete de una vez.

Mientras Emilio espera el sueño, Rebeca se toma una pastilla y se deja caer tristemente sobre la cama. Ahora, desde la distancia, imagino así aquellas noches, llenas de densidad y de deseo. Son instantes anteriores al acontecimiento, cuando aún la realidad no ha mostrado su verdadera cara y se aproxima sinuosamente a nosotros

hasta adquirir la forma de una apetencia absoluta, que no se puede rechazar.

A mediados de verano, Sara venía a veces a jugar con nosotros. Llegaba custodiada por un chófer de uniforme gris y rostro inexpresivo, en un automóvil negro que se detenía solemnemente frente a la casa de la roca. El chófer traía siempre con él una cesta de mimbre que solía contener bocadillos de pollo y jamón, y una pequeña nevera con helados y refrescos. Se suponía que era el almuerzo para los tres. Traía también en el coche una mesita plegable y tres sillas, para que comiésemos como caballeros en la terraza o en el cercado de cipreses. Nuestras madres se desconcertaban cuando nos veían a los tres sentados a la mesa, comiendo como aristócratas ingleses en un día de picnic, ante la mirada profesional del chófer que hacía también de camarero y que nos servía los refrescos con el mismo rigor con que servía vino a los señores Velarte.

Al atardecer Sara se iba y volvíamos a quedarnos solos, bajo las primeras estrellas, sintiendo que formábamos una sola persona que nos protegía de la extrañeza del mundo. En clase, sólo pensaba en ella y ella pensaba en mí, pero seguíamos los cursos con normalidad y nunca suspendíamos. En muchos aspectos, el amor nos ayudaba a superar los obstáculos con mucha más facilidad. Y ahora aguardábamos ansiosos la hora del cine, porque sabíamos que en la sala oscura podríamos rozarnos las piernas y apretarnos las manos hasta hacernos daño.

Y eso fue lo que hicimos mientras veíamos la película aquella sobre un hombre que iba menguando cada vez más. Cuando, tras la sesión, llegamos a la casa de la roca, descubrimos a mi padre mirando hacia la ventana tras la que se hallaba Rebeca. Parecía tan pendiente de ella como lo había estado de mi madre antes de que dejásemos la región de las lagunas.

Tan sólo unos días después el nudo que formábamos entre todos empezó a enmarañarse. He imaginado a menudo la escena que precedió al desastre, y veo a mi padre llamando a la puerta de la casa de Rebeca...

En cuanto la madre de Beatriz abrió, mi padre miró sus pechos y pensó que su vestido blanco hacía justicia a su cuerpo rotundo y asentado. Le pareció más guapa que otras veces.

Una hora antes, Rebeca había visto a mi madre dirigirse en bicicleta a Loyola, y acto seguido había llamado desde la terraza a mi padre, suplicándole que la ayudase a arreglar una tubería. Y ahora lo tenía frente a ella, con un mono azul y la caja de herramientas.

–¿Quieres tomar algo?

–Una cerveza.

Rebeca se la sirvió y le miró de soslayo.

–¿Así que me vas a ayudar? Perfecto... El otro día Ignacio estaba tan borracho que se cayó encima del grifo. Y con este calor... Ni siquiera me puedo bañar. Pero no tengas prisa... Siéntate conmigo en la terraza y toma tranquilamente tu cerveza. Hace tanto que no hablamos, y me apetecía comentar tu caricia del otro día, cuando salíamos del coche...

Mi padre enrojeció, pero no dijo nada.

Se sentaron el uno ante el otro y posaron los vasos sobre la mesa de hierro.

Rebeca miró a mi padre y volvió a recordar la caricia en el culo. Ahora le sonreía como un ángel del cielo que, por azar, hubiese descubierto en su interior el infierno, ardiente y letal. Me mira como si me quisiera devorar, pensó ella. La miro como si la quisiera devorar, pensó él, y ya no me importa que se dé cuenta. Dios mío, qué piernas.

¿Mis piernas?

Sí, puedes fijarte en ellas, pensó ella, lo deseo, puede que no desee nada con tanta fuerza en este momento. Quiero que me mires, Emilio, que me mires, que me mires...

Él la volvió a mirar. Tus ojos son dos diamantes que ciegan, tus pechos son de carne de ángel, y de oro muy fino la hierba de tu monte de Venus. Tu desesperación la noto en mis labios y al fondo del corazón. Quiero a mi mujer, quiero a Isabel, pero te deseo desde que te vi la primera vez, y ahora me miras en silencio. ¿Me atreveré a rozarte la mano? Ayúdame, Rebeca, acerca un poco los labios. Acércalos. Los labios. Sí, sabes lo que te estoy diciendo. Los ojos hablan más que los labios. Acércalos, Rebeca. Tus labios, acércalos sólo un poco. Un gesto, un leve gesto y te como.

Rebeca miró de nuevo a mi padre. No importaba esperar, de pronto era una delicia aquella espera, porque no podía durar. No podía durar, de ninguna manera. La vida era durísima siempre, pero sobre todo si no atendías a tus deseos más ciertos, a tus sueños más reales, entonces el hastío te clavaba dos clavos en cada mano y te crucificaba en el poste de la desesperación. En ese momento ya podías decir, borracha y llorosa y con el rímel corrido: he aquí a la mujer... Claro que era mejor estar borracha y llorosa que postrada... Pero ahora no estoy borracha y deseo a este sujeto, y lo voy a besar como besaba la reina de Saba. ¡Cobarde! ¿Aún no te decides? Acércate y verás. ¡Dios mío! ¿Y si de pronto llega Ignacio? No creo... Ha tenido que irse hasta Izarán. Una hora ir y otra volver. Además, seguro que le han invitado a merendar, siempre le invitan. No llegará hasta las nueve... Y yo aquí con Emilio, pidiéndole a Dios que derrame sobre nosotros toda la lujuria que guarda en su oscuridad. Le dejaría entrar muy adentro y le

diría al oído: Emilio, ¿por qué me persigues, con tus ojos y tus bucles y tu voz y tu sonrisa? ¿Sabrías devorarme sin que se nos cayera el mundo encima? ¿Y si se nos cae? Yo lo deseo, Emilio: que el mundo se nos caiga encima, que este valle se nos caiga encima, y los árboles que ululan, y las nubes constantes, y la niebla, y el chirimiri. ¡Deseo que todo esto se nos caiga encima! Emilio, Emilio...

Mi padre sintió que el rostro de Rebeca le atraía con una fuerza imparable y se dejó arrastrar. Empezó a besarla, al principio suavemente y después con ansiedad.

Más tarde rodaron abrazados sobre la alfombra diciendo frases que se deslizaban como por debajo y por encima de sus conciencias.

–Te quiero.

–Es como respirar por fin. Llevaba pensando en ti noches y noches. Todo este verano de fuego y de lluvia. Todo este verano de locura llevaba pensando en ti.

Mi padre no fue el único hombre que deseó ese verano a Rebeca. También la deseó, hasta el dolor y hasta la vergüenza, mi tío Leandro Robles, que vivía en Lisboa y que vino a visitarnos a finales de verano. Como Leandro era un viajero cómodo y hedonista, debió de emplear en el viaje unos dos días y medio, y llegó en su automóvil reluciente, con buena cara y su traje inglés color canela.

Leandro llevaba viviendo en la capital portuguesa desde los quince años, época en la que huyó de la casa arruinada de sus padres y decidió construirse a sí mismo. En Lisboa había pasado tiempos muy duros, y sobre todo al principio. Él mismo contaba que su primer trabajo había consistido en vender por las calles hilos y agujas. Todo el día recorriendo las calles de Lisboa para que al final del día le pagasen con una simple cena, no demasiado abundante. Pero veinte años después era el representante de una franquicia de Macao, se ganaba bien la vida e iba a menudo a París y Roma. Leandro solía contar con orgullo que había besado la mano de Pío XII en Roma y la de Marlene Dietrich en París, cuando la actriz salía de la Ópera, y que eso lo hacía merecedor del cielo.

A los cincuenta y siete años, era un vividor obsesionado con las mujeres. Y no en vano, nada más llegar a la casa de la roca descubrió a Rebeca en la terraza y tembló como un adolescente. Pero también le sorprendí mirando con deseo a mi madre y a la señora del café Loyola.

Leandro organizaba sus días con una seriedad tan impecable que nos dejaba admirados. Desayunaba a las nueve en punto, en una mesa que le colocábamos en la terraza, y le servían mi padre y mi madre. Consumía siempre tres tazas de té que él mismo traía de Lisboa, tres magdalenas, una tostada con manteca y miel, un racimo de uvas y dos

manzanas asadas y aliñadas con limón y nata.

Con el cuerpo satisfecho y el ánimo sereno, salía a pasear con su bastón de plata y ébano por las orillas del Urola, a veces hacia Azpeitia, a veces hacia el santuario, a veces hasta el bosque de tejos. En alguna ocasión, nos llevaba con él a Beatriz y a mí y nos hacía preguntas sobre Rebeca que contestábamos con vaguedad e indiferencia.

Leandro nos observaba en silencio, fijándose en nuestros ojos brillantes y recordando quizá su propia infancia. Yo también le miraba con mucha atención, aunque por otras razones. Para mí Leandro estaba lleno de misterio y sentía hacia él una gran admiración. Todo en mi tío me parecía enigmático: sus juegos con el bastón, o cuando se quedaba mirando al vacío como si se acordase de algo o de alguien, o cuando sacaba un espejo del bolsillo y se depilaba las cejas, o cuando encendía un puro y apenas lo chupaba, limitándose a degustar a cierta distancia el aroma que desprendían los hilachos de humo...

Tras el paseo matinal, Leandro tomaba una copa de oporto en el café Loyola. Luego regresaba a casa, escribía alguna carta a sus amigos de Lisboa, y entraba en el comedor, donde almorzaba en familia.

Después de la comida permanecía un rato contemplando a Rebeca desde el cercado de los cipreses y luego se iba a hablar con su hermano Camilo a la residencia de los jesuitas.

Camilo transigía mucho con sus propios desahogos sexuales, pero con los de su hermano no, y lo trataba de disoluto y libertino cuando Leandro se veía obligado a confesarle que en Lisboa tenía dos amantes y que a menudo se iba con prostitutas.

Una tarde, al regresar de la residencia, mi tío Leandro debió de sorprender a mi padre y a Rebeca restregándose en la terraza. Seguramente le dolió ver en brazos de mi padre a la mujer que más deseaba en ese momento, o quizá no. En cualquier caso, al día siguiente le debió de decir algo a su hermano. Tres días después, le pasó a mi madre una generosa suma de dinero por los servicios recibidos, y regresó a Lisboa tan irreprochablemente como había aparecido, dejando tras él el aire nostálgico de los que se han criado junto al Atlántico.

> El gran rey Leovigildo, nacido en el año 568, fue un unificador, acabando con el reino suavo, sometiendo a los vascones y recobrando la mayor parte de las plazas que los bizantinos tenían todavía en el Sur.
>
> Leovigildo es considerado el fundador de Vitoria; fue hábil administrador y gran monarca. Estableció su corte en Toledo y rodeó su trono de todos los esplendores de la realeza; pero manchó su brillante carrera asesinando a su hijo Hermenegildo que se había convertido al cristianismo adoctrinado por su tío Leandro.

Nos estábamos preparando para el examen de ingreso en el bachillerato, que iba a tener lugar en Oñate dos meses más tarde, y corría el rumor de que una de las preguntas que iban a hacernos versaría sobre los famosos reyes godos, a los que el régimen político de aquel entonces tenía en gran estima, y como muchas veces los rumores daban en el blanco la maestra nos estaba refrescando la memoria y leyéndonos todo el capítulo sobre los godos.

Yo la escuchaba tembloroso y asombrado de que el desdichado Hermenegildo fuese ajusticiado por su padre y de que, como yo, tuviese un tío llamado Leandro. Pensé que no sólo el mundo, también la Historia, era un pañuelo. La maestra nos miró con cara de circunstancias y murmuró:

–No penséis que todo lo que acabo de leer es verdad, porque no es cierto que Leovigildo sometiera a los vascones. Los godos nunca sometieron a los vascones; bueno, quizá llegaron a someter alguna aldea sin importancia pero de todas formas...

Mientras la maestra hablaba y rebatía, como solía ser su costumbre, el texto escolar, yo sólo pensaba en el hecho que había manchado «la brillante carrera» de Leovigildo, al que empezaba a poner cara. Curiosamente, se parecía a mi padre. De pronto, pensé que mi padre quería matarnos a mi madre y a mí, y que aquello que acababa de leer la maestra era una especie de revelación del destino. En parte me equivocaba; más que matarme a mí o matar a mi madre, mi padre quería matarse a sí mismo: convertirse en otro. Todos queremos convertirnos en otro varias veces en la vida, y por eso se estaba arrojando a los brazos de la madre de mi amiga.

¿Y si alguien te regalara las bragas de tu mujer?

Domingo de sol en el cercado de los cipreses, bajo un toldo blanco y rojo. Desde la radio del coche de Ignacio llegaba la voz de Petula Clark: *Vuelvo a la playa / donde te conocí / y el mar me canta así: Downtown*.

Las mujeres llevaban vestidos escotados y bebían cerveza. Mi padre y Rebeca estaban alegres, en cambio Ignacio y mi madre parecían preocupados y tristes. *Y los amigos / que antaño dejé / van saludándome: Downtown.*

Mi madre se movía con cierto nerviosismo y prefería no mirar a Rebeca y a mi padre. No necesitaba hacerlo. Podía adivinar perfectamente sus caras, y hacía tiempo que había detectado algo más: una atracción involuntaria que les traicionaba, como si siempre buscasen respirar la misma corriente, como si, inconscientemente, tendiesen a estar siempre dentro del mismo círculo de deseo, incluso cuando los demás estaban presentes. *Lo veo todo igual, / nada ha cambiado en el ambiente / y con la mirada / yo te busco entre la gente.*

También se había dado cuenta, mientras atendía a la canción de Petula Clark, de la propensión de Rebeca a hacer posturas y a enseñar las bragas. Había que estar ciega para no darse cuenta de eso.

Necesitaba ser mirada con deseo, se lo exigía toda la extensión de su cuerpo, sus piernas y su vientre y su cerebro. *Ya te vi, radiante, sí, / tu cara alegre, / vienes corriendo, / desde lejos sonriéndome.*

Daban ganas de romper el tablero y las fichas y decir: ahí os quedáis con vuestro juego. O mejor: daban ganas de matarla. Mi madre se volvió finalmente y comprobó todo lo que estaba pensando. Mi padre se hacía el ausente, mientras fumaba un cigarrillo y tarareaba *Downtown*, pero mi madre sabía que acababa de desviar la mirada de las piernas de la mujer de Ignacio. Rebeca quería parecer radiante... ¿Sólo parecer? Quizá estaba pasando un momento radiante, o que para ella resultaba radiante, tras mucho tiempo en una cama de olor a sudor y a fiebre. Y claro, se reía a carcajadas, sentada sobre la valla de madera. Como quien no se da cuenta levantaba las piernas, y otra vez las bragas de seda que Ignacio le traía del otro lado de la frontera... Mi madre encendió un cigarrillo y, en lugar de maldecir a Rebeca, se maldijo profundamente a sí misma mientras escuchaba el final de *Downtown*. Le dolía que una canción tan alegre y tan estúpida fuese la música de fondo de su amargura. *Ciao, ciao, / yo voy gritándote. / Ciao, ciao, / tú contestándome / ven a mis brazos mi amor.*

Le dolía que mientras ella se había contenido siempre, no alimentando deseos que si se cumplían no iban a dejar nada en su sitio, otros se daban revolcones clandestinos y luego simulaban que nada había cambiado en el ambiente.

> No esperes a que nadie te descubra y te proteja. Has de valerte por ti mismo, y no te será difícil conocer tus aptitudes, pues estas suelen manifestarse temprano y con mucha espontaneidad. Mozart tocaba el clavicordio y componía minués a los cuatro años, Goethe escribía tragedias a los nueve, Bacon comenzó a los diez años un ensayo contra Aristóteles, y el gran escultor Canova descubrió su talento a los cinco años, modelando un león con mantequilla en la casa del augusto Faliere, que al ver el león decidió enviar al niño a estudiar con los más reputados escultores de Roma.

Era la hora de lectura y el profesor que a veces sustituía a la maestra empleaba un libro recomendado por el Régimen. Se titulaba *Muchachos del porvenir: libro de orientación en la vida para niños y adolescentes*, y asustaba por su brutalidad, pero al profesor le gustaba mucho y se sabía algunos párrafos de memoria.

Beatriz era la que leía una vez más en voz alta, y mientras la escuchaba me preguntaba si ella y yo habíamos descubierto nuestro destino. Sin la menor duda nos estábamos retrasando. Teníamos diez años, cierto, pero ¿tocábamos el clavicordio? ¿Habíamos compuesto algún minué? ¿Habíamos escrito alguna tragedia? ¿Habíamos

comenzado algún ensayo contra Aristóteles? No, no, no, ni siquiera habíamos hecho un león de mantequilla como el que le había abierto a Canova las puertas de Roma. Ni ella ni yo habíamos visto nuestro camino, si bien el autor del libro aseguraba que no iba a sernos difícil. Aunque quizá nuestro destino era amarnos, amarnos como habíamos observado que se amaban su madre y mi padre, pensé mientras el profesor le ordenaba a Beatriz que volviese a leer el párrafo para que nos percatásemos de su profundidad y su clarividencia: *No esperes a que nadie te descubra y te proteja...*

Las sentencias del libro nos habían dejado con el alma achicada, creándonos una sensación de provisionalidad que parecía reflejarse en la realidad y en los movimientos furtivos que Beatriz y yo detectábamos a diario. Esa era nuestra situación cuando volvió a aparecer Camilo. Habló con mis padres un rato y al mediodía pidió permiso para llevarnos con él de excursión. Se iría con nosotros a San Sebastián, a pasar el día.

A todos les pareció correcto, pero había un problema: esa mañana Alvar estaba jugando con Beatriz y conmigo, y no quería quedarse solo. Camilo decidió llevarnos a los tres y, tras pasar por el hotel Arocena para informar a los padres de Alvar que se llevaba al chico con él, tomamos la dirección de San Sebastián.

Ya nos hallábamos cerca del túnel del monte Igueldo cuando Camilo detuvo el coche, se quitó la sotana y se quedó vestido de paisano. Llegamos a San Sebastián y fue en el paseo de La Concha donde empezamos a detectar en el jesuita un cierto nerviosismo. Era un día radiante de verano y la ciudad estaba llena de turistas franceses y mujeres con pantaloncitos como los que llevaba Brigitte Bardot.

Una mujer vestida de negro hizo un gesto desde la entrada del hotel Londres y los tres nos percatamos de que mi tío movía la cabeza indicando aprobación.

–Bueno, chicos –dijo de repente–. ¿Qué os parece si os dais un baño?

–¿Usted no se va a bañar? –preguntó Beatriz.

–No de momento. Seguidme.

Le seguimos hasta la playa. Camilo se detuvo a unos veinte metros de la cafetería y tendió sobre la arena tres toallas. Luego encendió un cigarrillo y dijo:

–Aquí os quedáis. Ya le diré a la camarera de la cafetería, que es de Loyola, que os vigile de vez en cuando, aunque es de suponer que vuestro comportamiento va a ser intachable. Yo me voy a ausentar dos horas. Y esto para que os compréis unos helados –dijo pasándole a Alvar cinco duros. Luego le miró con severidad y murmuró–: Alvar,

eres el mayor y te concedo el poder de la manada. Sé firme y correcto y no creéis problemas. ¿Me has entendido?

–¡Sí señor! –contestó Alvar, casi temblando.

Camilo desapareció entre los bañistas que abarrotaban la playa. Desde el lugar donde nos hallábamos, vimos a mi tío acercarse a la mujer y desaparecer con ella tras los tamarindos. Beatriz y yo pretendimos bañarnos, pero Alvar nos lo prohibió con una voz clara y potente, como si las palabras de mi tío lo hubiesen hecho repentinamente mayor y le hubiesen llenado de dignidad y gobierno. Y mientras comíamos helados estuvimos hablando de Camilo y de la mujer vestida de negro.

–¿Creéis que el tío de Ciro tiene novia? –preguntó Beatriz.

Alvar la miró circunspecto y contestó:

–Tiene varias novias, como Drácula. El mes pasado le vi con Petra, la viuda del hotelito Uzía. Pero no era Petra la que le aguardaba antes, era otra. No sé si me explico.

Hacia las dos de la tarde Camilo volvió a la playa para recogernos. Primero nos llevó a comer a la parte vieja y luego nos invitó a un refresco en la terraza del Londres. Allí encendió un habano, y aprovechando la momentánea ausencia de Alvar, que había ido a comprar helados al puesto de la playa, musitó:

–Voy a deciros una cosa, niños, detecto en vosotros un comportamiento que se acerca demasiado al de los mayores. Eso que hacéis a veces, cuando creéis que no os veo, ¿dónde lo habéis aprendido?

–En el cine –dije yo.

El jesuita miró a Beatriz con la intención de amedrentarla y ella empezó a temblar.

–¿Sólo en las películas?

–No –dijo ella–. También se las vemos hacer a nuestros padres.

–¿De veras? ¿Quién con quién?

Me adelanté astutamente y murmuré:

–No le entiendo, tío. ¿Quién con quién? Pues mi padre con mi madre y Rebeca con Ignacio.

Mi tío me apartó con desdén, posó sus dos manos en el rostro de Beatriz y dijo con voz fría:

–¿Te atreverías a decir lo mismo que Ciro? Beatriz sacó fuerzas de donde no creía tenerlas y mirando al jesuita con igual frialdad contestó:

–Sí.

Ignacio salió a las siete de la tarde de la casa de su última visita, un bungaló al lado del río en el que se estaba muriendo una niña de

leucemia, y finalmente se dirigió a Loyola.

Ya se hallaba a un kilómetro de la roca cuando vio a mi madre sentada en el pretil que separaba la carretera del río y frenó:

–¿Qué haces aquí? –preguntó Ignacio, lleno de asombro.

–Estaba esperándote –contestó mi madre.

El cuerpo de Ignacio se quedó paralizado, pero su cabeza empezó a girar a velocidades desmedidas. Mil ideas opuestas se cruzaban en su mente conformando pensamientos monstruosos.

Mi madre esbozó una sonrisa amarga y susurró:

–Imagínate que me hubiese vuelto puta. Este es un buen sitio... Pasan muchos camioneros... Tú podrías ser uno de ellos.

–No hagas bromas, Isabel... A ti te pasa algo.

–¿Y a ti no?

Mi madre sacó del bolsillo de su vestido unas bragas rojas y se las tendió a Ignacio:

–Devuélveselas a Rebeca. Dile que son preciosas y que estoy tentada de comprarme unas iguales...

Ignacio ya tenía la prenda en sus manos cuando mi madre se subió a su bicicleta y desapareció tras los árboles. Ignacio permaneció inmóvil unos segundos, incapaz de reaccionar, hasta que se le iluminó la cabeza y corrió hasta la casa. Procurando no hacer ruido, abrió la puerta, cruzó el pasillo y salió a la terraza. Fue allí donde vio a Rebeca y a mi padre. Rebeca gemía suavemente mientras mi padre se cimbreaba sobre su espalda y besaba su cuello y su nuca.

Rebeca elevó la cabeza y al descubrir las piernas de su marido dio un grito de asco y cerró los ojos. Ignacio abandonó la terraza y miró a su alrededor, aturdido y mareado, dándole vueltas a lo que acababa de ver. Notó que casi no se tenía en pie y se sentó en la escalera exterior. Desde el interior de la casa llegaban susurros y gritos.

¿...?

Ya en Loyola, mi tío pasó por la hospedería del santuario para entrevistarse con un superior. Mientras lo hacía, nos dejó a Beatriz, a Alvar y a mí esperándole en su despacho, circunstancia que aprovechamos para fisgonear. Pasamos un buen rato mirando álbumes de fotos. Mi tío en Pekín en 1946, mi tío en un arrozal, mi tío con unos chinos, mi tío en la Gran Muralla, mi tío en una ciudad que ya no parece china, aunque sigue siendo oriental... Pero lo que más nos impresionó fue una fotografía enmarcada que el jesuita tenía sobre su mesa de trabajo y en la que se veía una escalinata muy larga que subía serpenteando una montaña. Cuando el jesuita volvió a aparecer era ya noche cerrada. Beatriz y yo le preguntamos por la imagen de la fotografía. Mi tío nos dijo:

–Son las escalinatas de Taishan. Conducen a un lugar que se llama la Puerta del Cielo y tienen siete mil escalones. Necesitas todo un día o toda una noche para llegar a la Puerta del Cielo. Lo cual, bien mirado, no es demasiado. En China era más fácil ganar el cielo que aquí. Pero tenemos que irnos, chicos. Vuestras madres se van a preocupar.

Ya en la calle, el jesuita se adelantó en dirección al coche y Beatriz

me dijo:

–Me gustaría viajar algún día a China. ¿Me prometes que subiremos juntos las escalinatas de Taishan?

–Te lo prometo –contesté.

Alvar corrió hasta nosotros furioso y gritó:

–¿Qué estabais planeando?

–Un viaje a Taishan –dijo Beatriz–, donde están las escaleras de la fotografía.

–¿Sin mí? –rugió Alvar.

–Bueno –dijo Beatriz conciliadora–, tú también podías venir.

En ese momento una señora vestida de negro, que parecía la imagen de la muerte, nos saludó. En Loyola todo el mundo nos saludaba a Beatriz y a mí, que teníamos la fortuna de que nos considerasen de allí. Lo digo porque pertenecer a Loyola era para los nativos del mayorazgo asunto de infinito alcance, pues tácitamente consideraban que Loyola era el lugar más importante del mundo y que los asidos a él estaban galvanizados contra la adversidad en un grado relativamente superior al resto de los mortales. Pensaban que se debía a la naturaleza del lugar, un lugar señalado por el Destino, señalado por Dios y señalado por la Historia, y que no en vano había sido la cuna de Íñigo el Magnífico, pastor de pueblos. Pero su naturaleza venturosa también se debía al mucho mármol de todas las regiones de la tierra que se cobijaba en la basílica. Y no había que olvidar que la acumulación de piedras salutíferas producía efectos muy benignos sobre la mente y el cuerpo, se sabía desde antiguo, como tampoco había que olvidar que la basílica era una máquina de piedra de una belleza tan radiante, si bien en tonos grises, que, salvando las distancias y los estilos, sólo se podía comparar al Taj Mahal, como nos vino a decir esa misma noche un jesuita que había nacido en Loyola ochenta años atrás. Respondía al nombre de Anastasio y ya empezaba a estar en el otro mundo. Ayudado por un bastón, había acudido a nuestro encuentro y tras acariciar nuestras cabezas nos había regalado aquel discurso tan sorprendente, como si creyera que estaba a punto de ocurrirnos algo terrible, y quisiera indicarnos que nosotros podíamos soportar mejor que los demás los peores golpes de la vida, en buena medida debido a los dones del lugar.

Finalmente mi tío consiguió poner en marcha el coche. Nos despedimos del padre Anastasio y corrimos hacia el automóvil con sus palabras resonando en nuestras cabezas.

–Tarde o temprano tenía que pasar –dijo mi padre, sacudiéndose la ropa–. Tenía que pasar, tenía que pasar...

Rebeca se alisó el vestido:

–¿Tanto te preocupa?

–Claro que me preocupa...

–¡Cobarde! Yo sí sé lo que hago, porque lo hago a conciencia, y hasta el final, como cuando hacemos el amor... ¡Deseaba tanto este momento que en realidad lo provoqué al no pedirte las bragas que me guardaste el otro día, y que seguro que ya han llegado a manos de Isabel!

–¡Zorra!

–¿Eso es lo que crees?

–Sí.

–Me extraña... Y además si te gusto es porque soy un poco más zorra que tu mujer, un poco más sabrosa... Vayámonos de aquí esta misma noche...

–Tú puedes hacerlo, pero yo no...

–¿Y por qué no?

–Antes quiero despedirme de mi mujer, de mi hijo, del hotel... Si me voy ahora me considerarán una especie de prófugo... Irán tras de mí... ¿No lo entiendes?

–No.

–¡No puedo creer que no lo entiendas!

–¿Quieres a tu mujer?

–No más que a ti.

Rebeca le dio un tortazo.

–¡No fue eso lo que me dijiste hace un rato!

–Nos estamos volviendo locos...

–¿Ahora te enteras? Yo me marcho hoy mismo... Voy a llamar al taxista del apeadero... No me apetece enfrentarme a Ignacio, se acabó, se acabó... Y a mi hija ya la veré la semana que viene...

–¿Dónde?

–A ser posible en San Sebastián... Me voy a casa de mis padres... Si te atreves a venir conmigo, puedo esperarte en un hotel...

–Te juro que el domingo me tienes en San Sebastián... Ahora sólo pienso en cómo enfrentarme a Isabel. Va a ser espantoso...

Cuando mi tío llegó con nosotros a la casa de la roca, encontró a mi padre en la cocina, en la postura de *El pensador* de Rodin, y a mi madre lloriqueando en el dormitorio. Como mi padre no quería hablar, el jesuita se acercó a mi madre, que enseguida le puso al corriente de lo sucedido.

Tras escuchar el relato de mi madre, Camilo señaló acusadoramente a mi padre.

–Eres un malnacido –dijo–, y mereces que te arroje barranco abajo...

Mi padre se echó a llorar.

–Se acabó este sitio, para ti, para tu mujer, para tu hijo... Se acabó –clamó el jesuita.

–Yo no pienso volver con él –dijo mi madre.

–Tú volverás con él como ordena Dios –gritó Camilo.

–Ni lo sueñe... Estoy más que cansada de todo este asunto... Yo me marcho con mi hijo a Zumaya y se acabó...

–Tú te quedas con Emilio... Hay que saber perdonar, Isabel...

Mi madre estalló en carcajadas sardónicas antes de gritarle al jesuita:

–Más le valiera a usted callarse y, antes de censurar a los demás, decirnos qué fue a hacer a San Sebastián...

–¿Qué insinúas? –rugió Camilo.

Mi madre le miró con desprecio, se ocultó en su cuarto, se arrojó a la cama y se echó a llorar. Yo corrí en busca de Beatriz. No soportaba aquel inesperado escalofrío que consistía en no tocar fondo, en no tocar mundo, y me daba más miedo que nunca la casa de la roca.

Subí la escalera exterior y, desde la terraza, llamé a la ventana del cuarto de Beatriz. Ella me abrió y los dos nos echamos a llorar.

–Pero ¿qué pasa?

–Mi madre se ha ido a San Sebastián porque la han sorprendido con tu padre... Ahora mi padre quiere marcharse a Hendaya, a la clínica donde trabajaba antes de venirnos a Loyola.

–¿Y tú?

–Mi abuela ya está en camino. Me va a llevar a su casa una temporada...

–No puede ser... Yo creo que esto es sólo una pesadilla, Beatriz.

–Te acuerdas de cuando teníamos seis años, o siete... Ya éramos tan novios... Eso nos hizo diferentes...

–Sí.

–Nos hizo crecer demasiado...

–Sí.

–Quiero morirme, Ciro.

–No digas eso.

–Quiero morirme.

En ese momento Ignacio irrumpió en el cuarto. Al vernos abrazados montó en cólera y nos golpeó a los dos con toda la rabia que le quedaba en el cuerpo. Después me echó a patadas de su casa y me perdí por el camino del cercado gimiendo como un perro sin amo.

A media noche empezó a llover. Mis padres seguían discutiendo y

volví a la casa de Beatriz. Su cuarto no estaba iluminado. Golpeé la ventana y no obtuve respuesta. Entonces llamé a la puerta y abrió Ignacio.

–¿Qué quieres?

–Quiero ver a Beatriz –dije con obstinación–. Necesito ver a Beatriz.

–Olvídate de ella para siempre –clamó Ignacio, y cerró la puerta.

Di algunos pasos y me derrumbé sobre la escalera. Hasta que volví en mí, miré a mi alrededor, recordé lo que me había dicho Ignacio, y me dirigí a mi casa. Acerqué el oído a la puerta y oí al jesuita discutir con mis padres.

Camilo hablaba de molicie, de corrupción, de adulterio, de deslices absolutamente repudiables. Él ya había notado algo raro en todos los de la casa, empezando por los niños... Él había visto a los niños en situaciones bien inquietantes. Y claro, en alguna parte tenían que haberlo visto.

Me alejé de la puerta y me perdí por el camino de los avellanos. Una vez más, oí el grito de María y me acerqué a la casa de la ciénaga, hasta que no pude soportar el gemido, y volviendo tras mis pasos, descendí hasta la roca. Fue entonces cuando vi a mi padre salir furioso de casa, subirse a la moto, arrancar y perderse tras el cercado de cipreses.

Esa noche empezó una de las épocas más sombrías de mi vida. Acababa de cumplir once años, tenía toda mi memoria afincada en Beatriz, toda mi existencia, y de pronto me apartaban de ella. ¿Para siempre? Tales eran las preguntas que me hacía cuando llamó a nuestra puerta un camione–ro esquelético que con voz entrecortada nos habló de un accidente junto a la cascada. Bajamos con él hasta la carretera y vimos una moto empotrada contra un camión lleno de barras de hierro. Entre la moto y el camión se hallaba mi padre y parecía muerto.

Todo mi universo volvió a cambiar de repente, y más tarde pensaría que eso era justamente un accidente: la ruptura de una cadena de hechos que suponíamos tan previsible como inmodificable.

Para mi madre fue un doble suplicio. Aún no había asimilado la infidelidad de su marido, y de pronto se veía obligada a lamentar su suerte. Cuando los días son muy densos por su contenido de dolor y de desconcierto, podemos envejecer en unas horas más que en varios años. Y supongo que mi madre envejeció mientras le pedía al Cristo de la capilla de la clínica que derramase su bondad sobre el accidentado, todavía en el quirófano.

Mi padre ya llevaba un mes hospitalizado cuando recibió una carta

de Rebeca. Con palabras tan temblorosas como distantes, Rebeca lamentaba su accidente, se alegraba de que hubiese salvado la vida, y le confesaba que había roto con Ignacio y que se había instalado en Madrid. Se trataba de una carta de despedida, más fría de lo que mi padre deseaba, que le sumió en la angustia y la postración, a pesar de que ya tenía decidido no volver a verla nunca más.

En esa situación estaban cuando volvió a aparecer mi tío Camilo para decirnos que abandonaba la Compañía de Jesús por discrepancias graves con sus superiores, cada vez más ordinarios y obreristas, y que volvía a ser un simple cura. Don Marcelo, el obispo de Astorga, con el que mantenía una estrecha relación desde su época de seminarista, se había alegrado de su decisión y lo requería para convertirlo en su secretario.

Camilo vio a mis padres tan deshechos que tomó la decisión de llevarme con él mientras mi padre permaneciese hospitalizado.

El cuerpo y el alma aprenden, con la experiencia, a adelantarse a lo peor, pero yo carecía entonces de experiencia y no estaba preparado para lo que me esperaba en Astorga, ciudad en la que iba a residir a partir de ese momento mi tío.

El viaje fue primero en tren, hasta León y, ya en León, un automóvil del obispado nos fue llevando hasta Astorga, una cálida tarde de agosto de 1965.

En Astorga nos estaban esperando Marta, una solterona adusta, y mi prima Clara, cuyo padre militar se hallaba en el Sahara. Clara tenía dos años más que yo y Marta la trataba con mucho mimo, como si fuese su hija. Las dos ya se habían instalado en un pequeño piso del palacio episcopal cuando llegamos.

Por ser una población estratégicamente situada en pleno camino de Santiago, Astorga era ciudad episcopal desde antes del siglo X. A finales de 1886, el palacio episcopal fue pasto de las llamas y el entonces obispo Joan Baptista Grau, que era catalán, encargó el proyecto del nuevo palacio a Gaudí. En 1889 comenzaron las obras, y se hallaban ya muy avanzadas cuando el obispo Grau falleció, y empezaron las dificultades. Las obras fueron interrumpidas por falta de fondos y la reiniciaron otros arquitectos a partir de 1894 y hasta 1914. El edificio continuó inacabado hasta que en 1936 se convirtió en la central de la Falange Española de Astorga y en el albergue de los oficiales de Artillería.

Ahora la diputación quería finalmente reparar todos los desperfectos causados por los falangistas y los militares, concluir definitivamente el palacio y convertirlo en un museo. Las obras se iban a reiniciar en unos meses. Por eso el obispo don Marcelo había

decidido que mi tío habitase un apartamento de la planta baja, provisto de cocina, comedor y tres habitaciones, que antes había sido ocupado por el conserje de la residencia militar. Así podría tener informado al obispo de todos los tratos con la Diputación y de la naturaleza de las obras que iban a ejecutar, y que don Marcelo quería supervisar pues se consideraba un entendido en arte y un amante de Gaudí.

La tarde de nuestra llegada, todo el barrio catedralicio me recibió con júbilo. Me besaron, me abrazaron, me preguntaron mil veces cómo me llamaba, me zarandearon, me colmaron de golosinas, pero lo cierto es que tan sólo tres meses después ya nadie me hacía caso, excepción sea hecha de la señora Patricia, una matrona cuya casa, grande y poblada de hijos y de gatos, fue mi verdadero hogar durante buena parte de mi estancia en Astorga.

La convivencia no empezó mal, pero no tardó en degenerar, en buena parte debido a que formábamos una unidad insostenible donde nadie era el que parecía ser. El que hacía de padre no era un padre, al menos no en sentido familiar, la que hacía de madre tampoco era madre (y no en vano Marta había leído diez veces *Yerma* y las diez había llorado) y los que hacían de hijos, mi prima y yo, no éramos hijos, al menos no de Camilo y Marta.

El nuevo mundo al que me habían arrojado me parecía muy enrarecido pero, hasta que no quedaron atrás las navidades, no reconocí que me hallaba en el infierno. Pensaba todos los días en Beatriz, con mayor frecuencia que en mi madre, y me había hecho amigo de un niño de mi edad en cuya casa merendaba todas las tardes. La profesora de la academia a la que iba hasta entonces me había cogido un gran cariño y empecé a considerarla mi segunda madre. Como estaba previsto que siguiera presentándome a los exámenes finales en Oñate, mi tío optó por las academias en lugar de por el instituto, y a mí no me importaba, pues me sentía muy amparado por doña Elvira. Desgraciadamente, pasadas las navidades, Marta empezó a sentir una pasión secreta, que le carcomía el alma, por el profesor de la academia que teníamos enfrente: don Mario, que llevaba viudo más de un lustro. Así que el 8 de enero, mientras contemplaba el asilvestrado jardín del palacio, Marta murmuró:

–Te veo muy suelto últimamente y creo que necesitas un poco de disciplina. Olvídate de doña Elvira.

–¿Por qué?

–Porque vas a cambiar de escuela. Hoy mismo vas a empezar a ir a la de don Mario, te queda mucho más cerca y es mucho más seria. Ya he hablado con don Mario y está de acuerdo.

Deseé arrojarme sobre Marta y morder sus manos y sus piernas, pero no me quedó otro remedio que obedecer. La nueva escuela me

parecía fría e inmensa, y como era el más pequeño me pusieron en la última fila, donde me sentía perdido y desterrado. Como Marta no se ocupaba de mí, solía ir sucio, desgreñado y con el pelo demasiado largo y todo el mundo, empezando por don Mario, me empezó a ignorar.

Mi tío estaba frecuentemente de viaje y seguía llevando una vida principesca. Fumaba puros con la vitola del episcopado, bebía los mejores vinos, sonreía mucho a las mujeres, a las que solía confesar y a las que seducía desde el espacio mismo de la confesión, y manifestaba un gran desprecio hacia toda clase de filosofías igualitarias. En las temporadas que se hallaba fuera de Astorga, Marta escatimaba la comida conmigo y me dejaba días enteros encerrado en el jardín. Empecé a padecer una especie de regresión psicológica. Me daba miedo la gente y pasaba el tiempo subido al tilo del jardín, oculto en su copa como un feto en el útero o un autista en su placenta simbólica, pensando siempre en Beatriz y sintiéndola cada vez más lejana, como un mundo perdido.

Marta y Clara salían con frecuencia a la calle, y entonces la primera cerraba con llave la puerta y yo me quedaba solo en medio de aquellos espacios que amplificaban mi soledad. Entonces no me quedaba otro remedio que imaginarme que estaba con Beatriz recorriendo el palacio. Llegaba a visualizarla tan claramente que era casi lo mismo que materializarla. Una y otra vez recorríamos juntos los sótanos de estilo mudéjar y llenos de cachivaches y de restos de cuantos habían pasado por allí en los cincuenta últimos años: baúles destripados, ropas de antes de la guerra civil, espejos cuarteados, libros roídos por las ratas, una trompeta militar abollada, uniformes enmohecidos, sillas y butacas rotas, la cabeza de una muñeca de porcelana, la pierna de otra muñeca aún más antigua con una media de corista y una liga roja, un busto de Franco, una gramola y una pistola..., una pistola que empuñé enseguida y, tras apuntar al retrato de un obispo que pendía de la pared, apreté el gatillo. La detonación nos dejó paralizados y veíamos caer al suelo los trozos del cristal como en una película a cámara lenta.

Arrojé la pistola a un baúl abierto, salimos corriendo del sótano, y subimos a la planta baja, llena de puertas trancadas tras las que creíamos oír ruidos misteriosos que nos llenaban de espanto. Desde allí accedíamos a la planta principal, donde estaba la capilla, con los vitrales proyectando sobre nosotros una luz irreal y los santos observándonos desde su mudez. Luego nos perdíamos por la sala del trono, el antiguo despacho del obispo y la sala de armas del regimiento de Infantería, en la que sólo quedaban algunas sillas cojas y un retrato del Generalísimo. Era el lugar más desolador del palacio y tras sus altas ventanas se recortaba un cielo huraño y ennegrecido con

ganas de estallar. Yo miraba a Beatriz y le decía que aquello parecía un palacio de hadas, pero de hadas terroríficas que se reían tras las columnas de granito y las puertas cerradas.

Concluía siempre aquellos viajes saliendo al jardín y refugiándome en el tilo, único lugar donde me sentía seguro. Allí, acurrucado tras las ramas, volvía a ser consciente de mi soledad y desaparecía el fantasma de Beatriz, dejándome mudo y tembloroso bajo las frías estrellas. Afortunadamente, en ese momento acudían a mí los gatos. Había más de diez en el jardín y algunos se subían también al tilo, y allí permanecían horas enteras conmigo, silenciosos e inmóviles como figuras de caolín brillando a la luz de la luna.

–Soy el rey de los gatos como Tarzán es el rey de los monos –me dije a mí mismo en más de una ocasión.

¿Qué es la melancolía?

Acababa de llegar la primavera cuando una tarde plomiza de vientos cálidos se oyeron gritos en el barrio catedralicio y la gente salió de sus casas. Yo, que me hallaba oculto en el tilo, salí también. La calle Mayor estaba llena de gente que iba dejando paso a un hombre que corría en pijama gritando desesperadamente.

Se trataba de Nicanor, un alienado que ya había sido ingresado varias veces en el manicomio de León y que esa tarde había saltado de la cama presa de un ataque de pánico.

Nunca olvidaré cuando mi tío se plantó ante el loco, adelantó la mano y dijo: –Nicanor, ¿qué te pasa?

Nicanor se arrodilló ante él, sobre el suelo polvoriento y la atmósfera plomiza y alucinatoria, juntó las manos como un suplicante y empezó a gimotear mientras escupía:

–Estoy en el infierno, don Camilo. Usted no sabe lo que es estar en el infierno.

–Sí que lo sé –susurró mi tío–. Y te juro que nadie se merece estar en ese lugar.

Camilo comenzó a acariciarlo, como si sintiera que podía hacerse cargo de aquel temblor, atender a sus vibraciones más íntimas y

apaciguarlas.

Nicanor descansó un rato en la mirada de Camilo y fue entonces cuando creí contemplar por segunda vez la mirada de la locura, si bien era la primera vez que identificaba esa mirada con el infierno. Dócilmente, y sin dejar de mirar a mi tío, Nicanor se dejó guiar por sus hermanos.

Regresé al jardín aterrado y me refugié en el tilo, pensando en la locura y en el infierno, en la soledad y el abandono, pensando en aquel jardín tapiado, y en Beatriz, otra vez en Beatriz. Llegué a creer que estaba muerta. Luego pensé que quizá el muerto era yo.

Con la llegada del verano, mi tío decidió devolverme a Loyola en el coche del obispado.

El día mismo que nos marchamos estuvimos paseando por la catedral. Camilo me dijo que lamentaba haber hablado tan poco conmigo, y que sólo recientemente se había dado cuenta de mi situación, al verme una tarde acurrucado en el tilo.

Pero se olvidó enseguida de su irresponsabilidad y pasó a asegurarme que la catedral de Astorga era una de las mejores del mundo, justamente porque no era gótica, y que el gótico era un estilo despreciable y medio nórdico. Luego se acercó conmigo al coche y susurró:

–Hijo mío, nunca hagas demasiado caso a lo que piensan los demás, y construye tu propio estilo. No caigas en el espejismo de que todos somos iguales y aprende a disfrutar de la vida por tu cuenta y riesgo, experimentando tu propia diferencia –dijo, pasando por alto la naturaleza culta de su lenguaje. Hasta que se dio cuenta de mi edad, me miró algo perplejo y añadió–: Hoy, mientras nos acercamos a Loyola, nos vamos a parar en un restaurante francés que conozco y donde vamos a degustar las mejores ostras regadas con el mejor champán que puedes imaginar, muchacho. ¿Nos vamos?

Mi tío cumplió su promesa y estuvimos almorzando como dos obispos en una terraza cercada de lilas a las afueras de Zarauz. Al llegar a Loyola, mi madre casi no me reconoció, de tan delgado y asilvestrado que llegaba. En lo que a mí se refiere, tardé semanas en mirar a mi madre a la cara y años en mirarle directamente a los ojos.

Iba a comenzar el curso escolar y mi padre seguía en la clínica. Como estábamos faltos de fondos, mi madre determinó que continuase mis estudios en el colegio de La Salle de Zumar. No era el más próximo, pero sí el más «económico», como ella decía, y poseía además el prestigio de la severidad. Sus profesores tenían fama de ser implacables y de haber domado a auténticos cimarrones en tan sólo un año.

Los dados empezaron a rodar muy mal para mí desde el primer día de clase. Don Rodolfo, el profesor de Historia y Latín, comenzó a mirarme con odio.

Don Rodolfo era alcohólico y debía de tener unos treinta años cuando se cruzó en mi vida. Parecía un desterrado y procedía de Zaragoza. El coñac y el desarraigo no habían colaborado para suavizar su carácter y era muy violento con los alumnos, especialmente conmigo. Además tenía por hábito rebajarme las notas, y a veces me miraba como si quisiera fulminarme.

La tercera semana del curso, don Rodolfo me libró de quedar el primero de la clase gracias a una calificación injusta. Él mismo me lo dejó bien claro:

–No voy a consentir que quedes el primero gracias al dibujo, habiendo obtenido sólo un seis en matemáticas. Así que te voy a poner un siete en esta preciosa sirena que merecería un diez, movimiento que te conduce directamente al quinto puesto. No lo lamentes, en el fondo soy contigo profundamente misericordioso.

Le di la razón. El quinto puesto era muy cómodo y como estaba relativamente cerca del primero te hacía quedar bien ante la galería, y tus padres no gruñían al examinar tus notas. El primer puesto lo obtuvo aquella semana el hijo del ingeniero responsable de un puente megalítico que estaban construyendo en mitad del pueblo, y que se derrumbó dos veces.

Uno de aquellos días, tuve una sangrienta pelea con el alumno favorito de don Rodolfo y el profesor se encolerizó como pocas ocasiones en su vida, dándome una gran paliza ante todos mis compañeros.

Llegué a casa sucio y herido, pero preferí decirle a mi madre que me había caído de la bicicleta y esa noche maduré mi plan. Al día siguiente, acudí al amanecer al colegio, y con un martillo y un escoplo grabé sobre una de las columnas de piedra caliza la siguiente definición: «DON RODOLFO ES UN MATÓN Y UN GORILA SIN DOMAR».

Ese mismo día se armó en el colegio algo parecido a una revolución. Era imposible borrar aquellas letras talladas sobre la piedra con rigor de cantero y todos los alumnos leyeron mi mensaje y elogiaron mi valor. Un halo de prestigio casi satánico empezó a envolverme por primera vez en mi vida.

A la semana siguiente, me expulsaron del colegio y lo consideré una bendición. De seguir allí, don Rodolfo habría acabado vengándose de mí. Había además en la institución varios hermanos de La Salle pederastas, y uno de ellos me había empezado a mirar con devoción.

Tuve que continuar mis estudios en la academia Medrano, una institución privada conducida por dos solteronas afrancesadas que le hicieron a mi madre «un precio», y que me acogieron con amabilidad y elegancia. En tan sólo tres meses me convirtieron en un animal manso y laborioso. Aprobé con facilidad todos los exámenes finales, que solían llevarse a cabo en la antigua universidad de Oñate, y en Oñate volví a encontrarme con Sara, que ahora parecía más alta que yo y mucho más hermosa, y que si bien se dejaba acompañar por un muchacho de catorce años, hijo al parecer de un industrial de Bilbao, supo cultivar a su modo la amistad que la seguía vinculando a mí y pasé algunas tardes junto a ella. Sin demasiada esperanza, le pregunté si tenía noticias de nuestra antigua y común amiga Beatriz, pero Sara no sabía nada, y por lo que pude apreciar, lo lamentaba tanto como yo.

Mi padre ya llevaba año y medio fuera del hospital cuando Aurelio, el padre de Alvar, le ofreció la posibilidad de trasladarse con él a Pamplona para fundar una delegación de la editorial Gastón y Gilbert de Barcelona, empresa para la que Aurelio llevaba colaborando un tiempo tras haber abandonado su trabajo en el hotel Arocena. Mi padre aceptó el envite y a principios de noviembre ya nos hallábamos en Pamplona.

Recuerdo la última tarde que estuve paseando por los alrededores de Loyola y por Cestona, sirviéndome de la bicicleta. He hecho pocos recorridos tan llenos de densidad existencial y tan vinculados a mi memoria. El cercado de cipreses me parecía de pronto abandonado a su suerte para siempre, y las nubes ennegrecidas que descendían del macizo de Izarraitz y se acercaban a la cúpula de la basílica me parecieron los nimbos del fin de mundo. Y cuando pasé ante el hotel Balneario sentí ahogos y vértigo porque comprendía que una inmensa dimensión de mi vida iba a quedar atrás como aquellos hoteles imponentes y decaídos, aquellas canciones del verano bajo los parasoles del cercado de cipreses, y aquel esplendor de julio en las playas de Zumaya, de Zarauz, de San Sebastián y del otro lado de la frontera.

En Pamplona vivimos al principio en un exiguo piso de alquiler y, al año siguiente, en un piso más grande. Mi padre, que había recuperado parte de su antigua movilidad, se había convertido de la noche a la mañana en un excelente vendedor de libros a crédito para profesionales diversos y, casi sin darnos cuenta, cambiamos de clase social y nos vimos viviendo en un piso de la clase media de una calle de la clase media, en medio de un barrio en su mitad conformado por inmuebles recién hechos para la nueva clase media, que estaba

estallando en la capital navarra con su aire de prosperidad apenas estrenada y sus chirriantes ganas de hacerse notar. A la par que los inmuebles, surgían por todas partes bares, cafés, cafeterías, tiendas de electrodomésticos, dispensarios de automóviles, oficinas bancarias y árboles, los de nuestra calle eran acacias.

Una nueva urbe, rigurosamente antimedieval y pagana más que cristiana, estaba surgiendo al margen de la otra, cercada por las murallas y ranciamente gótica, y había en toda aquella algarabía de hombres, ladrillos, máquinas y locales recién inaugurados un canto disparatado a la diosa de la abundancia, que llevaba ya algún tiempo favoreciendo la ciudad y que le permitía presentarse ante los emigrantes como una verdadera tierra de promisión.

Camilo había obligado a mis padres a perdonarse desde lo más hondo del cerebro y lo más profundo del corazón, según sus propias palabras, mientras yo seguía añorando a Beatriz, sufriendo en silencio y maldiciendo la brutalidad de los adultos.

Ni sabía nada de Beatriz ni podía saberlo, y siempre que preguntaba por ella mis padres ponían cara seria y no contestaban, pero llegué a enterarme de que Rebeca seguía en Madrid y de que Ignacio vivía con Beatriz en Biarritz tras haber pasado una temporada en Hendaya.

Cuando ya llevábamos un año en Pamplona, intenté en una ocasión hacer un viaje a Biarritz. No sabía su dirección pero pensaba que la acabaría encontrando por la calle. Mis padres me sorprendieron cuando estaba haciendo los preparativos del viaje y me castigaron duramente.

Quería olvidarme de ella pero no podía y los recuerdos de la casa de la roca acudían continuamente a mi memoria como flashes de una luz fulminante.

Poco a poco, comencé a mirar a las otras chicas e intensifiqué mis jornadas de estudio, viendo en ello lo único que me sujetaba a mí mismo y mermaba mi sufrimiento. La distancia que empezó a separarme del pasado me fue dejando un poso de melancolía que derivó en interés por la poesía, y hacia los dieciséis años me atreví a perpetrar los primeros poemas. Y es que en muy poco tiempo pasé, casi sin mediación, de la literatura juvenil a leer *El extranjero* y *La náusea*, a los quince años, y las novelas de Fitzgerald y Hemingway a los dieciséis. Poco después descubrí a los surrealistas y empecé a leer traducciones en español y francés de poesía china y japonesa, y más tarde me acerqué a la novela iberoamericana, al *nouveau roman* y al *nouveau cinema*, de forma que llegué al final del bachillerato convertido en un pedante peligroso y enloquecido.

Por esa época le escribí algunas cartas a Sara y se volvió a normalizar mi relación con Alvar, en parte porque íbamos al mismo instituto: el Ximénez de Rada.

Algunas tardes Alvar y yo tomábamos una cerveza en el café Roch, cuyo patrón, don Pablo, era el homosexual más famoso de la ciudad. Y fue precisamente en el Roch donde Alvar me reveló su inclinación hacia los chicos tanto como hacia las chicas, y me habló del amor que había profesado en Zumar a un hermano de La Salle llamado Diago, o al que él llamaba Diago, y de tres amigos que habían muerto en un terrible accidente de tráfico cerca de Loyola. Alvar también parecía proclive a la práctica de la poesía y escribía poemas más elaborados que los míos y de títulos sorprendentes: *Los labios del coribante, Fedro, El beso de Patroclo*...

Tras mis conversaciones con Alvar el mundo volvió a modificarse para mí y por primera vez comprendí que el universo del deseo era amplio, íntimo y a la vez ajeno, y que sus campos se extendían como una radiación sobre todas las esferas de la vida e impregnaban por igual a todos los cuerpos, en los que eran posibles todas las combinaciones, girando en esa gran rueda de la ansiedad que los indios llamaban *samsara* y que ni siquiera cesaba con la muerte.

Y mientras Alvar y yo intercambiábamos poemas y secretos, don Pablo, el patrón del Roch, nos introducía en la teoría del infinito y en la muerte por disminución. Me explicaré. Dentro del café Roch, que era un establecimiento mínimo de decoración finisecular, había un cuadro al óleo que representaba la fachada del café. Don Pablo nos aconsejaba mirar el cuadro y nos decía:

–Tras esa fachada del café Roch que vemos en el lienzo, copia bastante exacta de la fachada real del café, hemos de suponer que hay un salón interior como este. Pero también hemos de suponer que en ese salón como este hay de nuevo un cuadro que representa la fachada del café, que a su vez oculta un salón como el salón anterior y como este salón, sólo que más pequeño y así hasta el infinito, pues siempre podemos imaginar un café Roch ocultando en su seno otro café Roch, que a su vez oculta en su seno otro café Roch más, y otro y otro, como en las muñecas rusas.

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntó Alvar, mareado.

–Para mí es una imagen de la muerte –contestó don Pablo mientras retiraba de la mesa dos tazas vacías–. Ir hacia atrás en el espacio y el tiempo, retroceder hasta más allá de la infancia. No os aconsejo ese viaje, hijos, que en parte ha sido mi viaje por la vida. Nunca debí haber regresado a Pamplona, nunca, nunca. Yo tenía que haberme quedado en París, muchachos, pero París arrasó mi corazón. ¿Otro

café?

Nos asombró la confesión de don Pablo. Unas horas antes, Alvar y yo habíamos hablado de la posibilidad de marcharnos a París.

Don Pablo acababa de regresar a la barra y le pregunté a Alvar qué libros estaba leyendo. Mi amigo respondió:

–Estoy leyendo a la vez *La muerte en Venecia* y *El regreso de Tarzán*. Excelentes ambos.

Me quedé muy positivamente asombrado. Fue entonces cuando, al girar la cabeza, vi entrar a un individuo que nos miró con curiosidad. Era pequeño, enclenque, realmente insignificante, de mirada más bien enfermiza aunque de gestos lentos y tranquilos. Llevaba gafas de montura negra y un abrigo azul marino muy ajado, y parecía tener un año o dos más que nosotros.

El recién llegado se acercó a la barra, pidió un vaso de vino y mientras lo bebía anduvo haciendo operaciones con una calculadora.

–¿Lo conoces? –le pregunté a Alvar.

–Lo conoce todo el mundo –comentó mi amigo–. Se llama Isaac Morengo y te lo puedes encontrar en cualquier parte. Aquí, en San Juan, en la Taconera, en la Vuelta del Castillo. Casi siempre va solo, pero cuando se tercia puede ponerse a hablar con cualquiera. No le mires, es peligroso hacerlo. Juraría que es un alma tétrica.

Le di la razón a Alvar y desvié la mirada.

Una de aquellas tardes del Roch, Alvar me pidió que leyese mis poemas y, como los dos pudimos comprobar, eran más melancólicos que los suyos. Todos hablaban de precipicios, de almas perdidas, de ecos que se repetían por barrancos sin término pronunciando el nombre de un fantasma, y en todos se notaba el resplandor de una ausencia, y en todos hablaba de lo que pudo haber sido y no fue. Recuerdo pocas tardes tan tristes como aquella, en parte porque me dio por pensar, mientras abusaba del vino, en el fluido de imágenes mentales que desaparecían cada vez que iniciábamos una nueva etapa en la vida o cada vez que percibíamos, con claridad incuestionable, que ya estábamos en otro avatar, y que un universo más o menos constituido se quedaba atrás para refugiarse en los parajes más remotos de la memoria, casi ya en la tierra de nadie que desemboca en el olvido.

Fragancias, sabores, sensaciones de toda índole, formas diferentes del miedo y el terror, formas diferentes del placer, la emoción de besarla bajo los árboles, los susurros en la terraza o en el jardín, la respiración del mar, el canto de un cuco, el gemido de las sirenas de las fábricas, el sonido del despertador mezclándose con el rumor del agua, las bragas de Rebeca, la densidad del verano, la sensación de

que las sombras estaban llenas de vida, ¿a qué lugar de mi memoria se irían ahora?

Limbo

¿Ella?

No deja de ser curioso que las apariciones que más van a determinar nuestra vida ocurran siempre de la manera más inesperada y cuando ya lo dábamos todo por perdido. Y es que una de aquellas tardes Sara, con la que seguía manteniendo relaciones epistolares, me telefoneó para decirme que se hallaba en Pamplona, en casa de sus tíos maternos, y que me invitaba a su fiesta de cumpleaños que iba a celebrarse esa misma noche.

Sábado lluvioso: dos horas después me hallaba detenido ante la casa que me había indicado mi antigua amiga, en el barrio de la Media Luna y junto a la barranca que daba al río. Por lo que podía ver, se trataba de una mansión de tres pisos superpuestos, con terrazas en los dos últimos y ventanales seudogóticos. El conjunto resultaba amable a la vista, si bien algo acartonado, y lo rodeaba un frondoso jardín con cipreses desde el que llegaba el murmullo de una fuente.

Como en otras casas de idéntica naturaleza en lugares parecidos, uno tendía a pensar que tras aquella verja de hierro y aquellos cipreses que ocultaban la fuente gorgoteante habían ocurrido hechos terribles, o felices, o trágicos, o siniestros, o sencillamente misteriosos. Bastaba con quedarse mirando un rato el jardín y las ventanas

iluminadas del primer piso para empezar a hacer literatura, y en eso se diferenciaba claramente de muchas otras casas de la ciudad.

La lluvia arreció y empezó a agitar la panza del río y las riberas llenas de álamos. Hice sonar el timbre de la puerta, que se abrió automáticamente.

En el vestíbulo me recibió un mayordomo que recogió mi gabardina y me indicó una escalera de mármol que conducía al lugar más iluminado de la casa, desde el que llegaban voces, música y tintinear de cubiertos. Subí las escaleras, seguí la luz como una polilla y llegué a un salón lleno de gente. Enseguida mi mirada se detuvo en una chica que se destacaba de los demás por su forma leve y a la vez llena de gravedad. Nuestros ojos chocaron y sentí como si un montón de imágenes rotas de mi memoria se juntaran para formar un único paisaje pasional.

Aquella chica me comunicaba ingravidez quizá porque poseía un cuerpo de un equilibrio tan emocionante que no me permitía teñir de obscenidad ninguno de sus miembros, creando de pronto ante mí la ilusión de la belleza. Daba igual que esa belleza fuese falta de experiencia en el placer y el dolor, «falta de abismo»... De alguna manera su cara parecía un libro sin escribir, y sentí deseos de respirar su aliento, de entrar en el aura que la envolvía, de notar su respiración y oír desde muy cerca su voz, que suponía parecida a un susurro. Era una sensación tan embriagadora como poderosa. La chica se estaba apoderando de mi mente, sólo con su presencia, sólo con sus ojos que me miraban vagamente, que me tenían en cuenta, e intenté acercarme a ella. Con angustia advertí que no podía moverme, pero no era la timidez lo que me paralizaba, era más bien el temor a cruzar una frontera que podía conducirme, que me estaba conduciendo ya, a las afueras de mí mismo. En ese trance estaba cuando, al ver que me miraba con naturalidad, conseguí dar algunos pasos.

Ella cruzó los brazos, como imponiendo distancia, y retrocedí sin abrir la boca. De pronto, tuve una especie de iluminación. Aquella chica me parecía una grieta por la que mi vida se deslizaba hacia atrás, sin que yo pudiera ver por lado alguno la causa de tan prodigiosa reversibilidad. Sensaciones que parecían un efecto de la magia del momento y de su misma extrañeza más que de operaciones mentales de hondo calado. La confusión me paralizaba cuando llegó Sara, nos miró asombrada y dijo:

–¿Todavía no os habéis reconocido? Ciro, te presento a Beatriz; Beatriz, te presento a Ciro –dijo, y fue como si los dos sintiéramos que un mismo disparo atravesaba nuestras cabezas.

El rostro de Beatriz empezó a palidecer y su cuerpo a temblar visiblemente, como si estuviese a punto de desplomarse. Sara, que se percató de ello, la amparó entre sus brazos.

–¿Qué te pasa?

–Me encuentro muy mal –dijo.

–Lo siento, no creía que te fuera a impresionar tanto nuestro amigo. Pensé que sería para los dos una grata sorpresa volveros a ver en mi fiesta de cumpleaños... ¿Quieres recostarte un poco en el diván de la galería?

–Sí. ¿Te vienes conmigo? –me dijo Beatriz mirándome con dulzura. Las seguí hasta la galería que daba al jardín y sobre cuyos cristales emplomados repicaba la lluvia.

Sara nos dejó solos y regresó a la fiesta. Fue entonces cuando Beatriz apretó mi mano y dijo:

–Creí que estabas muerto.

¿Más calor y más placer?

Sentí sus manos frías. ¿Realmente estaba ante Beatriz?, me pregunté al percibir que deslizaba sobre mí una mirada aturdida. Desconocía esa mirada, desconocía las medias que llevaba puestas, el carmín de sus labios, su voz, y lo que a cierta distancia me había parecido relacionado con la pureza ahora me parecía vinculado a la ausencia y a todo lo que no había vivido junto a ella. Años y años que quedaban en la oscuridad, que iban a ser siempre oscuridad.

–¿Y por qué me creías muerto? –pregunté lleno de confusión.

–No lo sé, quizá lo soñé y lo di por hecho. ¿Recuerdas cuando nos vimos por última vez?

Me vi obligado a descender por un pasadizo negro que conducía a una madrugada de sangre, lágrimas y desacuerdos.

–Nos vimos por última vez la noche del accidente. Tú estabas en tu cuarto y yo te llamé desde la terraza. Tu madre ya se había ido y mi padre estaba a punto de salir en su busca... Aún no había ocurrido lo peor.

Beatriz meneó la cabeza antes de decir:

–Nos han tenido que presentar para que acabásemos reconociéndonos. ¿Tanto nos hemos olvidado el uno del otro?

–Han pasado siete años.

–Me gustaría que se volatilizasen.

–Ya se han volatilizado, Beatriz, ya son el pasado.

Me miró con escepticismo. ¡Ah, si el pensamiento supiera interpretar la velocidad de la sangre en esos momentos de estupor profundo en que sentimos que nos ha traicionado el enemigo interior! Desde el instante en que sus ojos me habían encuadrado por primera vez en el salón, algo me decía que me hallaba pisando territorio del pasado, pero no había hecho suficiente caso a la memoria profunda, que envía señales a la conciencia que no siempre llegan o que llegan tan desfiguradas que la conciencia las ignora. Beatriz reventó en sollozos. Cuando cesó de llorar, le dije al oído:

–He envejecido pensando ti... A los catorce años intenté ir a verte a Biarritz, pero me sorprendieron mis padres con la mochila preparada. Aunque hubiese sido un viaje inútil. No sabía tu dirección.

Había dejado de llover y salimos a la calle. Beatriz seguía pálida y daba la impresión de que continuaba sintiendo vahídos. Nos sentamos en un banco junto al monumento a Sarasate y empecé a acariciar sus cabellos, notando que eran los de Beatriz, de nuevo los de Beatriz. Volvió la lluvia y nos dimos los primeros besos.

Acabábamos de dejar atrás el parque cuando dije:

–Te llevaba tan adentro que tardé en reconocer que también estabas fuera de mí.

Esa última frase casi la convenció y me dio un beso en la boca. Pegado a ella, acaricié sus piernas, pero percibí una leve resistencia, como si no quisiera desvelar la naturaleza de su ropa interior. Un instante después desapareció dentro de un taxi tras prometerme que nos veríamos al día siguiente.

Me hallaba tendido en la cama con la radio enchufada. Los coches que pasaban por la calle dejaban reflejos fugaces en el techo de mi habitación y evolucionaban tan velozmente como mis recuerdos. No me extrañaba que ahora llegase de golpe a mi memoria toda mi vida con Beatriz. Los juegos en el cercado de cipreses, las noches en la casa de la roca, las mañanas en las playas de Zumaya y San Sebastián podía verlos a la vez conformando más que un fluido una especie de construcción poliédrica de una gran profundidad, llena de voces, de moradas sin fondo, de olores, de sensaciones, de voluptuosidad y de vértigo.

Ahora me sentía tan despierto, tan vivo, que me parecía que había pasado siete años con los sentidos adormecidos, y ansiaba volver a verla.

Al día siguiente me desperté muy temprano y pasé el día en el

instituto. Por la noche me cité con Beatriz en el parque de la Taconera, junto a la rotonda de los pavos reales y el monumento a Gayarre. Allí estuvimos recordando nuestra infancia en Loyola. Beatriz me habló de su madre:

–Sigue en Madrid. No viene nunca, me escribe cartas de vez en cuando, me manda regalos en navidad. En el fondo la entiendo.

–¿Su relación con mi padre también?

–Eso es lo que mejor entiendo. Nunca te dije que mi madre había estado cinco años en cama a causa de su tuberculosis, justo tras acabar la carrera de Medicina. Precisamente fue en el hospital donde conoció a mi padre, que era el ayudante del especialista y que la visitaba casi todos los días, a media noche. Mi madre acababa de salir de la enfermedad y había empezado a trabajar con mi padre en aquella clínica de Hendaya cuando se quedó embarazada. Y ahora suma: cinco años en la cama y otros cinco cuidándome, encerrada en aquella casa de Loyola que a mi padre le gustaba pero que ella detestaba porque le parecía una jaula. Estaba tan harta de no vivir la vida que se arrojó a los brazos de tu padre. Supongo que pensó que era una forma de precipitación más leve que la de tirarse por la ventana.

–Celebro que esté bien.

–No sé si está bien, en cualquier caso está mejor que cuando se fugó de Loyola. Entonces daba miedo estar con ella.

–¿Y tu padre?

–He estado viviendo con él todos estos años. Juraría que es homosexual y que por eso vive en Biarritz. Allí debe de sentirse algo más libre. Me propuso seguir con él, pero yo prefiero acabar el bachillerato en España y he venido a casa de mis tíos, que siempre me han tratado como a una hija.

–¿Con la esperanza de encontrarme?

–No. Llevo aquí desde finales de junio y sólo ahora me entero de que estás aquí.

–Gracias a Sara...

–Cierto. Me localizó hace una semana. Fíjate cómo es... Me ha ocultado que estabas aquí para que nuestro encuentro resultase más solemne y en el escenario adecuado: la Media Luna. Se ve que tiene sentido de la escena.

Beatriz me preguntó por mi tío Camilo, que tan importante había sido en nuestra infancia, y le dije que había regresado a Manila.

–¿Sigue siendo un *bon vivant*?

–Me temo que sí.

Beatriz respiró hondo, como quien se prepara para decir algo serio, y susurró:

–La noche que nos volvimos a ver me había citado con un chico con el que ya he roto. Por eso me fui tan pronto a casa, no quería

encontrarme con él. Lo malo de haber estado tanto tiempo separados es que ya cada uno teníamos nuestra historia.

–Es cierto, pero siempre hay tiempo para intentar situarse.

Permanecimos un rato en silencio, como si necesitásemos filtrar lo que acabábamos de decirnos. La noche parecía amarilla junto a la fuente gorgoteante y olía a flores de tilo y a hierba recién cortada.

Involuntariamente, nos alejamos de la fuente y estuvimos abrazándonos bajo la copa de un tilo. En esa situación estábamos cuando vimos a un individuo con abrigo oscuro que nos miraba desde la fuente.

–¿Y ese? –preguntó Beatriz.

–Creo que es Isaac Morengo.

–¿Lo conoces?

–Lo he visto una vez. Alvar me dijo que te lo podías encontrar en cualquier parte. Es un solitario. Puede que esté enfermo.

–¿Sueles ver a Alvar?

–Con bastante frecuencia. Estudiamos en el mismo instituto.

El individuo desapareció. Mientras nos acariciábamos volvimos a hablar de nuestras vidas. Le pregunté si debía decirles a mis padres que la había vuelto a ver.

–No les digas nada –susurró ella–. Removerás viejas heridas y ya no merece la pena. Conservemos nuestro amor en secreto: da más calor y más placer.

Le di la razón pero a la vez sentí que una nube negra se deslizaba por mi cabeza cuando me estaba despidiendo de ella. Ya en mi casa, empecé a darle vueltas a lo que me había dicho Beatriz: «Conservemos nuestro amor en secreto: da más calor y más placer». Recordaba el tono que había empleado cuando pronunciaba la palabra «placer». Era como si estallase en sus labios de forma especial, sugiriéndome un mundo de secretos inconfesables, que contradecían todo lo que había creído percibir en ella la noche del reencuentro. Sentía que de nada servía conocer a Beatriz desde la infancia. Habíamos estado demasiado tiempo separados y ahora Beatriz era otra persona. Siete años de la historia de cada uno de nosotros habían quedado entre paréntesis. ¿Cómo era Beatriz ahora? ¿Ahora? ¿Y cómo era entonces? Recordaba una niña de mirada trasparente observándome desde la escalera exterior de la casa de la roca: una única imagen mil veces retocada en el recuerdo. ¿Había en esa imagen alguna profundidad? Quizá no, o quizá su profundidad era su misma trasparencia. ¿Ahora podía decir lo mismo? Volví a escuchar la frase de Beatriz: «Conservemos nuestro amor en secreto: da más calor y más placer». ¿Le habría dicho alguien esas mismas palabras antes de que ella me las dijera a mí como quien repite una escena en la que anteriormente interpretó el papel opuesto? De pronto, mi mente callaba, y callaba mi

pensamiento, pero enseguida volvía a escuchar el susurro de Beatriz y una vez más recordaba, o creía recordar, que la palabra placer había escapado de su boca como una promesa pero quizá también como un recuerdo que pertenecía, o podía pertenecer, a su intimidad más inviolable, a su oscuridad. Otra cosa que me inquietaba de Beatriz era esa frialdad que ahora envolvía sus palabras y su piel, que yo percibía como una línea de sombra, y que justamente por eso parecía destinada a protegerla de las sombras más que de mí, pero que creaba una frontera entre su ser y el mío de naturaleza inquietante y paralizadora.

El contenido de mis sospechas me obligó a ser consciente de la diferencia entre el amor en la infancia y en la adolescencia. Podía ser que en la infancia la piel se enardeciera como después o más, pero quizá no se llegaba a ninguna forma de profundidad mental porque las almas no se enredaban en un denso tejido de malentendidos, hijos de los pliegues que las conciencias sólo empiezan a tener más tarde, cuando ya sienten y saben que la trasparencia es una ilusión, y que el amor es una sucesión de preguntas mal formuladas y respuestas mal entendidas.

No sin tener que superar más de un ataque de vergüenza, al día siguiente estuve siguiendo a Beatriz sin que ella lo advirtiera. Por la mañana la vi acudir al colegio. Se encontró con Sara a la puerta, y antes de entrar estuvieron fumando un cigarrillo mientras se regalaban la una a la otra risas frenéticas que nunca había visto en ella. ¿Tenía que pensar que Sara le hacía más gracia que yo? Por la tarde la vi entrar en el cementerio. Media hora después volvió a aparecer con un hombre cubierto con una bata verde, con el que desapareció enseguida tras una puerta que se hallaba frente a la capilla. Ya estaba oscureciendo cuando Beatriz y el hombre subieron por la carretera que bordeaba el club San Juan. Dejé de seguirlos y me fui a mi casa más asombrado que ofendido, lleno de temblores que me hacían sentirme un extraño dentro de mí mismo. Parte del misterio en el que me veía envuelto se resolvió con la nueva cita con Beatriz en el café Niza. Fue allí donde me dijo que su tío era médico forense y que hacía algunas autopsias en el cementerio.

Más que escucharla, bebía sus palabras, intentando casar inútilmente a la Beatriz del pasado con la que tenía delante. Acariciaba sus manos, me adentraba en sus ojos, besaba su boca sintiendo que una Beatriz había muerto dejando paso a otra.

–Qué extraño te veo a veces, Ciro. ¿Has sufrido mucho desde que nos separaron?

–Sí, ¿y tú?

Inesperadamente, la veía tan cerca que me asusté. Antes de apresar sus labios y perderme en sus ojos, recordé el grito de María. Como si pudiera robarme el pensamiento, Beatriz dijo:

–¿Te acuerdas de María?

Una semana después organizamos un concilio de amigos en el café Roch, a fin de que se conociesen todos. Yo llevé conmigo a Alvar, que abrazó intensamente a Beatriz, y a dos muchachos más: David y Claudio, mis amigos más recientes.

Beatriz llegó con Sara y otra amiga: Rubí, una muchacha morena y de ojos muy negros que estaba estudiando Magisterio, y pasamos más de tres horas de inesperada fraternidad. A media noche nos fuimos al parque guiados por Alvar y estuvimos contemplando las estrellas mientras consumíamos una botella de ginebra que nos había vendido don Pablo.

Noche de fin de año en el dancing del club San Juan. Estábamos todos los que acabo de nombrar. David había empezado a bailar con Rubí mientras soportaba las miradas lascivas de Alvar, y Claudio se acercaba a Sara, a la que parecía complacerle su proximidad.

En el recuerdo todo me parece impregnado de una luz azul y azafranada sobre la que se destacan los ojos de Beatriz, el vestido rojo de Sara y la mirada negra de Rubí. Las tres con sus minis y sus risas. Ah, el esplendor de los cuerpos, etcétera, etcétera. Ah, las noches intensas como pieles que al rozarse emiten chispas...

Aquel día me había aprendido de memoria un poema de Gimferrer y se lo susurré a Beatriz al oído:

–Estaré enamorado hasta la muerte y temblarán mis manos al coger tus manos y temblará mi voz cuando te acerques y te miraré a los ojos como si llorara.

Beatriz estuvo a punto de llorar. A veces mis palabras crujían en sus oídos como escarcha, emitiendo un calor muy frío, o un frío que quemaba sin previo aviso, como un beso robado, y que le llegaba de verdad al corazón.

–Repítemelo otra vez.

–Y te miraré a los ojos como si llorara.

–No, desde el principio.

–Estaré enamorado hasta la muerte, etcétera.

–¿Por qué eres tan odioso?

Mordí sus labios y acercando mucho la boca a su oreja, musité:

–Te amo más que a mí mismo, Beatriz.

–Eso es imposible.

Me eché a reír. Luego volvimos a besarnos mientras los demás bailaban a nuestro alrededor.

Durante algún tiempo los días transcurrieron de un modo tan ágil

como emocionante. La comunicación fluía de modo natural y tan sólo la interrumpían los bruscos y a veces largos silencios de Beatriz, que me inquietaban profundamente y que nunca sabía cómo llenar. Y es que cuanto más seductora la veía más oscura me parecía, y una vez más percibía el desgarrón temporal y espacial entre los dos, como si estuviésemos en galaxias diferentes o como si sólo nos comunicásemos epidérmicamente y quedase omitida, cuando no camuflada tras los besos y las caricias, toda la profundidad, toda la naturaleza real de cada uno, toda la ausencia. Desconfiaba de ella mientras me dejaba poseer por la oblicuidad de su mirada, que yo suponía idéntica a la oblicuidad de su alma, y de nuevo pasé por la mortificante experiencia de seguir sus pasos como un detective privado al servicio de mi propia locura.

La nueva persecución tuvo lugar al día siguiente, cuando desde un ángulo de la calle la vi salir de casa a las siete de la tarde y subir al autobús que la dejó en una barriada junto al cementerio de automóviles y al hotel Minerva. Yo, que había subido igualmente al autobús y me había bajado tras ella oculto entre los viajeros, la vi caminar hasta el hotel que se hallaba al borde de la carretera. Allí le estaba esperando un hombre de gafas negras, con el que entró en la recepción. Me hallaba tan trastornado, tan fuera de mí, que en algún instante el hombre me pareció mi padre, luego el tío de Beatriz, y finalmente un desconocido. Los dos salieron del hotel no mucho después, se metieron en un taxi y se dirigieron a la ciudad dejándome sumido en el estupor. El año anterior, alguien me había dicho que el hotel Minerva era algo parecido a una casa de citas a la que solía acudir gente que tenía amantes y donde el recepcionista hacía la vista gorda hasta cuando veía a individuos en compañía de alguna menor, y llegué a casa lleno de angustia.

¿Nos ausentamos para estar más presentes?

Volvimos a citarnos en el café Roch donde no tardé en decir:

–Ayer te telefoneé tres veces sin ningún resultado...

–¿Y te extraña? Pasé un día horrible. Tuve que llevarle una cartera a un amigo de mi tío que se la había dejado en casa. Consumí la tarde yendo y viniendo desde San Juan al hotel Minerva.

Mi tormento cesó y empecé a acariciarla como si me hallara ante la entelequia más pura del universo que me estuviese aguardando desde antes del origen del mundo. Pero mi tranquilidad sólo duró hasta que regresé a mi casa y, tras la cena, me recosté en la cama. Entonces me dio por pensar en los silencios de Beatriz, cuando permanecía horas enteras con la boca cerrada y mirando al vacío, como si padeciera afasia más que mudez. ¿Qué material psicológico estaba asimilando en esos momentos? ¿Qué clase de ejercicio espiritual le exigía una concentración tan absoluta? Y era inútil intentar hacerla hablar en esos momentos. Una campana de cristal de roca la aislaba del mundo, de sus caras y sus voces, incluida mi voz, y aunque la vieras muy cerca sabías que se hallaba a muchas millas de distancia.

Una noche, Beatriz llevaba callada más de una hora cuando grité:

–¿De qué está lleno tu silencio?

Me miró sorprendida, sonrió con dulzura y susurró:

–De horror.

Me asusté. Ella se echó a reír.

–No te lo creas. Te lo he dicho para darte un poco de miedo. ¿Recuerdas lo que te dije cuando nos vimos por primera vez en la casa de la roca? –preguntó antes de añadir–: Mi silencio está lleno de preguntas sin respuesta. ¿Y el tuyo?

Por aquel entonces empecé a notar que miraba con interés a David Albert, como si le fascinara su aire melancólico. David estaba casi siempre callado pero a Beatriz eso le parecía un signo de inteligencia. Claro que también le gustaba Claudio, el que fumaba en pipa y hablaba con tanto empaque de sí mismo.

Al día siguiente nos citamos en el Niza y la invité a mi cumpleaños. Para mi sorpresa, dijo que no podía asistir.

–¿Por qué?

–Iré a pasar el fin de semana a Madrid con mi madre. Finalmente quiere verme. Debe de estar pasando una mala época.

–No puedes faltar, Beatriz. Queremos celebrar un banquete platónico en el jardín de la casa que los padres de David tienen en Viana. Hablaremos del amor...

Beatriz pareció pensárselo pero añadió:

–Lo siento. Hace dos años que no veo a mi madre. ¿Y ese?

Giré la cabeza en la dirección que me indicaba Beatriz y no tardé en descubrir a Isaac Morengo. Acababa de entrar en el café y dirigía hacia nosotros una mirada enervante, como si quisiera radiografiar nuestros pensamientos que él suponía tan enrevesados como los suyos.

Salimos del café y nos despedimos en la plaza del Castillo. Esa noche apenas dormí y a la mañana siguiente me fui a buscar a mis amigos con los ojos tan enrojecidos que, nada más verme, Rubí sacó el frasco de colirio que llevaba en su bolso.

–Pobrecito mío –dijo–. ¿Qué te han hecho?

Antes de acercarnos a la casa de verano de los padres de David, estuvimos paseando por Viana. A nuestro alrededor las mansiones combinaban la piedra y el ladrillo y exhibían escudos en mitad de la fachada. Muchas de ellas estaban ennegrecidas, circunstancia que acentuaba su aspecto de asentada antigüedad.

Entramos en un café de la plaza del Coso, donde encargamos la comida: ensalada, tortillas, cordero y helados, y pedimos que lo llevasen todo a la casa del paseo del Príncipe de Viana, donde se iba a celebrar el banquete. La casa tenía tres pisos, estaba sólidamente construida, y la envolvía cierto aire italiano que le hubiese gustado a César Borgia. La fachada principal mostraba una puerta de hierro y

ventanas separadas por finas columnas italianas, y el último piso lo conformaba una galería que rodeaba todo el edificio.

Las bodegas eran de piedra de sillería. Desde ellas subió David nueve botellas de vino, que fuimos bebiendo mientras comíamos en una galería del jardín cubierta de parras y que parecía la morada de Baco.

A un lado de la mesa nos hallábamos David, Alvar, Sara, Claudio y yo, y al otro lado se sentaron Rubí y tres amigos de David. Se trataba de Roco, que en realidad se llamaba Roque, y de los hermanos Bidar: César y Julio, que estudiaban en el mismo colegio que David. César y Julio Bidar iban siempre vestidos igual, generalmente de negro, gris o azul, y solían disputarse las mismas chicas. Eran famosos sobre todo por eso. Y en lo que se refería a Roco, se trataba de un sujeto alto y delgado, que llevaba el pelo largo y tan lacio como el de un chino, y que conocía a David y a los Bidar porque había hecho trabajos de electricidad en su colegio.

Habíamos estado bebiendo toda la mañana sin demasiado control y empezamos la comida borrachos. El ambiente era de risas y despreocupación. Ya nadie recordaba que había que hablar del amor cuando Alvar elevó la copa y dijo:

–Queridos amigos, ¿qué puedo deciros del amor? Nada que no sepáis. El amor no tiene razones y la falta de amor tampoco; en el amor todo son milagros, pero milagros que hay que provocar con un poco de audacia, pensando siempre que han de ser más atrevidos los gestos que las palabras, y que el primer beso lo damos siempre con los ojos. Como dijo Baudelaire, desconfiad de la luna y las estrellas, de los lagos, de las guitarras y de todas las novelas y folletines, pero amad vigorosamente, arrogantemente, ferozmente, operando siempre con decisión y con tacto, pues tan a destiempo llega el que va demasiado deprisa como el que va a paso de galápago. Eso es lo que pienso, amigos, ¡y que no diga que tiene amor el que no tiene valor!

Todos aplaudieron con entusiasmo, con demasiado entusiasmo según me parecía a mí, como si Alvar hubiese sobornado a los comensales para que aplaudiesen su intervención. Aún me estaba reponiendo del efecto que me habían provocado sus palabras cuando Claudio añadió:

–Le doy la razón a Alvar, y confío más en los que se esfuerzan por ser amados, atreviéndose a ello y poniendo en ello todo su empeño, que los que sólo se esfuerzan por ser amables. También creo que el amor es un poema absolutamente personal, el poema más personal que podemos escribir –comentó Claudio.

Roco lo miró asombrado, al igual que los hermanos Bidar, que enseguida volvieron a fijarse en Rubí, por la que empezaban a sentir fascinación.

–No me atrevo a ser tan romántico –dije de pronto yo, tras apurar mi copa–. El amor es lo mismo que la guerra –y me encogí de hombros–. Como dijo una reina de Francia, plaza que parlamenta está medio conquistada, y si bien el primer beso se da con los ojos, como ha dicho Alvar, conquistamos con la palabra.

Sara se frotó la cara como si quisiera espabilarse, miró a los comensales y con voz muy débil musitó:

–En el amor siempre les toca perder a los tímidos. El tímido cree vivir en un universo de guerra y resentimiento, y en el fondo piensa que todos los hombres se odian entre sí. El tímido odia, pero también puede amar más que nadie... Creo que os odio por todas las brillanteces que estáis diciendo.

–¡Bravo! ¡Sólo tu lengua dice la verdad! –gritó Alvar, que nunca perdía la oportunidad de adular a las chicas adineradas.

Y de pronto empezaron a hablar todos a la vez, como en un coro dodecafónico en el que saltaban por todas partes frases sin acabar, hasta que la tormenta amainó y de nuevo pude distinguir lo que decían.

–Quizá lo más fuerte no sea el amor –comentó Alvar.

–¿El odio, quizá? –pregunté.

–Sí, el odio... Yo lo suelo sentir como un ardor en la boca del estómago –dijo Julio, el más joven de los hermanos Bidar.

–Basta de hablar del odio, por favor. Como dijo Mae West, nunca he odiado a un hombre lo suficiente como para devolverle sus diamantes –susurró Sara y estalló en carcajadas.

–¿Es tan vergonzoso hablar del odio para que me prohibáis hacerlo? El odio es santo, pensaba Zola. Es la indignación de los corazones fuertes –clamó Alvar, pero nadie le hizo caso.

–Sara tenía antes razón, la timidez es el gran pecado contra el amor –dijo David cambiando de tema–. Por culpa de la timidez te puedes perder el Paraíso.

Pedí silencio y dije:

–Me tenéis profundamente conmovido y no esperaba un cumpleaños tan grecorromano, pero dejad que yo también añada alguna frase célebre sobre el amor. Y bien, sólo se me ocurre decir que admiramos a las personas por motivos, pero las amamos sin motivos, y ahí está el problema. También me gustaría decir algo sobre el primer amor... Lo más trágico del primer amor es que ignoramos que alguna vez va a terminar. Lo creía Balzac y también yo empiezo a creerlo. ¡Por nuestra amistad! –grité alzando la copa.

Acabábamos de apurar los vasos y nos mirábamos unos a otros con cierta expectación cuando César se quitó su chaqueta azul marino, la colgó con delicadeza de la rama de la higuera, como caballero inglés que cuelga en percha de ébano su mejor levita, nos miró a todos con

suficiencia y dijo:

–No os ahoguéis en palabras, amigos, y contestadme a una pregunta que tenía que haber precedido a todas vuestras peroratas. ¿Alguno de vosotros ha hecho alguna vez el amor con una chica para poder fundamentar en algo sus palabras?

Me temo que yo era el único que podía responder afirmativamente pero seguí mudo. Las mujeres le aplaudieron. Rocé la mano de César y dije:

–Muy inteligente tu pregunta.

Julio miró a su hermano con odio, como miraba con odio a todo aquel en el que viera envites de ganador, y encendió un cigarrillo para ocultarse tras el humo. César remató su discurso diciendo:

–Cuando hables de algo, procura estar mínimamente informado de la materia que vas a tratar –Luego giró la cabeza hacia Julio y añadió–: Deja de rozar a Rubí, ni siquiera la conoces.

–Pero ¿de qué estáis hablando? –exclamó Rubí.

Ya había oscurecido y aún seguíamos sentados a la mesa cuando empezó a llegar desde la casa el sonido de una sinfonía de Beethoven. David surgió desnudo desde detrás de la puerta que daba al jardín y, como si fuese el Mercurio que aparece en la insignia de la compañía Interflora, se acercó corriendo a las chicas con un ramo de rosas y les fue dando una flor a cada una. La última rosa se la dio a Rubí y se besaron en los labios antes de arrojarse a la alberca que se hallaba al fondo del jardín. Más de la mitad de los comensales empezaron a desnudarse para hacer lo mismo, salvo Sara y Alvar, que se arrojaron vestidos en parte porque ya no sabían lo que hacían.

Tras el baño, pasamos el resto de la noche bebiendo y bailando y al amanecer regresamos a Pamplona, donde continué la farra con los hermanos Bidar, Roco y Rubí.

Muy de mañana nos hallábamos en el bar de la estación intentando jugar al billar cuando se acercó a nosotros Isaac Morengo. Nos dijo que había pasado la noche en blanco.

–¿Haciendo qué?

–Paseando. He visto de todo esta noche. Una ambulancia se llevaba a un muerto, otra se llevaba a una mujer que acababa de tener un derrame cerebral. He visto a dos hombres cabalgando el uno sobre el otro. ¿Dónde? Eso es lo cómico. En el Monumento a los Caídos. He visto a un hombre matando a un gato. Lo arrojó contra un muro de piedra. Su hijo le estaba mirando. Una mujer cantaba un bolero. Luego he entrado en el hospital. Me gusta el olor de los hospitales, las luces enfermas que iluminan a los enfermos. Allí sobra el orgullo. Allí sólo tienen orgullo las enfermeras. Son las reinas de la noche. En una

ocasión me enamoré de una enfermera. Fue un amor platónico. ¿Tenéis un cigarrillo? También he estado en la morgue. ¿Habéis estado allí alguna vez? Total que se me ha ido la noche volando. A veces puedo estar tres días sin dormir. ¿Un cigarrillo?

Se lo di y le pregunté a qué se dedicaba. Me dijo que era cartero y que repartía cartas en el flanco oeste del barrio de San Juan.

Era ya mediodía cuando Morengo me propuso subir a su buhardilla para seguir bebiendo. Le hice caso y no tardé en verme en un exiguo apartamento cuyas ventanas daban a la calle San Nicolás. Me sorprendió que estuviese abarrotado de libros más selectos que los míos. Acabábamos de brindar cuando Morengo comentó que él era cartero por pura ambición literaria. Luego me indicó la mesa, donde reposaba un montón de cartas abiertas.

–Puedes leer las que quieras –dijo–. Algunas son muy divertidas.

–¿Abres las cartas?

–Todas las que me interesan. Tengo una máquina de vapor que robé en Correos: no hay pegamento que se le resista. Así que las leo, las vuelvo a cerrar, y las entrego al día siguiente. Estoy al tanto de más almas que un sacerdote. Faulkner hacía lo mismo. ¿Empiezas a entenderme?

–No del todo.

–Gracias a mi oficio, entro en los corazones, y hasta puedo modificarlos.

–¿Modificarlos?

–Sí, modificarlos. A veces añado frases a algunas cartas, frases que pueden alterar el contenido del mensaje y causar muy serios malentendidos.

–Me dejas estupefacto.

–Ya lo sé. ¿Me creías un alma de dios? ¿Un siniestro y un borracho cuya única pasión es la soledad? Conozco una mujer de la calle Urdax que me mira con desprecio. El otro día intercepté una carta de su novio, que está acabando Medicina en París. La carta estaba llena de delicadezas y cursiladas, pero yo imité su letra y añadí al final una frase de una obscenidad terrible que lo cambiaba todo.

–¿Qué añadiste?

–No te lo puedo decir.

–¿Y para eso me has hecho subir?

–Imagínate, en una carta saturada de lindezas, de eres un cielo y sueño contigo, el angélico novio acababa diciendo, gracias a mi milagrosa intervención: «Espérame con el culo abierto. Te quiero».

–¡Santo Dios! ¿Y has sabido cómo ha acabado eso?

–No, sólo sé que un día después de leer la carta ella parecía descompuesta. Sin duda que contestó a la invitación de su novio, no sé en qué términos. Pero el malentendido ha debido de ser gravísimo

porque antes de ayer volví a interceptar otra carta de él en la que le preguntaba a qué venía eso del culo abierto y si se estaba volviendo loca. Dios, cómo he disfrutado imaginando la situación.

No sabía si reírme o echarme a correr. Morengo puso cara grave, dándome a entender que iba a cambiar de registro, y murmuró:

–No me suelo acercar a nadie como me he acercado a ti y te aconsejo no despreciar mi amistad. No conoces a tus amigos. La mayoría de la gente vivís en un nudo de fantasías acerca de los demás poco interesantes y tremendamente superficiales, y os negáis a ver la cara oculta de las personas que queréis y las personas que os quieren. ¿Sabías que César es jugador y ladrón cuando se tercia? Cuando pierde demasiado dinero en el café Francés puede llegar a robar o a estafar. Sueña que es un genio, y a veces se acerca a la mesa de juego con una seguridad tan aplastante que luego acaba perdiendo hasta el alma. Sabe sablear a su abuela. Lo hace continuamente. Bebe a escondidas y suele llevar una petaca que heredó de su padre. Su abuela también bebe. A veces están los dos borrachos pero ni se dan cuenta. Juraría que es una familia que vive en el alcohol como los peces en el agua, por eso parecen todos tan jóvenes y tan lustrosos.

–¿Y Julio? –pregunté cada vez más asombrado.

–Julio es un caso aparte. El narcisismo elevado a la enésima potencia. Puede pasarse tardes enteras mirándose al espejo. Le gusta imaginar situaciones históricas en las que su intervención tiene algo de providencial. Es capaz de imaginar que pudo haber evitado el desembarco de Normandía. Pero no siempre sus fantasías van por ahí: también es capaz de imaginarse como agente secreto al servicio de la República y asesinando a Franco en la plaza de Oriente, ante la multitud enfebrecida. Le gusta la multitud. Se imagina hablando para las masas unas veces, y otras cantando también para las masas las canciones de los Beatles. Desde la terraza del inmueble abandonado del otro lado de la calle he visto lo que te digo con mis propios ojos. Y me pareció todo un espectáculo.

–¿Y Alvar?

–Es el más heroico. Acepta citas a ciegas en los rincones de la Taconera, con hombres a los que no les mira el rostro. Una vez se masturbó en la iglesia de San Nicolás ante el cuadro de San Sebastián en trance y con tres flechas atravesándole el costado. También puede robar si está desesperado. ¿Dónde? En los cepillos de las iglesias, por ejemplo.

–Santo Dios, ¿y qué me puedes decir de David?

–Alma terrible. ¿Sabías que le gustan los no lugares, esos espacios de nadie, inhabitables y fríos? Las estaciones abandonadas, los lugares abandonados en general, le atraen. A mí también, pero soy consciente de que son una imagen de la muerte. Tendríais que cuidar un poco

más de él.

Casi con miedo, pregunté:

–Y de mí, ¿qué puedes decirme?

–Sabes ocultarte. ¿Hasta dónde? Todavía no lo sé.

–Pero aspiras a saberlo.

–No.

–¿Por qué?

–Por amistad.

–Pero si estamos hablando por primera vez....

–Sí, pero yo siempre te he considerado mi amigo.

–Lo celebro. ¿Y qué sabes de Beatriz?

Sin vacilar comentó:

–Te diré la verdad: desde que la empecé a controlar no he observado movimientos extraños en ella. Bien es cierto que por respeto a su belleza comencé a vigilarla tarde: me daba pena conocerla mejor.

–¿Y ahora la conoces mejor?

–No, pero he observado que mira a David con bastante amor.

Volví a sentir desasosiego. Morengo lo notó y me suplicó que no revelase a nadie el secreto. Se lo prometí dos veces, pero no le parecía suficiente y me decía que lo jurase ante la Biblia. Aquello comenzaba a parecer una pesadilla y lo dejé en su guardilla tambaleándose y señalando una Biblia que reposaba en un atril negro.

Ya en mi casa, intenté olvidarme de Morengo, y al pensar en Beatriz creí que nadie sentía más que yo su ausencia. Me equivocaba. David la había sentido todavía más y había pasado la noche en blanco poseído por el mismo fantasma que me devoraba a mí.

Time is like a promise?

David Albert parecía un ser de cristal. Acababa de cumplir los diecisiete años en la época del banquete de Viana, y era el muchacho más joven del grupo. Delgado y nervioso, de tez morena, rasgos angulosos y ojos negros y desesperados, tenía el tono de voz y la actitud suave y distante de los que se sienten como intrusos en el laberinto de la vida, si bien David tenía algo que lo hacía diferente: la fragilidad de su corazón, ya desde la infancia. Padecía un soplo y alguna dolencia más que le obligaban a llevar una vida sosegada.

Aunque su sonrisa podía parecer cálida, su cuerpo proyectaba un aura gélida, que lo separaba de los demás. Daba la impresión de que ocultaba secretos que excedían el espacio de su enfermedad, y también daba la impresión de que un viento frío y prematuro lo había dejado aterido para siempre.

Vivía, amaba y gemía en secreto, pero cuando se mostraba a sus amigos tendía a parecer un espíritu jovial. Existía en él la voluntad de ser amable con los demás aunque estuviera sufriendo por dentro, y le gustaba una canción irlandesa titulada *El tiempo es como una promesa*. ¿Como una promesa de qué?, me habría de preguntar más tarde, cuando pensaba en él.

Procedía David de una familia pudiente de Viana, donde había muerto César Borgia, como le gustaba repetir, y era hijo de una maestra y un ingeniero de caminos. ¿Resultaba David tan extraño para sus padres como para sus amigos? ¿En qué pensaba aquellas tardes rugientes del café Niza o en la librería El Parnasillo, cuando discutíamos utilizando como base dialéctica nuestra infinita ignorancia y él se quedaba a un lado, tomando a pequeños sorbos su té con leche y sin dignarse pronunciar una sola palabra? ¿Era su pecado el orgullo, era la timidez, o era más bien la desesperanza, esa desesperanza acallada que parecía habitar su mirada cuando lo cogían desprevenido y no sabía que lo estaban observando?

Parecía costarle mucho sujetarse a sí mismo y al mismo tiempo conseguía dar una apariencia de normalidad que sólo a mí me parecía voluntariosa y artificial.

Y bien, justo dos días después del banquete aconteció el regreso de Beatriz. Yo fui el primero que la vio y el primero que le reprochó no haber estado en la fiesta. Beatriz me recibió con frialdad y me confesó por qué no había hecho todo lo que estaba a su alcance por asistir a la comida de Viana.

–Pensé que era un invento tuyo concebido para tu sola satisfacción, y también pensé que no asistir a vuestro glorioso ágape era el pago que merecíais por alimentar tanto vuestro narcisismo.

–¿De modo que ha sido una venganza?

Se encogió de hombros y dijo:

–Si lo quieres ver así.

–¿Cómo se encuentra tu madre?

–Mejor que nunca. Hemos pasado de ser enemigas a ser casi como hermanas.

–Me alegro.

–Y yo. La verdad es que lo necesitaba.

Ese día se despidió enseguida de mí y se fue caminando hasta una óptica de la plaza de la Cruz, donde iba a medirse su ya entonces evidente miopía, que tenía la virtud de tornar su mirada más vaporosa y líquida. Por lo que supe más tarde, David la anduvo siguiendo por las calles.

«Hoy he soñado que unos bandidos te raptaban y te dejaban en medio de un arenal. Entonces yo surgía de entre las reverberaciones del sol, y yo era Jesucristo y te cantaba *Wild horses* con voz de contralto, con voz de castrado te cantaba *Wild horses* y tú empezabas a sentir un gran alivio y una gran tranquilidad...» No, gritó para sus adentros David mientras avanzaba tras ella, no le puedo contar eso, no le puedo contar nada en mi situación. No me siento con fuerzas para abordarla y hablarle de mis locuras. Tendría que estar aún más desesperado, casi a punto de morir.

Y sin embargo se arrojó prácticamente a ella cuando la vio salir de la óptica. Beatriz no le recibió ni con naturalidad ni con alegría. Le habían diagnosticado dos dioptrías y media y parecía furiosa. Tenía ganas de estar a solas en su cuarto, mordiéndose el interior de los labios y pensando en lo pronto que empiezan a deteriorase algunos órganos.

Como si creyera tener algún poder sobre ella, David le dijo casi gritando:

–¿Por qué no fuiste al banquete de Viana?

Beatriz lo miró con pánico y tardó unos segundos en entender lo que acababa de preguntarle David.

–Verás, yo...

–Perdóname, Beatriz. Ya no sé ni lo que digo, pero es mejor así: no saber lo que uno dice para poder decir lo que uno quiere decir. Estoy loco por ti.

–Por favor, no me asustes.

–No quiero asustarte, eso no, eso nunca. Cualquier cosa menos eso, Beatriz. Oh, Díos mío. Olvida todo lo que te he dicho, olvídalo para siempre, yo, yo...

Beatriz vio a su derecha un taxi y lo llamó:

–Lo siento, David, pero me esperan en casa. No aguanto más emociones, de verdad. Antes Ciro y ahora tú... Hablamos otro día, si no te importa.

–De acuerdo, pero prométeme antes que no le dirás a nadie lo que nos ha ocurrido.

–¿Lo que nos ha ocurrido? Me temo que te equivocas, di mejor lo que te ha ocurrido a ti. Pero no temas, prometo mantener la boca cerrada.

–Gracias, Beatriz, mil gracias –dijo juntando las manos cuando ella entraba en el taxi que se puso enseguida en marcha.

David empezó a temblar. La mañana se nubló ante sus ojos y los castaños de Indias de la plaza de la Cruz se convirtieron en criaturas retorcidas y monstruosas que se reían de él. Y sin embargo, fue esa mañana cuando le sobrevino una extraña paz, más sólida y más amplia que la que caracterizaba sus épocas de bonanza, cuando parecía un espíritu reposado y traslúcido, y se fue caminando y silbando hasta la librería El Parnasillo, donde el librero, al que todos llamábamos el Calvo, le aguardaba con un ejemplar de *La muerte en Beverly Hills*.

Su vida oscilaba entre períodos infernales que no cesaban hasta que algo le hacía tocar fondo, y períodos de tranquilidad mental (parecida a la experimentada tras un electrochoque) en los que su belleza se acentuaba considerablemente. En esos momentos parecía un ser radiante que comunicaba suavidad y que resultaba muy atractivo, a

pesar de la frialdad que emanaba de lo más hondo de su persona y que sólo se notaba cuando lo tenías cerca. Por lo demás, podía ser natural en todo menos en su forma de estrechar las manos o el torso. Por alguna razón, no sabía tocar, o al menos eso les parecía a casi todos los que se acercaban a él.

Noches y días iluminados por una luz de antracita y una luz de azafrán, playas del otro lado de la frontera, azules chicas de Francia, conversaciones en la arena o, ya de regreso a Pamplona, en el café Niza, ignorando gloriosamente que aquellas dimensiones doradas de la vida tenían fecha de caducidad. Fue también la época en que se celebraron los encuentros de arte contemporáneo de Pamplona, en el transcurso de los cuales fuimos detenidos Alvar, Claudio y yo cuando cruzábamos el paseo de Sarasate. Nos acusaron arbitrariamente de haber hecho pintadas insultantes contra las fuerzas del Estado en na de las cabinas de teléfonos y pasamos dos días en el calabozo.

A Claudio y a mí nos colocaron en la misma celda y pocas veces intimamos como entonces. Durante las largas horas de encierro, Claudio me estuvo contando que la peor época de su vida había sido su infancia, en un barrio periférico de San Sebastián. Se trataba de un lugar en medio de la nada. Tras los muros de su casa, campos baldíos y eriales donde jugaban los chicos más conflictivos del barrio, que abusaban de él y que lo humillaban a diario. La vida era habituarse al frío en la cabeza y en el corazón. Por esa época, su padre trabajaba limpiando caballos en el hipódromo de Lasarte, y allí Claudio había aprendido a montar y a mirar con astucia a los niños ricos, a los que intentaba imitar más que en su forma de hablar, que se le antojaba ridícula, en su forma de gesticular y vestir. El estilo de aquellos niños cuyos padres poseían caballos de competición le parecía más seguro y resuelto, más sentimental y untuoso que el de los muchachos de su barrio, y lo vinculaba a un mundo resplandeciente decididamente deseable y en las antípodas del muladar que se extendía tras su casa.

Cuando a los quince años llegó a Pamplona, aún no se había despojado del ademán de tristeza que traía prendido a la cara y que le daba el aire de un doncel doliente. Pero de pronto notaba cambios en su vida.

–Me estoy enamorando de Sara –dijo–. Y es como si el espejo en el que antes me miraba hubiese cambiado de sitio. ¿Puedes entenderlo?

Asentí y miré los ojos líquidos de mi amigo. Claudio necesitaba gafas, pero no solía llevarlas por coquetería, de modo que tenía la ventaja de ver la fealdad del mundo bajo una pátina irreal, como de pintura impresionista.

Ya llevábamos cuarenta y ocho horas presos cuando nos dejaron en

libertad.

Llegué a casa, expliqué a mis padres lo ocurrido y, tras ducharme y cambiarme de ropa, corrí hasta la Vuelta del Castillo, en una de cuyas carpas se celebraban buena parte de los conciertos y espectáculos vinculados a los encuentros. Acababa de llegar a las arboledas de la Vuelta del Castillo cuando sorprendí en un banco a Rubí con los hermanos Bidar. Parecían estar divirtiéndose mucho, pues se reían a carcajadas. Ella se hallaba en medio, con una minifalda blanca y apretada, y los hermanos Bidar la custodiaban, César a la derecha y Julio a la izquierda. Vistos a cierta distancia parecían esa estampa alquímica en la que una figura femenina aparece entrelazada a dos figuras masculinas, y al mirarlos sentí alegría de vivir. Los hermanos Bidar tenían actitudes de cadetes, producto quizá de su educación militar, y se percibía esa actitud hasta en la manera de deslizar las manos, sigilosas y apresuradas, pero a la vez algo erráticas, por las piernas de Rubí, que volvía a estallar en carcajadas.

Los vi alejarse por una de las alamedas, riéndose como almas felices, mientras uno de los Bidar, no podía saber cuál a tanta distancia, rozaba cariñosamente el culo de Rubí.

Entré en la carpa, donde una familia de virtuosos tailandeses estaba dando un concierto de música tradicional, y allí sorprendí a David y Beatriz, entre el público y muy cerca de los músicos. Se notaba en ambos simpatía mutua y fraternidad, como si tuvieran sensibilidades muy parecidas y los separase del mundo una misma campana de cristal. También sus fisonomías parecían conjugarse de una manera plenamente estética pues los dos eran delgados como juncos y tenían los cabellos lacios.

Dominé los furiosos deseos que me entraron de acercarme a ellos y salí de la carpa para fumar un cigarrillo y poner un poco de orden en mis emociones.

Pensé en el futuro y se me antojó tenebroso junto a Beatriz. Como hubiese dicho Sartre, todo en nosotros era malentendido y cuando nos entendíamos era sólo por malentendido. Estaba a punto de volver a casa cuando Beatriz me abrazó por detrás y me susurró al oído:

–¿A dónde vas? ¡Qué ganas tenía de abrazarte! ¿Cómo te ha ido en prisión?

Todos mis propósitos se desvanecieron de inmediato. No quería tener voluntad, no quería tener pensamiento, sólo quería desear y ser deseado.

Esa noche, supe por Beatriz que el padre de David iba a trabajar para una constructora de puentes catalana y que los Albert se iban a trasladar a Barcelona.

–Pronto tendremos que despedirnos de él –dijo en un tono que parecía el de la desolación. No se equivocó, tan sólo quince días

después nos hallábamos en la estación Alvar, Claudio, Roco, los hermanos Bidar y yo despidiéndonos de David.

En medio del andén y ante el tren detenido me pregunté si Beatriz llegaría a tiempo. Apareció en el último momento, con un abrigo negro, gafas de sol y muy pálida. Cuando ya el tren estaba a punto de salir, besó ardientemente a nuestro amigo y con una voz de una dulzura que me asombró, le susurró al oído:

–Que tengas mucha suerte, David, y gracias por el tesoro de tu amistad.

Pasamos un trimestre sombrío, llevando una vida nocturna y absurda. Estaban a punto de llegar las navidades cuando, una noche, recibí una llamada telefónica de Beatriz. Con voz entrecortada y de una fragilidad que me trasportaba a la infancia, Beatriz me comunicó que David había muerto en Barcelona y que su cadáver viajaba ya hacia Pamplona. Me quedé descompuesto y esa misma noche acudí con Beatriz, Alvar y Sara a ver el cuerpo en el depósito de cadáveres del cementerio.

Beatriz fue la primera en gimotear al ver a David reposando en el ataúd. También Sara empezó a llorar mientras los demás contemplábamos la obra de la muerte. Los padres de David hablaban de «un síncope» provocado por una situación de «extrema tensión vital que no se explicaban y que había afectado a su órgano más frágil». Sólo entonces nos acordamos de su dolencia y al mirarlo de nuevo creímos sentir en nosotros la misma fragilidad patética que él había sentido muchas veces en la vida.

¿La estrella de David?

Frío mediodía invernal. Desde mi casa me fui caminando hasta la plaza del Castillo donde nos aguardaba Sara para llevarnos en su coche a Viana, en cuyo cementerio iban a enterrar a David.

Llegamos a nuestro destino a las once de la mañana y con la ceremonia recién iniciada, según pudimos comprobar mientras nos acercábamos a la tumba.

Los enterradores ya estaban depositando el ataúd en la fosa cuando Alvar arrojó una rosa roja al féretro. La madre de David se lo agradeció entre gemidos, justo en el momento en el que el sacerdote comenzó a leer un texto sobre la muerte con citas del Eclesiastés. Junto a él se hallaban Roco, los hermanos Bidar, Rubí y Claudio, mientras que al otro lado permanecíamos inmóviles Sara, Beatriz y yo.

Concluido el rito, nos despedimos de los familiares del difunto y nos fuimos al café de la plaza envueltos en el recuerdo de nuestro amigo.

Ya en el café pedimos cerveza y empezamos a hablar de David en un tono presuntamente elevado mientras la camarera del café ponía todo el rato en la gramola *La estrella de David*, que era uno de los éxitos de aquel año. César y Julio Bidar refirieron cómo habían

conocido a David en la playa de San Juan de Luz, a los trece años. David había estado a punto de morir de algo parecido a un ataque al corazón cuando jugaban en la arena, comentó César mientras el disco seguía girando en el *juke-box*.

Beatriz se echó a llorar. Me pregunté si no sería por culpa de la canción y por la interpretación particular que seguramente estaba haciendo de algunos versos. ¿Le habría regalado David Albert algo parecido a una estrella?

Beatriz estaba tan alterada que me asusté. Fuera porque la cerveza le había sentado mal, fuera porque la ceremonia le había impresionado demasiado, se incorporó tambaleante y empezó a perder el control.

–Nos está siguiendo el fantasma de David –dijo–. Es él quien le obliga a la camarera a poner todo el rato en el *juke-box* esa maldita canción, es él.

–Tranquilízate –le dijo César.

–No puedo. Me encuentro muy mal –farfulló–. Tenéis que llevarme a casa.

No nos demoramos más, regresamos a Pamplona y la dejamos en su casa. Algunas horas después, cuando intentaba a duras penas conciliar el sueño, Beatriz me llamó por teléfono. Seguía llorando y no podía dormir.

–Tienes que venir a mi casa, Ciro. Mis tíos no regresan hasta mañana.

Vivíamos a una distancia de unas cinco manzanas y no tardé en verme ante ella, en un cálido saloncito iluminado por una lámpara de pie, en el que había una mesa camilla, dos sofás y un confidente. Nos sentamos en el confidente, donde Beatriz prosiguió con su llantina. Cuando se hartó de llorar se pegó mucho a mí y permaneció inmóvil, hasta que me susurró al oído:

–He tenido una historia con David.

Siguió pegada a mí, para notar las reacciones de mi cuerpo y mi corazón, que fueron muy violentas.

–¿Cómo dices?

–Una historia con David –repitió, y saltando del confidente se acurrucó en una esquina, entre la pared y la mesa camilla, y empezó a gemir.

–¿De qué historia me hablas?

Beatriz se entregó de nuevo al llanto mientras salmodiaba:

–David merecía más que nadie mi amor. Hace dos semanas vino de incógnito a Pamplona y me acosté con él. David me necesitaba más que tú, y yo lo necesitaba a él. Llevaba meses obsesionada con su belleza, su fragilidad, su exquisitez...

Beatriz se calló, luego giró la cabeza hacia la pared y empezó a

balbucir:

–El día de su llegada a Pamplona me vino a buscar al cementerio sin previo aviso. Se enteró de que yo estaba ayudando a mi tío. Cuando llegó, yo me hallaba sola en la casa de la muerte con una escoba en la mano. Quiero pensar que no le parecí una bruja. Me dijo que su vida no tenía sentido sin mí. Me exigió que le prometiera que íbamos a ser novios.

–¿Y se lo prometiste?

–No. Pero gritó que le daba igual y que estaba seguro de que acabaría conquistándome y arrastrándome a Barcelona. Creía que si no me sacaba del círculo de Pamplona nunca me iba a poder seducir, porque estaba rodeada de hijos del infierno. El caso es que me dejé envolver... En realidad yo sólo quería enseñarle a tocar. Sentía piedad por David porque sabía que sufría en silencio y deseaba complacerle por una noche. Pobre David, nunca hablaba de sí mismo, no como tú y tus otros amigos, que estáis todos enfermos de egolatría y de vanidad. Cuando David me besaba, parecía estar buscando una impresión estética más que una impresión física. Pero no creo que entiendas lo que es besar así, como besarían los ángeles del cielo y del infierno, que según me han dicho besan casi igual. Por momentos estaba segura de que te iba a abandonar para siempre, pero enseguida cambiaba de opinión. Tú, Alvar, Sara y Rubí erais todo mi mundo. Un mundo de afectos, roces, sensaciones, murmullos. Un mundo de emociones físicas y mentales. Tengo el alma enferma, me decía a mí misma. Ahora me vuelve a gustar Ciro, lo deseo, quiero someterlo, quiero que me adore, que me adoren, que se postren ante mí. Seré muy buena con todos, seré la encarnación de la voluptuosidad.

–Pero, Beatriz...

Tras esas divagaciones se echó a reír con angustia, pues sabía que esa risa acababa casi siempre convirtiéndose en llanto y el llanto en rabia hacia sí misma, hacia sus miedos y sus deseos.

Me incorporé y me puse a mirar por la ventana. Quería calmarme pero todo en mi alma era contrariedad y me acordaba de mi madre cuando, tras enterarse de la infidelidad de su marido, tuvo que tragarse su propia rabia al verlo en una clínica con medio costillar roto. Mi mente no estaba menos tensa que la de ella en aquel tiempo. En el mundo de los sentimientos costaba mucho hacer dos cosas a la vez. Uno no podía estar lamentando la muerte de un amigo y a la vez odiándolo por traidor. Nos resistíamos a santificar la traición tan fácilmente: se necesitaba un tiempo, pensé, e intenté situarme en mí mismo. Hacía tan sólo unas horas, me hallaba en mi cuarto atendiendo al duelo por la muerte de David, reconciliándome con su figura y adornándola con múltiples cristalizaciones que la convertían en una entelequia brillante y traslúcida cuando, de pronto, Beatriz me

salía con que había tenido una historia con él, una historia fraternal y delicadísima, que casi sugería la relación que podían haber mantenido María Magdalena y Jesucristo algunos meses antes de la crucifixión.

–Pero aún no te he dicho lo peor de nuestro príncipe de Viana.

–Adelante, creo que estoy preparado.

–Sólo le prometí a David una cosa: que iría en secreto a Barcelona para pasar junto a él el día de su cumpleaños. Pero no fui. Puedo adivinarlo todo: primero estuvo tragando anfetaminas para recibirme con más ardor, y luego, al ver que yo no llegaba, empezó a tomar whisky. ¿Y si fue eso lo que lo mató? ¿Percibes ahora el estado en el que puede estar mi cabeza?

Me volví hacia ella y al verla tan temblorosa y tan humillada empecé a cambiar de actitud.

–No te culpes de nada –dije, agachándome junto a ella y acariciando sus cabellos–. Tengo la impresión de que en Barcelona se metió en historias extrañas. Piensa una cosa: no te pidió ayuda porque te quisiera, o al menos no sólo por eso. Te pidió ayuda para no perderse, para tener un punto de apoyo. Y en lo que se refiere a su muerte, estaba sentenciado. Lo que pasó entonces pudo haber pasado en cualquier otro de sus momentos de ansiedad.

–¿Y crees que eso me consuela? ¿Qué piensas hacer con todo lo que te acabo de decir?

–No lo sé. Esperar a que pase la tormenta.

–¿Y podremos mientras tanto querernos un poco?

No respondí pero acerqué los labios. Era como volver a empezar, aunque con más podredumbre y más conciencia de la fragilidad.

–¿Quieres que te lea uno de los poemas que me mandó? –preguntó Beatriz.

Asentí. Ella sacó de su bolso la cuartilla en la que David había escrito un poema titulado *Mi estrella* y que decía así:

No quiero volverte a amar
si tienes el alma ocupada
por un hijo del infierno
que se retuerce en tus entrañas
cuando te beso,
ni quiero dejar que muera
en nuestros brazos el tiempo.
Ah, si un día te encontrase
inmensamente sola,
en una cama suspendida en el aire...
Te llevaría al instante
a una playa remota
para amarte eternamente a solas
porque sólo tú,
hija de la lujuria,

estrella que danzando llegas
desde el fondo de la negrura,
eres
capaz
de arrastrarme
fuera de la noche oscura.

Cuando Beatriz acabó la lectura entendí por qué le había desquiciado tanto la canción que sonaba todo el rato en la gramola del café de Viana.

–¿Te gusta? –dijo blandiendo la cuartilla que contenía el poema.

–Más bien me descompone. ¿Quién es el hijo del infierno y quién la hija de la lujuria?

–Lo mismo me pregunto yo. Lo escribió un día antes de su muerte y me lo envió sospechando que no iba a asistir a su cumpleaños –dijo poco antes de cerrar los ojos.

Beatriz había ingerido un somnífero y ya se estaba durmiendo cuando oímos ruidos en la puerta.

–¡Dios mío! –dijo–. Deben de ser mis tíos, que han adelantado la vuelta. Sal por la ventana.

Empezaba a costarme respirar y la ansiedad me superaba, así que agradecí verme de pronto, tras un leve salto, en la plaza que se hallaba tras la avenida de Bayona, desde donde me fui acercando a la muralla.

Me encontraba cerca de los jardines de la Taconera cuando vi a Rubí salir de un taxi y acercarse a mí. Traía cara llorosa y se diría que apenas se tenía en pie.

–¿Qué te pasa?

–He dejado a los hermanos Bidar discutiendo en la cafetería de la estación. Acabo de reñir con ambos.

–¿Por qué?

–Por asfixia. Quieren que me decida por uno de los dos.

–¿Y?

–Y no puedo, y no puedo, y no puedo. Elegir a uno es como matar al otro. Además, no sé si es posible. Viven pendientes el uno del otro, tan pendientes que da la impresión de que cada uno de ellos vive en el cuerpo del otro. Creo que esa es su enfermedad, ellos la saben llevar, yo no, y me tienen partida en dos.

–No te aflijas, hay dilemas mucho peores que el de no saber cuál de los dos Bidar te gusta más o si te gustan los dos por igual, puedo asegurártelo –dije pensando en Beatriz.

Dejé a Rubí a la puerta de su casa y me perdí por la ciudad hasta

que me vi en medio del paseo Sarasate. Torcí hacia la estación de autobuses y entré en aquel bar que parecía surgido de un cuadro de Van Gogh, con su mesa de billar al fondo, crudamente iluminada por las lámparas cónicas, mientras que el resto de la sala permanecía en penumbra. Allí seguían los hermanos Bidar: César vestido con un traje inglés y una corbata negra, y Julio, más afeminado, iba también vestido de negro pero con un abrigo de piel: parecía Oscar Wilde de joven. Ya no discutían por la posesión de Rubí, ahora se acordaban de David y estaban a punto de pasar de la ebriedad eufórica a la llorona.

A mí me daba la impresión de estar viviendo una noche parecida a las noches del protagonista de *La náusea*, pero más melodramática y provinciana. Y como conclusión a una madrugada llena de declaraciones, los hermanos Bidar me dijeron que ellos también eran poetas.

César apretó mi mano como si quisiera reforzar así el poder de sus palabras y confesó con voz de estar haciendo una revelación sin precedentes:

–Estoy escribiendo un libro que corta como el diamante.

–No le hagas ni caso –musitó Julio.

César se limitó a mirarle con desdén y pidieron más whisky. Ávidos de hablar de sí mismos, me hicieron saber que eran hijos de padres diferentes, y que Bidar era su apellido materno y el único que los hermanaba. César era hijo de un médico que había muerto de cáncer cuando su vástago acababa de nacer. Al año siguiente la madre de César se había casado, ya embarazada, con un capitán de infantería, y había dado a luz a Julio. Casi desde entonces César repartía su vida entre la casa de su madre y la de su abuela paterna, mujer adinerada que lo adoraba y que le hacía creer que pertenecía a un linaje muy superior al de su hermano.

Los dos Bidar estudiaban juntos y pasaban el día pegados el uno al otro, en parte por orden materna y en parte porque ya no sabían obrar de otra manera, y parecía haber en ellos, entre otras guerras, algo parecido a un litigio con la vida, encaminado a demostrar quién era más digno de la madre, ya que el destino había querido que fueran de distinto padre. Al pertenecer en realidad a familias diferentes dentro de una misma familia, los dos tenían mentalidad de primogénito, lo que acentuaba aún más su beligerancia, y nunca dejaban a sus amigos entrar en la casa materna. Yo llegué a pensar que lo hacían porque estaba llena de imágenes religiosas que afeaban su recién nacido agnosticismo.

Empezaba a amanecer cuando los hermanos Bidar volvieron a hablar de David y a lamentar su muerte. De David pasaron a Rubí. Se gritaban el uno al otro, se la disputaban con rabia, se culpaban de que la chica hubiese huido aterrada... Pero se olvidaron pronto de Rubí y

entonces César volvió a hablarme del poemario que estaba escribiendo.

–Cada poema es un corte con bisturí en la retina del lector, y en su pensamiento. Rompo todas las reglas –proclamó.

–Yo sí que las rompo –se apresuró a decir Julio–, pero sin tanta retórica como mi hermano, que escribe como si ya viera sus versos tallados en mármol. Es un pobre loco.

Siguiendo la mirada de Julio, giré la cabeza y descubrí a Isaac Morengo. Traía cara de insomnio y una vez más necesitaba un cigarrillo, así que se acercó a nosotros.

Ya para entonces, los hermanos Bidar habían pasado de las palabras a los hechos y César empujó violentamente a Julio. El dueño del bar telefoneó a la policía y salimos corriendo del establecimiento. En la encrucijada de los Tres Reyes nos tomamos un respiro y cogimos cada uno una dirección, o al menos eso creía hasta que vi que Morengo me iba siguiendo. Me detuve, se detuvo y sacó una carta del bolsillo interior de su abrigo.

–La intercepté ayer –dijo.

Era una carta que David le dirigía a Beatriz el día mismo de su muerte y que decía así:

> ¿Por qué no vienes, mujer de aire?
> Ojalá que de ahora en adelante te encuentres con la muerte cuando creas encontrarte con el amor, si no llegas esta tarde.
> David

Temblando de desconcierto ante semejante maldición, doblé la carta y le dije a Morengo:

–¿Me la puedo quedar?

–Claro. Hasta ahora no había podido decirte que una tarde vi salir de la sala de autopsias del cementerio a David y a Beatriz. Parecían en pleno idilio, y por respeto a tu persona y a nuestra amistad decidí interceptar la carta que ahora tienes en tu poder –dijo con gran seriedad y se alejó de mí a paso lento. Parecía bastante borracho.

De pronto se volvió hacia mí y me indicó que me acercara. Le hice caso. Ya me tenía delante cuando me señaló con el índice y me miró fijamente.

–Todos tus amigos conocen la experiencia del abandono, también Beatriz, pero no hasta ese grado que te obliga a cambiar de dimensión, como es mi caso. Si queréis conocer de verdad el infierno, tendréis que descender algunos peldaños más de esa escalera que no se debe bajar. David ya lo hizo y mira dónde está. Que descanses, amigo. Yo me marcho a Correos, hoy me toca reparto –dijo, y acelerando el paso

tomó la dirección del paseo de Sarasate.

¿Un amor loco?

Al día siguiente, Beatriz me llamó para decirme que sus tíos se habían ausentado de nuevo y volvimos a hacer el amor y nos regalamos palabras de presunto amor profundo y presunta fraternidad. En ese estado beatífico y apesadumbrado permanecimos unos meses, sintiéndonos fantasmas de nosotros mismos y flotando en un extraño limbo del que nos sacaba a veces el poeta Ramón Irigoyen, que acababa de pasar dos años en Atenas y que acostumbraba a invitarnos generosamente en su casa para leernos poesía clásica y moderna e invitarnos a ginebra seca. En aquella época Irigoyen defendía la tesis de que la poesía debía matar al que la leyera.

–Eliot decía que un buen poema debía ser como un epitafio, pero yo creo que un buen poema tendría que ser como una corriente que partiese en dos la cabeza del lector, fulminándolo en el acto.

Nosotros le escuchábamos con alegría y admiración, pensando que nunca nadie había dado tanto en el clavo. El poeta vivía entonces amancebado con una mujer que solía llevar unas minifaldas tan cortas que no era difícil verle las bragas, cada día de un color. Conocí su monte de Venus disfrazado de amarillo, de rojo, de verde, de blanco, de lila, y de azul de Prusia, que era el que más me gustaba.

No era frecuente entonces vivir con alguien en régimen de mancebía y a veces, cuando llegaba su madre para limpiarle la casa, Ramón se veía obligado a meter a su novia en el armario. La pobre chica nos contaba que en una ocasión había estado a punto de asfixiarse. Lo decía sin el más mínimo tono trágico, y esbozando una de sus maravillosas sonrisas.

Bebíamos tanto en casa del poeta y armábamos tanto alboroto que en una ocasión llegó la policía y pasamos la noche en los mismos calabozos del Gobierno Civil que habíamos conocido un verano antes. Pero al día siguiente nos soltaron a todos y continuamos con nuestras orgías de poesía y ginebra, si bien con más discreción.

Con la proximidad del verano, empecé a detectar nuevos cambios en Beatriz, y en junio se marchó a Biarritz para pasar unos meses con su padre, si bien antes hizo planes conmigo. Ella pasaría el verano en Francia, y en septiembre nos marcharíamos los dos a París y nos matricularíamos en la universidad.

Acepté su propuesta y fui a verla varias veces a Biarritz, notándola cada vez más rara y ausente. A finales de septiembre me despedí de ella en la estación de Hendaya y nos prometimos vernos en París a final de mes. Para entonces Beatriz ya habría encontrado habitáculo, ayudada por unos amigos de sus tíos que vivían en la capital francesa.

Faltaban ya pocos días para mi partida cuando recibí una carta en la que me decía lo siguiente:

> Amado mío:
> Siento comunicarte que me hallo en uno de los callejones más tenebrosos de mi vida y del que me cuesta mucho hablar. Este último verano tuve un *amour fou* en Biarritz y a finales de septiembre me quedé embarazada. Tienes que ayudarme, amor mío de ayer, de ahora y de siempre. ¿Debo abortar? ¿No vas a venir a consolarme? Te quiere y te querrá siempre tu pequeña
> Béat

La disminución de su nombre distaba mucho de ser un gesto gratuito, ya que sólo me permitía a mí llamarla Béat, la pequeña Béat, y así solía llamarla en la intimidad.

Nunca olvidaré aquel domingo en que me fui con mis amigos a comer a Lanz y luego estuvimos paseando por las arboledas que se extendían fuera del pueblo. La agitación del viento y el rumor del agua resultaban la música más irritantemente apropiada para hablar de Beatriz. Yo había decidido romper para siempre con ella y así se lo hice saber a los que me acompañaban aquella tarde en Lanz.

–Tengo que librarme de esa pesadilla –murmuré. Ninguno de mis

amigos estaba de acuerdo. Mi deber era ayudarla. Y si estaba loca, mi deber era sanarla.

–No la puedes dejar a la intemperie –dijo Alvar–. Pídele consejo a Ory.

El verano anterior, Alvar había estado recorriendo Francia y se había detenido en Amiens para conocer al poeta Carlos Edmundo de Ory, que era una leyenda entre los jóvenes. Alvar se había quedado maravillado con él y ya sólo le faltaba creer que Ory hacía milagros.

–¿Por qué no te vas tú a París? Te cedo mi puesto –dije.

–No seas cínico. Tú la conoces mejor –aseveró Alvar.

Claudio, Rubí y Sara le dieron la razón mientras yo me echaba a reír a carcajadas.

Me resistía a hacerles caso, pero esa misma noche les dije a mis padres que me marchaba a París y que procuraría estudiar y trabajar al mismo tiempo. Sólo les pedía algún dinero para el principio.

Mis padres, que valoraban el riesgo, fueron bastante generosos en su dádiva y me permitieron marchar. Ya me hallaba haciendo el equipaje cuando me vio mi tío Leandro, que estaba pasando unos días con nosotros y que padecía senilidad precoz. A los sesenta y seis años perdía a menudo el sentido de la realidad.

–¿De modo que te vas a París? –me dijo–. Te aconsejo ir al Ritz, si no todo el tiempo, sí al menos alguna temporada. No sabes lo que es tener a tus pies la place Vendôme. Sí, ya sé que vas a decir que es un hotel caro... No tanto, no tanto, a no ser que quieras la *suite royal*, y no te la aconsejo ni siquiera para una noche con la belleza más asombrosa de la tierra. Pero si te molestan los lujos, sea por falta de fondos, sea porque quieres redimirte a ti mismo, sea porque prefieres algo de tranquilidad, lejos de las deliciosas veladas en el café del Ritz y en el Maxim's, te aconsejo el Majestic-Opera. A ver si me entiendes, sus camareros carecen del *savoir faire* de los del Ritz, pero yo pasé allí una semana, y fui extrañamente feliz.

–¿Estabas con una mujer?

–Sí, con una mujer de la que sólo recuerdo su nombre. Muchos momentos se van borrando, hijo, pero no se ha borrado en mí el recuerdo de las noches en la Tour d'Argent. Te aconsejo ese restaurante magnífico, glorioso. Tampoco descarto el Maxim's, por supuesto. ¿Cómo lo voy a descartar si allí pasé más de una noche inolvidable? Tras la cena en alguno de los dos, te aconsejo trasladarte a Pigalle, sí, como lo oyes, y concretaré más: te aconsejo entrar en el cabaret Florence, que con justicia es el preferido de la gente de buen gusto, como me decía mi amigo Max, escritor notorio. Los viernes es obligatorio el traje de etiqueta, y la princesa de Grecia tiene reservada su mesa permanentemente entre las mesas de honor que verás a la derecha de la sala. El espectáculo lo dirige Santiago Fath, ese cráneo

privilegiado, y somete a sus bailarines a torturas espantosas para que den siempre la talla. Y la verdad es que lo consiguen, ya que nunca defraudan. La orquesta está a cargo de Arturo Briggs, negro americano: algo natural en uno de los lugares más elegantes de París y que sería inconcebible en Chicago. Después de pasar unas horas en el Florence, observando a los personajes de los que se habla en las crónicas de sociedad y que se deben conocer en la vida parisién, es quizá el momento de pensar en la casa de Madame Laura, en un rincón de Le Ma–rais. Carne mercenaria y que sin embargo parece celeste, como en el poema aquel de Rubén Darío. Claro que no siempre mis noches acababan en casa de Madame Laura. A veces me iba con mi amante lisboeta. La pobre mujer estaba obligada a engañar a su marido si quería tenerme de vez en cuando, y una noche estuvieron a punto de sorprendernos precisamente en el Ritz, así que nos fuimos a un hotel más modesto y menos conocido.

–Sí, al Majestic-Opera.

–Exacto. ¿Cómo lo sabes?

–Me lo dijiste antes, cuando me estabas recomendando un buen hotel en París.

–Ay, mísero de mí. Esto sí que es vivir en un desgarrón. Estoy perdiendo la memoria y al mismo tiempo recuerdo momentos de mi vida con una precisión espantosa. ¿Te lo puedes creer?

–Sí.

Al día siguiente, me despedí de todos mis amigos en la estación: de Claudio y Sara que iban a estudiar Filología en Barcelona, de Rubí que se quedaba en Pamplona, de Alvar, que estaba a punto de trasladarse a Zaragoza para estudiar Filosofía y Letras, y de los hermanos Bidar, que iban a irse voluntarios al Servicio Militar para quedar libres cuanto antes, según les había aconsejado el segundo marido de su madre.

Roco llegó en el último momento, con su pelo tan largo como siempre y su voz ronca y decidida, y, según me dijo en el andén, había pensado trasladarse a Colombia y probar fortuna en Bogotá, donde vivía una de sus hermanas.

Los abracé a todos y subí al vagón. El tren ya se había puesto en marcha cuando irrumpió en la estación Isaac Morengo y me dijo adiós desde el andén.

El viaje fue una especie de regresión lamentable, que emborronaba mi futuro llenándolo de pasado. Entre sueño y sueño, y mientras el tren avanzaba hacia París, volvía a aquellas tardes grises y excitantes cuando, tras anudar la corbata y pasar por última vez el peine por el pelo engominado, salía corriendo a la calle y cogía el autobús que me

llevaba a aquel dancing del barrio de San Juan. Las chicas reían como terribles gatas marinas bajo el neón y la nieve, y el aire quemaba mi rostro como una bocanada ardiente. Ah, el rock and roll de los años tontos. Ahora comprendía que en aquel entonces vivía sin saber que lo hacía casi todo por primera vez. Y era una sensación indefiniblemente deliciosa que se mezclaba con el sabor del alcohol y el carmín. Las pieles tenían una tersura angélica, el aliento de las chicas era de seda y de fiebre. La música invadía todo el sistema nervioso y repercutía en la nuca y en el corazón.

Recordaba haber bebido con fervor sus lágrimas y temblar de amor cuando la tocaba. Sus palabras parecían susurros escarchados que llegaban a mis oídos intactos y cristalinos bajo el ruido atronador y las luces fulminantes.

Ah, el rock and roll de los años tontos. Ahora veía en el recuerdo caer la nieve y volvía a temblar sintiendo aquella misma emoción, aquel dulcísimo vértigo. Estaba quedando atrás todo un tiempo de mi vida y sin embargo aún veía su aliento en la niebla gélida mezclándose con el mío, oía su risa estridente y la de las otras chicas, cuando salíamos del baile y la noche nos recibía como una inmensa placenta. Toda mi piel vibraba al morder sus labios bajo las frías estrellas.

Los recuerdos continuaron mezclándose mientras silbaba el tren. La sucesión de luces que iban quedando atrás se convertía en un símbolo de tiempo. Allí donde ahora todo era oscuridad en mi mente antes había habido un recuerdo, una luz, antes había habido una imagen relampagueante, como iluminada por un foco que parpadea, descubriendo bruscamente una sonrisa, deteniéndola en la oscuridad, pensé. Aquellas discotecas en las que había bailado con Beatriz se me antojaban ahora perdidas en el tiempo, como estaciones en desuso que ya no recibieran trenes. Desaparecía el efecto de realidad que habían tenido un momento antes, se extinguía la sustancia misma del recuerdo, adquiriendo el aire de una ficción. La vida parecía una sucesión de sueños no cumplidos y de sueños que se podían cumplir, de extrañas imágenes premonitorias, hijas del miedo presente pero también del miedo que podía llegar más tarde, y que se anunciaba como un cosquilleo, leve y traicionero, llegando a mí sin previo aviso cuando el tren se detenía en alguna estación.

Purgatorio

¿Podemos cambiar de naturaleza?

Llegué a la ciudad de la luz una mañana de otoño fría y de nieblas ennegrecidas, y mi primer habitáculo fue un exiguo apartamento ubicado en el penúltimo piso de un rascacielos de la place d'Italie, donde vivían dos chicas francesas que habíamos conocido en Biarritz cuando aún estaba vivo David. Desde el balcón del apartamento, la niebla adquiría fisonomías dantescas dibujadas por Doré.

Un buen comienzo, pensé. Esta vez a nuestra guerra no le van a faltar grandes escenografías, como en más de una novela de Tolstói. Esta vez el infierno hasta podría tener cierta grandeza.

Dejé el equipaje en el apartamento, tomé un café en el bar de la esquina y anduve deambulando por la ciudad de la niebla, ansiando desaparecer en la multitud que poblaba la bruma y creyendo que eran los muertos, y muy en concreto David, los que guiaban mis pasos por aquel laberinto de la muchedumbre y la soledad.

Llegué a la place du Commerce a las siete de la tarde, y ya era de noche. Se trataba de una plaza muy parisina y a la vez bastante prosaica, de casas de tres plantas ennegrecidas. Abundaban los comercios de toda índole y había también un cine en el que exhibían películas pornográficas. Me quedé paralizado cuando vi salir del cine a

Beatriz, acompañada por un hombre muy moreno y sumamente guapo. Los dos parecían risueños e iban bien abrigados. Se quedaron un instante detenidos ante una tienda de ropa y acto seguido desaparecieron tras la puerta de un inmueble de la plaza, de apariencia modesta.

Me acerqué al cine para informarme de la película que acababan de ver Beatriz y su acompañante. Sorprendentemente, se trataba de una película sobre el más allá que se titulada *El diablo en Miss Jones*. Con asombro, leí el cartel publicitario del filme que rezaba así:

> Justine Jones, una mujer casta y cansada de su vida rutinaria, se suicida. Tras su muerte, llega el momento del juicio en el que se decidirá si merece el Cielo o el Infierno. Como una gracia divina destinada a compensar la pobreza sexual que caracterizó su existencia, a Miss Jones se le otorgará el don de volver a la vida para que pueda disfrutar de los placeres terrenales. Su nueva vida oscilará entre la lujuria y el desenfreno. Una vida dedicada por entero al placer carnal.

Me quedé sobre todo con la última frase: una vida dedicada por entero al placer carnal. ¿Sería ahora ese el nuevo proyecto de Beatriz?, me pregunté poco antes de sacar una entrada para asistir a los sofocos de ultratumba de Miss Jones.

La primera sorpresa del filme fue comprobar que Miss Jones no era joven. Más bien parecía una solterona consumida de la España profunda, si bien vivía en una ciudad populosa, lluviosa y gris. Toda la primera parte trataba del suicidio, después venía el juicio y, tras el juicio, se iniciaba la carrera lujuriosa de Miss Jones, con escenas de sexo explícito y no demasiado excitantes. Primero Miss Jones fornicaba con un hombre, que era una especie de maestro lujurioso del más allá. Más tarde Miss Jones probaba con una mujer, con una serpiente, con sus propios delirios, y más tarde se atrevía a formar parte de un trío... Cuando salí del cine, varias frases de la película giraban obsesivamente en mi cabeza como si tuvieran algo que ver con Beatriz. «La lujuria es uno de los pecados capitales, ¿no? ¿La vida? ¿Qué vida? Si pudiera volver a la vida, viviría una vida llena de obsesión y consumida por la lujuria. ¿Me dice que estoy muerta y que va a decidir si tiene que enviarme al Cielo o al Infierno? La lujuria es uno de los pecados capitales, ¿no? Hazme daño, hazme daño. ¿Está intentando decirme que estoy muerta? Sí, lo siento, pero era eso lo que estaba intentando evitar. ¿La vida? ¿Se puede saber qué he hecho yo para merecer el Infierno? Hazme daño, hazme daño.»

Así se corrompían los sueños, pensé al dejar atrás el cine, pero ¿para qué servían los sueños si ni siquiera suponían una iniciación a la vida? ¿El haber configurado en mi mente una Beatriz que no se parecía en nada a sí misma me protegía ahora de la aridez del presente, de las calles sin gente y del frío existencial? ¿Y me protegía acaso de la chica que había visto dos horas antes, saliendo de un cine siniestro con un hombre guapo y alegre que no parecía ni la mitad de torturado que yo? Me dejaban boquiabierto las modificaciones que se habían producido en ella y empecé a llamarla en mi intimidad Beatriz Jones.

Pasé la noche agitándome bajo las sábanas, luchando contra las llamas de un infierno que, como Miss Jones, no creía merecer, y al día siguiente telefoneé a Beatriz diciéndole que ya estaba en París. Beatriz no pareció alegrarse, como si su cabeza estuviese ya en otro capítulo de la Historia Universal de la infamia.

–Bien –le dije–, por tu tono de voz tengo la impresión de que he hecho un viaje inútil. Me marcho hoy mismo.

–No, por Dios, necesito verte, necesito verte ya. ¿Dónde quedamos?

–En el café de La Paix, dentro de una hora.

–De acuerdo –dijo ella antes de colgar, en un tono de voz más cálido.

Salí a la calle en la parada de metro Solferino, avancé por el último flanco del Faubourg Saint-Germain, atravesé el puente de la Concorde bajo una niebla que tornaba más ingrávidas sus estatuas relucientes, y permanecí un rato mirando el río. Luego torcí por la rue de Rivoli y la rue Castiglione, llegué a la place Vendóme y me detuve ante el Ritz, donde mi tío Leandro se había solazado con una dama portuguesa. Sus ventanas brillaban tras la niebla como antesalas de un mundo detenido en el tiempo. Sin necesidad de cerrar los ojos, y dejándome envolver por la niebla, imaginé el hotel en tiempos de Proust, y más tarde, cuando ondeaba la cruz gamada, y más tarde aún, cuando vivía allí Coco Chanel.

Todavía sumido en especulaciones fantásticas sobre el pasado del Ritz, me adentré en la rue de la Paix bajo una niebla cada vez más densa, y como vomitado por la niebla entré en el café y me senté a una mesa junto al ventanal que daba al bulevar. El lujo aristocrático más que burgués del establecimiento me dejó estupefacto y pensé en lo que me iba a costar allí un simple café.

No mucho después, la misma niebla que velaba la calle vomitó a Beatriz, que al entrar en el establecimiento y experimentar el calor de la atmósfera y la fragancia del café pareció quedarse un instante en éxtasis, pero enseguida se dirigió al rincón en el que me hallaba como

si más que la mirada la guiase una vibración. Nos besamos con falso ardor, nos miramos a los ojos, y nos sentamos el uno frente al otro. Me alarmó comprobar que Beatriz había cambiado de estilo indumentario, deslizándose hacia la vulgaridad. Me desconcertaron los pantalones ajustados y rojos: parecían los de Miss Jones en la etapa más lujuriosa de sus memorias de ultratumba. Tampoco me gustó su jersey de lana, de colores africanos, ni el abrigo afgano, ni las pequeñas trenzas que ahora adornaban los dos flancos de su cabeza, que jugaban entre sus orejas como serpientes agilísimas y que me recordaban las culebras con las que fornicaba Miss Jones.

–Supongo que estarás harta de mí.

–No es hartazgo lo que siento, Beatriz.

–¿Entonces qué es?

–Siento un hastío infinito, un hastío mucho más grande que el que sentía Baudelaire, un hastío sin límites precisos, un hastío impensable.

–Me inquietan tus sarcasmos. Juraría que están basados en una interpretación equivocada de mis pasos –dijo mirándome de forma incisiva–. ¿No me habrás estado vigilando?

Me contraje levemente.

–No lo necesito. Me basta con mirarte en este preciso momento para adivinar lo que más temo.

–¿Y qué es lo que más temes?

–Que te pierdas.

Beatriz hizo un gesto como de recogerse en sí misma, miró la estatua de mármol, que comunicaba paz y sosiego, se aproximó mucho a mí y musitó:

–Siempre has tenido mucha intuición y me alegro. Las personas con intuición te evitan muchas palabras inútiles y mucha desazón. No sé lo que me pasa, Ciro. Estoy perdida en un laberinto de emociones que no puedo controlar. No conozco nada más parecido a la locura. Entiéndeme, ahora no puedo dejar a Paolo, precisamente ahora.

–Ah, ¿se llama Paolo? ¿De dónde es?

–De Nápoles.

–¿Y a qué se dedica?

–Eso es lo peor, Ciro. Es carterista. Roba a la gente en el metro.

Me eché a reír. Ella me suplicó con las manos que no lo hiciera.

–¿Qué pasa con tu embarazo? –pregunté.

Beatriz puso cara de circunstancias y empezó a decir:

–Fue una falsa alarma. No sabes qué tremendo alivio sentí ayer por la mañana cuando el médico me aseguró que no estaba embarazada y que los primeros análisis no habían sido correctos.

–Supongo que lo habrás celebrado por todo lo alto.

–Sí, Paolo y yo nos fuimos a comer a La Coupole.

–Me alegro. Luego alargasteis mucho la sobremesa. De pronto eran

ya las cinco: la mejor hora para ver una película pornográfica, preludio idóneo de una buena sesión de cama, como recomiendan los sexólogos a las parejas que ya llevan demasiado tiempo apareadas y no saben cómo despertar el deseo. Creí que tu compinche tenía más imaginación y más ambición estética –dije, y añadí–: Pero no te inquietes, me gusta que te relaciones con ladrones de guante marrón. Acaban siempre entre rejas.

Enardecido por mis propias palabras, sentencié:

–Mi querida Beatriz Jones, contigo estoy llegando a la más alta dimensión intelectual, en buena parte debido a lo mucho que me obligas a pensar. Eres un cofre de saber oculto.

Beatriz me miró con odio y me dio un violento tortazo en la cara.

Pagué los cafés y salí furioso del establecimiento, dispuesto a abandonarla para siempre, pero pensé que antes convenía conocer el nuevo objeto de deseo de Beatriz, aquella chica de antaño, aquel amor. De modo que hice un esfuerzo y la volví a telefonear. Beatriz recibió con alegría mi llamada y me invitó a tomar un té en el apartamento de la place du Commerce.

Lo que más me asombró nada más llegar a su apartamento fue la falta de adornos. Parecía un lugar de ninguna parte, habitado por almas simples y algo desangeladas. Todo aquello tenía algo de bíblico y yo no sabía qué pensar. Paolo resultó ser un hombre muy hospitalario y sin el más mínimo atisbo de rencor en su rostro, y sólo tenía ojos para Beatriz: quizá por eso no había adornos en la casa: no los necesitaban, si bien él llevaba una camisa de seda de solapa ancha, y en el armario entreabierto se veía la solapa de un traje de terciopelo de asombroso mal gusto. Paolo no parecía demasiado culto, pero estaba lleno de bondad y dirigía hacia Beatriz una mirada de profunda ternura. Esa tarde, llegaron al apartamento más visitantes. Dos cameruneses que traían una botella de vino de Alsacia y que parecían amigos del anfitrión, una mujer francesa que había conocido a Beatriz en el cine de la plaza, y una americana de Nebraska, que traía siempre en la cara y la mirada el frío de su país natal. Todo indicaba que la americana era amiga de Paolo desde hacía tiempo, y daba la impresión de que tanto Beatriz como él le pedían dinero.

Dentro de aquel círculo de naturaleza más bien disparatada, me sentía como un exiliado en un país del que desconociera todas las claves, y me asombraba ver la facilidad con la que Beatriz había cambiado de mundo y casi de personalidad. Aunque quizás me equivocaba y Beatriz se sentía tan fuera de órbita como yo, si bien intentaba disimularlo con esa capacidad para el teatro que le había ido dando la vida y de la que carecía cuando era niña. Aunque no

siempre se molestaba en interpretar, ya que a veces parecía sumida en una especie de imbecilidad flotante que hacía difícil comunicarse de verdad con ella, y que le daba a su cara un aire de necia muy poco estimulante. Fue entonces cuando pensé que quizá Beatriz estaba huyendo de la muerte de David más que de mí. Sin querer, y dejándose llevar por impresiones erráticas, había dado un salto prácticamente mortal, y allí estaba, convertida en otra y riéndose como una idiota entre sus nuevos amigos.

Por segunda vez en ese día, pensé en la posibilidad de marcharme a Barcelona. Fugarme suponía poner tierra de por medio, algo que me parecía imprescindible para librarme definitivamente de Beatriz.

Procuré ser ante ella y sus amigos muy amable y correcto, pero salí del apartamento con la idea fija de abandonar cuanto antes París.

Iba caminando por la rue du Commerce cuando oí pasos tras de mí. Me di la vuelta y comprobé que era ella.

–Sé que quieres dejarme para siempre –gimoteó–. Veo la fuga en tus ojos.

–Yo en cambio sólo veo bruma en los tuyos. ¿Qué tengo que hacer?

–Esperar un poco más en París. Tengo que despegarme de Paolo, pero aún no me atrevo. Es como si me hubiese poseído desde dentro. No lo puedo explicar mejor.

La miré con asco y continué caminando en dirección a la estación de metro. Beatriz me lo impidió arrojándose a mí.

Volví a notar el frescor de sus labios. Todas las emociones de ayer acudieron a mí para zarandearme más y a punto estuve de entregarme al llanto. Hasta que conseguí apartarla de mí y continuar mi camino.

–¿A dónde piensas ir? –gritó mientras me alejaba.

–No te lo pienso decir porque en realidad no lo sé. Acepta que me has perdido para siempre. Ahora sé que estabas obsesionada con él desde que lo conociste en Biarritz, y ahora sé que viniste a París por él. Esa es la realidad, Beatriz, y todo lo demás ni siquiera es mala literatura.

Beatriz se arrojó nuevamente a mí y gritó:

–Como no me esperes un poco me perderé para siempre.

Lo expresó con tal desesperación que tuve que recapacitar. Esa noche le prometí que seguiría en París y esa noche decidí ir a visitar a Carlos Edmundo de Ory.

De madrugada me subí al tren que habría de dejarme en Amiens y llegué a casa del poeta hacia las diez de la mañana. Hacía frío, la escarcha cubría el suelo y en los campos de Amiens brillaban las ramas de los robles quemadas por el otoño. Ory vivía en la buhardilla de una casa que entonces se hallaba a las afueras de la ciudad y sus ventanas daban al campo. Cuando llamé a la puerta de su casa, Ory estaba todavía en la cama, pero se levantó para abrirme en compañía

de una mujer de unos veintidós años, de un rubio tan claro que parecía albino.

Ory me indicó un asiento y me pasó un libro de magia negra para que me entretuviera un poco mientras ellos se aseaban. Toda la casa estaba abuhardillada y reinaba un amable desorden jalonado de objetos sorprendentes. Parecía al mismo tiempo la casa de un bohemio y la cueva de un chamán.

Ory tenía entonces cincuenta y seis años, la barba y los cabellos blancos, la mirada intensa y sufriente, y por lo que pude ver ese día, vestía ropas ajadas y en la más estricta tradición bohemia.

A las once salimos los tres de casa y nos fuimos paseando hasta el centro de la ciudad, que exhibía sus casas oscuras y sus canales pútridos bajo el tibio sol de invierno. Entramos en un café frente a la ennegrecida catedral y, mientras desayunábamos, le di recuerdos de Alvar y luego intenté contarle como pude todo el asunto de Beatriz.

Tras escucharme con mucha atención, Carlos Edmundo de Ory se quedó mirando hacia la catedral y musitó:

–Todo lo que dices me huele a posesión diabólica. Trae contigo a la chica e intentaremos hacerle una especie de exorcismo. A veces funciona.

–¿Cómo dices?

Con un movimiento de cabeza, Ory pareció borrar lo que acababa de formular ante mí y añadió:

–Tráela contigo mañana mismo. Tengo que verla para poder formular un diagnóstico.

Me pareció correcto y esa noche, al llegar a París, conseguí convencer a Beatriz para que me acompañase a Amiens. Y fue así como me presenté con ella en la casa del poeta. Ory la miró con sus ojos de brujo y acercándose a mí me susurró al oído:

–Pobrecilla, es un ángel caído. Y tiene figura de torero. ¡Qué maravilla!

–No te entiendo, Carlos. ¿Qué quieres decir?

–Mírala con más amor, cretino. Tiene cara de Santa Eulalia, aquella mártir de Mérida a la que iban desnudando los romanos mientras la conducían al martirio, aquella virgen que se perdió tras la niebla... Está como borracha. El carterista le ha sorbido la voluntad. Eso es lo que ahora no tiene, Ciro, voluntad.

–¿Y qué podemos hacer?

–Tomar una decisión, pero todavía no.

Ory cogió las manos de Beatriz y empezó a mirar sus líneas.

–Mancha en el monte de Venus. ¿Has abandonado a una persona que querías mucho?

Beatriz se echó a llorar. Ory continuó mirando las manos y susurrando:

–Línea del corazón muy marcada. Gran capacidad de entrega, pero también de entrega a la idiotez... Tendencia a la precipitación, inclinación a tomar decisiones demasiado rápidas y demasiado equivocadas. Ambición y vida tortuosa y difícil. ¿Vas a seguir con Paolo?

Beatriz, que llevaba un rato hipnotizada por la mirada y las palabras del poeta, gritó:

–¡No!

Ory la acogió en sus brazos, le dio un beso y le dijo al oído:

–Antes de seguir haciendo locuras, preferiría que te vinieses a Amiens. Beatriz, eres un arcángel.

Esa noche Ory organizó una ceremonia medio espiritista en su casa. A la luz de siete velas y mientras bebíamos vino de Borgoña el poeta nos ordenó cerrar los ojos y juntar las manos. Entonces empezó a decir:

–Pensad en un río, pero pensad en él desde su cualidad de organismo más que como mero flujo de agua. Un río es como una serpiente líquida que repta entre las piedras a una gran velocidad y con una gran suavidad. Imaginad ahora que os bañáis en ese cuerpo líquido. Si fuésemos conscientes de que un río es un cuerpo nunca nos perderíamos en él, decían los cabalistas. Nos ahogamos cuando perdemos los límites del mundo y los límites de nosotros mismos. Permanezcamos un poco en nuestro ser, no lo abandonemos frívolamente, cobijémonos en él, pues en definitiva sólo él nos ayudará a ver el mundo como un cuerpo líquido por el que podemos fluir sin miedo a perdernos en él. ¡Viva la eternidad de estos segundos, viva la eternidad de cada minuto, viva el vino del amor! –exclamó el poeta abriendo mucho los ojos. Luego apuró el cáliz de cristal de roca que reposaba en el centro de la mesa, y lo fue pasando a los demás.

¿Qué buscaba Valente?

Beatriz se fue de casa del poeta llorando de agradecimiento. Durante nuestro regreso en tren íbamos muy juntos y dándonos besos como antiguamente.

–¿No crees que Ory es un chamán? –le pregunté.

–Es más que eso. Es un sacerdote délfico y un alma luminosa y hospitalaria –dijo ella, que solía ser agradecida con los que la miraban bien.

Al llegar a la estación de San Lázaro nos estaban esperando en el andén Paolo y dos cameruneses, uno de ellos mujer. Los tres nos sonrieron apaciblemente. Beatriz me susurró:

–Debo irme con Paolo. No me puedo marchar de repente, aunque lo tenga decidido. Esta noche me voy a despedir de él. Espérame en el apartamento de la place d'Italie. Te juro, amor mío, que mañana comemos juntos. Confía en mí.

La dejé marchar. Al día siguiente, la estuve esperando hasta el anochecer. Hacia las seis de la tarde salí de casa y me fui en metro hasta la place du Commerce. Entré en el portal de Beatriz, subí por las escaleras hasta el tercer piso, y desde una de las ventanas del rellano pude divisar la ventana del apartamento de Paolo. Se hallaban

haciendo el amor y parecían a punto de llegar al estremecimiento. En algún instante, Beatriz dirigió la mirada hacia la ventana, pero estoy seguro de que no me vio. Estaba en otra parte.

Esa misma noche telefoneé a Ory para contarle lo sucedido. Al notarme tan deprimido, el poeta me dijo:

–Muchacho, lo tuyo sólo tiene una cura y se llama fuga total del pasado. Piensa que has muerto y que inicias una nueva vida. Yo ya lo he hecho más de una vez.

Lo tenía todo dispuesto para irme a Barcelona cuando tuvo lugar un cruce del destino, llamémoslo así, que modificó mis planes, y es que Muriel, la chica del apartamento de la place d'Italie donde me albergaba, había firmado un contrato para trabajar medio año como camarera en el café Lyrique de Ginebra, pero le había salido otro trabajo mucho más ventajoso en París, y había desistido de trasladarse a Suiza, causando con ello un gran trastorno a los propietarios del café.

–¿Puedo ir en tu lugar? –pregunté sin pensarlo dos veces.

–Qué buena idea. ¿Conoces el oficio?

–No, pero puedo probar. Diré que no tengo tu experiencia, pero que tengo voluntad. No pierdo nada por intentarlo.

–Tienes razón. Preséntate el sábado allí, algo mejor vestido de lo que vas ahora, y diles que eres mi primo, mi primo español. Ojalá dé resultado, a mí me descargarías de culpa y a ellos les harías un gran favor.

–De acuerdo –dije emocionado y dispuesto a todo con tal de alejarme de Beatriz.

El sábado por la mañana entré con mi mejor atuendo en el café Lyrique de Ginebra, tras un viaje en autobús por carreteras lluviosas que parecían conducirme al país de la niebla. Los dueños del café no me acogieron con buena cara, y más cuando vieron cómo manejaba la bandeja. Me descartaron como camarero el primer día y me pusieron a trabajar de pinche en la cocina, pero a la semana siguiente uno de los chicos se marchó tras una discusión brutal con el jefe, y lo sustituí para atender las mesas de la terraza.

Dos pisos por encima del café, los dueños del establecimiento tenían un apartamento de tres habitaciones para los camareros. Una de ellas, la que daba a al bulevar, era la mía, y desde ella podía acceder, como desde un palco, al incesante teatro que se desplegaba en aquel privilegiado lugar de la ciudad frecuentado por amantes de la Ópera y bellísimas estudiantes.

Como quería seguir desaparecido, sólo telefoneé a Carlos Edmundo de Ory, al que le di mi dirección tras asegurarle que la vida me

sonreía (si bien muy relativamente) y que empezaba a sentir en mí los beneficios de algo que parecía una nueva piel.

Y en esa situación me hallaba cuando una noche oí golpes en la puerta del apartamento a las tres de la mañana. Acerqué el ojo a la mirilla y con estupor creciente fui aceptando que Beatriz se hallaba tras la puerta. Al principio no la reconocí, pues la mirilla nos muestra siempre una imagen muy deformada del otro, que tras el ojo de cristal se trasforma en una especie de saurio de cabeza grande y movimientos nerviosos. Se trata de un ojo diabólico que empequeñece y animaliza a las personas, mostrándonos sus aspectos más reptílicos y primitivos. Ver a una persona agitándose tras la mirilla de una puerta es como ver una iguana muy grande moviéndose en torno al círculo de vidrio, cierto, pero también es como ver a un sabueso acechando en la boca de una madriguera. El animal que llevamos dentro se apunta en cada movimiento, en cada mirada, en cada gesto.

Tras la mirilla, Beatriz parecía otra persona. Disminuida y melancólica, proyectaba hacia el ojo de vidrio una mirada casi de súplica. Un gesto que la despojaba de belleza y que la convertía en un animal tembloroso y con cara de haber conocido la intemperie. Pero yo sabía que en cuanto abriese la puerta desaparecería el implacable escudo de la mirilla y, ya sin filtros de ninguna clase, tendría que enfrentarme a los ojos verdes de Beatriz.

No quería abrir e instintivamente me acerqué a la ventana. De pronto me vi a mí mismo deslizándome hasta el primer piso con la ayuda de una sábana, y luego descender hasta la calle agarrándome al canalón, para enseguida huir a toda velocidad, ¿de qué? Volví a escuchar golpes en la puerta y decidí abrir.

Contradiciendo a la mujer que había visto tras la mirilla y que parecía la encarnación de la humildad, la Beatriz que surgió de pronto de la penumbra del rellano se arrojó a mí como una pantera y empezó a reprocharme mi huida a voz en grito y a golpearme mecánicamente en el pecho.

Aguanté estoicamente los golpes, hasta que Beatriz pasó de los gritos al llanto, y del llanto a la mudez cuando se tendió en la cama en posición fetal.

–No te acomodes –dije–, que aún no te he dado permiso para quedarte en mi casa.

Beatriz se incorporó ligeramente y me dirigió una mirada de desprecio y lástima.

–¿Ni siquiera me vas a invitar a un té?

Simulando fastidio, acudí a la cocina para calentar agua. No mucho después volví al cuarto con una bandeja en la que reposaban una

tetera y dos tazas.

Beatriz regresó al silencio mientras acariciaba la taza humeante.

–¿Te gustaría que nos casásemos? –preguntó de repente.

Me eché a reír.

–¿Te hace gracia mi sugerencia?

–Mucha. Siempre has tenido una gran capacidad para crear situaciones absurdas, y por razones más bien enfermizas, las situaciones absurdas nos hacen gracia. Es algo muy antiguo, Beatriz.

–¿Más antiguo que nuestra relación?

–Mucho más.

–Nunca pensé que me ibas a dejar sola en medio de la oscuridad. Ojalá la vida te libre de caer en pasiones que no buscas y de padecer enfermedades que no tienes. Ahora lamento las muchas insensateces que te he ido diciendo desde que nos volvimos a ver aquella noche lluviosa, en casa de Sara. Insensateces que no controlaba, que ni siquiera pensaba. Este último mes de soledad en París he vuelto a comprender que tú eres mi dulce amor de siempre, que nadie me ha mirado como tú, ni me ha dado lo que tú, ni me ha llevado a los lugares que me has llevado tú. Te perdono todos los delitos que has podido cometer conmigo, como el de huir de mí cuando estaba perdida en el infierno. Ahora sólo quiero que me abraces muy fuerte. Te juro que te voy a querer hasta la muerte y que me arrepiento profundamente de las lágrimas que has podido derramar por mí. Eres mi amor y mi fiebre, eres mi hermano, mi amante, mi novio, mi guardián, mi amigo de ayer y de siempre... ¿Qué más puedo decirte?

–Me gustaría que me dijeras quién te dio mi dirección.

–Carlos Edmundo de Ory, que me aprecia más que tú, y quiero que sepas que no voy a marcharme de aquí. Como dice la canción, ni siquiera una manada de caballos salvajes podrá arrancarme de ti. Así que ya puedes ir acostumbrándote a mi presencia, corazón. La pequeña Béat vuelve a tu reino bajo el sol –dijo finalmente, y se quedó dormida con una cara que parecía una invocación a las promesas de la vida y las seguridades del amor. Pero era todo un espejismo, pensaba yo. Medio año había transcurrido desde que nos viéramos por última vez. Ciento ochenta noches bajo las sábanas con otro, con otros, con la niebla. ¡Cuántos deseos sepultados, cuántas horas sin mí...! ¿Merecía la pena entrar en su memoria más íntima de las caras y las cosas? ¿Merecía la pena indagar en sus noches de París y atormentarme con todo cuando podía ocultar el abismo de sus ausencias? ¿Qué hacer con aquella caja fuerte en forma de mujer? La ciudad estaba llena de chicas. La primavera las había arrojado a las calles como surgidas del cuerno de su abundancia. El café Lyrique, el Alhambar, La Clemence eran asombrosos juegos de espejos llenos de sonrisas amables y mucho más trasparentes que la sonrisa de Beatriz. ¿Por qué tenía que volver

con ella?

Al día siguiente nos creíamos en otra dimensión o en la más pura dimensión de Eros, bajo una atmósfera dorada, bebiendo ginebra con hielo, mientras una luna turca iluminaba uno de los ángulos de la ventana.

Nos besamos con arrobo y con arrobo formulamos promesas desmedidas. Ella decía estar finalmente segura de que tú eres mi hombre, ya no lo puedo dudar, sería sacrílego, y yo le susurraba al oído que, de todas formas, nunca voy a encontrar una chica como tú, tan despierta y tan sensual: una chica verdaderamente brava. Perdona si hasta ahora no sabía qué materia estaba tocando.

Ninguno de los dos nombró en ningún momento a Paolo, como si ambos hubiésemos convenido, sin necesidad de formularlo, que la mejor forma de aniquilarlo era renunciando a hablar de él, o como si sospecháramos que sólo en el silencio se quemaban los afectos hasta convertirse en materia casi ajena al corazón. Y lo cierto es que por primera vez en mucho tiempo sentí que Beatriz estaba donde tenía que estar y que había dejado de ser mi *baby in black*: la chica enlutada que aparecía en mis pesadillas, hablando un lenguaje incomprensible desde el otro lado de un desfiladero negro y liso.

A la semana siguiente, Beatriz ya estaba atendiendo conmigo las mesas del salón y la terraza y por primera vez en nuestra vida nos vimos los dos trabajando para la misma empresa. Quizá fue la época más intensa de nuestro amor y a mí me daba la impresión de que sólo ahora Beatriz empezaba a olvidarse de verdad de David y de Paolo. Lo compartíamos todo, incluidas la cama y la habitación, y los domingos por la tarde nos íbamos de excursión en barco por el lago. A veces llevaba conmigo un libro de Jules Laforgue, que había frecuentado los lagos suizos, pero resultaba que el poeta, en lugar de hacernos más amable el territorio helvético, nos lo tornaba más opresivo y más oprimido por la gravedad calvinista que tanto se notaba en la rue des Granjes, de casas austeras y a la vez ostentosas como enormes cajas fuertes, y que te hacían olvidar de pronto el aire de balneario impoluto y más bien alegre que tenía la ciudad, y muy especialmente las zonas que daban al lago.

Beatriz llevaba un mes en Ginebra cuando logramos conocer al poeta José Ángel Valente, gracias a un anarquista español llamado Sancho, cliente del café, que tenía amistad con él. Y fue así como un tarde de verano fuimos subiendo por una de las colinas de Ginebra hasta la casa del poeta, que se hallaba en un inmueble de apariencia

banal de la rue Carteret, flanqueado, creo recordar, por dos árboles frondosos.

Era un día especialmente amable. Las brisas que llegaban desde el lago refrescaban el aire y reinaba, en esa zona de la ciudad, un silencio del que carecían los lugares próximos al Leman.

El poeta vivía con su mujer y uno de sus hijos en un piso limpio y que, a diferencia del de Ory, estaba despojado de todo signo de bohemia. En el vestíbulo podía verse un dibujo de Tápies de la primera época, de inspiración surrealista. Y en el salón había más cuadros que ya no recuerdo.

Esa tarde, Valente llevaba un pantalón de lino gris y una camisa blanca, y a pesar de tener cuarenta y seis años, no aparentaba más de treinta y cinco y resultaba un hombre bastante guapo.

Nacido el año del derrumbe de Wall Street, Valente pertenecía a la generación que había desplegado su complicada juventud en los años 50, y que representaba un poco el existencialismo español. Y de hecho los primeros libros de Valente eran más vinculables al existencialismo que al realismo social.

Pero lentamente, con el tesón del que lo rumia todo hasta la desesperación, Valente había ido derivando hacia una mística de la privación y la desnudez. El poema más que hablar balbucía, pero balbucía diamantes de una gran densidad semántica y de una pureza que aspiraba a ser radical y que cortaba como el sable de un samurái.

Por aquel entonces sólo habíamos leído un libro de Valente, *Siete representaciones*, pero en Ginebra el poeta nos regaló el volumen de su poesía completa con una sencilla dedicatoria, y a partir de ese momento no dejábamos de verlo una o dos veces al mes. En la ocasión a la que me refiero, Valente nos invitó a cenar a su casa y nos bebimos entre los tres una botella de vino de Rioja.

Era medianoche. Valente acababa de servirnos más vino cuando llegó Antonio, su hijo, que nos pareció de una belleza incuestionable. Era delgado, de cabellos lacios y largos y apariencia dulce, y nos saludó con delicadeza antes de retirarse a su cuarto sin hacer el más mínimo ruido, como si no tocase el suelo. Su padre nos dijo:

–Lleva una existencia flotante.

Lo parecía. Valente añadió:

–Y su desinterés por los estudios empieza a alarmarme. Ayer encontré en el lavabo una jeringa hi–podérmica. ¿Qué debo pensar?

–Lo peor.

Beatriz y yo le aconsejamos que estuviese vigilante, porque si se trataba de heroína podía ser todo un problema. Pero Valente empezó a evadirse y a decirnos que la jeringa sólo podía ser de uno de los amigos de su hijo, y que aún no tenía verdaderas pruebas de que Antonio se estuviese inyectando opiáceos.

Ni el poeta ni nosotros podíamos saber entonces que veinte años después iban a encontrar a Antonio muerto en una calle de Ginebra, tras una desesperante y angustiosa carrera de heroinómano que estaba empezando entonces. Pero aún nos hallábamos muy lejos de la tragedia y aquella noche estrellada Valente estuvo paseando a su perro, que se llamaba Chico, y le acompañamos un rato. Fue entonces cuando Valente nos contó que acababa de llegar de Roma, donde le habían robado la cartera y donde había visitado al poeta Rafael Alberti y a su mujer, la poetisa Teresa León.

–No os imagináis lo que me contaron. Todavía me dura el estupor.

Pusimos cara de atención y Valente prosiguió:

–Resulta que Rafael y Teresa me dijeron que en una ocasión José Stalin los invitó a almorzar en el Kremlin. Tras la comida, el dictador pidió permiso a Teresa León para fumar un puro. Ella se lo concedió con voz temblorosa. Luego Teresa le dijo a José: «Lo veo a usted muy triste, camarada Stalin». «Lo estoy», contestó él, y añadió con voz grave: «Ahora mismo están fusilando a mis mejores amigos».

Nos echamos a reír. Hacía tiempo que no nos contaban un chiste tan soberbio. Nietzsche, a pesar de odiar el comunismo, lo hubiese admitido como fábula moral en relación con el superhombre.

–Sí, sí, reíros, reíros –nos censuró el poeta–, pero lo cierto es que los Alberti contaban el hecho con admiración y valorando muy positivamente la actitud de José, que en lugar de estar llorando la muerte de sus mejores amigos como una damisela, se hallaba almorzando virilmente con dos camaradas extranjeros y hasta pedía permiso para encender un Montecristo, como un verdadero caballero. Los dos sabían que la orden de fusilar sólo la podía haber dado Stalin, pero ese detalle nada insignificante hacía que les pareciese aún más sólido y formidable el temple de José, que colocaba los deberes de la revolución muy por encima de las emociones pequeñoburguesas de la amistad. A veces la muerte tiene ese siniestro ropaje. Aspiremos a morir en el desierto como el padre Sergio de Tolstói. Yo por si acaso ya me he comprando un terreno en Almería.

Llegamos a un jardín triangular donde Chico anduvo marcando territorio con furor dionisiaco. Allí nos paramos para fumar un cigarrillo a la luz de una farola, y allí Valente miró las tres calles desiertas que convergían en el jardín y nos dijo que en Ginebra llegabas a sentir nostalgia del desierto. Por descontado que Lawrence de Arabia hubiese sido muy infeliz en Ginebra. También era muy infeliz en Ginebra su amigo Alfonso Costafreda.

Reconocí ese nombre, pero no demasiado. De Costafreda tenía la idea de que era el autor de *Nuestra elegía* y de *Ocho poemas*. También había oído hablar de su malditismo, de su proyección en la figura de Celan, y de su locura. Pero ahora resulta que Costafreda vivía en

Ginebra y trabajaba en la misma organización que Valente desde 1955, si bien casi siempre estaba de baja por depresión.

José Ángel nos contó que Costafreda le llamaba a menudo por teléfono ahíto de barbitúricos y de alcohol, para hacerle partícipe de un viaje hacia la muerte que a Valente le parecía tan terrible como demoledor. Concluyó diciéndonos que la vida en Ginebra podía fácilmente convertirse en una pesadilla porque todo allí eran falsos horizontes, y la ciudad arrastraba mucha materia muerta, putrefacta, reseca, semisólida, creando el terreno abonado para que apareciese el ángel de lo extraño. A partir de ese momento te podías convertir en un extraño a todo, y especialmente en un extraño a ti mismo. A Costafreda le estaba pasando.

Todo lo que el poeta nos decía quedaba grabado en nosotros con la fuerza de su propia voz y el ritmo lento y sincopado que les daba a sus frases. Supongo que no era demasiado consciente de cómo iba tallando su discurso en nuestras cabezas, y de cómo quedaba en ellas para siempre. Esa actitud suya, de tallador de la lengua, se percibía menos cuando había bebido unos vasos de vino, y su verbo se soltaba de forma humorística e irónica, que cuando estaba sobrio y buscaba el término más exacto a la par que hablaba, hasta dar con la palabra que, o bien lo iluminaba todo, o bien lo dejaba todo en una repentina oscuridad, de naturaleza no menos esclarecedora.

La lluvia, brusca y violenta, empezó a enrarecer los días. En el café teníamos menos trabajo que antes pero resultábamos necesarios y nos propusieron firmar un contrato para seis meses más. Lo firmamos llenos de contrariedad, pues a la vez que deseábamos salir de Ginebra una extraña fuerza nos retenía en ella, como la que retenía en aquel salón a los personajes de la película *El ángel exterminador*.

Una tarde de lluvia nos hallábamos con Valente tomando café bajo los toldos de la terraza de un bar próximo al lago cuando apareció Alfonso Costafreda. Como un espectro brotó del aguacero, empapado y con los ojos irritados y brillantes.

–Alfonso –dijo Valente–. ¿Qué haces aquí?

–De pasear por el infierno vengo –respondió Alfonso como recitando un dicho popular.

Costafreda nos miró a los tres como si fuésemos fantasmas y añadió:

–Estas tardes de lluvia las llevo en la cabeza. Estas tardes de lluvia están en mi cabeza y no me dejan moverme. Aunque me mueva no me muevo. Es el suplicio de Aquiles y la tortuga. Aunque avance no avanzo.

Valente empezó a poner cara de angustia. De pronto Costafreda se

incorporó y caminó tambaleándose hasta los servicios del café. Aprovechando su ausencia, Valente nos dijo:

–Está peor que nunca. Será mejor que os vayáis. Me ocuparé de él y lo llevaré a su casa.

Obedecimos y nos alejamos de la terraza, pero no demasiado, pues nos refugiamos bajo el toldo de una relojería desde donde vimos cómo Costafreda salía disparado del café y se acercaba al lago. Valen–te lo seguía, se detenían junto a un barco amarrado al muelle, parlamentaban, y finalmente entraban los dos en un taxi.

Mientras el taxi se perdía entre los demás vehículos y las ráfagas de lluvia, recordé el momento de la aparición de Costafreda: su cara abotargada y su cuerpo exhibiendo un proceso de demolición de naturaleza aplastante. Parecía la encarnación de la ansiedad girando en torno a un lugar fijo de la mente, a un punto de una exasperante inmovilidad que a la vez que le daba la seguridad de la fijeza lo volvía loco por su misma ausencia de movimiento. ¿Ese punto fijo de la mente era la conciencia de la muerte? ¿De la inutilidad? ¿De la soledad? ¿De la intemperie? ¿O era la conciencia misma de la locura cuando en una vuelta de tuerca fundamental muestra el verdadero contenido de su oscuridad? Parecía inmensamente solo, pero ¿quién podía hacerse cargo de él? ¿Quién podía entender su mal y llegar al fondo de su dolor? ¿A qué muladar de mundos se marchaba el alma de los melancólicos?

Un mes después de aquella tarde Valente nos condujo en su coche a casa de dos amigos diplomáticos que vivían en el barrio residencial del Petit-Saconnex, entonces un frondoso paraíso encajado en uno de los ángulos periféricos de la ciudad.

Fernando y Elisa, la pareja de diplomáticos, se convirtieron en nuestros mejores amigos en Ginebra, seguramente porque despertábamos en ellos cierto instinto protector, y los fines de semana pasábamos en su jardín tardes enteras, filosofando y hablando de José Ángel Valente, al que Fernando llamaba «nuestro poeta». Valente sabía dejar un aura de misterio en torno a su persona, resultado a la vez de su hermetismo y su generosidad, circunstancia que podía convertir una cena con él en una experiencia eucarística, como pudimos comprobar a finales de agosto, cuando Elisa organizó un banquete al que asistieron Valente y dos diplomáticos franceses amigos de los anfitriones.

Los franceses llegaban de China y hablaban del deterioro de Mao y de sus enfermedades. Ambos creían que Mao tenía los días contados. También hablaban de un país polvoriento, de una ciudad llena de hollín, de rituales sofocantes y de un futuro problemático en el país de

la Gran Muralla. Decían que habían hablado con un médico de Mao, que ya borracho y al final de una cena se había atrevido a comentar que Mao era un libertino. Le habían oído y ahora estaba en la cárcel por orden de la viuda de Mao.

Valente enjuició con severidad a los militares y a los hombres de espíritu militar como Stalin y Mao. Los consideraba almas tétricas que tenían prohibido dudar. Ahí estaba el problema, en la abolición de la duda, y hasta en la abolición de la oscuridad. Valente nos recordó, a Beatriz y a mí, la escena de los Alberti con Stalin, y estuvo hablando un rato de un libro que había leído sobre el hotel Lux de Moscú, donde algunos esperaban la muerte en la época más dura de las purgas. Oírle te conducía a los pasillos blancos y amarillos de aquel hotel de Moscú, ante el que a veces se paraba un furgón negro. Era el furgón de la tortura y la deportación cuando, gracias a Stalin y a su rigor de seminarista provinciano, en Moscú todos eran novios de la muerte.

Sus palabras resonaron como mantras en la mesa, y escucharle provocaba una extraña impresión, muy rara en Ginebra, donde la gente puede ser cantarina pero casi nunca apasionada.

–Quizá eso es el mal, en contra de lo que tenderíamos a pensar: la abolición de la oscuridad, que en casos como el de Stalin y Mao significa también la abolición de la claridad.

Estábamos a punto de marcharnos cuando el poeta nos condujo hasta el jardín y allí nos contó que Costafreda se había suicidado. Nos dijo que lo habían encontrado solo en su casa, solo y muerto. Ni siquiera se hallaba a su lado su esposa, una mujer de naturaleza infantil. El funeral había sido un asunto kafkiano, en una iglesia sórdida y convencional, y había asistido el editor Carlos Barral, que al parecer se iba a hacer cargo de las cenizas y las iba a arrojar al mar.

Tras aquella noche tan calurosa, fue como encajar una ráfaga de agua fría que tornaba repentinamente inhóspito aquel jardín tan frondoso y tan acogedor, en el que habíamos pasado tardes muy venturosas.

Valente nos devolvió a nuestra calle en su coche. Hizo el viaje en silencio. Parecía cansado y poseído por extraños pensamientos que no tuvo a bien comunicar.

La víspera de nuestra partida el poeta nos invitó a comer en el restaurante de la Organización Mundial de la Salud, donde trabajaba como traductor, y hacia allí nos dirigimos.

Era una mañana de niebla densa, con uno de esos cielos que uno supone misteriosos justamente por su oscuridad. Íbamos por un camino rodeado de tilos y apenas veíamos los troncos de los árboles

que nos iban saliendo al paso, y que formaban dos largas hileras desde la parada del autobús hasta un monolito que se veía al fondo, erigiéndose por encima de la bruma: era el edificio de la organización para la que trabajaba el poeta.

Llegamos al monolito y penetramos en un amplio vestíbulo de aluminio y cristal en el que las voces resonaban de forma metálica y confusa. Parecía la sala de un aeropuerto. Sobre una escalinata que conducía a una fuente y a un jardín vertical se hallaba la oficina de información, donde nos recibió una mujer pálida y de aspecto anoréxico, que se prestó a conducirnos hasta el despacho de Valente. Primero nos metimos en un ascensor de acero inoxidable tan suave y de una personalidad tan ambigua que no te dejaba ver si subía o bajaba. Al parecer subía, pero nosotros no lo notábamos. Luego atravesamos un corredor de vastas dimensiones, inhóspito y frío: parecía un no lugar en el corazón del monolito, y finalmente llegamos a un pasillo relativamente estrecho en el que se sucedían puertas y más puertas. Semejaba el pasillo de un megahotel de Tokio.

Tras una de aquellas puertas, que la mujer nos abrió con cierta solemnidad, se hallaba José Ángel Valente. Su despacho era exiguo y separado del resto por placas de madera que no sugerían demasiada intimidad. Apenas cabíamos los tres en él. Valente se hallaba en ese momento traduciendo un documento sobre el sistema sanitario europeo. Ni el documento que le ocupaba ni el cubil que habitaba en sus horas de trabajo resultaban demasiado estimulantes. El poeta nos ofreció cigarrillos (fumaba Kent). Se los aceptamos y empezamos a fumar los tres. Tras dar una honda calada, Valente se recostó en la silla y se puso a mirar el techo mientras decía:

–Antes teníamos despachos más grandes, pero poco a poco los han ido reduciendo hasta hacerlos parecidos a ataúdes.

Luego nos contó que nada más llegar a Ginebra había sentido nostalgia de Oxford, donde había pasado años muy felices.

Desde el despacho nos fuimos a almorzar con él al comedor colectivo, donde se veían mujeres de buena planta que le saludaban cordialmente. Tras el almuerzo, subimos a la terraza ubicada en lo alto del rascacielos.

Continuaba la niebla, que acentuaba la sensación de irrealidad, y daba miedo acercarse a la balaustrada suspendida sobre la nada, porque todos aquellos campos verdes que rodeaban el monolito, así como la barriada que se desplegaba al sur, se reducían a nada bajo la capa de niebla, de la que únicamente emergía aquel prisma de vidrio y cristal en cuya cima hablábamos tres personas.

Beatriz y yo nos acercamos a la balaustrada y miramos hacia el vacío. La impresión de altura, y de muerte segura si te caías, te hacía percibir la balaustrada como demasiado frágil, aunque no lo fuera en

absoluto. La niebla homogeneizaba el mundo a nuestro alrededor, y el edificio en el que nos hallábamos adquiría su verdadera dimensión de abismo. Entonces Valente nos empezó a hablar de la *Guía espiritual de Molinos*. Inmediatamente después habló de un fenómeno del cuerpo y el espíritu relacionado con el desbordamiento de la angustia y la revelación del vacío.

Beatriz y yo nos apartamos con terror de la balaustrada. Valente no se movió y siguió mirando al vacío.

–¿Os dan miedo las alturas? ¿Creéis que el desbordamiento de la angustia tiene algo que ver con arrojarse de lo alto de un rascacielos? No, no... el desbordamiento de la angustia es su superación: desbordar la angustia es superarla en sus límites naturales y dejarla atrás... Ahora lo único que habéis experimentado es el horror al vacío –dijo el poeta.

Beatriz empezó a palidecer. Parecía que iba a desplomarse y Valente y yo la condujimos hasta un banco que se hallaba en el centro de la terraza, junto a una pilastra que sostenía una antena.

–¿Te encuentras bien? –musitó Valente, acariciando los cabellos de Beatriz.

Ella abrió los ojos sorprendida y empezó a balbucir que sí, que se encontraba bien. Sólo había sido un pequeño mareo. El poeta la volvió a acariciar y dijo:

–Dentro de nada te vas a encontrar mucho mejor. Piensa que te has desvanecido por toda la angustia que te has quitado de encima. Piénsalo seriamente porque así es. No llegaste bien a Ginebra, Beatriz. Era como si llevases una mariposa negra en la espalda. ¿Me equivoco?

–No.

Beatriz agradeció las palabras de Valente y cuando nos fuimos del monolito parecía tan agradecida como cuando abandonamos la casa de Carlos Edmundo de Ory.

¿Otra vez Audrey?

–A las seis de la mañana se levantó y abandonó con su amiga el hotel. Cuentan que iba pensando en la muerte. Al pasar ante el monumento a Carlos de Brunswich, sintió un miedo repentino y un sudor frío humedeció sus sienes. Fue entonces cuando el hombre se acercó a ella, se agachó para esquivar su sombrilla, y le clavó una lima en el pecho. Elisabeth perdió la conciencia como la pierde un borracho, lo que no le impidió seguir hablando y caminando mientras el hombre intentaba huir. El portero del hotel quiso ayudarla, pero ella subió precipitadamente al vapor que tenía que llevarla a Caux mientras le gritaba a su amiga: «No ha sido nada. Apresúrate o perderás el barco». La pasarela se elevó y el vapor se puso en marcha. Ya en cubierta, Elisabeth se desplomó. La lima le había llegado al corazón y el viaje que acababa de emprender se convirtió en el último.

Así explicaba un guía turístico de voz cursi y afectada la muerte de la emperatriz Sissí a un grupo de franceses. Era ya el día de nuestra partida. Muy de mañana habíamos pasado por el lugar donde habían quemado a Miguel Servet y luego, sin buscarlo, nos sorprendimos en el muelle donde habían matado a Sissí.

Mientras escuchábamos al guía sentíamos en la piel la enrarecida

primavera. Vientos menos fríos que antes, pero que parecían proceder de los Alpes, agitaban los toldos de los hoteles que rodeaban el lago, y con el regreso repentino de los cielos grises la ciudad adquiría un aire más serio y calvinista, que sin duda la hacía más opresiva, pero nos daba pena dejarla, pues reconocíamos que habíamos pasado momentos muy felices junto al poeta y junto a los amigos del Petit-Saconnex.

Dos días antes, Claudio nos había telefoneado para decirnos que el director de cine Richard Lester iba a rodar una película en Navarra sobre Robin Hood, y que él acababa de incorporarse al rodaje. Nos animaba a hacer lo mismo y a pasar con él el verano, pues pagaban muy buenos sueldos. Decidimos hacerle caso.

Ya en el autobús que nos alejaba de Ginebra, Beatriz estuvo recordando nuestro último encuentro con Valente.

–Sentí que la angustia me desbordaba, no la de él ni la tuya, la mía, sólo la mía. Y ese desbordamiento me mareaba. Ahora entiendo lo que Valente nos quería decir... Cuando la angustia se desborda volvemos a nacer... Dios mío, qué hombre y qué cabeza.

–¿No crees que su viaje es tan agobiante como el de su amigo Costafreda?

–¿Es lo único que se te ocurre decir? ¿Qué tendrá que ver un suicida con un hombre que simplemente piensa en la muerte? ¿Has visto alguna vez a Valente perder los papeles? ¿Has observado en él actitudes compulsivas, gestos bruscos, cambios repentinos de voz o de humor? ¿Por qué eres tan odioso? ¡Seguro que si ahora estuviésemos con él me miraría como a la esposa del *Cantar de los Cantares*! –dijo.

Me eché a reír. Mi risa le ayudó a recapacitar y se serenó. No mucho después, Beatriz dormía plácidamente mientras el autobús avanzaba por la autopista.

Y de pronto, sentí que de nuevo volvían a mí los momentos perdidos. Mientras la veía dormir y escuchaba el fragor de la lluvia azotando las ventanas del autobús, me venía a la memoria la noche aquella en que nos volvimos a ver de nuevo y todo lo que había ocurrido desde entonces. Y también me venía a la memoria lo que acababa de decirme sobre la esposa del *Cantar de los Cantares*. ¿Valente era para ella Salomón desterrado en Ginebra, pero conservando aún en él el olor de los cedros del Líbano y las rosas de Jericó? Seguramente los dos lo habíamos mitificado, pero es que ella lo estaba divinizando, como ya había hecho con Ory.

Mis recuerdos se mezclaban con los campos de Francia, sus ciudades brumosas y grises, sus bulevares negros y transitados por sujetos difusos como fantasmas, hasta que volví a mirar a Beatriz, que seguía dormida. Mientras el autobús avanzaba, estuve leyendo un poema de un libro de Costafreda que me había regalado Valente, y

creí entender mejor lo que el poeta nos había dicho aquella tarde de lluvia en que se encontró con nosotros. El poema estaba dedicado a una mujer de nombre exótico y decía así:

> Estas tardes de lluvia las oigo en los cristales, estas noches de viento y no puedo moverme.
> Porque todo era inútil he cambiado de dueño, a la puerta del sueño, dama de claridad.

Pensé que en aquel poema había quedado impresa para siempre la atmósfera de la ciudad en la que habíamos pasado nueve meses, y me pregunté si la «dama de claridad» era la mujer a la que estaba dedicado el poema, o era la locura, o era tal vez la muerte.

Al llegar a Pamplona nos presentamos en la oficina que había abierto en la ciudad la productora de la película y nos contrataron enseguida, a Beatriz como extra para hacer de muchacha medieval en las escenas de grupo, y a mí como peón. Ayudaría a los albañiles, a los carpinteros, a los electricistas, y todo indicaba que en más de una ocasión me iban a dar un pico y una pala.

Ese mismo día nos llevaron en coche hasta Artajona, que se había convertido en una ciudadela del todo medieval, si bien ya lo era parcialmente. Al cerco original le habían añadido varias torres de cartón piedra que ni parecían más verdaderas ni más falsas que las otras, y había más de cincuenta extras pululando en torno a las murallas y en el interior del castillo, todos vestidos como en la Edad Media. Un viaje en el tiempo que se materializó todavía más al ver de pronto a Beatriz vestida de aldeana medieval. Tras ella iba Claudio montado a caballo y vestido de caballero sajón.

–¡Por el Santo Grial! ¡Ya veo que has tenido más suerte que yo! –le dije.

–Alguna ventaja tenía que traerme haber tenido un padre limpiador de caballos. ¿Y tú que vas a hacer?

–De momento cavar zanjas. ¿Y Sara?

–En la casa de la Media Luna.

Claudio bajó del caballo. Sea porque le había cambiado la mirada, sea porque le habían hecho indicaciones dramáticas muy adecuadas, parecía un legítimo representante de la canalla inglesa del Medioevo.

Nos dimos un abrazo y le convidé a un cigarrillo. Fue entonces cuando pasó ante nosotros Audrey Hepburn, la protagonista femenina del filme, vestida de monja medieval, y a punto estuvimos de

arrodillarnos ante ella.

–Pero ¿trabaja en la película? –dije lleno de estupor.

–Claro –respondió Claudio–. ¿No lo sabías?

–No –contesté y me quedé recordando como un idiota aquella noche en San Sebastián, cuando vino a promocionar *Historia de una monja*.

Al día siguiente, hablando con un hombre de la compañía Columbia, productora de la película, supimos que el filme contaba el regreso de las cruzadas de Robin Hood, en las que había luchado junto a Ricardo Corazón de León. El mundo al que llegaba Robin era una feria grotesca de abusos y vilezas, a menudo protagonizadas por Juan sin Tierra, pero la mayor sorpresa que se llevaba Robin era encontrar convertida en monja a su antiguo amor, Marian, en un convento recóndito y rodeado de bosques. Allí morían los dos, heridos por la vida y envenados por la cicuta, en una escena que debía evocar con ironía la muerte de Romeo y Julieta.

Llevábamos unos días de rodaje bajo las órdenes del ayudante de dirección cuando finalmente apareció Richard Lester. A diferencia de los otros participantes del rodaje, fueran o no de alto rango, Lester saludaba a todo el mundo con una amabilidad exquisita, actitud jovial que le dio enseguida fama de hombre amable y benigno.

Richard Lester era, como Orson Welles, un americano enamorado de la cultura española, y había pasado años de su juventud errando por la península e intentando tocar la guitarra como los andaluces. Al parecer nunca lo consiguió, y no parecía que ahora le importase demasiado. Tras rodar con los Beatles *Qué noche la del aquel día* y *Help*, había regresado a España para hacer una película con John Lennon en Almería, y luego se había perdido por América para acabar regresando una vez más a España. En muchos aspectos, Richard Lester parecía un apacible vividor, y sabía comunicar a la vez tranquilidad y celeridad en el trabajo, como si siguiera al pie de la letra el consejo romano de laborar sin prisas y sin pausas. Queríamos mucho a Lester y pensábamos que estar junto a él era como pertenecer al círculo de los Beatles.

Algunas mañanas, mientras aguardábamos el reinicio del rodaje junto a la mesa de campaña donde servían el desayuno, Sean Connery, que era el protagonista masculino y que a veces parecía tocado por el don de la ebriedad ya a las nueve de la mañana, nos decía que había que vivir la vida con la misma intensidad que los animales, y que él había aprendido mucho de su perro: un dogo gris y negro que lo acompañaba a todas partes. Luego el actor matizaba todavía más y hablaba de asumir la vida con....

–...la inocencia de los animales, pero también con toda su astucia y todas sus ganas de vivir. Mirad qué ganas de vivir tiene mi perro. Ya se quiere liar con esa leprosa llena de pulgas. ¿Y qué más le da? Me gustaría poder concentrarme como ellos se concentran, chicos. Cuando algo les interesa son la concentración elevada a su máxima potencia.

Hacía tiempo que Sean Connery intentaba fugarse de la piel de James Bond, al que ahora odiaba profundamente, pero nosotros no podíamos evitar relacionarlo con él, y lo escuchábamos con gran devoción, como si de pronto el agente 007 se hubiese convertido en un filósofo antiguo a medio camino entre Diógenes y Epicuro.

Siguiendo su consejo, ese verano vivimos como animales, durmiendo unos días en casa de Sara y otros en el hotel La Perla. Cuando la noche concluía en la casa de Sara, acabábamos todos tirados al amanecer en cualquier parte, algunos en la terraza, como perros al sol. Fueron días extenuantes en los que la figura de Claudio empezó a cobrar un relieve especial, fundamentalmente debido a sus ataques de nervios y sus desmayos. ¿O eran ataques de irrealidad emergiendo del corazón mismo de la realidad, que de esa forma adquiría, una vez más, las dimensiones de una pesadilla?

Como pude comprobar, Claudio se hallaba en una situación difícil. Su regreso a Navarra le estaba obligando a rememorar su amistad con David, cuando iban al dancing del Club Natación, y hablaba todo el tiempo de él. Una tarde, mientras ayudábamos a los carpinteros a levantar la choza de Robin Hood en los hayedos de la sierra de Urbasa, Claudio me contó que ahora le gustaban por igual los hombres y las mujeres. Sus deseos giraban como una veleta loca, conduciéndolo a la ansiedad, una ansiedad que se convertía en insoportable cuando sus deseos del presente se mezclaban con recuerdos de la infancia y con miedos que creía superados y que de pronto volvían a aparecer.

No sabía cómo tomarme aquella confesión que tenía algo de técnicamente perfecta, y yo desconfiaba de las revelaciones demasiado elaboradas, que siempre me sonaban a falso, pero ese mismo día tuve la oportunidad de comprobar que Claudio no mentía, o por lo menos no tanto como yo creía.

Todo empezó cuando nos hallábamos almorzando en un restaurante de carretera cerca de Urbasa. Acabábamos de apurar nuestras cervezas cuando Claudio me empezó a contar que sentía a la gente más extraña que nunca.

–Sólo siento próximo a David, pero David está muerto y únicamente ahora comprendo las dimensiones de su ausencia.

–¿Sólo sientes próximo a David?

–Miento. Este fin de semana, aprovechando que Sara se hallaba visitando a sus padres, me he acostado con Alvar en el hotel Minerva. Júrame que no se lo dirás a Sara.

–Lo juro.

Súbitamente y como si lo moviera una fuerza ajena, Claudio apresó con la mano derecha una lata de café que se hallaba sobre la mesa y la estrujó como si fuese de papel. No parecía doblegar la hojalata con su fuerza real: ahora parecía poseer la fuerza de la locura y lo miré con terror.

–¿Qué te pasa?

–Llévame al hospital de inmediato. Es como si no pudiese parar el pensamiento, las manos, los pies. Llevo tres noches sin dormir... – dijo antes de desplomarse.

El camarero quiso ayudarlo y dejó caer la bandeja. Una comensal se vio salpicada y dio un grito feroz. Claudio siguió en el suelo temblando como un epiléptico.

Una hora después, me hallaba junto a la consulta de medicina general del Hospital de Navarra cuando un joven médico se acercó a mí para decirme que Claudio se encontraba bien, y que todo indicaba que había sufrido un ataque de ansiedad unido a una descarga nerviosa de carácter general, que lo había dejado bastante debilitado pero que dentro de media hora podría regresar a su domicilio. Decidí esperarle y salí a la calle para fumar un cigarrillo.

Una hora después lo devolví a su casa en un taxi y me fui a pasear por la ciudad. Cuando caminaba por el paseo Sarasate, me salió al encuentro Isaac Morengo. Me abrazó, me dio dos besos, se alegró de que hubiese regresado a Pamplona, se congratuló de que mi historia con Beatriz fuese por buen camino, y me invitó a una copa en el casino. Hacia medianoche, estuvimos paseando por la Vuelta del Castillo, que era en realidad el parque más grande de la ciudad, si bien había estado siempre parcialmente asilvestrado. Poseía árboles muy hermosos que superaban el siglo y que brillaban a la luz de la luna.

Nos detuvimos ante una encina corpulenta, de enorme copa. Morengo abrazó el tronco y dijo:

–Te presento a mi amiga Fermina, la encina más hermosa de la ciudad. Prefiero no imaginar lo que ha visto, y prefiero no recordar lo que yo mismo he visto gracias a ella. ¿Subes conmigo?

Morengo se agarró al tronco, impulsó todo su cuerpo hacia arriba, y no tardó en verse sobre una rama. Me tendió la mano y subí yo también. El corazón de la encina era un enjambre de ramas que hacían fácil el ascenso, y subimos hasta hallarnos a unos tres metros del suelo. Allí nos sentamos sobre dos ramas poderosas y le dimos sendos tragos a la petaca que Morengo traía con él.

–Desde los siete a los catorce años este fue mi escondite preferido –

dijo, tras encender un cigarrillo–. Podía pasar en esta rama tardes enteras. Aquí me sentía a gusto y feliz, controlando el mundo sin que me vieran. ¿Sabías que nos hallamos en el picadero municipal?

–No.

–Bajo estas ramas he presenciado mucha fornicación. Aquí he visto al alcalde con una de sus secretarias, aquí he visto al psiquiatra que me trató, penetrando a una enfermera gorda y temblorosa que lloraba mientras fornicaba. Dios mío –dijo apagando con los dedos la brasa del cigarrillo–, por allí vienen dos de tus amigos.

Y no mentía. Alvar y Claudio se iban acercando a la bóveda oscura que formaban las ramas de la encina. Ya a cobijo, empezaron a morderse y a abrazarse. Alvar musitó.

–Hagámoslo rápido. Dentro de una hora sale mi tren para Zaragoza.

Claudio ya se había desabotonado el pantalón. Alvar acercó la mano.

–¿Quieres que les diga a los demás que has pasado la noche en Pamplona? –preguntó el que se dejaba hacer.

–No –contestó el que hacía.

–¿Por qué?

Antes de acercar la boca al jacinto recién surgido de los pantalones Alvar comentó:

–Si he de decirte la verdad, últimamente tengo pocas ganas de verlos. Entiéndeme. No veo carnaza, no veo sexo.

–No, si yo te entiendo.

Alvar abrió la boca y Claudio cerró los ojos. Oíamos sus respiraciones agitadas, oíamos los jadeos de Claudio cuando Alvar, tras mirar furtivamente el reloj, aceleró sus movimientos. Comenzó a caer una lluvia menuda. La luna parecía una máscara micénica suspendida en el vacío. Escuchamos una especie de gemido, luego un apretón, otro gemido, y finalmente pasos. Huían como si considerasen un hurto el placer que se habían dado, y oímos sus risas cuando ya estaban bastante lejos. Morengo me dio una palmada en el hombro y dijo:

–¿Has visto lo amigos que son en secreto?

–Algo sabía de eso –comenté–. A Claudio lo dejé en su casa medio muerto hace tres horas, pero ya veo que ha resucitado.

Bajamos de la encina y continuamos bebiendo en el café de la estación hasta que el amanecer me arrastró hasta el hotel La Perla, donde me aguardaba Beatriz.

Tres días después finalizó la parte del rodaje vinculado a la sierra de Urbasa, en un convento de cartón piedra que habíamos erigido

sobre una colina de la sierra en semana y media.

En una de las celdas del convento tenía lugar la escena final y más importante de la película. Antes de morir envenenada por la cicuta, Marian, encarnada por Audrey Hepburn, decía:

–Te amo más que a los campos que planté con mis manos, más que a la plegaria de la mañana, más que a la paz, más que a la alegría, más que al amor, más que a la vida entera. Te amo más que a Dios.

Robin cogía entonces su arco, disparaba una flecha que atravesaba la ventana y pedía que los enterrasen, a él y a Marian, en el lugar donde cayera la flecha.

Audrey Hepburn y Sean Connery estaba tan concentrados que ya la primera toma quedó perfecta y sólo hicieron otra más.

Beatriz, que presenciaba el rodaje junto a mí, a punto estuvo de reventar en sollozos.

Antes de abandonar las laderas pobladas de hayas centenarias, la productora organizó un cóctel bajo los árboles. Se hallaban presidiendo el festejo el director de la película y los actores principales. En el barullo general, logramos acercarnos a Audrey Hepburn, que estaba sentada en una silla de hierro y que llevaba un vestido blanco, sumamente elegante. En un inglés bastante tosco pero inteligible le dijimos que la admirábamos mucho y que nos había dejado mudos su capacidad dramática. Le hablamos de la última escena de la película y le dijimos que nos había parecido soberbia.

Audrey nos escuchó con una leve sonrisa en la boca y acabó diciéndonos:

–Agradezco vuestros cumplidos y envidio vuestras caras frescas y vuestro interés. Esta podría ser mi última película.

Viendo nuestra expresión de lástima, la actriz se apresuró a decir:

–No lo lamentéis y tampoco lo juzguéis. Aún no sabéis lo que es la destrucción.

Lleno de nerviosismo, me acerqué a ella y le dije que había rozado su mano cuando era niño, una noche en San Sebastián. También le dije que en ambas ocasiones ella hacía de....

–¿De monja?

–Sí.

La actriz se echó a reír.

–Ya lo ves, muchacho, empecé mi carrera celestial haciendo de monja moderna y la voy a acabar haciendo de monja medieval. Me he debido de perder en el túnel del tiempo.

Fueron sus últimas palabras antes de retirarse. La vimos perderse entre los árboles como una alucinación, y nos sobrevino una repentina sensación de frío, como si aquella mujer fragilísima y de una belleza

ya más que otoñal se hubiese llevado con ella todo el calor de la mañana.

–¿De qué destrucción hablaba? –preguntó Claudio.

–Hablaba de la destrucción de la cara, cuando sientes que la pantalla se convierte en un espejo monstruoso que agranda monstruosamente tus arrugas –dijo Beatriz.

Le dimos la razón. Al día siguiente subimos al tren que habría de dejarnos finalmente en París, ciudad que volvía a parecernos a la medida de nuestro deseo tras leer ese verano *Rayuela*, en un ejemplar del que Beatriz iba arrancando las páginas para pasármelas a mí. Esa modalidad de lectura me fue creando la impresión de estar leyendo un apasionante folletín sobre los misterios de París, compuesto de cuadernos y más cuadernos bien nutridos de discusiones amenas, amores trágicos, muertes de niños inocentes, borracheras existencialistas y divinas comedias bajo el cielo de París, en un tiempo de cerezas que se iba tornando amargo.

Daban unas ganas terribles de irse a la capital francesa. El día mismo de nuestra partida, estuvimos visitando en Viana la tumba de David y le dejamos un ramo de rosas blancas y una copa de vino. Ya salíamos del cementerio cuando tuve la certeza de que Morengo nos iba siguiendo, pero preferí no decírselo a Beatriz.

¿París era una fiesta?

Nada más llegar a París empecé a experimentar una especie de locura. Todo hombre alto y moreno que veía por la calle me parecía Paolo y, cuando menos me lo esperaba, empecé a enfermar de celos. De pronto, creía amar rabiosamente a Beatriz y pensaba que todos me la querían quitar, circunstancia que a ella le provocaba un placer tan intenso como secreto que tendía a saborear con cierto regodeo.

Ese año nos matriculamos en la universidad de Vincennes, la institución más demencial de todos los tiempos, y asistíamos con regularidad a las clases, algunas de ellas muy surrealistas, y que yo solía alternar con un curso de chino en la universidad de Jussieu.

Al principio vivimos en un pequeño apartamento de la rue Saint-Jacques que daba a un patio, muy cerca de la Schola Cantorum. Allí nos sentimos más unidos que nunca y una noche experimentamos algo que no habíamos sentido antes. Ocurrió el día en que estuvimos viendo en un cine del Latino *Robin y Marian*. Fue un placer ver la proyección junto a Beatriz. Ella salía en dos escenas callejeras, en medio de un mercado medieval que se desplegaba frente al cerco de Artajona, y yo me veía en la ambientación y los decorados: en la choza de Robin, en el puente de madera, en el convento de cartón

piedra.

Los dos pensamos que se trataba de una película de autor, a pesar de utilizar un asunto muy frecuentado por el cine popular. Parecía un fruto sabroso y tardío del *free-cinema*, y nos sentíamos orgullosos de nuestra modesta participación cuando nos dirigíamos a nuestro apartamento por la rue Saint-Jacques.

Nada más llegar a casa nos pusimos a hacer el amor. Tras la agitación, nos hallábamos en la cama, mirándonos el uno al otro en silencio, cuando nos sobrevino aquel estado que parecía la comunión de la sangre y la comunión de la mente. Y es que yo me sentía realmente en el cuerpo de Beatriz y Beatriz en el mío. No necesitábamos decírnoslo el uno al otro, porque la experiencia se presentaba como una realidad plenaria fuera de toda duda pero, para asegurarse de que a los dos nos estaba ocurriendo lo mismo, Beatriz susurró:

–Estamos el uno dentro del otro.

Asentí y continuamos mirándonos. A los dos nos resultaba extraño porque no se trataba ni de una mirada narcisista ni de una mirada de adoración. No había adoración, había comunión, y la comunión se siente como una experiencia tan inmediata que excluye hasta la adoración, que necesita una distancia para poder adorar, para poder admirar.

Esa experiencia coincidió con el período más exuberante y feliz de nuestros años universitarios. Pasábamos el día fuera de casa, yendo a los seminarios y conferencias de todos los *mâitres à penser* que podíamos, en el Colegio de Francia, en Vincennes, en la Sorbona, sumidos en una ebriedad intelectual que no nos abandonaba nunca. De las conferencias de Barthes pasábamos a las de Lévi-Strauss, que andaba en aquel tiempo sumergido en complejos teoremas sobre las leyes del parentesco, a las de Deleuze, que aquel primer año de nuestra estancia en París hablaba mucho de las culturas nómadas y sus máquinas de guerra, a las de Foucault, que en conexión con Deleuze impartía en el Colegio de Francia un seminario sobre el discurso de la guerra y las ideologías belicistas.

Todas las clases se me antojaban emocionantes, en parte porque no entendía la mitad de las cosas que decían, pero sobre todo las de Deleuze, que empezaba a ser el más esotérico.

Nunca olvidaré aquellas mañanas en que nos perdíamos en la boca del metro y salíamos en la estación de Vincennes. Respirábamos con alivio el aire del bosque y contemplábamos unos instantes la fortaleza en ruinas donde el marqués de Sade había estado prisionero antes de que lo encerrasen en la Bastilla. Después nos encaminábamos a la universidad por un sendero que cruzaba el bosque y en el que se veían excrementos de caballo.

Finalmente llegábamos a aquellos pabellones prefabricados en medio de las arboledas. En los largos pasillos abundaban los puestos de comida y las humaredas procedentes de las fritangas orientales. Cruzábamos varios pabellones y llegábamos finalmente a un aula recóndita con las paredes llenas de consignas y nos sentábamos a esperar a Deleuze.

No mucho después aparecía el filósofo, con su gabardina, su sombrero y sus uñas largas. Deleuze solía llegar eufórico, saludaba a los presentes, se sentaba ante su mesa sin tarima, y encendía un Camel. Su actitud solía influir mucho en nosotros y enseguida empezábamos a encender cigarrillos, de forma que un minuto después la sala parecía un fumadero de opio.

Deleuze comenzaba a hablar con la mirada perdida y el cigarrillo encendido con toda su ceniza en equilibrio. No hablaba como un docto, hablaba como un brujo y como un sofista, y hablaba también como un pensador que estuviese redescubriendo el pensamiento funambulesco, danzando por igual sobre la cuerda floja y la cuerda tensa.

Por aquel entonces empezamos a frecuentar el café de La Boule d'Or, ubicado en plena place Saint-Michel, y que los españoles llamábamos La Bola de Oro.

La Bola de Oro, la gruta de los truhanes, la cueva de Alí Babá, el templo de San Agustín... De muchas formas se podía llamar aquel café del Latino donde se reunía una horda de gentes de diferente ralea en torno al filósofo Agustín García Calvo, que se hallaba en aquella época exiliado por razones morales y políticas. Tenía Agustín cincuenta y cinco años y una cabeza adiestrada en la reflexión incesante, y daba la impresión de que en París estaba viviendo una segunda juventud.

Una vez a la semana, generalmente los sábados, impartía en el café un seminario sobre los presocráticos, cuyas ideas básicas conseguía modernizar de forma tan aguda como soberana, apoyada en un saber sostenido día a día en su ya larga dedicación a la enseñanza. Pero el hecho de que el seminario fuera los sábados no evitaba que Agustín se diese una vuelta por La Bola de Oro todas las noches para hablar de frivolidades y severidades con sus discípulos, entre los que nos encontrábamos Beatriz y yo.

En la horda había de todo: estudiantes, algún profesor, drogadictos irredimibles, almas perdidas, mujeres de días lluviosos, místicos del alcohol, ladrones de guante negro, ladrones de guante blanco, estafadores, camellos, tigres, zorros, cobras, víboras, lagartos, pájaros bobos y ornitorrincos: una viva y alucinante imagen de la naturaleza en estado semisalvaje.

Fue en La Bola de Oro donde volvimos a encontrarnos con los hermanos Bidar. Los dos sabían muy bien francés y llevaban un mes trabajando de camareros en La Coupole. Habían conseguido el trabajo gracias a un familiar de su madre que era un camarero relevante del célebre café, y los días que no trabajaban asistían a algunas clases en Vincennes y en la Escuela de Altos Estudios del bulevar Raspail.

Me indignaba que se hubiesen instalado tan fácilmente, pero no se lo hice saber. Parecían convencidos de su talento y su don de gentes, y exhibían una arrogancia cada vez más lamentable que estaba muy lejos de agradar a cuantos les rodeaban en La Bola de Oro.

No llevábamos ni tres días viéndolos cuando empecé a percatarme del juego entre Beatriz y César, que a pesar de tener nombre de emperador la miraba con ojos de mártir cristiano. César parecía conocer mejor que nadie el lenguaje de los gestos silenciosos y apenas perceptibles, en los que se desliza parte de lo que queremos omitir, y podía considerarse un hombre afortunado pues en Beatriz abundaban esos gestos que, en ocasiones, podían provocar situaciones dignas de *Roberte, ce soir*. Sirva como ejemplo una tarde de verano en la que Agustín estaba hablando de Heráclito en el café. En una pausa del maestro, Beatriz se incorporó para ir al lavabo. Apenas había dado tres pasos cuando su falda, casi talar, se desprendió milagrosamente de la cintura, y quedó en bragas, erguida sobre sus zapatos de tacón. Inmediatamente se subió la falda, estalló en risas histéricas y corrió avergonzada hasta el lavabo.

Más tarde Beatriz dijo que no había sido un acto premeditado. Simplemente estaba nerviosa y se había desabrochado el botón de la cintura sin darse cuenta. La creí porque pensaba que en ella convivían dos mujeres enemigas, que a veces se hacían bromas pesadas la una a la otra. Pero todo se perdonaba mientras hubiese gracia en el cuerpo, y ese día recibió miles de alabanzas y no fui yo el único que la comparó con Roberta, la heroína de *Las leyes de la hospitalidad*.

Como ya he indicado, de entre todos los componentes de la cofradía de La Bola de Oro, Beatriz se estaba decantando por César más que por su hermano. Julio parecía cada vez más fuera de sí, e inmune al poder de las evidencias continuaba cortejando a Beatriz con mucha ceremonia y no poca delicadeza. Ella, que poseía el don de la misericordia, procuraba alimentar sus deseos y acudía todas las noches a La Bola de Oro, huyendo de la soledad de pareja. Y es que, cuando estábamos solos, Beatriz había empezado a lanzarme miradas que examinadas en frío parecían de asco, y todo indicaba que ya sólo hacía falta formular la separación. Para mayor desgracia, no nos sobraba el dinero y tuvimos que cambiar el apartamento de la rue Saint-Jacques por una habitación en el pasaje de Clos-Bruneau, que se comunicaba con la rue des Écoles por una puerta arqueada.

Fue la época en que empezamos a beber más que nunca y más de una noche conquistamos el estatuto de insufribles ante nuestros mejores amigos.

En Clichy (noches de julio), en Saint-Germain-des-Prés (noches de agosto), en Le Marais (noches de septiembre) llegamos a encarnar papeles de una miseria admirable y no por amor al arte dramático. Aunque, ¿quién sabe?, también puede ser importante alcanzar a veces cotas de indignidad inalcanzables. Luego, cuando intentábamos recordar esos momentos, tendíamos a pensar que la vida era solamente una confusión de deseos que conducían a ninguna parte y a la vez al centro de nosotros mismos.

Era como volver a un vértigo que ya conocíamos y que no esperábamos que fuera a resucitar en nosotros de forma tan odiosa. Parecía que quisiéramos desgarrarnos y a ratos nos odiábamos como sólo se odian los hermanos. Y sin embargo, en medio de ese fragor y esa furia, en medio de esas nieblas y esos delirios y esos incesantes malentendidos, accedíamos a veces a espacios de venturosa bonanza en los que conseguíamos regresar a nuestros estudios y dejar de errar de café en café y de tertulia en tertulia.

Una de aquellas noches, al llegar a nuestra habitación procedente del Mercado de las Pulgas, creí notar una atmósfera más enrarecida que nunca y al día siguiente Beatriz empezó a adoptar aires regresivos y estuvo gimiendo hasta el alba. Y era el suyo un gemido crispante y agudo que comunicaba, además de pánico, un dolor de naturaleza interior e insoportable y que me recordaba el grito de María en las barrancas de Loyola.

La tensión crecía cada vez más entre nosotros hasta que llegó el 14 de julio, fiesta nacional en Francia, y vinieron a visitarnos Sara y Claudio.

París estaba lleno de bailes callejeros y orquestas, y pasamos la mañana tomando aperitivos en el barrio de Saint-Sulpice, donde Sara tuvo la ocurrencia de pintarnos los ojos con *kajal* a Claudio y a mí, a fin de darles a nuestras caras un aire más festivo.

Hacia las ocho de la tarde, nos fuimos acercando a la plaza de la catedral, donde se estaba celebrando el mayor de los bailes de la zona. Casi sin darnos cuenta, empezamos a perdernos entre las multitudes de danzantes, sin saber muy bien si estábamos en el cielo o en el infierno.

Fue entonces cuando Beatriz se encontró con César y Julio. Traían con ellos a varios amigos andaluces, todos muy rectos y exhibiendo una elegancia fuera de lugar.

César y Julio sólo parecían preocupados por seducir a Beatriz y ni

siquiera me saludaron. No le di importancia y seguí bailando con Sara y una muchacha de San Sebastián que había conocido en La Bola de Oro.

Así estaban las cosas y yo llevaba más de una hora de danza dionisíaca cuando, al darme la vuelta, vi a Beatriz hablando con uno de los amigos andaluces de los hermanos Bidar, enfundado en una camisa negra muy ceñida, que acentuaba su tripa, y unos pantalones igualmente ceñidos y negros, además de un pañuelo rojo en el cuello. Parecía el fantoche nocturno de *La casa de Bernarda Alba.* El individuo estaba susurrando:

–Eres una mujer fascinante, aunque supongo que ya te lo habrán dicho muchas veces.

Lleno de furia miré a Beatriz y escupí:

–¿Qué haces hablando con este imbécil?

El hombre vestido de negro, que pertenecía a la *noblesse andalusí*, como solía decir César, me miró con estupor y sin violencia, aunque quizá con un cierto temor, y Beatriz me miró con horror, recordando más de una noche llena de indignidad y de pasos en falso.

Beatriz huyó de los dos y se perdió entre la gente. La seguí, pero la borrachera me impedía correr y enseguida la perdí de vista. De pronto me vi rodeado de danzantes, en medio de la place de Notre-Dame. Mi ebriedad degeneró en lo único en que no podía degenerar esa noche: en llanto, y enseguida el *kajal* con el que Sara había tenido a bien pintarme los ojos empezó a embadurnar mi rostro: parecía el Aschenbach de *La muerte en Venecia*.

Los conocidos y amigos que se cruzaban conmigo me miraban con espanto y tuvo que ser Beatriz la que me sacó del infierno y me arrastró hasta casa.

Llegamos al alba, aún bajo las luces de la noche que se extinguía, y al arrojarme a la cama pensé que de poco servía amar y haber consumido noches y más noches dando más de la mitad del alma a otro. Todo llegaba a su momento de entropía, a su punto muerto. Ahora sentía paletadas de tierra amarilla sobre mi cabeza, en una fosa llena de cal viva y cal muerta. De pronto mi vida con ella me parecía tan insufrible que me daban ganas de jugar a la ruleta rusa. Su mirada de asco hacia mí llenaba de oscuridad las estaciones del pasado, las ciudades a las que llegábamos al alba, los amigos que habíamos ido dejando por el camino, todo.

Al día siguiente, la tensión empezó a llegar a límites insoportables. Beatriz ya no lloraba, gemía como una gata acorralada. Una vez más, parecía el grito crispante de María. Beatriz llevaba tres noches gimiendo cuando le dije:

–Calla o nos volveremos locos.

Beatriz cesó su llantina y murmuró:

–Quiero dejarte, aunque podemos seguir siendo amigos. Es más, quiero que sigamos siendo amigos, pero ya nunca bajo el mismo techo. Me he enamorado de César.

La entendía pero me costaba aceptarlo, a pesar de que llevábamos más de un año sufriendo la soledad de dos y la asfixia de pareja. Por otra parte, el hecho de que hubiese sido ella la encargada de formular la separación me dejaba sin defensas, y casi también sin alma.

Beatriz se incorporó y me miró sin verme, como tantas veces en los últimos tiempos. Ya tenía su maleta junto a la puerta y hacia ella dirigió sus ojos con alivio.

–Puedo acompañarte hasta el taxi.

–De acuerdo.

Cargué con la maleta, bajamos en silencio la escalera y descendimos por el portalón que conducía a la rue des Écoles.

Enseguida vimos pasar un taxi y lo paramos. Permanecí detenido en la acera hasta que el coche torció hacia la derecha y desapareció en el bulevar Saint-Michel.

Puedo imaginar a Beatriz arrojándose de noche a su cama, a su nueva cama. Permanece un rato inmóvil, mirando al techo y respirando con tranquilidad elísea.

Piensa en mí, me ve completamente deformado, reducido a caricatura de mí mismo. No tengo sentido del humor, no tengo dignidad, no tengo talento. Soy una especie de ectoplasma flotante sin el más mínimo interés. Pero enseguida piensa que considerarme un ectoplasma no deja de ser una inmerecida espiritualización de mi persona, pues le resulto más pesado que una losa sepulcral. Vivir conmigo es una especie de muerte en vida, la tumba matrimonial de la que hablaba Antígona, la tumba de la pareja, junto a un muerto viviente que ya no tiene para ella el más mínimo misterio. Me ve rastrero, poco imaginativo, poco elegante... ¿Y ella se iba a pasar toda la vida compartiendo conmigo techo e infierno?

Felizmente la ruptura se ha consumado, la ruptura espacial, que es la que importa, y he aquí que al fin se halla sola, en una hermosa cama que huele a sábanas limpias, respirando con un placer que hace mucho no experimenta, abierta a la vida y a todos las embestidas del destino, abierta a hombres que se deslizan por la noche como vampiros exquisitos, que tienen algo de vertiginosamente femenino en su forma de acariciar, que son suaves, elegantes, decididos... O todo lo contrario: hombres duros como diamantes, algo enloquecidos pero profundamente románticos y muy ágiles y zalameros en la cama. O quizá hombres anónimos, en habitaciones de hotel para una sola noche, o dos. Hombres, hombres, hombres. Cualquier hombre en

realidad menos yo, encarnación en ese momento del espíritu de la pesadez.

Vuelve a respirar con alivio pero de pronto mira hacia la derecha y se fija en la ventana.

Apenas llega la luz del alumbrado callejero porque su habitación está en el octavo piso. Piensa que nunca ha vivido en un piso tan alto. Cree que no es la habitación más adecuada para una sonámbula. Un día te incorporas sin darte cuenta, abres la ventana, te apoyas mal en la baranda, por otra parte muy frágil, y te precipitas al vacío. Te despiertas en el instante mismo en que tu cuerpo choca contra el asfalto. Qué despertar más bestial, qué despertar impensable. ¡Cataplás!

Beatriz empieza a sentir miedo y cree que no va a poder dormirse sin una pastilla. Es el problema de dormir sola, piensa, duermes sola con tu propio abismo, duermes sola con tu infierno, eres una isla en la noche y te rodean por todos los lados las sombras.

De pronto se acuerda de David, de su ataúd, de su entierro, y vuelve a leer el poema dedicado a ella. ¿Será verdad que soy una hija de la lujuria? ¿Será verdad que soy capaz de sacar a los hombres de la noche oscura? ¿Y si sólo fuese capaz de meterlos?, se pregunta antes de acercarse al lavabo para mirarse la cara con espanto y tomar un somnífero.

¿Edipo en Colombia?

–Amar es querer ser amado –había dicho Lacan.

Tres días después de la separación, asistí por primera vez al seminario que Lacan impartía en una enorme sala junto a la Sorbona. Por lo que pude ver, la sala se hallaba abarrotada de psicoanalistas. Casi todos fumaban puros como el maestro y muchos llevaban pajarita. Antes de hablar, el profesor Lacan fue cruzando lentamente el pasillo central, con su abrigo de astracán y su veguero en la boca, y mientras lo cruzaba iba saludando a sus elegidos, con gran boato y ceremonia. Parecía una audiencia del rey Sol en Versalles, y juro que aquella atmósfera de teatralizada locura consiguió sacarme un poco de mi suplicio, insuflándome, momentáneamente, el espíritu de la comedia.

Recuerdo que cuando el maestro empezó a hablar desde lo alto de su tarima envuelta en el humo de todos los cigarros y cigarrillos que en ese momento se estaban consumiendo en la sala, pensé en el Dios de la infancia, difundiendo verdades desde las alturas al tosco género humano. Lacan estaba regresando por aquel entonces a sus primeros escritos y se demoró un buen rato hablando de uno de sus ensayos sobre Freud y de cómo «el deseo es deseo de deseo».

–Deseamos que nos deseen –afirmó Lacan tras darle una calada a su puro–, y eso es lo que le ocurre a Alcibíades en *El banquete* de Platón: desea que Sócrates lo desee. Amar es querer ser amado.

Salí del seminario pensando en Beatriz más que en mi propia persona. Amar es querer ser amado, y ella quería ser amada. ¿Por quién? Por el mundo. Se hallaba seguramente en el esplendor de su belleza y no quería perderse la fiesta de la noche. Estaba obligado a darle la razón, porque en realidad a mí me pasaba lo mismo.

Adiós a otra época de mi vida, pensé aquella tarde, mientras tomaba café en el Flore.

Miré a mi alrededor: los asientos rojos, las mesas de mármol, los espejos, las lámparas que arrojaban una luz cetrina sobre los clientes, los clientes mismos, me parecían objetos fantasmales, paralizados en un espacio tan fantasmal como las calles que se presentían tras los ventanales.

Cerré los ojos e imaginé un tiempo de soledad. Ya no volveré a coincidir con Beatriz, me dije, al menos no de la misma manera. Se había roto el hilo que nos unía desde la infancia y me invadió la sospecha de que Beatriz acababa de perpetrar un acto monstruoso.

Rememoré toda mi vida con ella y por primera vez empecé a pensar que hacía tiempo que ni la paz ni la guerra eran justas entre nosotros. Beatriz nunca respetaba las paces, como tampoco respetaba las guerras. ¿Qué juego establecer con ella? Si huía, Beatriz podía aparecer en cualquier momento, independientemente de que hubiésemos pactado no volver a vernos, y si no huía también. Beatriz traicionaba todos los pactos. ¿Por qué tenía que respetarlos yo? ¿Acaso no era lo normal en nosotros la traición? Si procediese como ella había procedido en más de una ocasión, ahora mismo estaría llamándola por teléfono para amargar su nueva vida, pensé.

Un silencio emocional de una profundidad que ignoraba lo envolvía todo, y tras ese silencio sólo percibía la inconsistencia de los seres y la inconsistencia del amor. Desde el Flore me fui caminando hasta el café La Palette. Allí descubrí a Beatriz y a César besándose, rodeados de estudiantes de Bellas Artes, de humo y de rumores cálidos.

Se hallaban en un ángulo del salón vetusto y oscuro que se abría tras el mostrador, y que tenía las paredes abarrotadas de cuadros representando el café por dentro y por fuera, entre molduras ennegrecidas y lámparas que emitían una luz expresionista.

Podía decirse que de momento Beatriz había elegido al más elegante y maduro de los Bidar. César vivía en un mundo abstracto y lleno de sentencias morales que formaban en torno a él algo parecido a un capullo, y a la vez en un mundo muy concreto, lleno de detalles: sabía qué vino elegir en cada momento, qué palabra deslizar entre dos

sujetos que discutían para que se apaciguaran, y qué pasos dar para humillar a su hermano que, fatalmente, acabaría luego humillándole a él.

Todo indicaba que estaban tomando un vino caro, quizás un buen Burdeos. Seguramente ahora César, que sonreía con esa amabilidad perezosa que tanto le gustaba a Beatriz, le estaba hablando de las virtudes del vino que danzaba en su copa para inmediatamente después abordar el tema de la belleza de Beatriz, de lo guapa que estaba esa noche, de lo irresistible. Dios mío, eres preciosa y bla, bla, bla.

Parecían Acis y Galatea en pleno romance, y como en la fábula, les acechaba un monstruo que no era yo, que era Julio, semiescondido al otro lado del café y dirigiendo hacia ellos una mirada de extrema severidad.

Harto de formar parte de una corriente de deseo que avivaba mi dolor, huí de La Palette. Ya me hallaba a cierta distancia del café cuando alguien me agarró del brazo. Me di la vuelta y vi ante mí a Julio.

–¿Tú también los estabas vigilando?

–No. –Sí.

Julio me miró muy serio, movió levemente la cabeza, se acarició los labios con un dedo y dijo:

–César nunca ha soportado que sea yo el preferido de mi madre, por eso intenta entorpecer todas mis relaciones. Habrás observado que tu antigua novia sólo tiene ojos para mí, pero observa cómo mi hermano ha conseguido deslizarse entre los dos y cautivarla de momento con sus zalamerías y sus miserias. Es un mal menor que voy a tener que soportar hasta que madure un poco. ¿Quieres que te recite uno de mis poemas? Lo he escrito para humillar a César más que a mi padre. Quiero que se titule *Edipo en Colombia* y dice más o menos así:

En la atmósfera opalina de la habitación
mamá muestra sus corvas:
quintaesencias de su sed
y cobijo de mi sombra.

Con la emoción del artista poseído
por el temblor de la aurora
le hago una polaroid
que enviaré a mi padre
para que sepa que me estoy acostando con su señora.

Julio acababa de declamar su poema cuando exclamó:

–¿No te parece genial?

Contraje la cara y musité:

–Totalmente. ¿Y por qué en Colombia?

Julio se encogió de hombros y musitó:

–Porque es una tierra muy caliente que hace más verosímil la historia.

Le di la razón y entramos en un café de la rue Bonaparte que estaba lleno de espejos. Allí Julio me preguntó si me miraba mucho en el espejo.

Le dije que sólo por las mañanas.

–Mientes, todos nos miramos muchas más veces. Yo tengo que confesar que puedo pasarme tardes enteras mirándome al espejo, examinando mis cabellos, mi flequillo histérico, mi mirada arrogante y mi mirada de humillado, y a veces me dan ganas de romper el cristal que me refleja, imaginando que al hacerlo puedo llegar al otro lado de mí mismo. ¿Tú lo entiendes?

–Más o menos.

–Beatriz también lo entiende. Te comprendo perfectamente, Julio, me dijo el otro día, pero me pones triste. Si tuvieses más sentido del humor serías el hombre perfecto. Eso me dijo la muy canalla. Eso me dijo. Pero yo no pierdo las esperanzas, Ciro. Sé que acabaré retozando junto a ella.

–¿Dónde?

–En un lugar entre el cielo y el infierno.

–Me asustas.

–Pero antes tendré que fulminar a César. ¿Estarías dispuesto a ayudarme?

–Ni lo sueñes.

–Tendrías que saber algo más de mi hermano para poder juzgarlo como se merece. Recuerdo nuestra época en el internado militar. A pesar de tener dos años más que yo, César iba a mi misma clase. Había tenido que repetir dos cursos. Era un chaval brillante y manipulador, pero un estudiante nefasto. Allí siguió siendo el que era y me copiaba todos los exámenes...

–No sé a dónde quieres ir a parar.

–¿No lo sabes? En el colegio militar el mundo nos resultaba tan insoportable que nos refugiamos el uno en el otro. Llegamos a momentos de absoluta crueldad. Menos mal que salimos de allí pronto.

–¿Y con esos antecedentes aún te empeñas en seguir los pasos de César?

–¿Estás loco? –rugió–. ¡Es él el que me sigue a mí, y me seguirá hasta el mismo infierno, es él el que no me deja vivir! Tendría que matarlo.

Lo miré lleno de admiración y pensé en lo que me había dicho sobre los espejos. Más tarde Julio rompería muchos espejos, más tarde su vida se convertiría en una agobiante sucesión de espejos que él tenía que romper una y otra vez para seguir adelante, pero en aquel entonces el espejo de su cuarto era el vehículo imprescindible para verter su amor al otro, ese otro que era él mismo y sus circunstancias. Y sus circunstancias salieron a relucir cuando dijo:

–¿Te has fijado en esa chica? ¿A que se parece a Beatriz?

Me fijé en la muchacha de cabellos castaños que se hallaba a nuestra derecha y le aseguré que no.

–¿Cómo que no? Escúchame una cosa, Ciro, a mí no me importa compartirla contigo, te lo digo de verdad. Mira, cada vez soy más partidario de...

–No insistas.

–¿Tan ciego estás? Fíjate un poco en ella –dijo, y giró la mirada hacia la chica–. Está abierta a la noche, completamente abierta.

–¿No crees que tiene ojos de loca?

–¿De loca? No te equivoques. Simplemente nos mira con deseo, simplemente... Me gustaría conocerla. Nunca la había visto por aquí. Parece muy sola, una hija del desierto...

–No exageres.

–Una hija del desierto que llega desde muy lejos para envolvernos con sus perfumes orientales.

Me eché a reír.

–¿Y luego dice Beatriz que no tienes sentido del humor?

–Hablo en serio, Ciro, es una intuición que he tenido... Juraría que esa mujer es persa...

Transigí con Julio y nos acercamos a la mujer dispuestos a adularla hasta el límite de lo posible. Y en ese quehacer estábamos cuando llegó un individuo corpulento y borracho que sin mediar palabra le dio a Julio un puñetazo en la cara.

Pretendimos agredirle pero entonces el dueño del café surgió de detrás de la barra con una especie de trabuco en la mano y salimos corriendo de allí.

Y corriendo íbamos cuando, ya en el bulevar Saint-Michel, vimos a César y a Beatriz desaparecer tras la puerta de una cueva de jazz.

Los seguimos y entramos en el mismo establecimiento. La cueva estaba llena de gente y apenas se podían ver los músicos, que en ese momento estaban interpretando *Extraña fruta*. Amparados por el gentío, el humo y el calor, empezaron a besarse con avidez. Pidieron whisky y consiguieron colocarse en una mesa esquinada que acababa de quedar libre. Brindaron, volvieron a besarse. Pero de pronto César abandonó la mesa y se perdió tras la puerta del lavabo. Su hermano y yo nos deslizamos entre la gente y entramos también en los servicios.

Como guiado por un duende, Julio cogió una escobilla de uno de los retretes y bloqueó la puerta de la cabina en la que César acababa de entrar, introduciendo el palo en la manilla en forma de argolla. Luego me indicó que saliéramos corriendo de allí, y corriendo cruzamos la sala sin que nos viera Beatriz.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos esperando en la calle, tal vez media hora, hasta que dos hombres sacaron a César en una camilla, casi en el momento en el que se paró ante el establecimiento una ambulancia. César se quejaba de dolor y Beatriz iba junto a él.

Ocultos tras un automóvil, Julio y yo nos echamos a reír. Era una risa intensa, incontrolable. La ambulancia ya estaba lejos y seguíamos riéndonos ante la mirada acusadora de algunos clientes que habían ayudado a los camilleros.

Nos prometimos guardar para siempre el secreto de nuestra vileza y al día siguiente supimos lo que había ocurrido. Al notar la puerta de la cabina bloqueada, César había tirado con rabia hasta romper el palo de la escobilla. Su cuerpo se había proyectado hacia atrás, estrellándose contra la pared y haciendo caer la cisterna que le partió la tibia.

¿Fuera de control?

Durante varias semanas, caí en la trampa proustiana de creer que vigilar los movimientos de Beatriz y de sus hombres era dedicarse a un trabajo de carácter intelectual y más en relación con la antropología de campo que con el voyeurismo, pero lo cierto es que empecé a entender mejor a los hermanos Bidar. Ambos experimentaban de un modo melodramático el juego con la vida, y les obsesionaba seducir por sus *manieras*, como si, no sin razón, creyeran que el amor estaba más en relación con el teatro que con la pulsión. No otra fue la razón de que viera varias veces pasear a César por el Jardín de Luxemburgo, con un bastón en la mano y luciendo su pierna escayolada. Estaba ensayando actitudes caballerescas. Algunas noches acudía a una academia de baile en la que observaba, sentado y escayolado, cómo bailaban el tango y en cierta ocasión compró en los puestos que bordean el Sena un libro sobre el significado de las flores.

A veces se le veía muy concentrado en algún café del Latino, escribiendo en una libreta de cubiertas de cuero. Daba la impresión de que estaba diseñando todo lo que le iba a decir esa tarde a Beatriz. Conmovía su sentido teatral de la existencia, y es que para César era muy importante que su comedia con Beatriz fuera perfecta y que

estuviese llena de detalles sorprendentes.

El mes siguiente empecé a ver a César más radiante que nunca y ya sin la escayola. Todo indicaba que se sentía muy cerca de Beatriz y que la tenía completamente seducida. Se le notaba porque en los momentos de triunfo, o que él interpretaba así, César recuperaba la jovialidad y la espontaneidad que quizá había tenido antes de pasar por el internado militar y parecía otra persona.

Una tarde, me encontré con él en el Jardín de Luxemburgo y me llevó hasta su casa: un exiguo apartamento en lo alto de un edificio al final de la avenida del Observatorio. Nada más entrar, percibí que me hallaba en el habitáculo de un geómetra maniático. Todo estaba en orden y abundaban las simetrías. También me di cuenta de que César observaba su casa como un capitán mira su goleta, poseyéndola con la mirada. Me invitó a un buen Burdeos y me enseñó una fotografía medio pornográfica de Beatriz. Pensé en Miss Jones, me encogí de hombros y murmuré:

–Parece una pantera.

–Si tú supieras... Nunca imaginé que pudiera ser una mujer tan voluptuosa –dijo llenándose la boca con la palabra.

Mientras Beatriz se entregaba a los trabajos de Eros yo me mudé a la rue Servandoni, donde vivía el profesor Roland Barthes, muy célebre entonces y con el que me cruzaba a menudo por la calle.

Llevaba sólo unas semanas en mi nuevo cubil, un cuarto de dos niveles cuya ventana daba a un patio con cipreses, cuando al salir al pasillo me topé de bruces con Roco.

–¡Santo Dios! ¿Qué haces aquí?

–Claudio me pasó tu dirección por teléfono. Acabo de alquilar una habitación en el hotel de enfrente.

Roco se había cortado el pelo y llevaba una gabardina blanca. Parecía otra persona, o quizás otro personaje. Le invité a entrar en mi cuarto, y, mientras fumábamos marihuana, me estuvo contando que había pasado un año emborrachándose en Bogotá, explorando los lugares más espantosos de la noche y abusando de la hospitalidad de su hermana y su cuñado. Pero su cuñado era rico, y los ricos sufrían menos los excesos de sus familiares, dijo. También me contó que a su adicción al alcohol se había añadido en Colombia el fervor por la pasta básica, como él la llamaba, que pudo haberle conducido a la locura y que le obligó a estafar vergonzosamente a su hermana. Después se había ido a la selva, o cuando menos a sus inmediaciones, donde había puesto un negocio de utensilios diversos. Pero ocurría que allí, en el corazón de la noche vegetal, se había aficionado al juego y sus deudas le habían obligado a huir, si bien pensaba volver,

pues uno de sus acreedores se había quedado con su baúl, donde guardaba todos sus poemas y las fotografías, algunas de gran interés antropológico, según dijo, que había hecho en la selva.

–Amigo mío, tengo que volver a recuperar mi baúl a costa de lo que sea. ¿Te imaginas perder toda tu obra?

Yo no me lo imaginaba en parte porque no tenía obra, así que me encogí de hombros y dije:

–¿No habrás venido para que te ayude a recuperarla?

Roco se echó a reír.

–No, he venido a París para hacer algún dinero y poder pagar a mis acreedores.

Roco tenía ganas de desahogar sus angustias con alguien y esa noche me invitó a cenar en un restaurante muy esquinado de la rue Servandoni. Fue allí donde me confesó que había traído de Colombia dos kilos de cocaína que ya estaba distribuyendo. También me dijo que había entrado en una fase de paranoia profunda y que pasaba el día oculto en los hoteles. Quería regresar a Colombia en cuestión de días porque ya no conseguía dormir ni siquiera tomando cinco somníferos, pero necesitaba un pasaporte. Había perdido el suyo y además en Colombia estaba fichado.

–¿Por qué no me vendes el tuyo? Te doy por él mil francos.

–No puedo. Caduca dentro de dos meses y es el único documento de identidad que tengo en este momento.

–No importa que caduque pronto. Quiero irme a Bogotá la semana que viene.

–¿Y qué problemas podría acarrearme vendértelo?

–Ninguno. Supongamos que te lo he robado. Estaríamos en el mismo caso pero sin ninguna ventaja para ti. Escucha lo que te voy a decir: tú me vendes el pasaporte esta misma noche y mañana por la mañana vas a la comisaría de la place Saint-Sulpice y dices que te lo han robado. Te darán un documento con el que podrás sacarte otro pasaporte de forma casi inmediata en el consulado.

–Pareces muy bien informado.

–Es mi obligación.

–¿Sabes que andan por aquí los hermanos Bidar y Beatriz?

–Prefiero no verlos. A los Bidar les debo dinero, y a Beatriz no quiero tenerla delante, me entrará nostalgia de la época en que las verdaderas pesadillas estaban aún por empezar. Verás, no me conviene frecuentar a demasiada gente en mi situación.

Los truhanes saben convencer, manipular, marear y finalmente enloquecer a todo ser racional o irracional que se detenga ante ellos. Son expertos malabaristas, honestos como viajantes de comercio y siempre dispuestos a darlo todo por los demás, así que le vendí el pasaporte. Para Roco se trataba simplemente de cambiar la fotografía

y falsificar el sello, pero yo empecé a pensar y a pensar, y cuanto más pensaba más me atormentaba haber vendido mi identidad a un amigo por algo parecido a un plato de lentejas.

Al día siguiente me hallaba solo en mi cuarto, abusando de la marihuana que me había regalado Roco y leyendo a Platón cuando empecé a oír golpes violentos en la puerta. Abrí y vi de frente a Roco, que me apuntaba con una pistola.

–Quieto ahí, bellaco, y dame todo lo que llevas encima.

Empecé a retroceder ante el aire amenazante de Roco y su mano temblorosa, empuñando el arma.

Estaba a punto de desvanecerme cuando Roco guardó la pistola y alzó los brazos.

–¡Era una broma! –gritó–. ¿No vas a pensar que me he vuelto loco? Ven, quiero enseñarte una cosa.

Esbocé una sonrisa penosa y me dejé arrastrar hasta su cuarto. La luz de un flexo iluminaba la mesa sobre la que vi mi pasaporte. Roco ya había cambiado la fotografía y había completado el sello.

–¿Qué te parece mi obra?

–Genial –dije justo en el instante en que vi mi fotografía al borde de la mesa. Roco la había partido por la mitad con una cuchilla. Ver mi imagen dividida en dos tuvo sobre mí un efecto aterrador, acentuado por la marihuana y el alcohol. De pronto sentí como si Roco me pasara toda su ansiedad, todo su insomnio, todos sus delirios interpretativos y toda su manía persecutoria, y empecé a notar que la realidad se me escapaba y que había empezado a flotar en un mundo sin consistencia pero lleno de amenazas.

–¿Qué te pasa?

–Me ha sentado mal la marihuana. Me voy a descansar –dije, y salí precipitadamente del cuarto de Roco dejándolo sumido en un peligroso estupor.

Ya en el rellano, me creí presa de todos los demonios. Se trataba de una forma de ansiedad muy parecida a la que había sentido tras la muerte de David y ya no sabía qué hacer para calmarme. Fue entonces cuando oí pasos en el corredor. Me oculté tras unas cajas y vi a dos individuos llamar a la puerta. Parecían sus compinches. Uno de ellos decía que alguien les había delatado y que habían perdido el último pase.

–¿No será ese amigo tuyo? –preguntó el mismo sujeto.

–¿Ciro? Él no sabe nada de nada.

–Me extraña. ¿Puedo hablar con él?

En cuanto supe que habían entrado en el cuarto de Roco, bajé a saltos las escaleras y salí a toda velocidad del hotel ante la mirada atónita del re–cepcionista. Ya en la calle, seguí corriendo como un desesperado. Y mientras corría empecé a pensar que quizá Roco había

decidido suplantarme, y para suplantar a alguien de verdad antes hay que matarlo.

Voy como un caballo desbocado y no lo puedo evitar. Toda la ciudad se ha convertido en una amenaza y en cada esquina presiento una pistola humeante. Cruzo el bulevar Saint-Germain mirando con terror los vehículos que pasan. La noche empieza a adquirir para mí una densidad sofocante. Envidio a los que están de fiesta, en los pisos iluminados de la ribera izquierda. Envidio el esplendor de las chicas, la música excitante. Mientras ellas se dejan abrazar por la suavidad de la noche yo siento que estoy perdiendo el control o que lo he perdido hace tiempo.

La noche se colma de luces fantasmagóricas. Van y vienen, como fuegos fatuos, pero yo no las identifico con los coches. Son luces del abismo, ocultando las pistolas que van a dispararme.

Vuelvo a pensar en Roco y en sus socios. Ya habrán entrado en mi cuarto y habrán descubierto signos de fuga precipitada. Habrán pensado que yo soy el delator y habrán comenzado la persecución. No sé por dónde avanzar. Los bulevares me dan miedo, pero también temo las calles estrechas y solitarias, tan propicias para perpetrar una emboscada. Entonces se me ocurre la posibilidad de pedir ayuda a alguno de mis amigos, pero es como si de repente no confiase en nadie. Beatriz está en París, pero pienso que es la última persona a la que debo acudir y la culpo de todas mis desgracias.

Decía Jean-Paul Clébert que de noche París es un dédalo de calles que no acaban nunca, que se suceden interminablemente, multiplicándose y encajándose unas en otras como canalizaciones, contrayéndose y alargándose a la medida de tus terrores, como si la noche tuviese sobre el tejido urbano un delirante poder de modificación, convirtiendo la ciudad en una sustancia elástica y oscilante, y ahora yo experimento en mi propia carne esa sensación. París me absorbe como un laberinto sin límites: podré pasar el resto de mi vida recorriendo sus pasillos sin hallar nunca una sola salida, pienso mientras avanzo por una calle que antes era el Faubourg du Temple y que ahora es una avenida tétrica bajo la bruma.

Estoy cada vez más perdido cuando veo una puerta en la que dice: Hotel Stella. Entro en el establecimiento. El portero de noche se halla dormido y me deslizo hasta la cocina. Tengo la certeza de que allí no me van a encontrar y me tiendo bajo la mesa donde acabo quedándome dormido.

Hacia las siete de la mañana me despierto. Al principio no reconozco el espacio en el que me hallo y a punto estoy de dar un grito.

Abandono la cocina tambaleante y veo que el guardián continúa dormido. Salgo a la calle. El cielo plomizo me parece saturado de desdicha y comienzo a caminar por una calle empinada al fondo de la cual se ven muchos cipreses. Sólo entonces me doy cuenta de que me encuentro en el distrito XX, muy lejos de mi casa, y de que los cipreses que veo son los del cementerio de Père-Lachaise. Continúo calle arriba pensando en lo que se ha ido convirtiendo mi vida. ¿Desde cuando no toco suelo?

Al fondo de la calle veo que acaba de iluminarse la insignia de neón de un café. Entro en el establecimiento y pido una copa de coñac, que voy bebiendo a pequeños sorbos mientras la niebla que vela el cementerio se disipa y una luz plateada comienza a iluminar los panteones.

Acabo mi coñac y vuelvo a abordar las calles. Es entonces cuando decido hacerle una visita a Marcial, que vive en ese mismo barrio y al que he conocido meses atrás en La Bola de Oro.

Marcial poseía para mí un don extraño para saber encajar con humor todos los reveses de la vida, además de una prestancia que sólo podía definirse como «romántica», que nunca había encontrado en la vida y que no me parece probable que vuelva a encontrar. En algún aspecto me recordaba a David. Marcial tenía el carácter suave, la voz ronca y tierna, y la hospitalidad era la ideología básica que parecía regir todos los momentos de su vida.

Había nacido en París, hijo de un anarquista barcelonés que se había exiliado con su mujer tras la guerra civil, y hablaba un español sin acento y con la misma elegancia con la que hablaba el francés.

Llamé a la puerta de su casa. Me abrió él mismo. Acababa de levantarse y tenía el desayuno dispuesto sobre la mesa. Marcial me invitó a pasar y me ofreció una taza de café caliente y una tostada con mantequilla que agradecí infinitamente, como un mendigo al que un transeúnte generoso le acabase de resolver el día.

Marcial debía de rondar los cuarenta años pero su rostro parecía de una edad indefinida, con su cutis claro y su mirada tranquila y penetrante. No era amigo de los ademanes excesivos, y sus gestos eran lentos, medidos, equilibrados y apaciguadores.

–Veamos qué te ocurre.

Le expliqué mi situación. Marcial me escuchó atentamente y luego dijo:

–Te han ocurrido demasiadas cosas en poco tiempo: tu ruptura con Beatriz, tu soledad recién estrenada, y ahora ese embrollo con unos gángsteres de pacotilla. Necesitas tocar realidad.

–Eso ya lo sé.

–Lo sabes, pero lo que ya no sabes es cómo conseguirlo.

–Cierto.

–Haremos una cosa. Instálate en el cuartito de invitados de mi casa y permanece conmigo una semana. Durante siete días, me acompañarás a todas partes, como si fueses mi sombra.

No dijo más, pero a mí me pareció suficiente y seguí al pie de la letra su consejo. Iba con él a comer a los restaurantes universitarios, iba a sus clases para emigrantes en una barriada del distrito XIII, al cine, al teatro, le ayudaba a corregir los exámenes... Me bastaron cuatro días para regresar al mundo real. Un viernes por la tarde me despedí de Marcial dándole un fuerte abrazo y diciéndole al oído:

–Gracias, amigo. Me has dado una lección fundamental. Basta con ver cómo se desarrolla una existencia normal para empezar a normalizarse.

–Exacto. Ya sólo me queda darte un consejo final.

–Te escucho.

–Compórtate como si el mundo existiera de verdad. Ah, y cambia de domicilio: tienes que abandonar el lugar de la enfermedad y dejar atrás el barrio Latino. Ayer me encontré con Elba, la que conocimos el año pasado en La Bola de Oro, y me dijo que deseaba compartir su casa con otra persona. Vive en un dos piezas, cuatro calles más abajo.

–Gracias una vez más. ¿Puedo llamarla por teléfono?

–Claro.

Los vagones iban repletos de gente que yo no veía, que ni siquiera notaba. Y sentía que aquel deslizarme bajo la tierra hacia otro distrito de París suponía algo más que un cambio de domicilio. Mientras el tren rugía, sentía que estaba cambiando de piel.

Salí del metro en la place Gambetta y lo primero que vi fueron los muros y las cruces blancas del cementerio de Père-Lachaise, sobre la colina poblada de cipreses que me había orientado el día anterior. A la derecha se hallaba la rue Sorbier, por la que fui caminando hasta su cruce con la rue Ménilmontant.

Fue allí donde entré en el inmueble de ladrillo ocre en el que vivía Elba. Llamé a su puerta y ella me recibió con una sonrisa escueta pero hospitalaria. Enseguida me enseñó la que iba a ser mi habitación, y que estaba provista de chimenea. El inmueble se hallaba en la falda de la colina de Belleville, ya cerca del barrio de las Cascadas, y desde la ventana podía verse todo París, con sus torres más carismáticas perfilando sus siluetas contra el cielo mineralizado de finales de junio. Enseguida reconocí que aquel lugar tenía una amplitud de horizonte que podía resultarme muy saludable y respiré con alivio.

–Estás muy pálido –dijo Elba.

–He pasado días difíciles, pero me han servido para tomar una buena decisión.

–Me alegro.

Elba llevaba ese día unos zapatos rojos y unos pantalones muy ajustados, y exhibía una cabellera larga y rubia, que no había querido sacrificar a pesar de que en París empezaba a llevarse el pelo muy corto.

Mientras tomábamos té ante la ventana abierta tras la que se iba derramando la ciudad como un mar de luces y sombras, estuvimos hablando de nuestras vidas. Ya íbamos por la tercera taza cuando Elba me preguntó a qué había venido a París.

–Lo tenía mitificado desde la infancia, y ya se sabe que los mitos pueden arrastrar más que las personas. Y tú, ¿por qué viniste?

–Quería ser como las francesas. Beber su alma, analizarla, poseerla.

–¿Y ya lo has conseguido?

–Estoy en ello.

Hacia la una de la mañana, llegó una mujer de piel bruñida y ojos negros. No mucho después oí gemidos leves mientras contemplaba las estrellas. Su impensable lejanía me fue conduciendo a un sueño tan profundo y reparador que, al día siguiente, el despertar me pareció una resurrección.

Inferno

¿Un diamante más grande que el Ritz?

Ya dije que me sentía como un resucitado, pero la resurrección tiene el problema de que luego vuelve la vida con todas sus crudezas. El hecho de ser un resucitado no ofrece en principio ninguna ventaja, salvo la derivada de la euforia que produce haber regresado a la vida y que puede provocar una cierta esperanza.

Ya no me quedaba nada de cuanto había ahorrado en el rodaje y en Ginebra, y decidí buscar trabajo. Dos miembros de la cofradía de La Bola de Oro, un tal Básil y un tal Nicanor, me propusieron sustituirlos a ambos como portero de noche en el hotel Marigny, del barrio de la Madeleine, y acepté de inmediato la oferta.

Dos días después me presenté en el hotel, que me pareció de una banalidad tan asentada que casi lo hacía pasar desapercibido en mitad de una calle llena de hoteles más relucientes. El propietario, que atendía la recepción durante el día, se llamaba Ives Mogard, y parecía un hombre respetable, con la paciencia y la ecuanimidad incrustadas en las arrugas de su cara, en su cabello blanco y en su traje gris. El señor Mogard me aceptó como portero de noche y sólo exigió como requisito que le mostrase mi permiso de residencia en Francia. Se lo mostré y me dijo:

–¿Conoce a alguien tan recomendable como usted? Me he quedado sin mis dos porteros de noche y usted no podrá aguantar aquí todas las noches del mes. Necesita un colega con el que poderse turnar.

–No se preocupe, antes de que acabe el mes le presentaré a un amigo de absoluta confianza.

–De acuerdo. ¿Le apetece tomar un café?

Asentí creyendo que conocía al señor Mogard desde siempre. Esa misma noche telefoneé a Alvar. Según me habían dicho, había regresado a Pamplona tras su ruptura con un novio francés. Alvar recibió mi llamada como una liberación y prometió que en menos de tres días se presentaría en París.

Un mes después, cuando ya había perdido la esperanza de que viniera, oí golpes en la puerta. Abrí y vi ante mí a Alvar. Su rostro se había endurecido, como si hubiese hecho un largo viaje por la oscuridad.

–Llego más muerto que vivo –farfulló–, y no tengo un céntimo.

Le dije que no se preocupara y ese mismo día entró a trabajar en el Marigny. No mucho después, Elba se marchó a California, dejando libre su habitación, que pasó a ocuparla él.

Alvar apenas llevaba un mes en la rue Sorbier cuando sedujo a un chico de dieciocho años, Valentín, que por la noche nos servía la cena con la solemnidad de un mayordomo.

Uno de aquellos días el señor Mogard nos reunió a Alvar y a mí en el hotel, y mientras nos convidaba a una copa de champán en el saloncito más próximo a la entrada, decidió desvelarnos el misterio del Marigny, del que ya teníamos cierta información, si bien muy vaga.

–Aunque parece un hotel muy banal, y en realidad lo es –dijo el señor Mogard tras apurar su copa–, el Marigny tiene su historia. En la primavera de 1857, Turgueniev vivió en el apartamento del entresuelo. Pero no sólo él frecuentaba esta recepción y este saloncito. El escritor Atanasio Fet y el poeta Nikolai Alexéievich Nekrásov, que se estaba tratando la tuberculosis en París, acudían a menudo a ver a su amigo Iván Turgueniev, que estaba escribiendo su novela *Madriguera de hidalgos*. Claro que aún asombra más que aquella feliz primavera de 1857 el gran Lev Tolstói también pasara por el Marigny, para discutir acaloradamente con Iván, tan acaloradamente que en más de una ocasión insinuaron la posibilidad de pactar un duelo con pistolas en el bosque de Vincennes. Al margen de la novela que estuvo escribiendo aquí Turgueniev, el Marigny sólo se convertiría en una nueva madriguera de hidalgos más de medio siglo después, cuando Albert Le Cruziat, primer lacayo del príncipe Constantin Radziwill, convirtió el hotel Marigny en un prostíbulo de muchachos que era llamado por sus asiduos el Templo del Impudor, y frecuentado por

gente de la alta sociedad. Proust ayudó a Albert económicamente y decoró parte del hotel con los muebles que había heredado de su familia, de forma que se sentía como en su propia casa. Desgraciadamente, de aquella época ya sólo queda el ascensor y los sótanos, donde ahora se hallan la lavadora y el almacén. En esos sótanos se llevó a cabo la ceremonia de las ratas. Sí, hijos, sí... Al parecer Proust ordenaba a Albert Le Cruziat que fuese en busca de media docena de ratas sanas y feroces y que las metiera a todas en la misma jaula. Luego Albert introducía en la jaula una aguja larga e iba lacerando a las ratas, que chillaban mientras Marcel llegaba al éxtasis. Pero no hay que olvidar que esa ceremonia era más bien excepcional. Lo normal era que Marcel Proust llegase al hotel, se ocultase en la habitación del entresuelo y pidiese que bajara algún muchacho que ya había visto antes en el salón. No solía haber penetración ni nada por el estilo. Por lo visto Marcel se masturbaba mientras el muchacho se iba despojando de la ropa. Todo lo cual para deciros que hemos de ser respetuosos con el pasado y conservar la tradición del Marigny, que ha perdurado hasta nuestros días. Habréis observado que a veces llega un empleado de una agencia y alquila alguna habitación más tarde requerida por alguna mujer de ensueño y algún varón con pinta de cabrero saudí. Otras veces habréis visto llegar a esas señoras que se pasean por los alrededores de la Ópera, otras veces, en fin, habréis visto llegar a parejas de hombres o de mujeres. No os inquietéis: es la tradición de esta casa, que por otra parte siempre ha sido ejemplo de discreción y de buenas maneras. Así que juzgad con amplitud de miras toda clase de combinaciones que surjan ante vuestros ojos, y cumplid debidamente con las leyes de la hospitalidad. Siempre he creído, y supongo que estaréis de acuerdo en eso conmigo, que los hijos de la noche merecen un respeto. Por regla general son buenos pagadores y no molestan. Suelen llegar con ideas fijas que hacen la función de orejeras. No os miran, sólo pagan. Es el sistema. No tengo nada más que deciros, muchachos. ¿Alguna pregunta?

Ni Alvar ni yo abrimos la boca. Estábamos trasfigurados y los dos pensamos que de momento la mejor respuesta era el silencio.

–Ah, se me olvidaba deciros algo más... No os alteréis ante las posibles sorpresas. Quizá este sea el único hotel de París donde puede ocurrir cualquier cosa. Así que ya lo sabéis: sed cautos como serpientes... Ja, ja. La vida es así de irónica, muchachos. ¿Otra copa?

En cuanto el señor Mogard se fue y nos quedamos solos, Alvar y yo mantuvimos una viva conversación en la que enseguida salió a relucir el concepto de destino. Estábamos destinados a caer en aquella madriguera de hidalgos, en otras épocas frecuentada por gentes tan asombrosas como Turgueniev, Fet, Nekrásov, Tolstói, Proust, y por supuesto Albert Le Cruziat, que era en realidad el que mejor le caía a

Alvar. Yo no sentía lo mismo pero le daba la razón a mi amigo en lo referente a que el Marigny era el único hotel modesto que, sabiendo lo que ya sabíamos, confería a todos los que estaban vinculados a él una especie de nobleza. En los sótanos que se hallaban bajo nuestros pies, Proust había escuchado el gemir de las ratas: el grito de la muerte mientras Albert Le Cruziat las laceraba. Arriba, en el salón, Turgueniev había insultado a Tolstói, y en el cuarto de la derecha Proust había derramado su licor seminal sin atreverse a tocar a los chicos pero deleitándose con su belleza. Por supuesto que íbamos a ser fieles a la cofradía en la que habíamos sido introducidos y esa misma noche decidimos llamarnos *les chevaliers de Proust-Cruziat*.

Más tarde, cuando tomábamos una segunda botella, sentimos como si hubiésemos cambiado de categoría profesional, al igual que le hubiese ocurrido a un recepcionista que trabajase en un hotel de dos estrellas y de pronto lo mudasen al Crillon o al Inter-Continental. El paso por el Marigny de aquella baraja de escritores, que formaban algo parecido a un póquer de ases, nos obligaba a ver nuestro modesto hotel como un diamante más grande que el Ritz.

Hacia las tres de la mañana llamaron a la puerta. Era una mujer de aspecto prosaico y mirada opaca. Iba cubierta con un vestido marrón y pertenecía a esa clase de mujeres que por alguna razón quieren pasar desapercibidas.

La mujer dejó pagada una habitación, precio al que añadió diez francos de propina, y nos dijo que dentro de un rato llegarían dos personas y ocuparían el cuarto.

Asentimos agradecidos y media hora después llamó a la puerta la pareja. Él era pequeño y negruzco. Un saudí de aspecto crudamente plebeyo pero vestido con un traje de seda. Con toda claridad, un individuo vinculado a los petrodólares. Ella era una mujer de una silueta absolutamente exquisita, y casi medio metro más alta que él. No tenía nada que ver con una prostituta habitual. En su cuerpo no estaban acentuados los atributos sexuales y parecía despojada de obscenidad por la misma pureza de sus líneas.

La pareja permaneció más de dos horas en el cuarto, algo inhabitual en relaciones de esa naturaleza, y cuando salían del hotel los dos parecían bastante satisfechos.

Más tarde llegaron dos mujeres. Una llevaba trinchera y sombrero y la otra parecía una gatita embutida en una falda imposible. Ya conocían el hotel y querían el cuarto que daba al vestíbulo. La del sombrero se dirigía a mí con autoridad y miraba a su acompañante con un sadismo conmovedora–mente misericordioso.

Ya de amanecida, llegó un joven mortalmente ebrio, que casi no se tenía en pie, y que avanzó hacia la recepción como un autómata averiado. Le seguía un hombre corpulento y de cierta edad que me

sonrió con cinismo y que pidió la llave de su habitación con la violencia de un atracador.

Llevaba dos meses trabajando en el Marigny cuando, una mañana, al regresar a casa, me encontré a Morengo esperándome en el portal.

–¿Cómo has sabido dónde vivo?

–Telefoneé a los hermanos Bidar y me dieron tu dirección.

–Lo celebro.

Subimos a casa, y mientras tomábamos té me contó que estaba de vacaciones y que se hospedaba en casa de un coleccionista de cartas con el que había entablado amistad por correspondencia. También me dijo que había pasado por La Bola de Oro y que había visto a Beatriz exhibiéndose con César.

–¡Cómo has podido dejarla escapar!

–¿Tanto te importa?

–Claro que me importa, Ciro, claro que me importa. ¿Qué has hecho con la carta que te pasé?

–La quemé.

–¿Por qué?

–Por compasión. No quería que a Beatriz se le quedase grabada en la cabeza la maldición de David.

–Oh, alabo tu humanitarismo, pero no sé si sabes que al hacerlo cometiste un grave delito.

–No me hagas reír. ¿Y cómo hay que llamar a tu sistema de interceptar cartas?

–Hay que llamarlo curiosidad por la especie humana.

–Y tu locura de modificar los mensajes creando situaciones de pesadilla, ¿cómo se llama?

–Sentido de la justicia. Sólo lo hago con los que me miran con arrogancia y desprecian mi oficio. Con esos no tengo piedad.

Me quedé mirándolo con espanto. ¿Por qué de pronto se tomaba semejantes confianzas conmigo? ¿Acaso teníamos algo que ver?

–Tú y yo somos como hermanos –dijo colmando todas mis expectativas.

–¿Eso crees? ¿Y en qué basas nuestra hermandad?

–En lo más sagrado: en el amor. Los dos amamos a Beatriz, y me duele que la dejes andar por ahí, como una golfa impresentable, besuqueando a uno de los Bidar. ¡No es eso lo que esperaba de ti, Ciro! ¡Tienes que recuperarla! Cuando está contigo la siento más cerca, es como si fuera mía también. ¿Por qué no quieres entenderlo?

Le miré boquiabierto. Él continuó:

–¿Ya controlas a tus amigos como debiera hacerlo toda persona inteligente y con un poco de curiosidad antropológica? No. Juraría

que cuando estabas con Beatriz todos deseaban tu muerte, empezando por David, que en paz descanse. ¿Eso es amistad? Amistad es lo nuestro, Ciro. Yo nunca he deseado tu muerte, te lo puedo asegurar.

–¿Y ahora desean mi muerte?

–Mucho menos que antes, pero eso no quiere decir que te quieran más.

–Tú en cambio, me quieres muchísimo.

Dirigió hacia mí una mirada llena de severidad y musitó:

–Seguramente te quiero más que a mí mismo. Ja, ja.

–¿Por qué te ríes?

–Me hacen gracia tus comentarios. Debieras hacer algo por Beatriz. Encauzar un poco su destino. Se está convirtiendo en una exhibicionista casi vulgar. Tenías que haberla visto el otro día en el cementerio de Père-Lachaise, subiéndose las faldas junto a la tumba de Proust, mientras el imbécil de César la miraba, él y dos hombres más que pasaban por allí. Julio no andaba lejos. Pero no creas que los Bidar beligeran siempre. A veces aceptan que su deseo es casi el mismo en los dos, se van a la rue de Saint-Denis, toman una copa de coñac en el café Americano, y se van los dos juntos con una prostituta. Hablé con una de ellas. Puedo decirte todo lo que hicieron.

–No, deja. No siento la más mínima curiosidad.

–Y yo te felicito por ello. No fue demasiado emocionante lo que me contó, aunque he de reconocer que tenía su gracia. Total que apenas llevo una semana en París y ya sé más que tú de los que te rodean. ¿No vas a utilizarme? Sabes que puedes contar conmigo. ¿Has pensado en interceptar las cartas que le envía ese cerdo a Beatriz?

–No.

–Claro que no, claro que no. ¡Qué pobre infeliz! Y como tú no lo haces, lo tengo que hacer yo por ti –dijo extrayendo del bolsillo de su abrigo un sobre abierto–. Lee esto y verás... Lee, lee... Te van a entrar ganas de matar a César.

Estaba fuera de mí y pensé que tenía que cortar por lo sano con Morengo. Así que cogí la carta, acerqué a ella el mechero y la quemé delante de él. Acto seguido lo arrojé de mi casa y le grité que no quería volverlo a ver.

Morengo aún permaneció una semana en París, en el transcurso de la cual me escribió cuatro cartas en las que me aseguraba que además de salir con César, Beatriz había empezado a citarse en secreto con Anselmo Medineli, el sujeto al que yo había llamado imbécil el día de la fiesta nacional. En su último envío reproducía la carta de César que yo había quemado. Se trataba de un poema que parecía un plagio de otro de Díaz Mirón. El poema comenzaba así:

Te vi tendida de espaldas
entre sábanas de púrpura.
Estabas toda desnuda,
atenta a mis palabras.

Preferí no leer más y quemé la carta. Morengo ya se había ido de París cuando vinieron a verme Alvar y los hermanos Bidar. César parecía radiante y sólo tenía palabras para Beatriz.

–¿Por qué eres tan despreciable? –clamó Julio–. ¿No puedes cambiar de tema?

–¿Te molesta que hable de la que te ha repudiado ya varias veces?

–Es una suerte que me haya repudiado. No sabes con quién estás. Ya te lo he dicho mil veces, a los poetas como a los toros nos mata nuestra nobleza. Os parecerá un ripio patético pero puedo explicarlo mejor. Seguimos el engaño como los toros, aceptamos el envite de la mentira con pasión, con ahínco, con nobleza. Nos dejamos engañar con una facilidad trágica. Supongo que por eso escribimos poemas, para hacer menos duros los continuos desengaños y darles el aire amable y lírico que no tuvieron. Somos la hez de la tierra.

–Muy implacable te veo con el gremio, Julio. ¿Crees que Beatriz sólo es capaz de engañar a poetas? –pregunté.

–Oh, no. Por engañar, podría engañar al mismo Dios, pero a los adictos a la mentira los engaña todavía más y con mucha más facilidad. Y mi hermano es un adicto. ¿A sus propias mentiras? No, a las mentiras de los demás, por eso se enamora con tanta facilidad: de Beatriz, de una farola, de una ventana que da al abismo, y luego escribe poemas. Al final, el noventa por ciento de su poesía se reduce a empalagosa mantequilla sobre la empalagosa existencia. No, hay que ser más hiriente, más asesino. Yo soy cada día más partidario de una poesía letal, como aconsejaba Irigoyen. Poder matar con un poema. ¿Os lo imagináis?

–No –respondí.

–¿Otra copa? Hoy quiero emborracharme de verdad –dijo Julio, mirando a su hermano con desprecio.

Julio continuó con su perorata y nos dijo que Goethe había matado a muchos lectores con su novela *Werther* y que Radiguet había acabado con dos o tres personas gracias a su novela *El diablo en el cuerpo*. Alvar, que parecía bastante borracho y que hasta entonces flotaba como en otra dimensión, empezó a prestar atención a lo que decía Julio. Al ver que este se callaba, Alvar dijo:

–Os juro que una vez estuvieron a punto de matarme con una obra magna.

–¿En serio? –preguntó Julio.

–Totalmente en serio.

–¿Y de qué obra se trataba?

–Adivínalo: el libro más definitivo de todos los tiempos, según dicen secularmente los devotos.

–¿Te refieres a la Biblia?

–¡Bravo, has dado en el clavo de uno de los pies de Jesucristo! La Biblia es el libro que más daño me ha hecho. Veréis, ocurrió en la época en que yo era monaguillo en la iglesia de San Lorenzo. En una ocasión, el clérigo me sorprendió bebiendo el vino eucarístico del mismísimo sagrario, ¿y qué hizo? Me estrelló en la cabeza la Biblia que se hallaba sobre el atril. Fue como si cayera sobre mí un libro de bronce. Pero lo que tanto dolor me causó me abrió al mismo tiempo las puertas del universo. De pronto, vi todas las estrellas, vi constelaciones que desaparecían y otras que aparecían, vi galaxias caníbales, vi agujeros negros, retrocedí hasta el origen del universo, vi el big-bang. Dios mío, vi toda la historia del universo.

Aún seguíamos riéndonos cuando se puso serio y añadió:

–Bromas aparte, hay un tipo de seres que practican el asesinato artístico con gran pericia, y que justamente por eso nunca son juzgados y castigados. Me refiero a esos sujetos que, de mil variadas maneras, son capaces de conducir a los demás hasta al abismo sin abismarse ellos mismos.

–¿No serás tú uno de ellos?

–Ja, ja. Me gustaría serlo.

En ese momento César se ausentó para orinar, circunstancia que aproveché para hacerle una pregunta a Julio:

–¿Todavía tu hermano no sabe que se rompió la tibia por nuestra culpa?

–No. Y no lo sabrá nunca. Recuerda el pacto que hicimos. Para mantener la esperanza en la vida, es importante demostrarte a ti mismo que no todos los crímenes son castigados por la justicia. Seguro que Alvar está completamente de acuerdo conmigo –dijo Julio.

–¿De modo que fuisteis vosotros los responsables? –preguntó Alvar–. Os felicito de verdad. César se merece eso y mucho más.

Me asombró que Alvar tuviese algo contra César, y por primera vez en mi vida me planteé la posibilidad de que también él estuviese interesado por Beatriz.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Julio.

–Que se merece otro castigo más. ¿Por qué? Por fantoche y por arrogante. Ayer le vi pasear con Beatriz por el jardín del Observatorio y me dieron ganas de vomitar. Llevo varios ácidos encima. Voy a disolver uno en su whisky. No le digáis nada. Creerá que se está volviendo loco.

Alvar ya había disuelto la pastilla en la bebida cuando regresó César y nos preguntó de qué estábamos hablando. No mentí cuando

contesté:

–Seguimos con el tema del asesinato considerado como una de las bellas artes.

Una hora después César empezó a mirarnos con estupor.

–¿Qué te ocurre? –le dije.

–¿No hemos bebido demasiado?

–No más que otras noches.

Se acercó al espejo de la entrada y se echó las manos a la cabeza.

–¡Dios mío! –dijo–. No sé lo que me pasa.

César giró la cabeza a velocidad endiablada, abrió mucho los ojos, corrió hasta Alvar, le agarró del brazo y dijo entre gemidos:

–Es espantoso. De pronto me has parecido Jesucristo.

No mucho después estaba tan fuera de sí que temí que despertara a los clientes del hotel y le obligamos a ingerir dos pastillas de valium. Se quedó dormido sobre el sofá del salón, momento en que Julio y Alvar aprovecharon para irse a dormir, dejándome solo con César.

Se despertó a las seis de la mañana. Apenas recordaba lo que había ocurrido pero se le notaba lleno de inquietud y desasosiego.

–¿Te preparo el desayuno?

–Sí, por favor.

Le preparé un chocolate espeso con dos cruasa–nes y lo coloqué todo sobre una bandeja. Fue entonces cuando se apoderó de mí el deseo de perpetrar otra vileza más, y diluí en su chocolate dos laxantes que encontré en el botiquín del hotel.

César desayunó con ganas mientras conversábamos.

–¿Qué me ha pasado?

–Has tenido un ataque.

–¿De qué?

–De locura.

–No es posible...

–Un ataque agudo. Pero no te inquietes. Por definición, todo ataque agudo es transitorio, y ya ha pasado. ¿O no?

–Sí, supongo que sí. Voy a tener que dejar de beber –dijo con cara de preocupación.

Ya se hallaba subido al taxi cuando creí escuchar un ruido desagradable que, según todos los indicios, provenía de su vientre.

–¿Qué te ocurre? –le pregunté.

–No puedo decírtelo. Dios mío, es espantoso.

Un insoportable olor a descomposición surgió del coche cuando cerré la puerta. El coche estaba a punto de desaparecer al final de la rue de l'Arcade cuando empecé a compadecerme de César. Pobre infeliz, se había quedado enseguida sin padre, tenía que aguantar a un hermano insufrible, se había roto la tibia, se había enamorado de una infame, empezaba a padecer ataques de locura, e iba a llegar muy

sucio a casa. Otro con menos coraje ya habría desertado de la vida.

Acababa de regresar a la recepción cuando llegaron al hotel la mujer de la trinchera y el sombrero, su putilla de labios rojos y otra mujer más, y pidieron la habitación de siempre. Más tarde llegaron dos hombres de bigote y unos treinta años, que subieron a una habitación abuhardillada del último piso, y finalmente, cuando ya estaba a punto de irme, pidieron un cuarto dos parejas amantes del intercambio. Tanto ellas como ellos parecían muy excitados, y se mordían los labios y se restregaban ya antes de llegar al ascensor.

Me fui a casa aturdido y esa misma tarde supe que las desgracias no habían acabado para César, ya que según me comunicó por teléfono, al llegar a casa había encontrado una carta de Beatriz en el buzón en la que le decía que rompía las relaciones y se iba a Sevilla con Anselmo Medineli.

Pensaba que iba a tardar en volver a verla, pero dos semanas después Beatriz irrumpió en el hotel vestida de negro y lila, con guantes negros y con ligueros que se insinuaban bajo el vestido ajustado. Lady Dark cruzando la antesala del Palacio de la Oscuridad, pensé preparándome para lo que se avecinaba.

¿El saber?

Se sentó ante mí, esbozó una sonrisa y me susurró al oído:

–¿Sabes que he roto con César?

–¿Y con Anselmo?

–¿Quién te ha dicho que he estado con él?

–Adivínalo.

–Seguro que ha sido Morengo. Lo vi el mes pasado merodear por La Bola de Oro y me di un susto mortal. ¿Qué hacía en París? ¿Seguir nuestra danza como siempre? Es un enfermo... ¡Y si supieras el asco que me da! Recuerdo que me vio en la place Saint-Michel cuando iba de la mano con Anselmo. ¿Ha sido él?

Asentí para complacerla. Beatriz continuó:

–Pero ya he roto con Anselmo, así que tranquilízate. Si supieras qué infierno he vivido en Sevilla. Estábamos besándonos en su despacho cuando aparecieron su hija de siete años, su mujer y el perro. Ni quiero volverlo a ver ni he venido a hablar de él. He venido para hablar solamente de nuestro antiguo y dulce amor.

–Déjalo ya, por favor.

Beatriz se incorporó y me miró de soslayo.

–Imagina que soy Miss Jones. Sólo me conceden unos meses de

vida, y quiero dedicarlos a la lujuria. Hazme el amor, maestro mío, mi corazón, mi fe, atraviésame con la mente y con el cuerpo. Lo hemos quemado todo y ya sólo nos queda la lujuria sin control y sin pudor, mi vida. Escúchame, escúchame, ya sólo nos queda corrompernos. ¿No vas a querer hacerlo conmigo? Pero si casi todo lo hacemos juntos... Y sin un día nos precipitamos en el abismo, sería conveniente que lo hiciésemos juntos –dijo, y se arrojó a mí.

Como si las circunstancias quisieran arroparnos, no entró nadie en el hotel hasta que, ya exhaustos y medio vestidos, nos mirábamos el uno al otro tras el mostrador. Entonces entró una mujer de cierta edad y nos miró como a dos depravados.

Ya de madrugada, mientras brindábamos con vino en el salón del vestíbulo, decidimos que íbamos a ser sólo amantes y cómplices. Haríamos el amor entre nosotros siempre que nos apeteciera, pero también tendríamos a nuestra disposición los otros muchos frutos terrenales: toda una caterva de esclavos a nuestro servicio, todos los panolis que cayesen en nuestras redes y con los que jugaríamos como si fuesen títeres. Y nos contaríamos las experiencias con los otros y nos reiríamos de ellos como los dos sinvergüenzas de *Les liaisons dangereuses*.

Empezamos a creernos capacitados para sobrevolar con tranquilidad olímpica las desdichas de los demás, y comenzamos a cuidar más el estilo indumentario. Parecía que estuviésemos descubriendo la frivolidad, ignorando que la frivolidad es una disciplina muy dura además de un juego muy peligroso, que exige demasiada compostura y demasiado control nervioso, y que acaba quemando las alas de la voluntad.

Una tarde, nos fuimos a cenar a La Coupole y allí sellamos formalmente el nuevo pacto brindando con champán. De pronto el mundo se me antojaba tan brillante como los dorados de las columnas de La Coupole, tan estético como sus molduras déco, tan intenso como todos los recuerdos venturosos que se cobijaban entre las paredes de aquel establecimiento por el que habían pasado algunos de mis escritores preferidos, desde los días turbulentos de la generación perdida a aquel preciso momento, ya que a nuestra derecha se hallaban conversando animadamente el profesor Roland Barthes y algunos amigos. Uno de ellos era muy guapo. Se parecía a Luis II de Baviera y llevaba una capa española.

Ya estábamos tomando el café cuando Beatriz quiso rematar el acuerdo diciendo:

–Prométeme que cuando nos licenciemos viajaremos a Grecia y exploraremos juntos la patria de Antígona y Platón.

–Prometido –dije yo, alzando la copa–, pero prométeme tú también que al año siguiente visitaremos China y subiremos aquellas escaleras

que veíamos en la fotografía que mi tío tenía sobre su mesa de trabajo.

–Prometido –susurró ella, antes de sacar de su bolso el relicario con el trozo de globo terráqueo que le había regalado de niño y que provocó que mi padre me diese el mayor tortazo que me han dado en la vida–. ¿Te acuerdas?

Lo miré emocionado.

–¿Me lo regalas ahora tú?

Negó con la cabeza

–Es mi talismán, y está lleno de poder. En este trocito de cartón escribimos nuestro destino cuando aún no sabíamos escribir –comentó, y lo volvió a guardar con mucho celo, como si se tratase de un pedazo del Santo Grial.

Esa misma tarde, íbamos paseando por Saint-André-des-Arts cuando torcimos hacia la izquierda. Al mirar hacia una de las casas de tres plantas y tejados de pizarra y zinc, comprobé que nos hallábamos en la rue d'Eperon, y recordé que algunos meses antes había leído en la revista *Triunfo* que Cortázar vivía en una calle del mismo nombre. Aún no había en París porteros automáticos y se podía acceder a los portales sin ningún problema. Empujé la primera puerta que nos salió al paso, miré hacia los buzones y vi que en uno de ellos decía, con letras bien grandes: JULIO CORTÁZAR. Beatriz se quedó tan asombrada como yo.

–¿Y si le hiciésemos una visita?

–¿Y qué le decimos?

–Algo que le pueda interesar. Dile que trabajas en el hotel de Proust...

No lo pensamos más y llamamos a la puerta que indicaba el buzón.

Abrió enseguida una mujer de pelo encrespado, según creo recordar.

–¿Está Julio? –preguntamos.

La mujer nos miró levemente sorprendida, y tal vez creyendo que nuestra naturalidad indicaba que éramos buenos amigos del escritor, dijo:

–Pasad.

Y pasamos. Acabábamos de dar tres pasos en el pequeño vestíbulo cuando apareció Julio Cortázar, ante la puerta que daba a un salón lleno de anaqueles. No vimos a un hombre, vimos a un dios mitológico a medio camino entre Zeus y Poseidón, lleno de grandeza y de poder, sereno, bondadoso, y henchido de misericordia hacia toda criatura menos afortunada que él.

La luz de atardecida que llegaba desde el salón recortaba mejor su larga silueta y dejaba en la penumbra su cara, su cabellos, su barba. Todo favorecía la alucinación y era como sentirse en el interior de uno de sus cuentos.

–Perdone si le molestamos. Somos estudiantes y sólo queríamos saludarle. Nos enteramos de su dirección en la revista *Triunfo*.

Julio nos miró con cierto fastidio que la penumbra atenuó. Luego se volvió, indicó el salón con su larga mano de pianista o de Frankenstein, y musitó:

–¿Queréis tomar algo?

–No –dijimos casi a la vez.

Tanto Beatriz como yo pensábamos que cuando alguien no quiere tomar nada está indicando que se irá pronto y suele ser mejor recibido, sin tensión y con la certeza de que el suplicio, por penoso que sea, no va a durar mucho.

Sólo entonces empezó a definirse ante nosotros todo lo que nos rodeaba. La sala era acogedora y estaba amablemente desordenada. En las paredes laterales había libros y en la del fondo botellas de licores fuertes: whisky, ginebra, vodka, tequila, ron, absenta.

Julio esbozó un gesto de alivio y preguntó:

–¿Sólo os dedicáis a estudiar?

Agradecí al cielo aquella pregunta que me permitió responder:

–Bueno, yo trabajo en el hotel Marigny, que en otro tiempo fue adquirido por Proust y uno de sus amigos para convertirlo un prostíbulo de muchachos. Fue uno de los lugares más animados de la Belle Époque. Lo llamaban el Templo del Impudor.

Cortázar me escuchó con atención y me preguntó si el hotel se seguía dedicando a la misma industria que en la época de Proust. Le dije que sólo parcialmente.

Ambos convinimos que era un buen lugar para ambientar un cuento que narrase la resurrección de Proust, pero en forma de fantasma: el cuento podría titularse *El fantasma del Marigny*. Cortázar volvió a invitarnos a una copa y esta vez aceptamos. Mientras nos la servía, miró a Beatriz y le preguntó:

–¿Y vos?

Beatriz, que se ocupaba algunas tardes de un niño repugnante del barrio de Saint-Germain, contestó:

–Cuido al marqués de Sade. Ahora mismo tiene cinco años y se llama Nicolás. No le puedo decir nada más, señor Julio. Custodio a un ser monstruoso. Los tres nos echamos a reír. Julio dijo:

–¿Así que están ustedes entre Sade y Proust? ¡No sé si felicitarles!

Acabamos nuestras copas, nos incorporamos y miramos hacia la salida, indicándole al escritor que no era nuestra intención eternizarnos en su casa. El pasillo estaba lleno de cajas de cartón con etiquetas pegadas que hacían referencia a las diferentes lenguas: español, francés, inglés.

–Veo que se está mudando.

–Efectivamente. La semana que viene ya no estaremos aquí.

Por alguna razón, percibí aquella frase de Cortázar desde una dimensión trágica que me asustó, pero dije:

–Todo un alivio para usted, supongo.

–No lo crea. Le tenía mucho cariño a este rincón del mundo.

–¿Le podemos dejar nuestra dirección?

–Claro.

Se la dimos. Julio prometió que nos mandaría una postal (promesa que no cumplió), estrechó mi mano, besó a Beatriz y nos acompañó hasta la puerta.

Cuando llegamos al bulevar Saint-Germain dábamos brincos de alegría y decidimos tomar un vino en el Flore a la salud de Julio Cortázar, al que acabábamos de conocer de la forma más estúpida que cabía imaginar y que nos ubicaba definitivamente en París, ya que nuestra estancia allí, como la de tantos españoles y latinoamericanos, no era ajena a la lectura de *Rayuela* y otros libros de Cortázar, que habían dibujado ante nuestros ojos una ciudad tan novelesca como emocionante, y que luego no ayudaban a tocar realidad en París. Pero la culpa no era de Cortázar y de su idea de París, ciudad de la que había estado profundamente enamorado. Bastaba con que sus novelas fuesen como el empuje inicial de un deseo, el resto pertenecía a la realidad, tan desagradable en París como en cualquier otra ciudad.

A la semana siguiente, me encontré con César en La Bola de Oro. Tenía una nueva acompañante y maldecía a Beatriz desde lo más profundo de su corazón. A media noche nos quedamos solos en el café, y acosado por los remordimientos, me eché enteramente la culpa de la segunda vileza y le dije que la noche del hotel había mezclado su whisky con una pastilla de LSD, y que su ataque de locura había sido inducido. César, que era bastante bromista, no supo encajar sin embargo mi revelación y me dio un puñetazo en la cara. Pero enseguida se arrepintió, pues mi declaración le producía un gran alivio y le borraba de un plumazo la creencia de que había padecido un ataque de locura espontáneo y con la sola ayuda del alcohol.

Lunes por la tarde en el café La Coupole con Beatriz. No había más de diez clientes, dispersos en las mesas de madera oscura, entre espejos que duplicaban la atmósfera vaga del café y camareros de mandiles blancos que evolucionaban siguiendo la pereza de la tarde. Nos acababan de servir el vino cuando vimos entrar en el café a un anciano de gruesas gafas, que arrastraba los pies. Iba vestido con ropas muy ajadas y calzaba zapatillas de andar por casa. Enseguida su rostro nos resultó familiar.

–Es Jean-Paul Sartre –dije–. Afortunados nuestros ojos que lo ven... No todos los días uno se encuentra con leyendas vivientes.

El filósofo se sentó en una esquina del establecimiento y se quedó inmóvil, mirando la superficie de la mesa. No mucho después entró en el café una mujer que llevaba un turbante azul.

–Y ella..., ¿no es Simone de Beauvoir? –susurró Beatriz.

–Sí.

La mujer se sentó junto al filósofo y murmuró:

–Pero ¿cómo se ha atrevido usted a salir así de casa?

Sartre se miró a sí mismo y musitó:

–Peor hubiese sido salir desnudo, Castor.

Beatriz y yo seguíamos observándolos cuando la mujer del turbante empezó a discutir en voz baja con Sartre.

–Creo que Simone le está reprochando a nuestro amigo su ropa de haragán –comenté–. Le cuesta aceptar que Sartre ya no quiere existir, y le está montando una escena.

–Una escena de casados...

–Sí, a pesar de que se jactan de su soltería y de seguir llamándose de usted...

–Quizás Sartre ha renunciado finalmente al consuelo del malentendido –dijo ella.

–Quizá... Ya no quiere gobernar el mundo. Además su vejez y su ceguera se lo impiden... Nunca fue elegante, pero ahora parece una sombra de sí mismo: un animal tembloroso... Entre su ropa y su estrabismo ya no hay contradicción...

Un cuarto de hora después, el filósofo y la filósofa salieron del café, y Beatriz y yo nos fuimos al Colegio de Francia, para asistir a la conferencia del profesor Roland Barthes, que ya había comenzado cuando llegamos a la sala. Bajo las luces mortecinas y la atmósfera inmóvil, la sala parecía un enorme antro lleno de nieblas cetrinas, desde cuyos fondos emanaba una voz tan dulzona como áspera, hablando de la decadencia. Según aquella voz, que por capricho de la megafonía se alejaba y se acercaba incesantemente, la decadencia era una época de goce pero también de reflexión. Cuando la moral decaía el deseo expandía su geografía, casi a la par que el conocimiento, decía la voz. Del placer del texto era exigible pasar al placer del cuerpo... Para la voz había llegado el momento de desaprender lo aprendido.

–Desaprender cada vez más –insistió Barthes, que ahora resultaba mucho más visible, con sus cabellos blancos, su jersey gris y su habano humeante–. Dejarse llevar por el flujo que nos impone el olvido. La primera vez que me dirigí a ustedes en esta sala, me referí a una experiencia de nombre ilustre y pasado de moda: la *sapientia*, y a ella me vuelvo a referir ahora. Ningún poder, un poco de saber y lo máximo de sabor...

A punto de finalizar su conferencia, el maestro evocó sus años de

adolescencia, cuando era un tuberculoso y deambulaba por el mundo de los hospitales.

–Justo antes de la guerra la tuberculosis era una forma de vida, o para ser más exactos, una forma de existir basada en la experiencia de la fragilidad de la vida. Se trataba de una *sapientia* prematura a la que de algún modo quisiera volver sin por eso tener que enfermar de tuberculosis, que ha pasado de ser una dolencia trágica a ser una enfermedad simplemente dramática.

Barthes concluyó así su intervención y en la sala brotaron los aplausos. Mientras nos alejábamos del colegio, yo recordaba las palabras de Barthes y me parecían teñidas de una melancolía que no llegaba a ser pesadumbre y que lo aproximaba al mundo de Thomas Mann. Una tendencia que antes no se advertía en él y que parecía la antesala de negaciones más definitivas.

Ya en el cruce con el bulevar Saint-Germain vimos a Barthes caminando con cierta decisión, tras él iba Alvar.

Beatriz se asombró más que yo al verlo y preguntó:

–¿Alvar no tendría que estar en el hotel?

–A veces nos sustituye el hijo del patrón.

–Parece que va siguiendo al maestro. ¿Quieres que vayamos tras ellos?

–De acuerdo.

Pensando, una vez más, que investigar los pasos de los otros era una labor relacionada con el conocimiento y el saber, fuimos siguiéndolos hasta el cruce del bulevar Sebastopol con la rue des Halles, y desde allí hasta el Ibis, tras cuya puerta los vimos perderse no mucho después.

–Entra tú –me dijo Beatriz–, y prosigue la investigación. Me temo que es un bar donde no dejan entrar a las mujeres.

Le hice caso y entré. Crucé un estrecho vestíbulo en cuyas paredes brillaban dos espartanos fosforescentes, y llegué a una sala en penumbra. Barthes se hallaba junto a la barra hablando con Alvar, y aunque todo me decía que acababan de conocerse, parecían viejos amigos.

Temiendo que me descubrieran, abandoné el establecimiento y volví con Beatriz.

–¿Qué has averiguado?

Se lo conté.

Beatriz asintió y dijo:

–Qué maravilla, seguro que no tardan en irse a Le Palace, donde Barthes tiene barra libre y alcoba. Sólo los gays tienen claro que regresar de vez en cuando al Imperio Romano da mucha satisfacción. ¿Te gustaría que nos fuésemos a Normandía? Ma–dame Alembert me ha prestado su casa.

–¿La profesora de Historia? ¿Te llevas bien con ella?

–Me llevo muy bien, y nos espera la casona que heredó de su abuela…. Deja volar tu imaginación… Salas amplias, camas enormes, silencio y oscuridad. Podríamos convertirnos en otros. ¿Te animas?

¿En qué momento decidimos traicionar?

Las olas batían, densas y espumosas, contra los acantilados. Estuvimos contemplando un rato el mar y regresamos a Dieppe. El casino era el único establecimiento que permanecía iluminado y decidimos probar suerte.

Empezamos por comprar cinco fichas, que perdimos enseguida. Compramos más y las perdimos de nuevo. Y de pronto, cuando ya empezábamos a desesperarnos, noté en mi cabeza una extraña calma en la que me veía a mí mismo apostando por el 9 y ganando. A partir de entonces, empezamos a ganar una y otra vez. La ruleta nos obedecía y nos obedecía el crupier. Era como habitar el reino de las certezas. La seguridad se había asentado en nuestras cabezas con una fuerza cegadora, tan cegadora que todo era luz en nuestros cerebros y teníamos la impresión de estar gobernando con nuestros nervios los nervios del crupier. Cuando ya llegó la orden de cerrar (a las once de la noche) habíamos ganado quince mil francos y nos resistíamos a creerlo.

Era pleno invierno y el casino iba a cerrar por una temporada. Se notaba en el ambiente y en las sábanas blancas que cubrían algunos muebles. Regresamos a París y decidimos celebrar nuestro golpe de

fortuna en la Closerie des Lilas. Eran las cinco de la tarde. Las lámparas rojas iluminaban las penumbras del café. Nos colocamos en una mesita frente al mostrador. Al fondo se veía la galería entoldada con las mesas y los cubiertos dispuestos para la cena, y un pianista tocaba con languidez el piano ubicado junto a la puerta cuando una nube negra comenzó a emborronar mi cabeza. Ahora tenía la certeza de que lo nuestro no podía durar. Ahora nos deseábamos desde la frontera de nosotros mismos. Nos gustaba hacer el amor, pero enseguida reaparecían los malentendidos, los desequilibrios, el resplandor de un asco que emanaba de la sustancia misma del amor.

Mientras tomábamos whisky con soda estuvimos hablando de nuestros amigos. Enseguida salieron a relucir Claudio y Sara. Acabábamos de enterarnos de que Sara se había ido a vivir sola, hastiada de su relación con Claudio, y de que tenía amoríos con un amigo de su padre. También sabíamos que había empezado a escribir poemas tras haber leído a una poetisa nórdica (Edith Sodergran) con la que al parecer había descubierto su propia voz. Claudio continuaba en el piso que había compartido con ella, donde se veía a menudo con Rubí, que se hallaba temporalmente en Barcelona haciendo un cursillo de pedagogía.

Beatriz parecía más preocupada que yo por aquella situación y aseguraba que Sara había cometido un gran error al separarse de Claudio y meterse en historias con amigos de su padre. Podía entender el aire morboso de tales relaciones: ese embudo en el que el otro puede confundirse con tu padre, pero el hecho de que lo entendiera no quería decir que le pareciera lo más recomendable, según me expresó con sorprendente seriedad, como si se hubiese convertido en una vieja dama llena de escrúpulos. También se ocupó de Rubí, a la que varias veces calificó de perra zalamera.

–Verás, Ciro, tienes que saber que hay mujeres lascivas por naturaleza. Pueden abrirse a cualquiera, como la Jerusalén del libro de Ezequiel. Pueden amar más que María Magdalena. Tienen ese don, cariño. Por supuesto que Rubí lo tiene. ¿Ahora con Claudio? Normal. Rubí anda siempre vigilante. En cuanto alguien queda libre se desliza en su cama a la velocidad del sonido. La admiro.

–Yo también –dije con ánimo de ofender–. La pequeña Rubí tiene lo que se dice el don de la sensualidad.

Beatriz se echó a reír sin ganas. Luego se puso muy grave y con gran pedantería dijo:

–En algún lugar Roland Barthes explica que, en determinados círculos, sensual quiere decir que se deja sodomizar. Comparto esa teoría de la sensualidad y la sodomía. ¿Fuiste por ahí con Rubí?

–No me gusta esta conversación, Beatriz. Ahora estaba pensando en Sara.

–¿De verdad? ¿Y en qué pensabas? ¿En su sensualidad?

Asombrosamente, Beatriz había conseguido embadurnar el concepto de sensualidad, que había cambiado radicalmente de significado. Preferí ignorar sus palabras y dije:

–Pensaba en la satisfacción que tiene que sentir revolcándose con los amigos de su padre. Tiene algo de venganza. Debe de ser una experiencia pornográfica sublime. ¿Te sorprenderías si te digo que la deseo más que antes?

Beatriz me dio un tortazo que dejó asombrado al pianista. Salimos del café y le juré que había sido una broma, pero Beatriz no me creyó. Nos despedimos con tristeza en la parada de taxis. Al día siguiente, hallándome en el Marigny, no pude evitar escribirle una carta a Sara. Ella me contestó enseguida, dándome a entender que podíamos vernos cuanto antes.

Nuestro encuentro tuvo lugar en Barcelona y estuvo envuelto en una luz de azafrán en la que parecía cristalizar toda la incandescencia del Mediterráneo. Yo, que había dejado mi equipaje en la consigna de la estación, pasé primero por casa de Claudio. Cuando llamé a la puerta llegaba desde el interior el sonido de una sonata de Mozart. Me abrió Claudio, que parecía muy risueño. Tras él se hallaba Rubí, que me miró con culpa, y me invitaron a tomar té. Daba la impresión de que acababan de hacer el amor y me alegré profundamente de ello, en parte porque aquella alianza entre Claudio y Rubí me dejaba el cuerpo y la conciencia más libres para entregarme a Sara.

Dos horas después, ya la estaba esperando en el Zúrich, sentado a una mesa junto al ventanal que daba a la plaza de Cataluña. Hacía ya años que en España se estaba llevando a cabo la transición a la democracia y la ciudad hervía de alegría y de agitación. Llevaba media hora aguardándola cuando finalmente la vi llegar, como una proyección actualizada del pasado, que enseguida empezó a brillar como nunca había brillado antes.

Por primera vez, Sara se mostraba a mí como una mujer feliz y dueña de una alegría tan amplia que parecía poseer toda su piel, además de poseer su mirada.

–¡Qué ganas tenía de verte!

–Y yo.

Nos besamos, nos sentamos el uno frente al otro, y estuvimos bebiéndonos con la mirada, hasta que empecé a acariciar su cuello, sus orejas, sus cabellos de una textura sedosa y húmeda.

–Si supieras las veces que he deseado este momento. Los dos en un café, mirándonos a los ojos, libres de todos los apegos con los otros, libres al fin para desearnos a muerte.

–Debe de haber corrientes extrañas que unen los cuerpos y los pensamientos. ¿No crees?

La ventana abierta a la última luz de la tarde, el silencio, inventado por el recuerdo, que envuelve aquella calle de Gracia, cuando ya han cerrado las tiendas y sólo se oyen lejanos rugidos de automóviles que llegan desde la plaza Trilla.

Es el final de un cálido día. Acabamos de llegar a casa y nos hemos tendido sobre la cama en actitud meditativa.

Nuestra nueva situación nos obliga a reinterpretar nuestras vidas, y empezamos a elaborar entre los dos una narración destinada a justificar nuestros besos. Mientras consumimos una botella de cava, los dos optamos por la teoría de que nos estábamos buscando desde el día mismo en que nos conocimos en Oñate. Ya entonces teníamos que haber convergido como estábamos convergiendo ahora. Pero no había podido ser, en parte porque cuando nos conocimos ya se estaba interponiendo entre nosotros Beatriz. Mas el tiempo se encargaba siempre de poner las cosas en su sitio, y he aquí que finalmente podíamos abordarnos el uno al otro sin que fantasma alguno del presente o el pasado pudiera impedirlo, circunstancia que nos hacía ver nuestro amor como un asunto del destino y como algo que estaba decidido desde la primera vez que nos habíamos mirado a los ojos.

No importaba que la nueva narración que estábamos perpetrando conllevara la negación de varias personas e infinidad de recuerdos, lo único que importaba era dar cobertura literaria a la adoración que habíamos empezado a sentir el uno hacia el otro, y que nos hacía vivir en una especie de ebriedad buena parte del día.

Pasamos una semana de largos y variados ejercicios de idolatría, que acababan conduciéndonos a momentos de una densidad que creíamos desconocer. Barcelona parecía otro lugar, como si el amor que nos envolvía estuviese modificando nuestra imagen de la ciudad, cubriéndola de polvo amarillo y reluciente.

Cenábamos siempre fuera y una noche estuvimos en el restaurante del club Marítimo, envueltos por las luces del puerto y las sirenas de los buques, y allí nos dimos cuenta de lo mucho que nos estábamos acercando.

De nuevo en París, volví a encontrarme con Beatriz en la universidad y decidimos cenar en el restaurante polaco que se hallaba frente a mi casa. Ya estábamos sentados a la mesa cuando Beatriz me dijo:

–¿Cómo te ha ido con mi mejor amiga?

En parte sin maldad, y en parte con toda la maldad del mundo, le vine a decir que lo que me había ocurrido con Sara era tan especial que me dejaba sin palabras, por primera vez en mi vida. Para rematar la faena, añadí:

–Mi encuentro con ella me ha permitido experimentar lo glorioso que es estrechar un cuerpo largamente deseado. No es que se dispare la imaginación, se disparan todas las potencias de la sensibilidad y arde toda la piel. La felicidad que entonces nos envuelve es tan poderosa que hasta nos parece poca cosa llamarla amor.

–¿Quieres decir que lo que sientes hacia Sara es más que amor?

–Sí. Dios mío, aunque me cueste creerlo así es. Sara me parece un ser tan quebradizo y a la vez tan poderoso... Tiene algo en la mirada que no había visto jamás, y algo en sus susurros, y algo en sus caricias. Y es tan profundamente sensual que me cuesta aterrizar, Beatriz. Te juro que aún me siento en el cielo.

Instintivamente, Beatriz se echó hacia atrás con tan poco acierto que la silla en la que se sentaba volcó, de forma que cayó de espaldas contra el suelo. Todos los clientes dirigieron hacia ella una mirada de estupefacción. Empecé a temblar pensando en lo que se avecinaba y me dispuse a socorrerla.

Beatriz rechazó mi ayuda y se incorporó con los ojos cerrados, como si no quisiera ver los rostros que la rodeaban. Le pasé su bolso, que se hallaba sobre la mesa, y la acompañé hasta la parada de taxis. Antes de introducirse en uno de los vehículos, Beatriz me miró con odio y determinación.

–¿Te gustaría que nos fuésemos a mi casa a fornicar un poco? Me ha excitado tu relato –exclamó, y después, deslizando la voz hacia tonos inquietantes, añadió–: Puede ser muy fuerte fornicar con la mente llena de odio, ¿no te parece, corazón espinado?

Abstraído y a la vez concentrado en lo que acababa de formular Beatriz, hice un gesto confuso a medio camino entre el sí y el no, mientras en la gramola del bar polaco sonaba atronadoramente *Rivers of Babylon*. Siempre me había gustado mucho el comienzo del Salmo 137, que me había descubierto mi tío Camilo, y el hecho de que de pronto estuviese rabiosamente de moda en casi toda Europa una canción discotequera y pegadiza versionando el Salmo 137 casi me parecía un hecho del destino, y siempre que la oía me venía a la memoria el salmo. «Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar acordándonos de Sión.»

Era una forma de decir que sólo con llanto superábamos lo perdido. Yo ya no lloraba pensando en lo perdido, pero sí que recordaba con nostalgia los tiempos en los que aún no empleábamos palabras tan hirientes y no nos dábamos besos tan envenenados.

Ya en su habitación, parecíamos dos desconocidos, bajo la

penumbra verdosa.

Me quedé junto a la puerta. Ella se acercó a la ventana y se empezó a desnudar sin quitarse los guantes. Luego se acercó a mí y me acarició el cuello mientras me decía al oído:

–Hazme lo que más deseas, hoy te dejo. Sólo pensar que Sara está durmiendo en Barcelona sin enterarse de nada me derrite por dentro. Te odio y al mismo tiempo me encanta que te vacíes en mis entrañas. ¿Crees que es una enfermedad?

–Sí, Beatriz, sí. Estamos los dos enfermos.

–¿De qué?

–De ambición. Tienes la ambición de reducirme a la nada.

–¿Y cuál es tu ambición? ¿Reducir nuestra historia de amor a cero? En realidad ni siquiera fue amor si la comparamos con tu relación con Sara, o si fue amor, nunca fue un amor sublime, casi sin definición. Más bien fue un amor muy a ras de tierra, muy reptílico, sin matices, sin placeres exquisitos, sin sensualidad... Algo muy tosco, de una pobreza más bien humillante y sin el más mínimo misterio –dijo, y se echó a llorar.

La estreché con dulzura, le pedí perdón, empecé a beber sus lágrimas, a morder sus labios, a acariciar sus piernas, hasta que caímos juntos sobre la cama, bajo la franja de luz callejera que entraba por la ventana.

Me desperté de mal humor y, mientras desayunábamos en el bar de la esquina, le reproché a Beatriz que rompiera continuamente las reglas.

–Yo no he roto ninguna regla. ¿En qué consistía nuestro último pacto? ¿Ya no lo recuerdas? Decidimos que podríamos establecer cuantas relaciones nos diese la gana. ¿Tú te vas con Sara? Yo me voy con todo aquel que me plazca. ¿Es eso faltar al contrato? También convinimos que seguiríamos siendo amantes y es lo que estamos haciendo.

–Sí, es lo que estamos haciendo, pero resulta que en este momento me gustaría entregarme por entero a Sara, vivir para Sara, estar todo el tiempo con Sara. Recuerda que yo acepté que te fueras aquella tarde de enero, que no hice nada para evitar la distancia, y que en esa situación seguía cuando me invadiste en el Marigny, como me estás invadiendo ahora.

–Entonces, ¿lo dejamos para siempre?

–Sí.

Beatriz encendió un cigarrillo, cogió su bolso, se incorporó y dijo:

–Bien, corazón mío, mi antiguo y dulce amor, a partir de este momento todas las noticias mías que recibas te dolerán un poco más

cada día. Mejor que no pienses en felicidades futuras con Sara o con otras porque te equivocarás de verdad. Prepárate para sufrir y no olvides que voy a poner en ello todo mi empeño –dijo mirando su reloj, como si quisiera indicar que para ella ya había comenzado la cuenta atrás.

Me incorporé aterrado y comencé a besarla mientras le decía:

–No te alteres más, Beatriz, y no caigamos en la trampa de las palabras. Olvida lo que te dije. Vamos a ser cómplices hasta la muerte. De verdad, te lo juro. Tranquilízate.

Beatriz se tranquilizó y aún tomó otro café y fumó otro cigarrillo mientras se dejaba acariciar los cabellos. De pronto sacó de su bolso el relicario con el trozo de globo terráqueo, me obligó a tocarlo y dijo:

–Júrame que este verano nos iremos juntos a Grecia.

–Lo juro.

–Júrame que te olvidarás de Sara, que la borrarás como si nunca hubiese existido. Yo también lo haré. Júrame que escupirás sobre su fotografía. Júrame que si la vuelves a ver sólo será para humillarla y proclamar bien alto mi nombre. Júralo, canalla. Júralo con absoluta seriedad.

Parecía fuera de sí y volví a jurar, creyendo que lo hacía en serio. Pero el desacuerdo volvió en cuanto nos despedimos en la parada del metro. No soportaba la actitud de Beatriz y empezó a seducirme la posibilidad de traicionarla. Como si la realidad se estuviese aliando con mi deseo, unos de aquellos días el escritor argentino Jorge Luis Borges dio una conferencia en el centro Pompidou que tuvo sobre mí un efecto incitador difícil de explicar.

Recordaré siempre aquellos ojos proyectados en el vacío y aquella voz a un tiempo dulce y sepulcral, hablando del tema del traidor, muy presente en su obra. Para el maestro argentino la traición era dolorosa hasta en los casos en los que esa traición arrastraba con ella un bien común, como había sido el caso del traidor medieval Bellido Dolfos, que había asesinado al rey castellano en el cerco de Zamora, impidiendo la toma de la ciudad, pues también ahí la traición suponía burlar, y ultrajar, la confianza de alguien. Lo que no evitaba aceptar que podía haber traidores muy heroicos, como por ejemplo Lord Jim. Borges se preguntaba si tras todo acto heroico no se ocultaba alguna antigua traición y si tras cada todo gran triunfo no se ocultaba un gran fracaso. Luego el maestro planteó la demoledora posibilidad de que todas las traiciones fuesen una obra teatral que seguía el mismo argumento. Primero un personaje se gana la confianza de otro (Mercader haciéndose amigo de Trotsky) y luego el primero traiciona esa confianza: los golpes en la cabeza con el piolet, los cuchillos que

cercaron a César, la espada que Bellido Dolfos hundió en el vientre del rey de Castilla, el balazo con el que Juan Ibarra acabó con su hermano para luego tenderlo en la vía a fin de que el tren lo dejara sin cara (que era lo que Juan quería).

El público aplaudió con entusiasmo al final de la conferencia y entre tanto júbilo y tanto ajetreo conseguí deslizarme hasta el salón donde iban a servir un aperitivo en honor al maestro. No tardé en verme junto a Borges y pude tocarle el brazo y la espalda. Necesitaba hacerlo, necesitaba saber que Borges era un hombre de carne y hueso.

Fue entonces cuando Borges me pidió, con una gran dulzura y una gran dignidad, si podía acompañarle al baño. Todo indicaba que me había confundido con su lazarillo, que en ese momento se hallaba conversando con dos señores, y decidí aprovecharme del malentendido para así poder dar un paseo con el maestro. Iba a ser, pensé, como recorrer junto al Inmortal todo aquel camino verde que por el campo se pierde, y luego volver.

Mientras avanzábamos por el largo pasillo, dije:

–Querido maestro, he leído muchas veces «Funes el memorioso». Sería pavoroso recordarlo todo.

–Sería atroz.

–Supongo que a veces tenemos que traicionar nuestros propios recuerdos.

–Sí, tenemos que ejecutarlos como a criminales.

–¿Usted cree que es posible pasar por esta vida sin haber perpetrado ninguna traición?

–No.

Ya nos hallábamos en el servicio cuando el maestro musitó:

–¿Podría ayudarme?

Comprendí que me pedía que le socorriese cual bastón mientras él se desabrochaba la portañuela, y así lo hice.

–Es extraño regresar a la torpeza de la infancia cuando la cabeza vuela por encima de las emociones y las abominaciones... –sentenció mientras orinaba.

Ya de regreso a su círculo de admiradores, sugerí al maestro la posibilidad de que camináse mos por un laberinto de pasillos que se bifurcan. Borges sonrió con levedad y murmuró:

–¡Pero, che, me querés asustar! El tiempo le irá indicando, hijo, que la vida es un laberinto de senderos que se bifurcan. Sólo hay una salida, y es de naturaleza fatal.

Dejé a Borges con un hombre fuerte y de aspecto tosco, que parecía de la policía francesa, y abandoné aquel concilio de cuervos y buitres en torno al nuevo Homero. Sentía la cabeza ardiendo y sólo pensaba en la traición. Una obra de teatro muchas veces repetida y conservando siempre el mismo argumento. «El tiempo le irá indicando

que la vida es un laberinto de pasillos que se bifurcan», recordé cuando esperaba en la parada del autobús. Pero ocurría que eso, precisamente eso, Borges no se lo había dicho a todos, me lo había dicho a mí, sólo a mí, que lo estaba viendo orinar penosamente en un sitio que distaba mucho de parecerme idílico, y que al ser el lugar de las heces y el orín podía erigirse en símbolo de la muerte. ¿La vida era un laberinto de traiciones que se bifurcaban hasta desembocar en la nada?, acabé preguntándome.

Ya en mi casa, empecé a pensar que necesitaba traicionar a Beatriz hasta lo más profundo, hasta la aniquilación, si quería sentirme libre para vivir y libre para amar, y ese mismo mes pacté con Sara el viaje a Grecia que le había prometido a ella.

A finales de agosto, cuando Beatriz se disponía a sacar los billetes para Atenas, le envié una carta diciéndole que salía para Grecia con Sara, que sabía perfectamente lo que hacía y que era mi deseo romper la baraja con la que habíamos jugado hasta entonces nada más y nada menos que la sofocante partida de la vida.

¿Hablando con los muertos?

Si la felicidad de unos ha de compensarse con el dolor de otros para que el universo no pierda el equilibrio entre los poderes positivos y negativos, Beatriz debió de sufrir mucho mientras Sara y yo nos perdíamos por Grecia.

Llegamos a Atenas a la hora en que comenzaba el estruendo de los repartidores, los motocarros y las furgonetas, que nos comunicaban una rotunda sensación de vida. Atenas parecía entonces una urbe de Oriente Medio y vimos la Acrópolis bajo una luz ambarina que favorecía mucho nuestras ensoñaciones. Más tarde recorrimos el norte del Peloponeso, y permanecimos una semana en un pueblo de la sierra rodeado de hayas y fuentes rumorosas, desde donde las estrellas nos parecían más cercanas. Después fuimos descendiendo por territorios de aspecto micénico, poblados de olivos, rectángulos de piedra y cipreses aislados que daban al campo griego cierto aire fúnebre y sacro. Hasta que nos detuvimos en Delfos, el ombligo del mundo para los antiguos.

Llegamos una tarde de aire cálido y luz cristalina, y estuvimos haciendo el amor ocultos en la copa de un olivo junto al templo de Atenea.

Esa noche dormimos en un hotel de Delfos erigido al borde del barranco, desde el que se podía contemplar un río de olivos que descendía hasta el mar, y al día siguiente conseguimos llevar a cabo una ceremonia muy antigua: nos bañamos en la fuente de Castalia, que entonces no estaba cerrada ni se hallaban protegidas con redes las peñas que caen sobre ella. Logramos nuestro propósito levantándonos a las cinco de la mañana, hora en que nadie vigilaba las ruinas. Estaba amaneciendo cuando tomamos el sendero entre arbustos que conducía a la fuente, y que consistía en una especie de piscina de medio metro de profundidad tallada sobre la roca ocre y amarilla. La rodeaban frondosos árboles, conformando un útero donde la tranquilidad de la atmósfera y la trasparencia del agua apaciguaban el alma, y al mismo tiempo la elevaban desde la bullente tierra: desde los helechos, los árboles, la roca, el agua que discurría por la alberca tallada y donde nos bañamos desnudos mientras el sol se volvía cada vez más amarillo.

Salimos de la fuente temblando de gozo y de frío, y ese mismo día pasamos a las islas. Una tarde, hallándonos en la isla de Kos, tuvimos una experiencia que sólo podía compararla con la que había tenido con Beatriz la noche en que nos sentimos el uno dentro del otro.

Estaba atardeciendo y acabábamos de sentarnos al borde de una escalinata que descendía hasta el puerto. Mientras fumábamos un cigarrillo, dejábamos que nuestros espíritus reposasen en la tranquilidad de la tarde cuando, inesperadamente, y con una certeza que excluía toda duda, empezamos a sentir nuestras cabezas conectadas, como si fueran la misma cabeza observando el mundo desde un lugar que se acercaba mucho a la clarividencia. Estábamos de acuerdo en la interpretación de todo lo que veíamos, y nos bastaba con fijarnos en la forma que tenía cada persona de subir y bajar las escaleras para acceder a una especie de radiografía de su alma, que se presentaba ante nosotros con una inmediatez absoluta, en un abrir y cerrar de ojos.

Más tarde nos fuimos a Rodas, donde nos entró a los dos una especie de furor báquico. Una noche, hallándonos en la terraza de un bar ubicado al borde de los precipicios que dan al mar, consumimos cuatro botellas de vino blanco. Los camareros nos aplaudieron.

En Ialisos volvimos a hacer el amor en un olivo, y en Rodas tuvimos una trifulca en el parque que se halla tras el mercado, donde Sara rompió un collar de perlas. Libres del hilo que las mantenía unidas, las perlas rodaron por el suelo como animalillos esféricos y tardamos más de una hora en recuperarlas todas.

Pero al día siguiente, en el ferry de Atenas, volvimos a sentirnos envueltos en el mismo ovillo de afectos y escalofríos.

Al regresar a París, la primera noticia que recibimos fue que Beatriz

había desaparecido y que nadie conocía su paradero, y la segunda que el filósofo marxista Nikos Poulantzas, muy admirado diez años atrás, se había suicidado arrojándose desde algún lugar de la torre de Montparnasse.

Sara regresó a Barcelona y me quedé solo en París, rumiando pensamientos cada vez más antagónicos.

Ya llevábamos dos meses de curso y Beatriz seguía sin dar señales de vida. En medio de una inquietud que a menudo se deslizaba hacia el desaliento, decidí acudir a la conferencia semanal que el profesor Roland Barthes seguía impartiendo en el Colegio de Francia. Cuando llegué, el profesor se estaba dedicando a comentar algunos aspectos de su libro *Fragmentos de un discurso amoroso*, haciendo hincapié en el momento en que dos amantes rompen. La extraña liberación que sucede al dolor, la impresión de que la vida vuelve a comenzar de nuevo, parecían conmoverle a Barthes más que la ruptura en sí. Yo, que me hallaba en la tercera fila, le daba la razón unas veces, y otras veces no. La conferencia estaba a punto de concluir cuando giré la cabeza hacia la izquierda y descubrí a Alvar entre la gente que se hallaba de pie. Alvar me indicó con la mano que me acercase a él.

–Esta noche tienes que sustituirme en el hotel –dijo–. Ahora mismo ya tendrías que estar buscando un taxi. Son casi las siete.

–Ya veo, vas a intentar pasar la noche con Barthes.

–Exactamente.

–En ese caso me voy.

–Te lo agradeceré siempre –dijo con cinismo–. Ah, si consigo seducirle es posible que pasemos por el hotel. Guárdanos la habitación de Proust.

–De acuerdo.

Hacia las nueve de la noche, llegaron al hotel Alvar y el profesor. Hice como que no conocía a ninguno de los dos y les pasé la llave del cuarto del entresuelo, que parecía más bien un pequeño apartamento, y cuya ventana daba a la rue de l'Arcade.

Alvar cogió la llave, y mirando como miraría un príncipe del Renacimiento a un criado, me ordenó que les sirviera en la habitación una botella de champán.

Y eso fue lo que hice no mucho después. Entré en la habitación con la bandeja y la dejé sobre la mesa mientras ellos cuchicheaban en el cuarto de baño.

Una hora después, Alvar aún seguía con el profesor en la alcoba donde Proust se masturbaba con sus muchachos. Lleno de una curiosidad sólo digna del autor de *La recherche*, acerqué el ojo a la cerradura de la puerta y vi una escena muy bucólica. Alvar

permanecía sentado en una silla, desnudo y con los ojos cerrados, mientras Barthes, de espaldas a mí, lo observaba. Hasta que finalmente el maestro se acercaba a su Endimión y aproximaba muy despacio los labios. El rostro de Alvar se fue deslizando hacia la placidez. Daba la impresión de que le procuraba un gran placer saber la devoción que le mostraba el profesor. Oh, loto diamantino, cúmplase tu voluntad por los siglos de los siglos, pensé.

Alvar se vació. Nieve en la garganta y luego champán. Parecían tan felices como Sócrates y Fedro bajo la fuente aquella a las afueras de Atenas, y los dejé seguir con su idilio.

Hacia las once de la noche salieron de la habitación. Alvar se despidió del profesor en la place de la Madeleine y regresó al hotel para sustituirme.

–Ya puedes irte –dijo secamente–, y no me hagas ninguna pregunta. Estoy en otra dimensión.

El mundo volvió a enturbiarse a mi alrededor y empecé a sentir la presencia de Beatriz por todas partes, como si estuviera siguiendo mis pasos y aguardando la mejor oportunidad para caer sobre mí. Una tarde me sentí invadido por la ansiedad y me fui a dar un paseo por el cementerio.

Varios cuervos se recortaban contra el mármol blanco de la tumba de Chopin. Uno de ellos, el más grande y el que más oscilaba hacia un lado y hacia otro mientras caminaba, me miró fijamente, como si quisiera decirme que a Chopin le gustaba el canto de los cuervos, tan patético y tan antiguo. De pronto oí su graznido, poderoso y asesino, y también a mí me gustó por su sarcasmo liberador y su estridencia.

Desde aquel lugar, la vasta necrópolis de Père-Lachaise semejaba una sucesión de jardines escalonados, descendiendo al país de la absoluta tranquilidad, que resultaba invisible tras los plátanos, los castaños de Indias y los cipreses, elevándose vigorosos más allá de las largas avenidas de estatuas con caras dolientes y cruces de todas las formas y tamaños.

El pasado me empezó a envolver como una sustancia que se podía oler y tocar, a pesar de que su consistencia era menor que la del aire que mecía las copas de los tilos de la avenida, tras la que se veía el crematorio del cementerio, provisto de una inquietante chimenea.

Los funcionarios que trabajaban en aquella curiosa fábrica de muerte donde los cuerpos ardían por última vez, ¿verían el universo como una gran pira funeraria? Nada más lejos de la verdad, lo más probable era que no pensaran nada mientras comían sus bocadillos o tomaban sus cervezas, ajenos a la obra de la muerte y a la vez procurando manipular bien los resortes del horno para que la

cremación resultase perfecta, y los familiares del difunto pudiesen llevarse a casa unas cenizas tan refinadas y tan blancas como las de un buen habano.

Desde el sepulcro de Chopin caminé hasta un rincón cubierto de hiedra donde se hallaba la tumba de Jim Morrison. Otro que había dejado de fumar toda clase de sustancias narcóticas y sólo se alimentaba del aire de la eternidad, que también embriaga, si bien de forma muy suave. Empecé a delirar y me imaginé a mí mismo toda la eternidad ligeramente ebrio, sólo ligeramente, mientras pasaban ante mí los siglos y los milenios: los pueblos, las culturas, las civilizaciones...

Me ocurría lo de siempre, y lo que había empezado siendo una leve reflexión más o menos cómica, se iba sobredimensionando hasta adquirir proporciones cósmicas, como si mi mente se complaciera en agrandar los problemas, arrojándolos por la pendiente del pensamiento como una bola de nieve proyectada a toda velocidad por un declive muy largo. Debía de haber formas menos aplastantes de aprender a pensar, pero yo no las conocía. Limitación que no podía achacar a mi naturaleza, ávida entonces de toda clase de conocimientos, y más bien me parecía el efecto de una única causa: mi experiencia de la vida, que había empezado a indicarme, con el rigor de un dictamen, que el infierno tiene un desarrollo embrionario, y que lo que empieza siendo una leve sospecha en relación con alguna clase de mal acaba convirtiéndose en certeza inapelable bajo forma de catástrofe, incluso de catástrofe anímica: el terremoto mental del que hablaba Rubén Darío.

Involuntariamente, me fui acercando al panteón de una dama de la época de Proust: la condesa de Noailles. La puerta de hierro y cristal del sepulcro dejaba ver una fotografía con marco de plata que reposaba sobre el altar y en la que se veía a una joven de rostro pálido y tétrico.

Dolía la belleza fantasmal de aquella mujer, reducida a una estampa en blanco y negro en el centro de un sepulcro de piedra y cristal, y pensé en Beatriz. Fue eso lo que me asustó, pensar en ella como si estuviese muerta.

Me urgía saber dónde estaba y de pronto llegó la iluminación: debía telefonear a Morengo, seguro que él sabía de Beatriz más que yo. Esa misma noche le llamé desde el Marigny.

Morengo recibió mi llamada con alegría y le pedí perdón por la forma tan árida que había tenido de despedirme de él en París. Con cierto engolamiento me dijo que estaba perdonado, para enseguida añadir que Beatriz había pasado algunos días en casa de sus tíos en Pamplona. Se la veía melancólica y no se relacionaba con nadie. Luego había vuelto a desaparecer. Podía estar en París, pero también

podía estar en la casa de Normandía de una de sus profesoras, según le parecía a Morengo, tras haber interceptado una carta de una tal madame Alembert.

–¿La conoces? –me preguntó.

–Sí, es nuestra profesora de Historia.

–Habla con ella.

Le hice caso. Una tarde salí al encuentro de madame Alembert en uno de los pasillos de la universidad y la saludé con toda la naturalidad que pude, y que no fue mucha. Madame Alembert me desveló parte del misterio diciéndome que Beatriz se hallaba en Normandía.

Madame Alembert era enjuta, rubia, de nariz afilada y mirada despiadadamente penetrante. Bastaba con permanecer unos minutos con ella para sentirse atravesado como por una máquina de rayos X, que empezaba por hacer una radiografía de tu cabeza para luego continuar hasta los pies.

Ya me había hecho más de diez radiografías de todo el organismo cuando me miró con desprecio y añadió:

–Beatriz vive en mi casa de Dieppe, curándose de las heridas que usted le infligió, y aún no se encuentra con ánimos para regresar a París. Le llevan las clases grabadas, a fin de que no pierda la dinámica del curso. Por lo demás, ya me he enterado de su traición... ¡Qué desesperación! Ustedes los hombres más que individuos parecen objetos fabricados en serie, y acaban desvelando siempre los defectos de fabricación.

Sentí alivio y al mismo tiempo desazón. Beatriz no había perdido el tiempo y había procedido a retratarme como un miserable ante todos nuestros profesores, trabajo en la sombra que empezaba a dar sus frutos, ya que ahora todos me miraban como a un sujeto que convenía evitar. El profesor de ética ya no me saludaba, el de filosofía tampoco, y por mi cabeza comenzó a sobrevolar la tentación de abandonar para siempre la universidad, olvidándome del doctorado y conformándome con una licenciatura, a la que sólo podía añadir un conocimiento del chino cada vez más sólido, producto de los cursos a los que asistía en Jussieu y que nunca había interrumpido desde mis primeros tiempos en París.

Dejé de pasar por Vincennes y la Escuela de Altos Estudios del bulevar Raspail, y empecé a frecuentar más el Colegio de Francia. Fue allí donde una mañana escuché al profesor Michel Foucault decir:

–Muchas son las técnicas del yo asesino, del yo carcelario, del yo policial... Puede que ahora mismo, en esta sala, se halle un individuo que tiene por costumbre telefonearme de madrugada... No crean ustedes que el Estado se reduce a los aparatos del gobierno, y que el poder se reduce a los aparatos del Estado. El Estado y el poder están

esparcidos por todo el cuerpo social, lo estarán siempre. Y cuando alguien te llama a altas horas de la noche para atormentarte está actuando como un policía, es un policía. Ha integrado en él todo el instinto punitivo de la ley y se ha convertido en una máquina loca, reflejando fielmente la locura del poder...

Foucault llevaba como siempre el pelo rasurado y un traje oscuro y ajustado de corte californiano, y el dorado de sus gafas redondas brillaba esa mañana de forma especial, como si acabase de comprarlas. Parecía más nervioso que de costumbre y hacía extraños gestos con la boca, fina y lasciva. Más animado que cuando empezó, siguió hablando del lúgubre ciudadano que le llamaba por las noches. Ahí estaba el microfascismo, decía masticando las palabras, en esos mequetrefes integradores de la materia residual del poder que te llaman por las noches para decirte que eres un malnacido y que mereces la muerte.

Como resultaba evidente que no podía dedicar toda su intervención a hablar del infame que rompía por la mitad su sueño y casi también su vida, Foucault deslizó su discurso hacia la antigüedad clásica.

–Nada me ha sorprendido más de los antiguos griegos que el hecho de constatar que les preocupaba mucho más la conducta moral, la ética y sus relaciones consigo mismos y con los otros que los problemas sexuales o religiosos. ¿En qué nos convertimos tras la muerte? ¿Qué son los dioses? Esas preguntas no tenían importancia alguna para ellos porque no estaban ligadas a la ética, y la ética a su vez no estaba ligada a un sistema legal. Por ejemplo, las leyes contra la mala conducta sexual eran escasas, por no decir inexistentes. Eso no les importaba demasiado, lo que de verdad les interesaba era la construcción de una moral que fuese en realidad una estética de la existencia. Y ahora díganme ustedes. ¿De qué maldita estética de la existencia pueden surgir conductas como la del sujeto que me llama por la noche?

El maestro pidió excusas al auditorio por haber desplazado una vez más su discurso hacia un problema personal y dio por concluida su conferencia. Yo giré hacia atrás la cabeza y creí ver a Beatriz entre el público. Pero enseguida desapareció y pensé que había sido una alucinación.

Esa noche recibí una llamada de teléfono. Alguien silbaba roncamente al otro lado de la línea y luego colgaba.

Al día siguiente me volvió a ocurrir lo mismo. Me telefonearon a las cuatro de la mañana para darme un pequeño concierto silbante. Al día siguiente también y empecé a sentirme tan acosado como Foucault.

Creía que las llamadas sólo podían proceder de Beatriz, pero a la vez pensaba que no podía estar tan loca. No la imaginaba

persiguiéndome por las calles, como no obstante yo había hecho con ella en otra época, y sin embargo...

En medio de aquel caos emocional volvieron a aparecer los hermanos Bidar. Nada más verlos, me sorprendieron sus caras tan desmejoradas. Sus pieles tenían el aspecto de haber sufrido una rápida erosión y sus miradas habían envejecido.

Los Bidar llegaron con una chica de pelo rubio platino que parecía del Crazy Horse, y que decía llamarse Cora. Estaba tan borracha como ellos y semejaba una mujer irreal, a medio camino entre la estampa religiosa y la estampa pornográfica. Tampoco parecía real la lengua en la que estuvo hablando por teléfono antes de entrar en el cuarto del entresuelo con los hermanos Bidar, que se sentían esa noche más cómplices que nunca. Y los Bidar sólo fraternizaban de verdad cuando las cosas se ponían difíciles y había que aunar fuerzas para soportar la hostilidad del mundo.

Mientras se hallaban de fiesta, no pude evitar echar una mirada por el ojo de la cerradura. Al fondo de la habitación, bajo una luz rosácea, los Bidar y la chica brindaban con champán. César parecía que la iba a abordar de cara y Julio por detrás. La chica se reía escandalosamente y temí que algún cliente del primer piso se quejara.

Una hora después, se oyeron ruidos bruscos en la habitación y gritos crispantes de mujer. No tuve más remedio que entrar en el cuarto. Lo que vi me dejó temblando. La mujer se hallaba medio desnuda y apuntando a los hermanos Bidar con una pistola, que podía ser un juguete pero que tenía toda la apariencia de ser real.

–¿Qué ocurre? –grité.

Sin dejar de apuntar a los Bidar la mujer empezó a escupir:

–Me querían besar, pero yo no puedo besar a ningún cliente, ¿me entiende? ¡Soy una profesional y no quiero regalar caricias ni que me las regalen, pero ellos se empeñaban y empeñaban, y ya me estaban volviendo loca! ¡Ahora mismo los podría matar!

–No lo haga, por favor, y abandone el hotel con la mayor celeridad. Nadie la va a besar, se lo juro por mi vida, nadie.

La mujer guardó su pistola en el bolso, se alisó la falda, nos miró con odio y autoridad, y salió del hotel.

Esa noche, entre sollozos y temblores, los hermanos Bidar me hablaron de sus correrías nocturnas, me dijeron que debían cantidades peligrosas de dinero a algunas personas y que regresaban a Pamplona porque consideraban que estaban tocando fondo. Parecían tan perdidos que apoyé su decisión y los animé a irse de París.

¿Bailando con la señora M.?

Me hallaba en el Flore tomando un café y mirando a la gente. No me gustaban los rostros cerúleos que me rodeaban: escritores vagamente conocidos, funcionarios de doble vida, extranjeros con aire de intelectuales, y algún que otro despistado que entraba en el café sin conocerlo y se veía de pronto en medio de aquel curioso concilio. Estaba a punto de marcharme cuando vi llegar a Roland Barthes y colocarse en su lugar de siempre. El profesor pidió un café y mientras lo tomaba estuvo leyendo los anuncios de *Liberation*. Luego encendió un habano y salió fumando del Flore. Yo no tenía otra cosa que hacer y decidí seguirlo.

Tras media hora de paseo, vi que el profesor tiraba al suelo su puro y entraba en el museo del Louvre. Dentro del museo no era complicado seguirle desde muy cerca, pues estaba lleno de turistas. Con asco profundo, el profesor miraba a toda aquella turba y parecía cada vez más nervioso. Hasta que se detuvo ante un cuadro que representaba a un efebo de aspecto muy andrógino. El efebo parecía narcotizado por la luz de la luna, y visto desde el ángulo en que podía verlo Barthes, semejaba un tuberculoso en el momento más narcótico de su enfermedad. También parecía alguien que estuviese sumido en

un sueño de morfina, lejos de toda preocupación, lejos de toda ambición que excediera el reino mismo del sueño. Y lo más curioso era que el personaje, que el espectador veía de frente, ofrecía sin embargo su cara, ligeramente ladeada, y su culo, oculto pero presentido, a la luz lunar, como si la Luna estuviese llevando a cabo con el durmiente una especie de sodomía espiritual.

Inmóvil ante el lienzo, Barthes se olvidó del mundo. Fue el momento en que aproveché para susurrarle:

–Buenos días, profesor.

El maestro me miró con enfática distancia.

–Perdón –dije–... Verá usted. Suelo asistir a sus conferencias en el Colegio de Francia...

–Lo entiendo, pero ¿no se le ocurre otro lugar para abordarme?

–Sinceramente no. Sería imposible encontrar un lugar más apropiado.

Barthes me miró como si me conociera. ¿Recordaría de algún modo que yo era el portero de noche del hotel donde se había acostado con Alvar? Tras un instante de duda, debió de pensar que no nos conocíamos de nada y murmuró:

–¿Usted cree que este es el lugar más apropiado? ¿Lo dice por el lienzo? A mí me parece un cuadro decepcionante.

Miré con asombro al profesor y dije: –Parece un cuerpo que estuviese desaprendiendo lo aprendido. ¿El cuerpo de la *sapientia*? –pregunté.

–No sea usted pedante.

–Lo siento.

Barthes miró su reloj y puso cara de inquietud.

–Me esperan para comer dentro de media hora y tengo que dejarle. Pero como veo que me hallo ante un asiduo a mis clases no quisiera despedirme sin decirle lo que pienso ahora mismo de este cuadro. Es la idealización de la enfermedad de la muerte. No de la muerte como una necesidad, no, me refiero a la muerte como una enfermedad, como una debilidad del yo, como una dejadez mórbida y gozosa, y no en el sentido en que podría decirlo la Duras.

Barthes adelantó la mano, apretó la mía y añadió:

–Hasta otra vez, amigo.

–Adiós, señor Barthes, que pase usted un buen día.

–Y usted.

El maestro desapareció tras un grupo de japoneses y yo permanecí un rato contemplando el cuadro y pensando en lo que acababa de decirme el profesor.

Dos días después me encontraba con Alvar en una librería de la rue des Écoles cuando escuchamos una sirena. Salimos a la calle y vimos un grupo de personas que rodeaban a un hombre tendido en el suelo,

junto a una furgoneta de reparto. El círculo de hombres mirando al suelo nos recordó una escena de *Un perro andaluz* y por un instante nos sentimos transportados a la atmósfera de un sueño. El grupo se hallaba ante el arco que comunicaba la rue des Écoles con el pasaje donde había vivido con Beatriz, y esa casualidad acentuó aún más el clima de irrealidad.

Alvar y yo nos acercamos al grupo y comprobamos que el hombre que yacía en el suelo era Roland Barthes. Una ambulancia se detuvo junto a nosotros en ese momento. Las puertas traseras del vehículo se abrieron y salieron disparados dos enfermeros empujando una camilla.

–Es el profesor Roland Barthes –dije a los enfermeros.

Pero no me hicieron caso y se dispusieron a colocar con mucho cuidado al herido sobre la camilla. Cinco minutos después la ambulancia volvía a ponerse en marcha llevándose al hombre con el que dos días antes había tenido el privilegio de hablar de *El sueño de Endimión*.

Las primeras noticias que corrieron por París sugerían que el profesor Barthes no estaba grave. Se trataba de unos simples rasguños, nada más. Bien era cierto que uno de los testigos del accidente se hallaba perplejo por el hecho de que, según él, Barthes había mirado hacia el lado por el que se aproximaba la camioneta cuando cruzaba la calle. El testigo hablaba de un acto suicida, o de un despiste supremo. En cualquier caso, parecía evidente que el maestro iba pensando en otra cosa cuando el vehículo se abalanzó sobre él.

En el hospital era imposible verlo, según decían. Varios parapetos de amigos y conocidos habían ido surgiendo a la puerta de su habitación, y había que ser muy íntimo para llegar a él. Sin embargo, una tarde Alvar y yo nos presentamos en el hospital de la Pitié-Sâlpetrière, y conseguimos ver a Barthes desde el pasillo, cuando empezaba a correr el rumor de que no hacía esfuerzos por curarse y de que estaba perdiendo la voluntad. Y la verdad es que, según pudimos observar, parecía un agonizante.

¿Se estaría disolviendo, una vez más, en el brumoso espacio de la enfermedad que tan intensamente había conocido en su juventud, cuando era un tuberculoso y reposaba en aquellos sanatorios fuera del mundo, a los que ni siquiera llegó la guerra y de los que hablaba tan a menudo en las entrevistas?, nos preguntábamos al mirar al maestro, que yacía entubado en la cama y rodeado de amigos.

¿Estaría regresando a aquel quásar de bacilos, donde el tiempo era sorbido por el hoyo del dolor y emitía una radiación secreta, que sólo conocían los que se habían enfrentado de verdad a la agonía prematura, a la agonía injusta? ¿Estaría volviendo al mundo de aquel

cuadro de Endimión, de un Endimión enfermo de nocturnidad y de olvido, de un Endimión tuberculoso, dormitando por debajo de su propio deseo?

Una semana después, conocimos por la radio la muerte de Barthes y no dudamos en acudir al Flore, que había sido su segunda casa. En el café todos parecían conmovidos y el escritor cubano Severo Sarduy, muy amigo Barthes, lloraba en una esquina mientras tomaba su bebida preferida: *Bloody Mary*.

Acabábamos de acercarnos a la barra cuando vimos entrar en el establecimiento al profesor Foucault y a un hombre alicaído y consumido que parecía Louis Althusser: el profesor marxista que llevaba varios años soportando una depresión profunda, y que tan sólo un lustro antes había ejercido una influencia considerable en el pensamiento francés. Por sus cabellos pesados y blancos, su andar encorvado y torpe, y su aire de cansancio metafísico de naturaleza incurable, Alvar y yo pensamos que sólo podía ser él, y dimos en el blanco.

El Flore estaba lleno a rebosar pero sólo nosotros advertimos la llegada de los dos maestros, que se sentaron en una esquina del fondo izquierdo. Alvar y yo los seguimos y nos sentamos lo más cerca que pudimos de ellos.

Con placer creciente comprobamos que las palabras de Althusser y Foucault llegaban a nosotros con bastante nitidez. Althusser agradecía al historiador del cráneo rasurado su presencia y poco después le hacía una inquietante confesión:

–He sido yo el que te ha estado llamando por las noches...

–Pero ¿por qué? –le decía Foucault horrorizado.

–No me resulta fácil saberlo, Michel. Supongo que por varias razones: porque quería que te sintieras en un infierno parecido al mío, porque quería que vinieras a verme aunque no me atreviese a decírtelo, porque estaba desquiciado, y deprimido y...

–De acuerdo, de acuerdo, Louis. Quedas perdonado.

–No te puedes imaginar lo mal que lo estoy pasando. Ayer creí que varios hombres se disponían a matarme –susurraba Althusser–. Uno de ellos era un barbudo de mirada vil, un miembro de las Brigadas Rojas del que te he hablado alguna vez...

Foucault le miró con piedad y preguntó:

–¿Cómo está tu mujer?

–Peor que nunca. Dice que soy el infierno. Quiere morir, quiere matarme, quiere que la mate...

Permanecieron callados un instante, hasta que empezaron a hablar de Barthes. Althusser dijo:

–Sé que te parecerá una locura, pero a estas alturas ya me da igual. No es que Barthes fuese santo de mi devoción, bien sabes que no, pero

creo que su muerte y el suicidio de Nikos Poulantzas han inaugurado una carrera de relevos que nos conducirá a todos a la muerte y a la desesperación. A mí, a ti, a Deleuze, y hasta al mismísimo Lacan.

–Tienes que calmarte, Louis.

–¿Cómo?

–Tómate un *Bloody Mary* como Sarduy y esos chicos.

–No, qué locura.

Foucault y Althusser se callaron, entonces le pregunté a Alvar cómo le había ido en la intimidad con Barthes.

Alvar apuró su vaso de *Bloody Mary* y musitó:

–Bien. Te juro que en las dos ocasiones el maestro ardía como Miguel Servet en Ginebra. Me asombró el calor que desprendía su cuerpo, como si tuviese fiebre... Ahora me siento orgulloso de haber fornicado con un personaje histórico. Se lo podré contar a mis nietos.

Nos echamos a reír. Alvar añadió:

–No creas que no lamento la muerte de Barthes. Su persona me provocaba tal curiosidad que una noche registré su bolsa de la basura.

–¿Y qué encontraste?

–Nada anormal. Una caja vacía de pastillas de fósforo para el rendimiento intelectual, peladuras de naranja, restos de tortilla de queso, posos de café, tres colillas de puros Montecristo, un libro dedicado de un poeta de Normandía, y un ejemplar de *Liberation* con varios anuncios eróticos subrayados. Recuerdo que cuando me alejaba de la rue Servandoni pensé en la posibilidad de escribir un libro sobre el sexo de los maestros. Pero en mí esa clase de proyectos nunca llegan lejos. Soy demasiado vago –comentó Alvar.

Un instante después, vimos que Foucault y Althusser se disponían a pagar y salimos del café. De nuevo nos vimos en medio del bulevar gris, los peatones grises y los faros de los coches, que iluminaban a intervalos las siluetas borrosas de los maestros poco antes de que se los tragase la niebla. Asombrosamente, parecían dos espectros.

Torcimos hacia la place Saint-André-des-Arts, mientras hablábamos del momento que nos estaba tocando vivir.

–Voy a pensar que estamos presenciando la muerte de la inmortalidad, como diría Adorno –musité–. ¿No te parece que estamos tan perdidos como Althusser?

–Sí, pero sólo los que se pierden pueden en un determinado momento encontrarse, encontrarse ante el hecho abismal de la vida, encontrarse sin más, en cualquier lugar de la tierra, por ejemplo aquí, en la place Saint-Michel, donde nos vamos a tomar una copa a la salud de los muertos. Hay que elevar el ánimo, Ciro, poner buena cara a la catástrofe. No nos vamos a pasar la vida junto a los ríos de Babilonia llorando la pérdida de Sión, como te hubiese gustado decir a ti. Dejemos atrás las ideologías, Ciro, y pasemos el Rubicón. Las

ideologías son esas rameras en las que se ha ido refugiando la religión, que en los últimos tiempos ha recuperado su antigua máscara misericordiosa –dijo como si se creyese Nietzsche–. A lo largo de mi vida, tú lo sabes bien, sólo una ideología me ha tocado el corazón: el hedonismo, que bien mirado puede ser también una religión, aunque muy exclusiva, y cuyos ritos sólo practican los que entienden que la vida o es placentera o no es –de pronto, se quedó mirándome de forma circunspecta y añadió–: ¿Qué ha sido de Beatriz?

–Sigue desaparecida, o por lo menos eso es lo que quiere hacerme creer.

–¿Por qué lo dices?

–Ahora mismo podría estar siguiéndonos. Juraría que está perdiendo la cabeza.

Alvar dirigió hacia mí una mirada de incredulidad y murmuró:

–De los desequilibrios de Beatriz no sé nada, en parte porque casi nunca he visto en ella la sombra de la locura. Tan sólo aquella vez en Viana, cuando enterramos a David, la vi perder el control. De tus desequilibrios sí tengo más conocimiento y mucho me temo que no estás pasando por tu mejor momento, Ciro. Yo en cambio estoy pasando un momento soberbio, y eso que ayer recibí un mazazo.

–¿A qué te refieres?

–No te he contado que cuando llegué a París pasé un mes en casa de una pareja de franceses que había conocido en los Sanfermines. En ese mes junto a ellos llevé a cabo dos hechos lamentables: les pasé la sarna que me había contagiado un soldado con el que me había acostado en un hotel del Latino, y ella se quedó embarazada tras violarme, por así decirlo, en el pasillo de su casa. Ayer me llamó por teléfono para gritarme improperios. Tras ella se oía el llanto de un niño... ¿Quién lo iba a decir? Era el menos dispuesto de la cuadrilla a ser padre y mira de qué forma más tonta colaboré para traer a la vida otra pena y otra cuita... ¡Pobre infeliz! Desde luego que no pienso caer en la tentación de conocerle. Tiene un padre mejor que yo, gracias a mi infamia lo tiene. Toda una paradoja –indicó casi asombrado.

–No pareces pecar de ternura.

–La ternura es un sentimiento que dejo para los pobres de espíritu, queridísimo amigo. Si lo piensas dos veces, no existe sentimiento más patético y que más despierte nuestra vena patética. En los cuarteles de las SS hacían con los novatos un curioso ejercicio espiritual. Les ordenaban cuidar un gatito y darle de comer todos los días. Cuando ya le habían cogido cariño al animal, les obligaban a estrangularlo mirándole a los ojos. En una novela de Mishima unos adolescentes llevan a cabo ejercicios parecidos. Eso mismo habría que hacer con la ternura, Ciro, estrangularla mirando sus ojos. ¿Me escuchas o no me escuchas?

Yo le escuchaba y a la vez que le daba la razón pensaba que también Alvar se estaba volviendo loco.

Apenas un mes después falleció Sartre y, ya avanzado el otoño, empezó a correr como una llamarada de propano la noticia de que el profesor Louis Althusser había estrangulado a su esposa Hélène... En el Flore se había organizado una pequeña revolución, bastante más ruidosa que cuando murió Barthes.

Haciendo gala de su tendencia a la desmitificación, Barthes había desaparecido debido a un simple incidente, y su muerte había acabado resultando algo tan liviano como su estilo, decía un sujeto con aspecto de editor, recostado perezosamente sobre uno de los asientos rojos. Pero según él, ahora nos hallábamos ante un hecho que, si bien tampoco excedía el territorio de lo insignificante por tratarse de un acto individual, ocultaba en sus pliegues una tragedia griega en la que había una víctima y un asesino. Los clientes del Flore respiraban de otra manera y bebían con más devoción.

El café rebosaba de gente y nadie se fijaba en mí, lo que me permitió colocarme detrás de un individuo con sombrero que dijo:

–Yo acompañé a Althusser hasta Sainte-Anne, y vi a Hélene muerta en la cama... Louis la había cubierto con un trozo de cortina roja... Y no había en ella ningún rastro de violencia, lo que obliga a pensar que no hizo el más mínimo gesto por defenderse... Y no me extraña... Llevaban doce días sin salir del apartamento. ¿Qué comían? Prácticamente nada...

–Se devoraban el uno al otro... –murmuró un hombre gordo y reluciente que fumaba en pipa y que, a pesar de su cara de sufrimiento, parecía bastante satisfecho de sí mismo.

–Hélène era su enfermedad: su muerte. Ese animal huraño y negruzco... Yo escuché algunas de sus conversaciones, y sé que Hélène le hablaba continuamente a Althusser del suicidio. Le gustaba recordarle la muerte de Nikos Poulantzas, cuando se tiró de la torre de Montparnasse abrazado a sus libros. Una noche le dijo: «Quiero morir, pensaré el día y la hora, y tú no lo verás...». Pero ocurrió al revés... –comentó el sujeto con aspecto de editor, que acababa de encender un puro como los que fumaba Barthes.

–Cuentan que a Althusser le gustaban mucho las manos de Hélène...

–Eran unas manos terribles. Manos deshechas, marcadas, sufridas, proletarias... Yo no podía mirarlas, pero a Louis le gustaban, es cierto...

–Quizá creyó más de una vez que esas manos plebeyas le iban a estrangular...

–Quizá. Pero las cosas rara vez pasan como creemos... –susurró el hombre que se hallaba junto a mí–. Ahora dicen que había un problema de identidad muy profundo en Althusser... ¡Pero eso sí que no me lo creo!

–Ni yo.

–A cierta gente más les valiera callarse –murmuró el hombre de la pipa.

–Me pregunto si el terrible acto de Louis no invalida toda su filosofía y toda su teoría de la responsabilidad y el criterio –dijo el hombre que parecía editor justo en el momento en que decidí salir del Flore para respirar el aire fresco de la noche.

Tanto en mi casa como en el hotel, continuaron las llamadas de la voz silbante que quería volverme loco. Esa era mi situación cuando apareció Sara con la intención de pasar unos días conmigo en París.

Una noche, nos hallábamos cenando en un restaurante chino próximo al hotel Marigny cuando no pude evitar preguntarle a Sara si Beatriz había intentado ponerse en contacto con ella. Sara me contestó con un no demasiado contundente, como si quisiera subrayar lo que decía, dándole así más categoría de verdad.

Al día siguiente, Beatriz me telefoneó para decirme que se encontraba de paso en París y que deseaba entrevistarse con su amiga Sara, sólo con ella. Así que se citaron para esa misma tarde en La Coupole, donde al parecer estuvieron merendando.

A las cinco de la mañana Sara aún no había aparecido, y lleno de celos y de ira, me subí a un taxi que pasaba por la rue Sorbier.

–Tiene usted suerte –me dijo el taxista–. La huelga de taxis acaba de concluir. ¿A dónde le llevo?

–A la rue Solferino.

Me apeé junto a la parada del metro y caminé hasta la puerta de servicio del inmueble en el que tenía su habitación Beatriz. No estaba trancada y subí hasta el último piso, donde experimenté la visión más asombrosa de aquel tiempo, aunque no la que más me perturbó. Desde la ventana del pasillo que daba al patio descubrí a Sara y a su anfitriona en íntima y envidiable actitud amorosa. Sara permanecía tendida de espaldas, y su profusa cabellera cubría buena parte de sus hombros desnudos. Beatriz la acariciaba con mucha dulzura, a la vez que la amparaba por detrás. Junto a la cama se veía una mesita, sobre la que reposaba una fotografía enmarcada. Agudicé la mirada y pronto estuve convencido de que el sujeto de la fotografía era yo. Se trataba de una instantánea que me había hecho Beatriz en el ferry de Ginebra y en la que aparecía surgiendo de la niebla con ojos extraviados.

¿Qué patria tenía Rubén Darío?

Sentí deseos de derribar a patadas la puerta y ya estaba a punto de hacerlo cuando me detuve, bajé al portal y pensé en la mejor manera de vengarme que tuviera al mismo tiempo todo el impulso de la inmediatez. Al mirar los buzones me vino la idea de escribir la siguiente carta:

> A Sara:
> No quiero volverte a ver. Mereces que alguien te obligue a comer mi fotografía con cianuro.
> (¿También tú?, le dijo César a Bruto.)
> Te dejaré las llaves de mi apartamento bajo el felpudo. Coge tus cosas y márchate. No quiero verte cuando llegue a casa.
> Ciro

Deposité la carta sin sobre en el buzón de Beatriz para que resultase más mordiente, y regresé a mi casa. Alvar estaba pasando varios días en Normandía con un amigo y, harto de mí mismo y de todos mis amigos, me refugié en la guarida de Marcial, como había

hecho en otra época.

En casa de Marcial volví a encontrar paz y consuelo. Me levantaba tarde y paseaba un rato por el parque Buttes-Chaumont, rumiando pensamientos sin salida mientras me tumbaba en la hierba, o atravesaba las arboledas, o me detenía junto a la cascada. Todo lo que me estaba ocurriendo favorecía el delirio interpretativo y pensaba que desde hacía tiempo avanzaba por la línea misma del vacío. Me sorprendía la nueva alianza entre Beatriz y Sara: el beso de la mujer basilisco y la mujer pantera mientras un pobre loco las mira desde la fijeza fantasmal de una mala instantánea. Hubiese parecido una fabulación literaria de no haberlo presenciado con mis propios ojos, de no haber visto con mis propios ojos a una Sara entregada y como narcotizada por el placer, aceptando las caricias de su amiga como Delfina e Hipólita en el poema de Baudelaire, en una noche estéril pero llena de estremecimientos, deseosas las dos de que yo lo supiera, de que yo lo presenciara, si no de forma real sí cuando menos simbólica y a través de un objeto mágico que me representaba: aquella fotografía hecha con mala fe en el ferry de Ginebra, aquella máscara grotesca que sin embargo tanto le gustaba a Beatriz y de cuya asombrosa utilidad sólo ahora me enteraba.

Al verme en tan penosa situación, Marcial me invitó a un café turco, que junto con la absenta era su especialidad, y me dijo:

–Ciro, juraría que estás perdiendo el rumbo, el sentido mismo de tu vida. Te veo demasiado flotante y perdido. Cuídate, querido, que se acercan tiempos difíciles, y atrévete a pensar fríamente en ti mismo. Necesitas cambiar.

Le di la razón. Cuando tres días después regresé a casa, encontré una carta de Sara sobre la mesa de mi habitación. Sin duda ignorando que la había visto con Beatriz, Sara arremetía contra mí por haber desaparecido y me aseguraba que había pasado toda la noche con Beatriz por culpa de la huelga de taxis.

Sentí una gran satisfacción intelectual al leer aquel mensaje donde, según mi parecer, sólo se formulaba una verdad: la huelga de taxis. Preferí no contestar la carta y me fui hundiendo en una especie de tristeza que me obligaba a pasar ocioso buena parte del día, alimentando la creencia de estar poseído por una fuerza negativa y aplastante parecida a la que se sentía en el aire de París.

Alvar me aconsejaba oxigenarme un poco y olvidarme de Beatriz y de Sara. Razonaba mi amigo que amar a Sara «era continuar en el campo semántico de Beatriz, en su territorio», y que estaba obligado a buscar mi objeto de deseo fuera de aquel campo tan conocido desde la infancia. Luego añadía que mis relaciones tenían algo de incestuoso, y que haría bien en cambiar de paisaje pasional. Podía ser que en ese otro paisaje encontrase lo mismo, pero «ya no sería de la misma

mismidad que antes», y volvería a cogerle amor a la vida. Alvar me aconsejaba establecer relaciones con más chicas y me invitó a ir con él a un espectáculo de danza dirigido por un curioso individuo que acababa de conocer y con el que ya se había acostado.

El mismo día del espectáculo, Marcial me invitó a comer a su casa y me aconsejó lo mismo que Alvar. Almorzó con nosotros Teresa, la hija del anfitrión, de ojos negros y aire despierto y distinguido, que se parecía mucho a él.

Teresa acabó enseguida de comer y se fue a clase. Ya a solas, Marcial me dijo:

–Esta hija mía no tiene buena suerte. El mes pasado casi le sacan un ojo en clase con una pluma. Le pasa lo que a mí: se ha criado sin raíces.

Le pregunté si las raíces se podían perder.

–Supongo que sí –dijo, y acercándose a la biblioteca cogió un libro de Max Aub y empezó a leer un cuento con un narrador que al principio no fui capaz de identificar, hasta que al final del relato me percaté de que la voz que hablaba era la de un árbol del delta del Ebro, corpulento, viejo y sabio, que veía a lo lejos las correrías de los milicianos, y que pensaba que los hombres nunca entenderían nada porque estaban despojados de raíces.

Inesperadamente Marcial, que nunca hablaba de sus problemas, me dijo que por ese camino de nadie discurría su tragedia. Había intentado ser escritor, pero a la hora de la verdad sentía que no dominaba ni la intimidad del francés ni la intimidad del español. No es que no tuviera tierra, en realidad no tenía lengua, o tenía dos sin que ninguna de las dos le diera «la más mínima seguridad narrativa».

–¿Así se puede escribir? No supe qué responder. Marcial continuó:

–No pienses que estoy hablando de territorios, de patrias, de tribus de aquí o allá, estoy hablando de la sustancia misma del alma. ¿Qué patria tenía Rubén Darío? ¿Nicaragua? No lo parece, aunque en más de una ocasión llevase a cabo trabajos diplomáticos para su país. Darío no tenía patria, estaba siempre en otra parte, pero las raíces de su ser se hundían de tal modo en la lengua que formaban un todo con ella. No tenía suelo, pero su poesía parece un templo de zafiro sobre una roca de obsidiana, como hubiese dicho él mismo. Hay hombres con suerte, y creo que tú la tienes. Olvídate de esa mujer que conoces desde niño, olvídate de sus amigos y su mundo. Lee más, escribe más, vive incluso más, y nunca creas que París es el ombligo del mundo.

–¿Por qué lo dices?

–Porque ni es un ombligo ni es un mundo. Es un monstruo que ha derribado a muchos como tú. Así que ya lo sabes: trata al monstruo con cuidado y procura que sus mordiscos no te dañen el cerebro. A mi padre se lo dañaron, claro que con él era fácil pues llegó ya de España

con el cerebro en otra parte –dijo Marcial, y pasó a contarme que su padre había muerto en realidad el día que mataron a Durruti, o quizá el día que lo enterraron, cuando vio con sus propios ojos el féretro avanzando por el paseo de Colón. Para su padre, Durruti era un dios, y cuando los dioses mueren todo puede resultar tan perdido que hasta parece absurdo echarse a correr, por eso su padre había cruzado la frontera despacio, junto a su mujer, y había conocido los mismos campos de concentración que Max Aub, con el que había coincidido en uno de ellos. Finalmente Marcial me contó que aún conservaba dos objetos de su progenitor, aparte de múltiples fotografías y cartas: el gabán de cuero que solía llevar siempre y la pistola: una Luger que guardaba en un baúl que casi nunca abría...

–...porque más que el baúl de los recuerdos es el baúl de la muerte, si he de decirte la verdad –comentó Marcial antes de salir conmigo a la calle.

Por la noche Alvar me llevó al espectáculo prometido, que tuvo lugar en un teatro ruinoso de paredes que parecían pintadas con alquitrán, en mitad de la rue Saint-Denis, a esa hora frecuentada por toda clase de prostitutas y hombres de apariencia gris, que pululaban entre las mujeres fantasmagóricas y las luces cetrinas de las farolas, envueltos en una atmósfera sórdida y de olor a sexo triste.

El teatro, muy pequeño, lo llenaban unos setenta espectadores, más de la mitad de pie, y el espectáculo, dirigido por un tal Gerôme Rabel, ya había comenzado cuando Alvar y yo llegamos a la sala.

Observé un rato las evoluciones de los bailarines y pronto advertí que se trataba, como me había asegurado Alvar, de un espectáculo de danza contemporánea, en el que se iban alternando secuencias colectivas con números individuales. La narración tenía la estructura de un musical sin serlo, y había un número relacionado con la tauromaquia española ejecutado por Gerôme y una mujer de cabellos largos, que poseía el cuerpo más hermoso de la compañía, y a la que no perdí de vista ni un solo momento. Ella y Gerôme Rabel parecían los componentes más adiestrados, pero hasta ellos cometían fallos evidentes, que yo procuraba olvidar porque advertía en todos una voluntad heroica, esa voluntad que ponen algunos artistas ante un fracaso cada vez más aplastante y que ellos afrontan con una sonrisa filosófica y mucho orgullo profesional.

Finalizado el espectáculo, Alvar y yo acudimos al camerino para felicitar a los artistas. Cuando llegamos, los bailarines ya se estaban vistiendo y la chica de la secuencia sobre la tauromaquia se hallaba sentada en el ángulo derecho del camerino, poniéndose unas botas con cordones como las de madame Bovary. Nos miramos cálidamente

mientras Gerôme y Alvar se abrazaban. Durante las presentaciones, comprobé que la chica que me gustaba se llamaba Nico.

Alvar y yo nos deshicimos en elogios. Alvar habló de lo envolvente e hipnótico que le había parecido el espectáculo y yo aseguré que me había impresionado el clima ascendente que tenía la historia, con momentos supremos y muy bien ubicados dentro de la estructura general de la obra. Me pidieron que especificase esos momentos y hablé de las intervenciones de Gerôme y de Nico. Ella me lo agradeció con una sonrisa angélica, y abandonando todos en tropel el camerino, nos fuimos a cenar a un restaurante italiano del bulevar Sebastopol.

Durante toda la cena desplegué mi mejor retórica, y por primera vez en mucho tiempo, a Alvar empezaron a irritarle mis gracias. Tras la cena comenzaron las despedidas. Nico y yo nos fuimos quedando atrás, y ocultándonos tras una columna de anuncios comenzamos a besarnos.

¿Por qué se inmolan algunos?

Nos despedimos media hora después, en la boca del metro, con la promesa de vernos en cuanto nos fuese posible.

Los dos cumplimos la promesa y al día siguiente ya nos hallábamos el uno frente al otro, en la galería acristalada de La Coupole, tomando café.

Tras varios meses de frío glacial, agradecía la llamarada del deseo y la epifanía de aquella mujer que me parecía de otra naturaleza. Bastaba con tocarla para notar que sus músculos tenían una consistencia especial producto del ejercicio diario. Una belleza que se había construido a través de la mortificación, como se construye toda belleza, física o no, por lo menos a partir de un cierto momento. Y también una belleza que a mí se me antojaba trágica. Nico daba la impresión de tener la misma edad que yo, unos veintiséis años, y además trabajaba en una compañía de fracasados. En muchos aspectos era un alma perdida, si bien como Gerôme y los demás, llena de voluntad y con la ambición de montar un espectáculo para ella sola, a medio camino entre las veleidades de Mata Hari, las locuras de Isadora Duncan y los delirios de Gerôme Rabel, que no dejaba de ser su maestro.

Permanecimos más de dos horas en la galería de La Coupole, mientras afuera arreciaba la lluvia velando casi los vehículos que cruzaban el bulevar. Entre beso y beso, ella me dijo que vivía con su marido, al que no quería abandonar, y que tendríamos que vernos con cierta discreción.

La oportunidad llegó una semana después, cuando la compañía se dispuso a trasladarse a Lille, donde iba a llevar a cabo una representación. Me cité con ellos en la place de la Bastille y partí con ellos a Lille, en el mismo automóvil en el que iba Nico.

Pasamos el viaje besándonos en el asiento trasero, y esa noche asistí emocionado a la función y me pareció más perfecta que nunca, si bien Nico dejó caer una mesa sobre su tendón de Aquiles y estuvo a punto de desgraciarse. Pero todo quedó en un susto, y al final del espectáculo aplaudí con tal brío que los espectadores que se hallaban a mi lado me miraron con asombro, preguntándose qué podía haber visto yo en aquella representación, qué momentos sublimes que a ellos les habían pasado inadvertidos.

El problema fue por la noche, cuando nos vimos obligados a dormir todos en manada, en la casa de un amigo de Gerôme y sin ninguna intimidad. Nico y yo tuvimos que conformarnos con yacer abrazados el uno al otro y rodeados por el resto de la compañía.

De regreso a París, volvimos a colocarnos en los asientos traseros de uno de los coches y continuamos con los besos, los susurros y las confidencias entrecortadas. Cuando llegamos a París ardíamos por dentro y por fuera y sólo deseábamos coincidir bajo las sábanas, desnudos y sin posibles espectadores de nuestro entusiasmo carnal.

Ya ante la puerta del apartamento de la rue Sorbier, intenté abrir y no pude. La puerta tenía dos cerraduras pero únicamente solíamos utilizar la de arriba, de forma que acostumbrábamos a llevar sólo una llave. Mas he aquí que de pronto, y por razones en las que prefería no pensar, el sujeto que se hallaba en el interior de la casa, y que sólo podía ser Alvar, había cerrado la puerta con las dos cerraduras.

Golpeé la puerta una y otra vez, sin ningún resultado, y acabé yéndome con Nico al bar de la esquina, donde estuvimos desayunando. Más tarde volví a llamar a la puerta y, viendo que Alvar seguía negándose a abrir, pensé en la posibilidad de acercarme a casa de Marcial, pues no estaba seguro de llevar en ese momento dinero suficiente para pagar un hotel. Imaginaba que Marcial nos dejaría el cuarto de los invitados, y que bastaría llamar a su puerta y decírselo.

Ya en el portal de la casa de Marcial, encontramos en el rellano a Melquíades, su amigo y su vecino, que parecía fuera de sí, con todo su espíritu en el infierno. Le pregunté por Marcial y Melquíades me gritó

que me marchara inmediatamente y que Marcial no podía ver a nadie.

Asombrados y ateridos, Nico y yo regresamos a la rue Sorbier. Fue entonces cuando Nico dijo que se había hecho muy tarde para ella y que tenía que regresar a casa. Decidimos volver a vernos ese mismo día y la acompañé hasta el metro.

Aún esperé dos horas más llamando una y otra vez, y al ver que me seguían negando el acceso a mi propia casa, compré un martillo en la ferretería de la rue Ménilmontant y comencé a golpear con él las cerraduras. Noté que la puerta cedía y acentué la severidad de los golpes, hasta que advertí que la puerta se abría bruscamente y aparecía tras ella Alvar, con cara descompuesta.

–Pero ¿qué haces?

–Entrar en mi casa a golpes. ¿Había otra posibilidad?

Alvar me dejó entrar y descubrí la gabardina blanca de Beatriz colgada en el perchero del vestíbulo. Aparenté no haber visto nada y entré en mi habitación, a la que se podía acceder desde el vestíbulo.

Alvar, que seguía muy alterado, cerró violentamente la puerta de mi cuarto para que no pudiera ver a su acompañante. Luego oí unos pasos leves cruzando el pasillo y luego pasos más fuertes, casi saltos, bajando las escaleras del inmueble.

Acto seguido Alvar cerró la puerta del piso y se refugió en su cuarto. Lo perseguí y lo acorralé contra la pared.

–¿Con quién has pasado la noche?

–Con un senegalés.

Le di un puñetazo en la cara.

–¡Mientes!

En lugar de agredirme y defenderse, Alvar comenzó a reírse y a mirarme con ojos idos.

Una vez más, empezaba a percibir la profundidad de la venganza de Beatriz y me daba miedo acercarme a la ventana por temor a que me entraran deseos de tirarme. Regresé a mi habitación e intenté dormirme. En el otro cuarto Alvar continuaba riéndose.

Me hundí finalmente en el sueño. Cuando desperté, Alvar había desaparecido. Me duché, tomé café y permanecí en mi cuarto, intentando asimilar lo que ya sabía y que hasta ese día nunca me hubiera atrevido a imaginar. En esa situación me hallaba cuando oí golpes en la puerta. Era Melquíades, que venía a disculparse por su comportamiento de esa mañana.

–Seguro que te parecí un loco.

–Efectivamente.

Melquíades me miró unos instantes en silencio y finalmente dijo:

–Mi estado tenía su razón de ser. Acababa de enterarme del

suicidio de Marcial. Una hora antes de que tú llegases se había pegado un tiro en la cabeza con la Luger de su padre.

Me derrumbé sobre la silla como si el tiro acabasen de pegármelo a mí. Poco después Melquíades me estuvo contando que Marcial vivía consumido por una tristeza de fondo que no le abandonaba nunca, y que tenía además un problema: era un hombre de una sola pieza, y los seres así se quebraban como el vidrio. Al parecer su mujer le había sido infiel y le había pedido el divorcio. Estaba harta de él y de sus amigos. Sencillamente no soportaba más la vida que tenía que llevar con Marcial, siempre rodeado de españoles sin gobierno y sin fortuna. Por la noche discutieron y al alba volvieron a discutir, hasta que Marcial abandonó el dormitorio, se fue a su despacho y se pegó un tiro en la sien.

–¿Y no pensó en su hija?

–¡Y yo qué sé! Ya ves que ni siquiera esa querencia evitó que hiciera la más grande de las locuras.

–No me lo explico.

–Ni yo, pero me consuelo pensando que Marcial era, como su padre, un hombre muy temperamental, aunque no lo pareciera. Estaba enfermo de ansiedad, quería ser otra cosa.

–¿Escritor, quizá?

–Quizá.

Melquíades se marchó cabizbajo dejándome muerto de frío. No llevaba ni diez minutos pensando en lo que me acababa de decir Melquíades cuando llegó Nico. Traía un vestido sedoso y zapatos de aguja, y se había pintado los labios de rojo. Enseguida empezamos a besarnos y, con las primeras caricias, volví a ser consciente de la belleza, templada y sólida, del cuerpo de Nico. Era como acariciar una escultura, sensación que la tela sedosa del vestido acentuaba en lugar de atenuar, y que confería a los preludios del amor un placer estético que se imponía al placer sexual, duplicando su poder. Y sin embargo, pronto percibí que no podía seguir con las caricias. Tenía el tiro de Marcial incrustado en la cabeza, en parte porque nada de cuanto me había ocurrido en la vida me parecía tan inexplicable y tan desmoralizador. En muchos aspectos, Marcial había sido para mí el símbolo de la virilidad bien llevada, la elegancia, la discreción, la nobleza, la hospitalidad, la ironía sin vinagre, el temple y el equilibrio invariable y fundamental. ¿Tenía algún sentido que de pronto decidiera inmolarse?

Le confesé mi situación a Nico y ella pareció comprender, así que dejamos de acariciarnos y nos fuimos a beber algo a un bar de la place Gambetta, donde unas horas después nos despedimos con la promesa de vernos al día siguiente.

Al llegar a casa, sentí por segunda vez en mi vida la intuición de la

locura. No se apoderaba de ti el pensamiento, como le podía ocurrir a un filósofo, se apoderaban de ti los fantasmas, los miedos y placeres, se apoderaba de ti la mecánica de los sueños, haciendo irrupción en la más dura realidad, confundiéndose con los seres y las cosas que te rodeaban, y llenándolo todo de niebla sucia y de espanto.

En mi cuarto me asfixiaba y cometí el error de salir a la calle. Nada más pisar la acera de la rue Sorbier, entré en la misma atmósfera enrarecida que me había poseído cuando iba huyendo de Roco y de mi propio miedo.

La tarde se había tornado cada vez más plomiza. Los coches, los transeúntes, los árboles empezaron a diluirse ante mí.

Las nubes se alejaban veloces, y con ellas los árboles, que de pronto se elevaban de la tierra con todas sus raíces y desaparecían entre la bruma. Y con las nubes y los árboles, los transeúntes, que también se alzaban del suelo arrastrados por el huracán de mi mente y poblaban como cometas sin hilos los cielos de París. Entonces perdí la conciencia y a partir de ahí ya no fui dueño ni de mis palabras ni de mis movimientos.

¿Es posible describir la caída?

Al día siguiente me desperté en una cama del hospital psiquiátrico de Sainte-Anne, que en aquel entonces estaba dirigido por Jacques Lacan, y donde me diagnosticaron, además de un agotamiento nervioso de carácter general, una depresión que me obligaba a estar unos días internado para dar con la medicación adecuada.

El tiempo empezó a hacerse mucho más elástico. Yo sabía que no estaba loco, o creía saberlo, pero de pronto sentía que no quería salir del invernadero donde compartía mis horas con los insensatos. Ellos no pedían ya nada. Ni siquiera pedían socorro.

Sabía que para mí se trataba de una huida del mundo, pero ya no me importaba. Llevaba cuatro días en Sainte-Anne cuando, una tarde en que paseaba por el jardín interior, vi a varios alumnos de la Normal Superior que estaban hablando de Althusser, ingresado en Sainte-Anne desde el estrangulamiento de su mujer. Uno de ellos decía que lo había visto en la celda número 7 del pabellón de los psicóticos.

En ese momento un enfermero se acercó a los *normaliens* y vi que los guiaba hacia el lugar que el alumno acababa de nombrar. Decidí seguirlos. Confundido entre ellos, que eran más de diez, conseguí entrar en el pabellón. Ya en el interior, comprobé que se dirigían a la

última planta. Entonces me desgajé de la fila y corrí hasta la celda número 7, con la esperanza de encontrar a Althusser.

La puerta de la celda estaba entreabierta y pude ver al filósofo sentado en una silla y con el codo apoyado en la mesa sobre la que reposaban un vaso de agua y algunos libros. Fumaba y mantenía la cabeza gacha. Entré en la celda, pero Althusser seguía en actitud meditativa y no se percató de mi presencia. El filósofo llevaba una gruesa chaqueta de pana de color marrón oscuro y fumaba cigarrillos hechos a mano. No hacía falta mirar su cara para comprobar su estado.

Años atrás, me había detenido en sus libros y había intentado seguir la línea del sentido, pero me perdía a menudo, si bien a menudo encontraba en sus textos revelaciones sorprendentes sobre la mecánica interna del mundo. Althusser me aniquilaba, y en todas las ocasiones en que había oído hablar de él me había sentido vertiginosamente superado: su mismo nombre me daba casi miedo y en cualquier caso me infundía mucho respeto, como el de Lacan. Y resultaba que ahora era un alienado más de Sainte-Anne.

Carraspeé ligeramente y la cabeza de Althusser empezó a girar, primero imperceptiblemente, y después con cierta brusquedad, hasta que me vio. Sus ojos se detuvieron en mí con tranquilidad.

–Perdone que me haya atrevido a...

–¿A entrar? No se preocupe. Todos entran y todos salen. Aquí sólo me quedo yo.

Althusser aceptó uno de mis cigarrillos y estuvimos un rato mirándonos sin vernos, mientras se adensaba la penumbra. Temiendo que se cansara de mi mudez, me atreví a preguntar:

–¿Cómo se encuentra?

–Peor que uno de mis amigos que se acaba de tirar al Marne.

Miré los ojos del pensador y me creí de pronto en el centro del laberinto del saber: un centro donde el conocimiento se confundía con la locura, convirtiéndose en el conocimiento de la locura y en la locura del conocimiento. Respiré hondo y dije:

–Mientras venía hacia aquí oí decir a varios alumnos de la Normal Superior que le iban a sacar de este hospital.

–Que hagan lo que quieran conmigo –contestó Althusser, y añadió que ya no tenía la más mínima voluntad, por eso no podía darse más, ni negarse más, ni sacrificarse más, ni oponerse a nada que dijeran los demás.

Le pregunté si pensaba seguir escribiendo.

–No. Ya me he cansado de hablar de lo que no existe.

–¿Qué quiere decir?

–Que la filosofía sólo ha hablado de lo que el hombre no es y quisiéramos que fuera: puras fantasías...

Volví a cambiar de tema y le hablé al maestro de la temperatura tan agradable que hacía, entonces Althusser me miró con severidad y empezó a contarme formas diferentes de morir. Muchas formas. Infinitas. También me dijo que él nunca se había poseído a sí mismo.

–¿Sabía usted que me pusieron el nombre de un muerto?

–Sí, alguien me contó que su madre había conocido de muy joven a un Louis del que se enamoró y que murió en Verdún. Le puso a usted el nombre de Louis en su honor, convirtiéndolo en la representación de una ausencia.

–Exactamente. Mi madre me obligó a ser la sombra de un muerto. ¿Y puedo saber quién le ha dicho eso?

–No lo recuerdo.

–Lo que indica que se lo ha podido decir cualquiera. Qué desgracia. Me he convertido en uno de los filósofos más famosos de todos los tiempos y eso sí que es el infierno, amigo. Es como entrar de lleno en la sociedad del espectáculo. Pero volviendo al tema de mi mujer, le confesaré que a Hélene le ocurría algo muy parecido a lo que me ha pasado a mí. Rara vez fue ella. Vivía en su cuerpo, cierto, pero muy a su pesar. Todos la consideraban un animal huraño y negruzco, todos menos yo. Su misma madre nunca la vio de otra manera. ¿Me entiende? Su misma madre...

Althusser me miró un instante y volvió a sumergirse en la mudez, aunque no por mucho tiempo, pues no tardó en decir:

–Las caídas son inexplicables e imposibles de describir. La caída de Adán y Eva, la caída de san Pablo camino de Damasco, la caída de Rousseau cuando le atropelló aquella diligencia... En ningún momento me vi a mí mismo estrangulando a mi mujer, en ningún momento advertí que estaba cayendo al abismo. Yo sólo sé que le estaba haciendo masajes, y que de pronto la noté inmóvil. Había sido una noche larga, quizá la más larga de nuestras vidas. El aire en nuestra habitación parecía gas grisú, como si fuera la galería de una mina de Alsacia.

El maestro me dio la espalda, se acercó a la ventana de la celda y miró hacia el jardín.

–Venga y vea lo que yo estoy viendo.

Me acerqué a Althusser y miré hacia el jardín de la clínica. Junto al banco de piedra y los dos cipreses, se hallaban Lacan y Foucault. Lacan llevaba una americana de ostentosos cuadros azules y blancos. Althusser dijo:

–Mire al Espíritu Santo vestido de payaso, mire a ese asno solemne hablando con nuestro amigo Foucault.

–¿Ya no se trata usted con Lacan?

–No. Aunque fue él quien ordenó mi ingreso en esta institución, no he vuelto a hablar con él desde la mañana en que acudió a la Normal

con su Mercedes. Venía a decirme que uno de sus pacientes se acababa de suicidar. Me pareció un ser tan patético como ahora, y llevaba una chaqueta muy parecida.

Me sorprendió que Althusser hablara tan duramente del psicoanalista más determinante después de Freud, y le pregunté quién había sido el paciente suicida de Lacan.

–Un infeliz que tuvo la peregrina ocurrencia de enamorarse de Judith, la hija de Lacan. Cuando Jacques supo que su cliente se acostaba con su niña interrumpió el análisis. Por cuestiones técnicas, me comentó esa mañana.

–¿Y usted qué le dijo?

–Me limité a mirarle. Jacques no quería reconocer que se había vengado del amante de su hija cortando de cuajo la cura y enviándolo al suicidio. Confundió a su paciente con el Holofernes bíblico, y oscuramente decidió que si Judith no lo decapitaba, lo haría él. Y mírelo ahí, dándole consejos a Foucault. ¡Cada vez que me asomo al mundo me arrepiento, se lo digo de verdad!

Nos apartamos de la ventana. Althusser posó su mano sobre mi hombro y dijo:

–Muchacho, me basta con mirarte para saber lo que te pasa. Tienes que salir de aquí, y superar tu miedo al mundo. No hagas como yo, destinado a morir en la casa de los locos. Me he pasado la vida buscando escondites que siempre acababan convirtiéndose en cárceles infernales. ¿Sabes que ahora las enfermeras me tienen miedo? Cuando entran en mi celda por la noche me tienen miedo...

–El mismo miedo que usted... Usted les contagia su miedo y ellas le contagian el suyo...

–Sí, el encierro provoca esa clase de contagios... El encierro convierte las crisis agudas y transitorias en crisis crónicas...

–Lo sé...

–Y los que empiezan a sentir el terror al mundo que yo siento, ya no pueden abandonar las instituciones psiquiátricas, ya no pueden, ya no... Porque su miedo es el miedo de estar solos, abandonados e incapacitados para volver al mundo... Ahora lo pierdo todo continuamente: la bata, los zapatos, los calcetines, las gafas, el lápiz, los jerséis, los ojos, las orejas, el corazón, el esófago, el intestino, las piernas, los pies... Caigo al fondo de mi cuerpo hecho pedazos... Pero tú eres joven, y no debes permitirte a ti mismo este encierro...

–No debo permitírmelo, pero no sé qué hacer.

Althusser me observó en silencio antes de preguntar:

–¿Sabes por qué Cézanne pintó a cada instante la montaña de Sainte-Victoire?

Negué con la cabeza.

–Porque la luz de cada instante es un don. La luz de ahora mismo,

en Sainte-Anne, es un don, que por lo visto no me merezco... Si yo pudiera continuar aquí hasta la muerte, pero creo que me van a llevar a Soisy... Una cárcel entre árboles... Árboles para ahorcarse, muchos árboles... Pero ¿por qué hablo de ahorcarme si yo nací muerto? Sin embargo tú no has nacido muerto, chico, lo veo en tus ojos, ¿Sabes qué es lo más penoso de los hospitales psiquiátricos? Que crean la ilusión de la repetición, haciendo que todos los días parezcan el mismo, pero no es cierto...

–¿No?

Althusser negó con la cabeza, me miró con ojos perdidos, luego con ojos más fijos, y continuó diciendo:

–Nada se repite tal como fue, ni siquiera en el recuerdo. Cada día es una radiación diferente, hasta cuando parece la misma. La célebre sentencia de Heráclito de que «nadie puede bañarse dos veces en el mismo río» deja claro que toda repetición es un espejismo. La fábula de Zenón sobre la carrera de Aquiles y la tortuga incide en el mismo problema, al postular que la tortuga no va a estar siempre en el mismo lugar en el que estaba cuando comenzó la carrera que Aquiles no podrá ganar. Es consolador creer en la repetición, muchacho, tan consolador como la muerte para el que no quiere vivir, pero ni siquiera en las teorías del eterno retorno, que tanto le gustan a Deleuze, el regreso significa repetición, porque (en teoría) Aquiles nunca va a alcanzar a la tortuga y (en la práctica) nadie se sumerge dos veces en las mismas aguas. Lo más vertiginoso de la vida es que nada se repite y todo es como un viaje hacia no se sabe qué luces y hacia no se sabe qué tinieblas, y lo más emocionante de existir es que nada es como fue y nada es como será... Márchate inmediatamente de aquí... –rugió–. Juraría que aún no mereces el infierno.

Estremecido por sus palabras, me despedí del maestro con la impresión de que acababa de recibir la mejor lección de filosofía de mi vida, y regresé a mi pabellón. Ya en mi celda, me pregunté a qué había venido exactamente a París. No sin muchas dudas, tendí a creer que había venido a buscar el saber, o un cierto saber. Y gracias a mis maestros y a Marcial había descubierto desde dentro las ruinas de ese saber. Ruinas inquietantes... Bastaba con acercarse a ellas para ver entre las grietas mucho más de lo que uno podía esperar. Por eso le daba las gracias a París... No podía ser ingrato con una ciudad que me había ofrecido tanto en tan poco tiempo. Me había permitido ver la vida y la muerte de sus más razonables hijos, me había permitido hablar con ellos sobre hechos que me sobrepasaban, me había colocado ante ellos y sobre todo me había colocado ante Marcial... De una manera casi secreta, la ciudad me había mostrado sus interioridades... Su casa de los muertos, su casa de los locos, su silencio, su saber que venía de lejos como el río. El reverso de todo lo

que había imaginado acerca de París antes de conocerlo: una zona en penumbra que ni siquiera sospechaba y donde iba germinando la locura.

Volví a pensar en los maestros preguntándome por qué nos habían parecido dioses en otro tiempo. ¿Sólo por la simpatía que desplegaban en sus clases o sólo porque sentíamos que junto a ellos pensar era un placer inmenso? En algún momento todos ellos se habían elevado por encima de nuestras cabezas. Nosotros los observábamos desde abajo, absortos ante sus acrobacias. Hacíamos cola para entrar a sus clases, agradecidos de que fueran desarrollando, sin red y sin pudor, su pensamiento ante nosotros. Salían a escena para seducirnos con sus juegos dialécticos, y nosotros los idolatrábamos y buscábamos de mil formas su amistad, enamorados de su generosidad tanto como de su inteligencia.

Pero ahora todo me decía que se estaban derrumbando uno tras otro, y el más trágico de todos ellos había posado su mano en mi hombro y me había ordenado salir de la casa de los locos, no sin antes recordarme que la vida era una llamarada diferente cada día.

¿La nave de los locos?

A la mañana siguiente huí del hospital, sin esperar el alta y sin despedirme de nadie, y volví a afrontar la realidad de París.

Alvar me recibió malhumorado, pues ignoraba dónde me había metido y había tenido que sustituirme todas las noches en el hotel, así que esa misma tarde reanudé mi trabajo en el Marigny. Regresar al hotel me sirvió para comprobar que ahora las madrugadas en él se me hacían intolerables por su olor a miseria y por su naturaleza cada vez más alucinatoria. Creía que Turgueniev, Tolstói y Proust me gritaban obscenidades desde las sombras. El Marigny empezó a llenarse de gemidos, de silencios, de sobresaltos, de imágenes que parecían de otro tiempo, y a veces también de voces, sobre todo cuando fumaba marihuana para hacer menos larga la noche (y más infernal la madrugada). Entonces podía oír conversaciones entre Turgueniev y Tolstói, que curiosamente hablaban de una presunta cortesana llamada Beatriz.

–No me nombre a esa mujer, señor conde –oí decir muy de madrugada a Turgueniev, que hablaba con Tolstói en la habitación contigua a la de Proust.

–¿Por qué no? ¿Acaso tiene usted todavía trato con Beatriz Jones?

–Lo tuve una vez, y le diré una cosa: no es una mujer, son tres en una. Por la mañana parece una dama, por la tarde una mantenida y por la noche una..., en fin, evitaré emplear palabras poco elegantes. Por lo visto acaba de ausentarse de París con un bailarín afeminado dejando tras sus faldas más de un corazón roto.

–Da la impresión de que aún sueña usted con ella –comentó Tolstói.

–Tengo que darle la razón, aunque me duela.

–¿Sabe por qué le gusta tanto?

–Dígamelo usted.

–Porque sabe estremecer. Y la muy afortunada lo hace sin querer. A veces se arroja a las tumbas de la noche sin pensarlo dos veces. Es una sepulcral.

–¿De qué me habla?

–De sospechas, nada más, pero imagino a nuestra dama entregándose a oscuras ceremonias con hombres que han escuchado demasiado a Beethoven y han demolido su voluntad y aniquilado sus escrúpulos. No los imite, no sea usted tan pusilánime y tan débil, señor Turgueniev.

Por alguna razón Turgueniev miró con odio a Tolstói antes de clamar:

–¿Y usted qué es? Se lo diré bien claro: usted es un alma lasciva y resentida que en cuanto llegue a su hacienda buscará las nalgas de alguna sierva para desahogar toda su rabia contra la vida.

Tolstói le dio un puñetazo en la cara y lo retó a un duelo. Entonces apareció Proust, ante mis propios ojos apareció, y con pasos quedos y la cabeza gacha cruzó como un alma en pena el vestíbulo del hotel, se acercó a los dos rusos y con voz asmática preguntó:

–Disculpen la molestia, ¿no habrán visto por aquí unas ratas?

–¿Cómo dice? –musitó Turgueniev alarmado.

–Con toda mi inocencia les pregunto a ustedes, amables caballeros, si han visto por aquí unas ratas gordas y lustrosas. Se han escapado de mi cuarto y la verdad es que lo entiendo. Les esperaba un final terrible, y las ratas no son inteligentes pero tienen mucho instinto. Seguro que se habían olido algo las muy malvadas y aprovechando un despiste de Albert, que debió de dejar la puerta de la jaula abierta, han huido y ahora búscalas, en este hotel con tantas esquinas y tantos agujeros, dicho sea con todo el respeto y sin doble intención. Ya lo ven, amigos, en el mundo inhumano del placer todo son contratiempos.

Proust desapareció tras la puerta del sótano y los rusos se quedaron sumidos en el estupor. Pensé que ya habían acabado las sorpresas pero entonces apareció Althusser. Llegaba vestido con ropas cenicientas y parecía hundido, circunstancia que no le impidió acercarse a Tolstói y

a Turgueniev para decir:

–Disculpen la molestia, caballeros, pero me urge hacerles una pregunta esencial. ¿Han estado alguna vez en Verdún?

–No –contestaba Turgueniev, seguramente pensando que se hallaba en un país de locos sólo comparable a la santa Rusia.

–Yo tampoco, y sin embargo puedo decir, sin temor a equivocarme, que fallecí en el cielo de Verdún antes de haber nacido. ¿Entienden la paradoja?

–No –respondía Tolstói.

–Ay de mí, ay de mí –suspiraba Althusser antes de desaparecer tras la misma puerta que Proust–, qué difícil es explicar lo inexplicable. ¿Estás por ahí, Marcel? Ya me ha dicho Albert que has vuelto a las andadas. ¿Y Beatriz? ¿Dónde está esa condenada, esa hija del infierno? Me han dicho que la han visto en La Coupole con un miembro de las Brigadas Rojas que si bien lleva barba es un travestido parecido a *La mujer barbuda de Rivera*. ¿Me escuchas?

–Sí –gritaba Proust desde el sótano–, te escucho, pero no hagas ruido, por favor, he estado a punto de apresar a la reina de los roedores.

–¿En serio? ¿Te gustaría que cogiésemos diez o doce ratas para prenderles fuego en las colas debidamente embadurnadas de alquitrán?

–¿Para qué?

–Para arrojarlas todas a la vez a la Escuela Normal Superior.

–Louis, eres un depravado.

–Ja, ja, ¿te gustaría? Dios, acabo de atrapar a la reina que mentabas.

–¿Es hermosa?

–No lo sabes bien, aunque parece algo irritada y no para de morder y arañar la muy terca. Pero a la vez es tan suave: puro terciopelo gris, y huele a avellanas verdes de Normandía. Debe de ser una rata campestre.

–Amordázala bien y que caiga sobre ella todo el peso de la ley.

Aún seguía escuchando a Proust cuando creí que mi cabeza iba a estallar como las bombillas cuando reciben más electricidad de la que pueden soportar.

Dos días después de aquella ensoñación (en estrecha relación con un libro que acababa de leer de Turgueniev y mis excesos con el cannabis y el alcohol) iba caminando por la rue Ménilmontant y sentí, de forma súbita y fundamental, la experiencia del extrañamiento. Ni siquiera podía compararme con «una planta acuática sin raíces», como hubiese dicho algún poeta chino de los que leía entonces. No tocaba

suelo, pero tampoco flotaba en el aire. No notaba nada en mi piel, tampoco el roce de mi propia ropa, como si un golpe de viento me hubiese despojado del sentido del tacto y hubiese transformado el mundo en una sustancia gaseosa, sin consistencia y sin sentido. Seres difusos evolucionaban a mi alrededor. Intuía sus pasos más que oírlos, escuchaba sus voces fantasmales que no me decían nada, pues era como si todas las palabras se hubiesen liberado del sentido y mostrasen su verdadera naturaleza: el vacío. A todo ello se unía el cielo plomizo de París, cuando el mundo se encapota en las dos riberas y las horas se impregnan de una tristeza irredimible. Me invadían las mismas sensaciones que cuando llegué a Francia, la misma impresión de soledad e incertidumbre. El dragón de mi existencia se mordía la cola y percibí con una claridad meridiana que estaba a punto de concluir un nuevo ciclo de mi vida: el que había transcurrido bajo el cielo de París.

Al día siguiente abandoné la ciudad sin despedirme de Nico ni de Alvar, que llevaba dos días sin pasar por casa. Tampoco me despedí del profesor que estaba dirigiendo mi tesis recién empezada y que trataba de los crímenes de los dioses, o para decirlo mejor: de todas esas veces en las que los dioses mataban pensando que a ellos nunca les iba a llegar la hora porque eran inmortales. Pero lo cierto era que también los dioses morían con las culturas que los habían engendrado, como morían los semidioses, los hombres y las bestias.

Lleno de dudas y remordimientos, y arrastrado por una fuerza que no podía explicar y que me parecía la fuerza misma de Marcial, descendí al metro y me dirigí a la estación de Orleans-Austerlitz. Recuerdo que el metro se hallaba detenido en la parada de Chatelet cuando vi desde el vagón a Julio Cortázar al fondo del andén.

Aunque iba cargado con una mochila, decidí saltar al andén para saludarle, pero las puertas del vagón se cerraron herméticamente y esa fue la última imagen que la vida me permitió retener de Julio Cortázar: un hombre alto y de andar pausado y feliz, disolviéndose en la penumbra de un andén del metro mientras arriba, en las calles y los bulevares, estalla la primavera.

Cuando llegué a la estación de Orleans-Austerlitz, advertí que el tren iba a tardar una hora en salir y permanecí un rato junto a la parada de taxis, desde la que se veían los árboles del Jardin des Plantes.

Entonces empecé a recordar momentos de París en los que raramente había pensado. La lluvia cayendo en marzo a ráfagas bruscas y fugaces, empapándote en un instante y luego fugándose como si se arrepintiese de su proceder, tan traidor y tan fulminante. La lluvia difuminando las alamedas del Jardín de Luxemburgo, las estatuas del efebo pensativo, de Acis y Galatea, de la mujer que deja

que una máscara le muerda la mano, de Baudelaire y de Verlaine. O las tardes bordeando el canal de San Martín en dirección a la Bastilla, cuando me sentaba en un banco frente al hotel Oval, para contemplar los barcos inmóviles sobre el agua plomiza y escuchar al saxofonista solitario que acostumbraba a tocar al anochecer, cuando salía de su trabajo. O las noches con Beatriz en un café que se alzaba sobre una terraza escalonada, en un ángulo de la place de la République. O las madrugadas en que miraba al Sena desde el puente Mirabeau.

La llamada del altavoz anunciando mi tren me sacó del trance y corrí hasta el andén donde el Iberia Exprés ya estaba a punto de salir.

Estaba amaneciendo. Abrí los ojos y regresé al presente. Me hallaba en la estación de Pamplona y por alguna razón me creí un deportado recién llegado a Siberia un espléndido día de primavera.

Pasé una noche en casa de mis padres, y muy de mañana me trasladé al monasterio de Leyre, con la intención de vivir en la hospedería interna, la que se hallaba en el interior de la abadía y que obligaba a seguir un horario muy parecido al de los monjes, pero que tenía la ventaja de ser muy barata: unas cuatrocientas pesetas al día.

El lugar donde se ubicaba el monasterio producía una inmediata sensación de paz, y el pantano que se divisaba al fondo de las barrancas verdes semejaba un lago natural reinando en una hondonada que parecía, por su belleza, sus fragancias, sus diferentes gamas de verde y la variedad de sus pájaros, la más apropiada para almas descalabradas y en busca urgente de una trasformación.

Paradiso

De vita beata?

Mi celda era amplia, de paredes blancas y con una ventana que daba a un jardín de robles frondosos y corpulentos, tras los que se divisaba la estela azul del pantano.

Me acosté en la cama, tendí los brazos como un crucificado y me dejé invadir por el sueño, imaginando que estaba tumbado sobre nubes blandas y suspendidas en el vacío.

Muy pronto hice cierta amistad con los monjes, y especialmente con cinco: el portero, el posadero, el granjero, el bibliotecario y el abad. Todos eran gente sumamente amable y con un sentido de la rectitud y el ademán que los seguía vinculando a la Edad Media, si bien sus celdas tenían todas las comodidades y podían salir a menudo del monasterio en alguno de los tres automóviles que tenían a su disposición.

Yo solía pasar las mañanas en la biblioteca y por las tardes daba paseos por los alrededores del monasterio, a veces hasta la fuente de las Tres Vírgenes, que se hallaba muy cerca del monasterio, y a veces hasta la fuente de San Virila, a la que se llegaba siguiendo un recorrido tan variado y asombroso que acababa pareciendo un viaje mucho más largo de lo que era.

Fue allí, en la fuente de San Virila, donde, una tarde, el mundo me pareció una revelación y empecé a darle más importancia a la experiencia de la soledad, atreviéndome a abordar con menos dolor y más claridad mi pasado más inmediato. Poco a poco, fui deslizándome desde el delirio interpretativo a la aceptación de que todo lo que me había ocurrido y me estaba ocurriendo era un regalo del destino, que debía ubicarlo más allá de lo que yo había concebido, y que justamente porque me superaba, me iba a obligar a cambiar de alma.

Una mañana sentí que la vida volvía a arrastrarme y decidí bajar a Pamplona a tomar algo, de modo que a las diez de la noche ya me hallaba en el café del parque de la Taconera pidiendo un whisky en la barra. Fue allí donde me encontré con Roco, y tras abrazarnos nos sentamos en una esquina de la terraza, bajo la abovedada copa de un tilo.

Según supe esa misma noche, Roco había regresado a Pamplona para obtener algún dinero. Ahora estaba trabajando en una película que se iba a titular *La conquista de Albania*.

–¿Y de qué trabajas?

–De soldado albanés.

Pasamos la noche bebiendo como antaño y Roco volvió a ponerme al corriente de cuanto le había ocurrido desde nuestro encuentro en París.

–Por cierto, desapareciste como tragado por la noche.

Asentí.

–Te recuerdo que dabas miedo.

–Es verdad. No estaba en mis cabales. Pero gracias a tu pasaporte conseguí entrar en Colombia. ¡Para qué lo hice...! En cuanto llegué volví a enloquecer con la pasta básica. Total que aún no he recuperado mi baúl y mi obra. Dios mío, toda mi obra. Todos los poemas que escribí durante cinco años, en un estado de iluminación que ya no puedo reproducir, y todas las fotos... Los carretes se habrán estropeado, quizá los cuadernos también.

Luego Roco pasó a contarme que ahora se estaba acercando más que nunca a su padre, al que paseaba en silla de ruedas todos los días por el jardín del geriátrico.

–Reconozco que es una imagen muy crepuscular, acentuada por el hecho de que suelo visitarlo al atardecer. Cuando más rojo está el crepúsculo acerco la silla de ruedas a la balaustrada que da a las barrancas del río. No voy a negar que alguna vez he deseado empujarlo. Lo veo en la silla de ruedas precipitándose hacia el Arga. Choca contra una piedra, luego contra un árbol carbonizado, y finalmente se estrella contra el agua y desaparece. El fin de una raza

de hombres duros y solemnes... Ya sabes, esa clase de delirios que cualquiera tiene en tardes un poco difíciles en las que parece que costase más vivir. Pero le quiero. Hombre, no le quiero con la pasión que te puede arrastrar hacia una mujer, eso no... El otro día el muy condenado me dijo que le hubiese gustado ser mi amigo. A buenas horas. Qué asombrosa es la vejez, Ciro. Ver a mi padre todos los días me obliga a ser consciente de que en muchos casos la locura es la meta final de toda una vida de esfuerzos y obligaciones. ¿No te parece deprimente? De todas formas, no todo son desgracias, en honor a la verdad. Quizá mi padre me deje algún dinero, y entre eso y lo que gane en la película veré si puedo al fin recuperar mi baúl. Dime una cosa, Ciro, ¿conoces a alguien como yo?

–No, eres un caso único.

–En eso te doy la razón. Me lo digo a mí mismo cada vez que me examino: Roco, eres un caso único.

–A propósito, ¿de qué trata la película? –pregunté.

–De una incursión que hicieron una vez los navarros en Albania.

–¿Y por qué razón?

–No se sabe, o al menos no lo explican.

Ya nos habíamos despedido cuando, al caminar hacia la parada de taxis, me encontré con Isaac Morengo. Seguía con su escualidez, sus gafas de montura gruesa, sus ojos de insomne, su voz rota y asmática, y llevaba un traje de lino marrón tan arrugado que lo hacía parecer un mendigo.

Nos dimos un fuerte abrazo y decidí pasar el resto de la noche con él. Se conocía la ciudad al milímetro y entraba en lugares donde nadie entra si no es por necesidad: en los hospitales, en el manicomio, en la morgue, y en una sala de billar que parecía de antes de la guerra y donde estuvimos tomando unas copas mientras conversábamos.

Morengo me dijo que, desde la distancia, había seguido mis lamentables pasos.

–¿Sabes que tienes cara de haber pasado por el infierno?

Me ofendió el tono y comenté:

–Y tú tienes cara de estar siempre en el purgatorio.

–Tienes toda la razón.

–¿Qué sabes de mis amigos?

–De Beatriz nada, y lo lamento.

–¿Y de los demás?

–César ha heredado de su abuela paterna una suma nada desdeñable, según dicen por ahí. Ahora se está ennoviando con Sara.

–No entiendo por qué no lo pensé antes. ¿Y Julio?

–Juraría que anda pegado a su hermano, como de costumbre. Lo curioso es que ninguno de los tres se deja ver, lo que me obliga a sospechar que quizás Sara está consiguiendo lo que ninguna ha

conseguido con ellos.

–¿A qué te refieres?

–Adivínalo –dijo en un tono más bien chulesco que no dejó de irritarme–, aunque si quieres saber más detalles debieras hablar con Sara. Suele pasar por el Niza.

La noche siguiente me hallaba en el Niza y acababa de pedir una copa. Mientras me la servían, bajé la mirada y me fijé en unos zapatos blancos, de sugerente tacón. Seguí elevando la mirada y contemplé unos tobillos finos y seguros, unas piernas lustrosas y duras, unas rodillas redondas y sutiles y una falda corta y blanca. Seguí subiendo la mirada y fue entonces cuando descubrí que me hallaba ante Sara. Parecía recuperada del último malentendido conmigo y daba la impresión de que estaba cambiando de personalidad. Sin dejar de sonreír me dijo que se había enamorado de César Bidar.

–Hiciste bien en escribirme aquella estúpida carta que tanto me dolió. ¿Acaso creíste que Beatriz me había seducido? ¡Pobre infeliz!

Le advertí que no me apetecía hablar de ese y otros muchos asuntos y puse cara de hastío infinito. Ahora su nariz me parecía algo más respingona, como otras partes de su cuerpo, y tras su rostro, lozano y bien configurado, se sospechaba una arrogancia recién estrenada, producto quizá de sus malos recuerdos conmigo y con Claudio.

–¿Y estás bien con César? –pregunté.

–No cambies de tema. ¿Creíste que Beatriz me había seducido hasta el punto de llevarme a la cama?

–Olvídalo, por favor. Tengo claro que os acostasteis y escupisteis sobre mi fotografía.

–¿Cómo en ese pasaje de Proust que me leías en París?

–Sí.

Sara se echó a reír.

–Lo único que recuerdo de aquella noche es que llegamos muy borrachas a su habitación. Ay, Dios, qué poco estilo. Te diré una cosa: una no puede renunciar a cierto espíritu, a cierta elegancia, ya me lo decía mi madre.

–No me gusta el camino que acabas de coger.

–Ya lo sé. Pero te diré algo más: he creído encontrar ese espíritu del que te hablo en César Bidar por primera vez en mi vida. Es el único que tiene un poco de clase. Fíjate si la tendrá que hasta sigue componiendo poemas. No se ha rendido y sabe alternar la Bolsa con las letras como su admirado Eliot.

–¡No sabes cómo lo celebro! Dicen que su cuenta corriente resplandece como el Taj Mahal.

–No seas vulgar. No te delates tan pronto, Ciro, haz un poco de teatro. Ya no me gusta la seriedad.

–Ni a mí.

–Me alegro.

–¿Y tus poemas?

Sus ojos se iluminaron antes de decir:

–Estoy escribiendo un poema contra todos vosotros.

–¿Ah, sí?

–Sí, contra ti, contra Alvar, contra Beatriz incluso, contra Rubí, contra Roco. Verás, tengo una idea de la vida más equilibrada que antes y menos sofocante, y me abruma vuestra tendencia a la precipitación y vuestra falta de tacto. Sois mucho peores que el peor patán de la clase media y me tenéis desesperada.

–Vaya, lo siento.

Sabía que cuando Sara iba por ahí podía convertirse en un alma tétrica sin demasiado interés, y sabía que llevaba tiempo enfadada conmigo y que tenía ganas de expresarlo, así que torcí la conversación diciendo:

–¿Y Julio? ¿Qué ha sido de él?

–¿Hace cuánto que no lo ves?

–Un año.

–Pues hace justamente medio año que, tras fracasar con su hermano en el negocio de un bar, emprendió un camino difícil de entender, aunque igual él lo entiende. Primero estuvo dos meses vendiendo biblias en Barcelona. Te lo juro, biblias de lujo con ilustraciones de Dalí. Luego anduvo un mes por la costa. Más tarde se decidió por una vida de privación y ascetismo y se fue a una aldea en los confines de Teruel con un amigo místico al que según dicen estuvo a punto de matar. Ahora mismo no sé por dónde anda, aunque al parecer está escribiendo muy buenos poemas.

–No me extraña.

–Por lo visto uno de sus sonetos más terribles está dedicado a la que ya imaginas...

–¿Te importaría que dejásemos de hablar de ella? Me sentiría algo más libre hasta para respirar.

–No te agobies, querido. Tómate todas las libertades, lo necesitas, y juraría que yo también –musitó ella, desviando el tema hacia lugares que no me esperaba y que ni siquiera deseaba–. ¿Te gustaría que tomásemos algo en mi casa?

Me fui con ella hasta la casa de la Media Luna y estuvimos tomando whisky en la terraza mientras escuchábamos el gorgotear de la fuente y el lejano rumor del río. Tendidos sobre dos hamacas mirábamos las estrellas y hablábamos perezosamente, como si ya no creyésemos como antes en nuestras propias palabras.

Sara acarició mi mano y dijo:

–¿Recuerdas el verano en que nos vimos por primera vez?

–Sí, pero queda tan lejos...

–Esa es nuestra ventaja. Pocos podrán hablar de una amistad tan larga.

Sara se volvió hacia mí, me miró con temor y dijo:

–Antes te comenté que tenía una vida más equilibrada que en otras épocas.

–Sí, me lo comentaste.

–Pues bórralo, nunca he estado más ansiosa y más disparada, y la prueba de ello es que ando enredada con los dos Bidar. Es mentira que no sé dónde se encuentra Julio. Julio está en Bilbao viendo a su madre y regresa mañana. Estoy acostándome con los dos.

–¿Y?

–Es una locura, lo sé, lo sé, pero me tentaba tanto... Así que cuando hace un mes Julio nos vino a ver tras su negra etapa de Teruel y llamó a mi puerta con cara de estar casi en el otro mundo, caí en la tentación.

–¿Lo sabe César?

–No.

Sara volvió a acariciar mi mano y murmuró:

–Júrame que no se lo vas a decir a nadie.

–Lo juro.

Tras un breve silencio, Sara volvió a rozar mi mano y dijo:

–No te atormentes por lo que pudo ocurrir entre Beatriz y yo aquella noche en París. Hace unos meses ella misma me lo explicó por teléfono. Beatriz tenía sus razones para vengarse de ti y consiguió emborracharme en La Coupole. Logró que perdiera la conciencia y me llevó a su casa. Al llegar al cuarto, me derrumbé sobre la cama. Pero ella me obligó a levantarme y a tomar dos anfetaminas que me espabilaron y me enloquecieron. Las dos entramos en una dimensión de pura locura, y me derrumbé de nuevo. Y derrumbada seguía cuando colocó la fotografía sobre la mesilla para que tú la pudieras ver desde la ventana del rellano. Estuvo acariciándome pero yo había huido a los dominios de Morfeo. Quería sacarte de quicio como nunca hasta entonces y me utilizó de la misma asquerosa forma que tú. Esta es la verdad y todo lo demás son delirios proustianos.

Le agradecí la revelación y volví a obsesionarme con la venganza de Beatriz, que aún no parecía haber tocado fondo.

Ya más tranquila y a la vez más rendida, Sara me dijo que se moría de sueño. Me incorporé y dejé que me acompañase hasta la puerta, donde nos volvimos a besar.

–Cuídate –me dijo, ya en el jardín.

Acababa de dejar atrás el parque de la Media Luna cuando una lluvia menuda empezó a difuminar la noche, pero no me importó y seguí caminando. La lluvia arreció y me tuve que ocultar bajo un

castaño que crecía al borde de la muralla mientras escuchaba los gritos de los pavos reales, que daban vueltas alrededor del monumento a Gayarre configurando la imagen de un horror tan circular y obsesivo que me fui corriendo de allí.

Llegué a la estación de autobuses mojado hasta los cuernos. Ya iba a subir al autobús cuando apareció Rubí.

–Te vi pasar por la calle desde la cafetería de Los Tres Reyes y... decidí seguirte. ¿Cómo estás? –me preguntó.

–Regular, ¿y tú?

–Regular también.

Los dos nos miramos con cara de suplicantes y nos besamos en los labios. Para mí fue como caer por un tobogán oscuro y encontrar al final a la amiga de ayer, abriéndose como un valle muy fresco y tranquilizador.

–Ya me han dicho que andas recluido. ¿Te vienes a mi casa y te olvidas por hoy del monasterio? Es mi último día en Pamplona, mañana me marcho a Barcelona –dijo Rubí, cogiéndome la mano.

–¿Sigues con Claudio?

–A ratos. ¿Por dónde anda Beatriz?

–Deja a Beatriz en sus tinieblas, Rubí. Ella nunca brillará como tú brillas esta mañana tan infernal. Llévame a donde quieras.

Rubí me arrastró hacia una esquina del andén. Empezamos a mordernos los labios mientras deslizaba la mano entre sus piernas y rozaba sus braguitas con las yemas de los dedos.

–Eres un embaucador pero no apartes la mano, Ciro. Llevo un mes de abstinencia y estaba a punto de arrojarme a la noche, que como tú ya sabes está llena de hombres sin corazón –dijo, antes de cerrar los ojos y ofrecer sus labios como placeres perfectamente inesperados.

Nos fuimos a su casa, donde Rubí echó las persianas para crear oscuridad. A pesar del cansancio que arrastrábamos los dos, pasamos un día feliz bajo las sabanas, lamiéndonos las heridas que nos habían hecho y entregándonos el uno al otro con obscena generosidad.

Recuerdo que cuando nos despedíamos Rubí me dijo:

–Es la primera vez que lo hacemos, ¿no te parece milagroso?

Asentí antes de darle un último beso.

En esa situación me encontraba, sintiendo que las carambolas del destino continuaban sucediéndose a mi pesar cuando, una noche en que me hallaba en el recibidor del monasterio, estuve viendo un capítulo de una serie televisiva que se titulaba *España en guerra*. El capítulo trataba del entierro de Durruti. Salían secuencias del cortejo fúnebre dejando atrás el monumento a Colón. Tenía la mirada fija en la pantalla cuando, de pronto, llegó una secuencia en la que se veía en plano medio y a la derecha un guardia anarquista. Sentí un escalofrío. Aquel individuo del gabán negro y la pistola colgando al cinto parecía

Marcial. Súbitamente tuve la certeza de que estaba viendo a su padre y me eché a temblar. La secuencia era larga y aún seguía viendo al guardia anarquista que intentaba contener a la multitud, dispuesta a abalanzarse sobre el féretro de Durruti. El guardia parecía hundido. Cuando los dioses mueren es fácil caer en la desesperanza, pensé cuando ya me retiraba a mi celda.

Esa noche dormí mal y a la mañana siguiente me vino a ver Sara. Traía el rostro desencajado y nos fuimos a tomar café al bar de la hospedería exterior. Allí me dijo que me preparara para recibir malas noticias.

–¿Sabías que hace dos meses Beatriz y Alvar ganaron treinta mil francos en un casino de Normandía jugando a tu número: el 9? –preguntó.

Negué con la cabeza.

–¿Sabías que hace un mes se casaron en Tailandia siguiendo el rito tailandés?

Volví a negar.

–¿Sabías que después se fueron a China?

Negué de nuevo.

–Pues aún no sabes lo peor: en China han tenido un accidente y Alvar ha muerto.

Sara se calló. Le costaba seguir y se echó a llorar mientras yo la miraba con ojos de espanto. Sara se repuso y continuó:

–Beatriz ya ha identificado el cadáver ante las autoridades chinas y en principio no se exige la presencia de más personas para trasladar al difunto a España. Pero Beatriz pide, suplica, que acuda alguien a acompañarla en tan duros momentos, ya que el cadáver no va a poder ser trasportado hasta finales de mes, por problemas derivados de la compañía de aviación, que sólo hace un vuelo cada quince días.

–¿Y sus familiares?

–El padre de Alvar murió el año pasado.

–No me lo dijo.

–No se lo dijo a nadie. Ya conocías su dandismo delirante. No le pareció elegante hablar de la muerte de su padre, y no habló, pero estuvo en el entierro, según me dijo Rubí.

–¿Y su madre?

–Padece agorafobia y está casi paralítica.

–Menudo panorama... ¿Cómo te has enterado de lo que me acabas de contar?

–Me lo dijo Beatriz ayer por teléfono. No se atrevía a dirigirse a ti –comentó Sara en tono de reproche.

–¡Qué delicadeza por su parte! ¿No pretenderás que vaya yo?

–¿Y quién si no? Eres el único que dispone de tiempo y el único que sabe algo de chino. ¿Tienes dinero?

–Algo me queda y algo puedo pedir.

Fue entonces cuando sobrevino el peor momento de la mañana. Sara y yo nos miramos y nos echamos a reír a grandes carcajadas, como infames, como malditos, nos echamos a reír. Ambos llevábamos un tiempo de emociones desesperantes que se sucedían como las curvas de una montaña rusa y de pronto la risa salvaje, la risa cruel, brotó de nuestras gargantas como una imperiosa necesidad de conquistar otra visión de las cosas y hasta otra forma de respirar.

El abad de Leyre nos sorprendió en pleno ataque de hilaridad y de la risa pasamos al llanto con entera naturalidad.

¿Malas corrientes?

Pasé buena parte del viaje dormido, procurando no pensar, y cuando me desperté estábamos sobrevolando las áridas planicies de Mongolia.

Nada más llegar al aeropuerto de Pekín advertí que había llegado a un país que tenía prohibido el color. Empecé a marearme mientras caminaba hacia la sala de recogida de equipajes. Dos policías chinos, un hombre y una mujer, se acercaron a mí:

–¿Se siente mal?

–No, no, en absoluto.

Me tendieron la mano y me dieron la bienvenida.

–Bienvenido a China. ¿Nos acompaña?

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que en realidad los dos policías me estaban esperando. Sin salir del aeropuerto, me fueron conduciendo hasta el avión que habría de dejarme en Jinan.

A seis años de distancia de la muerte de Mao y a menos de dos años del derribo de la Banda de los Cuatro, que según sus adversarios había estado a punto de conducir a China a una nueva guerra civil, se notaba en el aire una cierta agitación aún dentro de la calma, y la tensión se podía mascar en las salas de espera, sumamente vigiladas,

en los pasillos y en los aviones.

Al llegar al aeropuerto de Jinan pude ver al fin a Beatriz, en compañía de una funcionaria china. Su sola presencia convirtió aquel pabellón de cristal, aluminio y paredes grises en el escenario de una pesadilla. Era una pesadilla que estuviéramos allí, mirándonos a la cara, cuando ya sólo sentíamos la emoción del desaliento: una especie de frío intenso en el sexo y el corazón.

–¿No le vas a dar un beso a tu *piccola* Beatrice? –dijo para mi sorpresa, como si fuese la Beatrice de Dante y ya estuviese muerta.

La besé fríamente. Beatriz susurró:

–Sígueme. Nos espera un coche que nos conducirá hasta Tai'an.

No mucho después entramos con la funcionaria en un coche gris y fuimos cruzando una ciudad negra y rugiente, llena de centrales térmicas que se elevaban como castillos medievales entre las casas negras y la atmósfera sucia. Con mi cabeza poblada de mitología china, ciudades prohibidas y palacios de verano, ver un país tan opuesto al que yo había imaginado me sobrecogía.

–¿En qué piensas?

–En el infierno.

En bulevares tan polvorientos como abarrotados de ciclistas algunos hombres y algunas mujeres vendían, de forma más o menos clandestina, animales vivos, que solían ocultar en cualquier parte: peces, crustáceos, conejos, ratas. Los mostraban a los transeúntes como si fuesen tesoros. A Beatriz le mostraron una rata y dio un grito. El señor del animalito se estuvo riendo un rato.

Dejamos atrás Jinan y nos adentramos enseguida en una carretera que llegaba hasta el mar. En adelante, sabíamos que iba a ser difícil toparse con alguna cara occidental y nos sentimos más solos.

El conductor, que se llamaba Daji, nos ofreció aguardiente de arroz. Beatriz y yo bebimos directamente de la botella y, algo más entonados, dejamos que nuestras miradas sobrevolaran los parajes que se iban sucediendo ante nosotros: visiones de un país más íntimo y silencioso de lo que yo había imaginado; brumas grises y ocres, disipándose lentamente y velando a veces las inmensas alamedas; pueblos pequeños, recortándose contra las plantaciones de soja, pueblos rodeados de muros de adobe, y que seguramente habían sido feudos hasta antes de la Revolución, pueblos pobres.

Eran las siete de la tarde cuando nos dejaron a la puerta del hotel de Tai'an, donde nos esperaban los tres funcionarios chinos que nos condujeron hasta el depósito: una sala amplia y fría con techo de zinc. Uno de los funcionarios nos fue guiando hasta la casilla 9, y mirándonos a los ojos hizo un movimiento enérgico con la mano. El cadáver de Alvar empezó a aparecer.

Me aparté de inmediato y vomité en un cubo de plástico mientras

los funcionarios chinos fumaban cigarrillos de papel amarillo.

Beatriz parecía anestesiada. Daba la impresión de que estaba en otra parte y de que por eso había mirado el cadáver con aquella paz de espíritu.

Desde allí nos devolvieron al hotel, en cuya cafetería estuvimos bebiendo aguardiente de arroz mientras contemplábamos desde la ventana la ciudad a la luz de la luna llena. El río plagado de algas iba haciendo meandros entre la ingente sucesión de casas grises que se prolongaban hasta las montañas casi veladas por el smog, y la noche se fue poblando de bicicletas.

Me aparté del ventanal y miré a Beatriz.

–No te veo muy conmovida.

Beatriz se quedó menos sorprendida de lo que pudiera parecer ante aquel comentario. Una parte de su dolor estaba ya asentado, y también una parte de su experiencia.

–He pasado tres noches en el depósito, velando su cadáver. Me sentía tan sola que hasta prefería estar con los muertos... Supongo que ya te habrán dicho que en Tailandia...

–Sí, me lo han dicho.

–La noche que nos casamos nos acordamos mucho de otra noche, la primera en que nos acostamos en vuestro apartamento de la rue Sorbier. No te puedes imaginar el terror que sentimos cuando, en medio de nuestro sofoco, empezamos a oír tus brutales golpes en la puerta. Creí que el cielo se precipitaba sobre mí, más o menos como ahora.

Me negué a mirarla, como si no quisiera comulgar con ninguno de sus sentimientos ni compartir ninguna de sus emociones. Eran ya las doce y me retiré a mi habitación.

Hacia las cuatro de la tarde del día siguiente, el chófer y la guía nos dejaron a las puertas de las escalinatas de Taishan y allí se despidieron de nosotros, permitiéndonos hacer la ascensión solos.

Fue entonces, al despedirme de la mujer, cuando me percaté de lo mal que miraba a Beatriz, como si viese en ella la encarnación de todas las corrupciones de Occidente.

Las nubes habían desaparecido cuando dejamos atrás el portal Daizong y comenzamos a subir los primeros tramos de la escalinata, jalonados por pequeños puestos de té y viejos haciendo tai-chi.

Los peregrinos chinos que subían con nosotros, vestidos casi todos con casacas y pantalones azules, parecían brasas parlantes, que se deslizaban por los escalones como chispas de fuego fatuo. También pasaban a veces ante nosotros gallinas, ocas, pavos, cerdos, y patos de los lugareños que vivían junto a la escalinata. El aire se sentía cálido, el cielo volvía a estar encapotado y abundaban los mosquitos.

Empezó a llover, pero no llevábamos chubasqueros y para cuando

quisimos darnos cuenta estábamos empapados.

La escalinata parecía conducirnos ahora a un cielo gris y negro del que no podían esperarse demasiadas iluminaciones. A la par que la lluvia, se adensó también la niebla, y los peregrinos empezaron a parecernos seres sobrenaturales, disipándose entre la bruma.

–¿Por qué estamos en Taishan? ¿Os ocurrió algo aquí? –pregunté lleno de irritación y con la ropa empapada.

–Sí –contestó, y siguió subiendo, terca y ciega, como si la guiara una idea fija. Daban ganas de abandonarla.

Tras media hora de subida llegamos a la Puerta Central del Cielo, lugar hasta el que llegaba la carretera de Tai'an y donde se veían algunos comercios bajo una especie de quiosco circular.

–Sígueme –dijo Beatriz, y comenzamos a descender por la carretera rodeada de árboles.

Apenas habíamos caminado medio kilómetro cuando Beatriz señaló un árbol junto a la carretera en cuyo tronco se veían rozaduras. Miré a mi alrededor. Hayas enormes creciendo en las barrancas, una carretera vecinal, rocas negras y amenazantes. Se trataba de uno de esos lugares donde crees notar agazapada la mano del destino, uno de esos lugares misteriosos y como al margen del tiempo, anclados en sí mismos, silenciosos, secretos a pesar de ser visibles, y en los que sientes que han ocurrido muchas cosas a lo largo de los siglos. Un lugar de malas corrientes.

–Aquí fue –dijo–. Llovía como hoy está lloviendo, y en lugar de seguir subiendo, decidimos coger un taxi que vimos junto a las tiendas y regresar al hotel. Alvar se colocó junto al chófer y no se puso el cinturón. Recuerdo que antes del choque Alvar me estaba proponiendo que sedujese al taxista. Hazlo por nuestro amor, me decía, hazlo por nuestro amor.

Me aparté de ella y grité:

–¿Has acabado tu narración?

–Sí.

–Me alegro.

Apenas la miré y continué subiendo hasta llegar a una desviación que conducía al Valle de las Piedras Escritas. Siguiendo una flecha tallada sobre una piedra, dejé atrás un quiosco y no tardé en toparme con un río de aguas trasparentes y caudalosas, en cuyas piedras se hallaba tallado el Sutra del Diamante con caracteres pintados de rojo. Me asombró y me aterró que un verso tallado junto a la corriente dijese:

Regresé temblando de frío a la escalinata principal, donde volví a encontrarme con Beatriz, que aguardaba sentada en un banco de madera. La lluvia mojaba las piedras escritas que se iban sucediendo a lo largo de la escalinata. Buda y Mao se repartían las inscripciones pero apenas podía fijarme en ellas: mi cabeza seguía ocupada por todo lo que me sugería Beatriz. Hubiese deseado subir aquel Calvario solo y notaba que cada vez me ahogaba más su presencia, su historia, los recuerdos y experiencias que nos vinculaban y hasta aquella misma situación, perdidos en un rincón del mundo mientras un cadáver esperaba en un hangar.

Los chinos no estaban acostumbrados a ver occidentales por aquellas altitudes y continuamente nos pedían hacernos fotos con ellos, circunstancia que hacía más penosa nuestra subida.

A punto de llegar a la Puerta Meridional del Cielo, la bruma se adensó tanto que desapareció la escalinata. Bastó sin embargo un golpe de viento para que apareciesen ante mis ojos una puerta roja y miles de chinos con chubasqueros igualmente rojos.

Más allá de la Puerta Meridional, los caracteres sobre las piedras eran dorados y a nuestra derecha se elevaba, sobre las rocas ocres y macizas, un pabellón de arquitectura tradicional: el Templo del Emperador de Jade.

Cerca del templo, vimos una tienda donde preguntamos si podíamos comprar ropa.

–Aquí no vendemos trajes, señor.

–¿Y vestidos?

–Tampoco. Sólo tenemos viejos abrigos del ejército –dijo el dependiente–. Son muy baratos y abrigan mucho.

Le pedimos dos y no tardó en aparecer una muchacha con dos abrigos verde oliva, recios y pesados, con botones dorados y una estrella roja en la solapa. En cuanto nos los pusimos sentimos, además del olor de otros cuerpos que se habían cobijado en ellos, cierta asfixia y el malestar de seguir con la ropa mojada por debajo del algodón lleno de ácaros.

–Tienes los ojos extraviados –dijo Beatriz–. Casi me das miedo.

La miré con asco y musité:

–Creo que te aborrezco.

–Lo sé.

¿Los muertos pueden tocarnos?

Según una antigua leyenda china, en el origen el mundo era sólo caos, y la tierra y el cielo se mezclaban como una clara de huevo viscosa e inhabitable. Y en esa clara estuvo madurando durante dieciocho mil años el titán Pan Gu, al cabo de los cuales despertó y fue su única misión durante toda su vida separar el Cielo y la Tierra con su sable llameante. Operación que le llevó otros dieciocho mil años. Finalmente Pan Gu desfalleció y su gigantesca figura cayó sobre la Tierra hecha pedazos. De su tronco surgió la montaña del Centro, de su brazo derecho la montaña del Norte, de su brazo izquierdo la montaña del Sur, de sus dos pies la montaña del Oeste, y de su cabeza surgió la montaña del Este, es decir Taishan. Lo que equivalía a decir que nos hallábamos en la cabeza del forjador del universo, pero para llegar a la cima de aquel cráneo de piedra y maleza había que subir más de siete mil escalones, que finalmente habíamos subido. Miré hacia las nubes, cada vez más elevadas, y comprendí por qué aquel lugar se llamaba la Puerta del Cielo. El cielo era el borde mismo del abismo; y ese cielo y ese abismo no podían tener dinteles, aunque fuesen una puerta.

Eran las tres de la mañana pero había agitación por todas partes.

La vida, en aquella plaza que preludiaba la cima de Taishan, era tan activa por el día como por la noche, y a todas horas se veían peregrinos de todas las regiones de China.

Apuramos la petaca de aguardiente de arroz y caminamos entre la gente hasta el Balcón del Abismo para ver la salida del sol.

Un mar de nubes cubría el inmenso valle que se extendía más allá de los precipicios y llegaban desde su fondo voces irreales, de un tono tan nítido como fantasmagórico. Quizá se trataba de gente del valle que acababa de levantarse: seres que evolucionaban ahora bajo el mar de nubes y cuyas voces llegaban a nosotros por un complejo juego de ecos y oquedades.

Los peregrinos empezaron a amontonarse al borde de la roca y un militar comenzó a anunciar con un megáfono que el sol estaba a punto de surgir del mar de algodón. Como nos había visto a Beatriz y a mí, dijo algunas palabras en inglés con el fin de hacernos partícipes de su arenga:

–Una vez más el sol está a punto de salir... –gritó mientras caminaba marcialmente entre la gente–. Camaradas, una vez más... Según nuestros cálculos ya está sobrepasando las últimas nubes. Efectivamente, aquí llega el sol, aquí llega el sol, *here comes the sun, here comes the sun*, camaradas, camaradas, *here comes the sun*... Fíjense bien... ¡Qué esplendor, qué poder, qué arrogancia! Le basta con aparecer para trasformarlo todo, como al Gran Timonel... Observen cómo está a punto de emerger toda la esfera con todos los matices del rojo. ¿No les parece un milagro?

Un militar de graduación superior se acercó furioso al pregonero y le arrancó de las manos el megáfono mientras lo insultaba a voz en grito.

–¿Qué le ha dicho? –me preguntó Beatriz.

–Le ha asegurado que nunca más volverá a anunciar el amanecer. También le ha acusado de perturbado mental y de considerar un milagro algo tan cotidiano como la salida del sol.

–Pobre. Con lo bien que lo estaba haciendo. No entiendo cómo la gente puede ser tan cruel.

La miré con estupor.

–¿No entiendes qué?

–La crueldad gratuita.

Me eché a reír. Beatriz me dio un tortazo fulminante e involuntario que dejó aturdidos a los chinos que nos rodeaban.

Sentí compasión por Beatriz y por mí. La falta de respeto seguía siendo notoria. Su mismo tortazo era una especie de invasión y un acto de familiaridad desmedida. Nos convenía no tocarnos, ni bien ni mal. Estábamos llevando a cabo una especie de duelo. Estábamos consumiéndonos por dentro para luego poder respirar de otra manera.

Y era un trabajo que exigía concentración y respeto.

Como dos presos a los que, para su gran disgusto, los llevasen sujetos a la misma cuerda, tomamos un camino de grava que nos había indicado un policía y no tardamos en llegar a una casa de aspecto chino erigida al borde de una roca: era la posada.

En el vestíbulo, vimos a varios gerifaltes del Partido tomando té junto al ventanal que daba al barranco, y que nos miraron despectivamente. Intenté ignorarlos y pasamos a la recepción, donde nos recibió una mujer de mirada viva y aspecto consumido que debía de haber sido muy hermosa. Le pedí dos habitaciones. La mujer me dijo:

–Han tenido suerte. Sólo hay seis habitaciones para los huéspedes, y ya están ocupadas cuatro. Las que quedan para ustedes.

–Muy agradecido –dije cogiendo las llaves.

Los gerifaltes del Partido se fueron y la casa quedó sumida en un silencio que achicaba el alma. Un grito no demasiado lejano nos paralizó.

–¿Y ese grito? –pregunté.

–Es un pobre loco. Pero no se inquieten, por la noche le administran un somnífero y ya no molesta a nadie hasta las nueve de la mañana.

Beatriz empezó a temblar, como si por primera vez desde nuestro nuevo encuentro empezase a perder el control. Me miró sin verme y se acercó a la puerta.

El cielo de Taishan comenzó a iluminarse periódicamente mientras la lluvia azotaba los cristales, creándome la impresión de que me hallaba en un junco fragilísimo en medio del mar. Iba a salir tras ella cuando la mujer me agarró del brazo y me preguntó por mi nacionalidad. Se la dije. Entonces me contó que justo antes de la claudicación de Pekín había pasado por Taishan un jesuita español llamado Camilo, acompañado por un sabio francés, también jesuita. La mujer insinuaba que Camilo había intentando seducirla, pero con mucha delicadeza y mucha caballerosidad, y que solía regalarle ramos de flores. Revelación que me obligó a pensar que mi tío nunca perdía el tiempo y que Yankuén no había sido la única mujer china con la que había mantenido, o había intentado mantener, tratos sentimentales. La mujer parecía muy cansada y a punto de desplomarse. Así que, cuando vi que se incorporaba para retirarse a su dormitorio, desistí de hablarle de mi parentesco con el jesuita que le regalaba flores.

Salí de la posada confundido por lo que acababa de oír y descubrí a Beatriz detenida ante un barranco. En cuanto me vio se acercó a mí, sonriendo patéticamente.

–¿No estarás pensando lo peor? –dije.

Negó con la cabeza.

–¿Sabías que en este viaje a China teníamos el propósito de concebir un hijo? –preguntó sin dejar de sonreír.

–¿Y por qué iba a saberlo?

–Tienes razón. Queríamos ser una pareja perversa y fructífera al mismo tiempo. Pero me engañaría a mí misma si no te dijera que pensaba todo el rato en ti, y que tu recuerdo era como una herida que estaba supurando siempre.

La miré con desprecio y me dirigí al camino. Ella me siguió. Desde lo alto de una roca se divisaba un cementerio. Beatriz me cogió del brazo y dijo:

–Siento que el fantasma de Alvar nos persigue. A veces creo que me roza con sus dedos.

–No temamos a los muertos más que a los vivos.

–¿Eso crees? Pues yo tengo la impresión de que no hay peor enemigo que un muerto –musitó, y empezó a tiritar antes de decir–: Finalmente estamos en la escalinata aquella de la fotografía de tu tío, la que vimos el día que nos prometimos que viajaríamos juntos a China. Ahora estamos juntos, y en China. ¿A que no te lo imaginabas de esta manera?

–¿Eso crees? No sé si recuerdas bien la escena de la promesa. ¿Quién estaba con nosotros?

–Tu tío, pero algo más adelante, junto al coche.

–¿Y nadie más?

–No.

–Te engañas, se hallaba con nosotros Alvar y se enfadó porque lo estábamos excluyendo de nuestros planes.

–Dios mío, es verdad –y se quedó aterrada ante aquel vacío de su memoria.

El viento empezó a silbar entre las peñas y volvíamos a notar sobre nuestras caras la lluvia cuando decidimos volver a la posada.

Beatriz se encerró en su cuarto. Yo me encerré en el mío y lo contemplé por primera vez. La cama era bastante estrecha y en la pared se veían algunas pinturas de antes de la revolución: viejos charlando en un jardín, campesinos a caballo, pinos azotados por el viento.

Finalmente me dormí. Me despertaron golpes contundentes en la puerta. Sin encender la luz abrí y vi a Beatriz en camisón, que me empujaba brutalmente hacia el interior del cuarto y cerraba la puerta tras ella. Nunca la había visto así. Su respiración era trágica, su mirada perdida, sus manos se crispaban como si deseara estrangularme y con una de ellas empuñaba una lima de uñas a modo de cuchillo.

–¿Qué te pasa?

De pronto despertó. Su mirada pasó de la ceguera al estupor y dejó caer la lima.

–¿Qué hago aquí? –gritó.

No supe contestar.

Beatriz juntó las manos como una suplicante y empezó a gimotear mientras escupía:

–Estoy en el infierno, Ciro. Tú no sabes lo que es estar en el infierno. Los nervios parecen querer salirse de tu cuerpo. Te tirarías de un barranco.

Comencé a acariciarla, recordando aquella vez en que mi tío abordó a un loco. Ilusoriamente creí que podía hacerme cargo de su temblor, atender a sus vibraciones más íntimas y apaciguarlas. Pero su agitación se acentuó y tuve que ayudarle a ingerir dos calmantes. Al día siguiente nos ordenaron trasladarnos a Pekín donde pasamos dos días flotando en alcohol mientras recorríamos como dos autómatas la Ciudad Prohibida, o paseábamos por una calle con un ciruelo en la que había estado mi tío, o hablábamos de los círculos del infierno que cobijaba en sus adentros la vida.

Eran conversaciones a tumba abierta, en la atmósfera enrarecida de Pekín. Conversaciones bajo la lluvia o al amparo del cobertizo de una carbonería, en una calle llena de carbonerías desde la que se veía un foso de la Ciudad Prohibida. Llegaba hasta nosotros la música de un flautista ciego que a Beatriz le producía espanto. El flautista se marchó y nos sentamos en una tasca junto a la carbonería. Una vieja nos sirvió dos cervezas chinas. Beatriz rozó mi mano; mientras la miraba recordé unos versos de Valente que hablaban del ángel exterminador.

Como si leyese mis pensamientos, Beatriz se echó a reír salvajemente, con una risa dolorosa y tétrica. Cuando se hartó de hacerlo volvió a sumirse en la mudez, hasta que me susurró al oído, con una voz grumosa y triste:

–¿Nunca te has puesto a pensar que podríamos ser asesinos sin saberlo?

–No.

–Lo suponía. En esta guerra que nos traemos nunca has querido aceptar tu parte de responsabilidad.

¿El perfecto vacío?

Agosto es el mes más cruel, en el que probablemente se cometen más asesinatos y ocurren más accidentes, porque es el mes de las vacaciones y del vacío del ser, y porque agosto genera putrefacción en la tierra de los cementerios, mezclando angustias y recuerdos, removiendo turbios deseos en el aire seco, pensé recordando a Eliot mientras veía cómo la tierra seca caía sobre el ataúd de Alvar.

Ni siquiera la fragancia de las flores que rodeaban la fosa conseguía ocultar el mal olor que llegaba desde el río tras varios meses de sequía. El día anterior, el Arga había aparecido lleno de peces muertos, que se amontonaban junto al puente de piedra más próximo al camposanto, y que llenaban el aire de olores pestilentes.

Miré a mi alrededor y fui descubriendo los rostros de mis amigos. Allí estaba Julio Bidar vestido de negro y allí estaba César con un traje inglés de aire veraniego y el gesto adusto del que piensa en la muerte, en su propia muerte. Allí estaba Claudio, con cara de haber tomado demasiados calmantes, al igual que Sara, que parecía narcotizada, allí estaba también Roco, que había empezado a sacar fotografías de la ceremonia con mucho esmero, como si quisiera hacer algo artístico; allí estaba Rubí, con un abanico negro, y allí estaba la que no podía

faltar: Beatriz, que llevaba un traje de chaqueta negro, gafas oscuras y el pelo recogido en un moño que le daba a su rostro un aire más grave y más definido. A su lado gemía la madre del finado sentada en una silla de ruedas.

No se hallaban entre los presentes los padres de Beatriz, que no sabían que su hija se había casado en Tailandia ni seguramente lo iban a saber nunca, pues se trataba de bodas que no tenían validez en España.

El sacerdote acababa de formular una serie de tópicos sobre la muerte y la vida eterna cuando Claudio se echó a llorar, y tras él Beatriz. Sara y Rubí empezaron a mirarse con cara de circunstancias, hasta que Claudio contuvo su llantina y, echándose hacia atrás el flequillo rubio que seguía golpeándole la frente con la misma cadencia que en la adolescencia, leyó, como habíamos acordado el día anterior, un poema de Alvar que decía:

> Hoy he vuelto a nacer
> como nace el deseo y nace el amor.
> ¿Beberé otra vez la sangre de Jesucristo?
> Temblor es el nombre de la última sombra
> que se oculta tras la última voz.
> ¿Temblor es el nombre del último dios?

Claudio calló, y en esa ocasión ni Sara, ni Rubí pudieron evitar las lágrimas. La madre del difunto también se echó a llorar. Bajo el sol implacable de agosto su dolor adquiría una seriedad tan angustiosa como aplastante.

Concluido el entierro, fuimos saliendo del cementerio por la alameda principal, entre cipreses y panteones. Beatriz iba la primera, empujando la silla de ruedas de la madre de Alvar, y todos los demás íbamos detrás, como una procesión de cuervos en cuyos lomos se reflejaba el sol mate de finales de agosto.

A las cuatro de la tarde comenzamos un ágape fúnebre en casa de Sara. Como la noche aún iba a tardar en llegar y deseábamos penumbra y oscuridad que nos apartaran del mundo, cerramos todas las persianas del salón y colocamos una vela por comensal en medio de la mesa, rodeando dos calaveras mejicanas. Una vez más, Claudio hizo de maestro de ceremonias y mientras comíamos y bebíamos leyó otro poema de Alvar:

Antes de que la vida empiece a parecer siempre
el mismo capítulo de la misma novela aburrida,
antes de que la brisa de la primavera deje
de alentar tus palabras y avivar tu sonrisa
de animal insobornable y amante enloquecido,
antes de que el fuego del deseo se convierta
en fuego fatuo,
quisiera tatuar en mi espalda, muy cerca
de la línea de los glúteos, un mensaje que dijera:
confieso que he llegado a lo más profundo
del ser,
simplemente dejándome llevar por la noche
y por el frío
y ahora me voy sin cuerpo, sin odio y sin amor
a las regiones imposibles
de la más pura emoción:
el perfecto vacío.

Todos nos quedamos mudos. Beatriz se echó a llorar y dijo:

–No es un poema muy esperanzador.

–Tienes razón –musitó Claudio–, pero a la vez sí que lo es. Caer en el vacío es necesario a veces, caer en el más profundo vacío. Alvar tenía un camino: el placer continuo, a costa de lo que fuera. No me parece el peor destino. ¿Dónde está ese maldito Burdeos que tanto proclamaba Sara?

Empezamos a beber con ansiedad y con la voluntad de llegar a la ebriedad profunda. En eso había un acuerdo general y las botellas pasaban de estar llenas a estar vacías a una gran velocidad.

Tras el vino, comenzamos a beber aguardiente de Rioja, que a pesar de tener sesenta grados no se notaba demasiado en la garganta.

Fue entonces cuando comenzamos a flotar y a perder toda clase de pudor. El alcohol no mermaba nuestra energía, muy al contrario, parecía multiplicarla al hallar un terreno abonado por las emociones más fuertes: el miedo, el terror, la sensación de soledad, la sensación de abismo. Todo ello fue generando entre nosotros una especie de fraternidad que Beatriz aprovechó para ir provocando en la mesa cierta sensación de orgía. Se sentía la esposa del difunto, el ser más próximo al muerto entre todos los comensales, el que más debía ofrecerse y dar.

–Hoy me daría a todos sin excepción. Mirad –dijo.

Beatriz elevó la falda y arrojó vino sobre la pierna en la que llevaba una liga roja. Nunca había presenciado una escena tan bíblica. Parecía Salomé borracha tras ver en la bandeja la cabeza del profeta.

Todos aplaudieron su gracia. Beatriz depositó la copa sobre la mesa y dejó que Roco le besase la pierna mojada de vino. Parecía tan ebria que casi no se tenía en pie. Rubí, que nunca quería quedarse atrás, se dejó besar por Julio y aceptó también las caricias de César, que había

empezado a besar también a Rubí ante el estupor de Sara, ya dispuesta arrojarse a mí.

Después hubo muchas más maniobras en la oscuridad, pero, en lo que a mí respecta, no hubo ya conciencia. Sé que hablé, y bebí y besé, pero con la mente sumida en ese vacío tan buscado por nuestro amigo recién enterrado. Olvidé mi ser y durante unas horas no supe nada de mí. Dejé que mi cuerpo obrase como una máquina ciega y no obstante capacitada para convertir todos los cuerpos en un único cuerpo verdadero. El misterio de la Santísima Trinidad pero con más personajes y más complejidad dialéctica.

Aún no ha amanecido y contemplo el paisaje después de la batalla. Hay copas y botellas en el suelo, en la mesa de billar, en la terraza. Junto al diván en el que reposan Sara y los hermanos Bidar veo un corsé y prefiero no pensar de quién puede ser. El busto de Minerva que se halla a la derecha lleva una liga roja en la cabeza, que le cubre los ojos y la convierte en una imagen pintoresca de la Justicia. Es la liga que llevaba Beatriz cuando vertió vino sobre sus piernas. Giro a la izquierda, y al fijarme en una de las calaveras, recuerdo cuando hablaba con Alvar de la muerte de la inmortalidad, y pienso que en realidad eso es la muerte de la juventud. Más allá veo a Rubí durmiendo junto a Roco y Claudio. Observo que Rubí lleva el sujetador negro atado a uno de los tobillos como ala de Mercurio, pero no veo por ningún lado a Beatriz. En parte me da igual. Siento la tranquilidad del vacío hasta que empiezo a fijarme mejor en las caras. En la blandura del sueño, en la inercia fundamental que impone a los cuerpos, los signos del deterioro y la escritura que el tiempo lleva a cabo en la piel se imponen a mis ojos con una evidencia que la vigilia, con su agitación y sus movimientos, no me habría dejado ver. Puedo apreciar cómo las caras tienen ya algo de máscaras, hijas de la repetición inconsciente de ciertos movimientos de asombro, de angustia, de rabia, de paciencia, de resignación, de deseo y hasta de inapetencia. Puedo comprobar, en los cuerpos que me rodean con los ojos cerrados como un círculo de estatuas ciegas, que la demolición ya ha trazado el boceto apenas visible de lo que más tarde será el dibujo de la muerte.

Salgo de la casa y avanzo desnudo por el jardín en medio de la oscuridad, sorteando árboles, una fuente gorgoteante, arbustos... De pronto me detengo ante un rectángulo negro que no identifico con nada. Doy un paso hacia delante y acto seguido me siento sumergido en una sustancia líquida. Acabo de caer a la piscina. Mi aturdimiento general se esfuma y empiezo a nadar hasta que alcanzo la escalera metálica y salgo del agua. Todavía es de noche y regreso al salón para

buscar mi ropa.

Ya vestido, vuelvo a mirar a mi alrededor y los nervios me dominan. Veo a todos mis amigos, tendidos en cualquier parte, pero no veo a Beatriz.

Abandono la casa y corro hasta la calle de Beatriz: son las ocho de la mañana. Ya en su inmueble, la portera me dice que Beatriz acaba de irse con una maleta en la mano.

Bajo en taxi hasta la estación y al llegar al andén veo su tren partir y a ella tras la última ventanilla del último vagón. Va diciéndome no con la cabeza mientras que con la mano derecha me dice adiós. Parece una marioneta ebria.

¿Máquinas disociadoras?

«El mundo apareció sin el hombre y desaparecerá sin él... Desde que comenzó a respirar y a alimentarse hasta la invención de los artefactos atómicos y termonucleares, pasando por el descubrimiento del fuego (y salvo cuando se reproduce a sí mismo), el hombre no ha hecho otra cosa que disociar alegremente miríadas de estructuras para reducirlas a un estado en el que ya no son susceptibles de integración. Sin duda el hombre ha construido ciudades y ha cultivado los campos, pero sus objetos son en sí mismos máquinas destinadas a producir inercia a un ritmo y en una proporción infinitamente más elevados que la cantidad de organización que implican... En cuanto a las creaciones del espíritu humano, su sentido sólo existe en relación con él, y se confundirán en un mismo desorden cuando el hombre haya desaparecido... Si bien la civilización, vista en su conjunto, puede ser descrita como un mecanismo prodigiosamente complejo en el que estaríamos tentados de ver las posibilidades que tiene nuestro universo de sobrevivir, su función es únicamente fabricar lo que los físicos llaman entropía, es decir inercia...»

El mismo día de la fuga de Beatriz, mientras paseaba por los jardines de la Taconera, me venían a la cabeza aquellas demoledoras

palabras de Lévi-Strauss en *Tristes trópicos*. No las recordaba tal como eran, pero sí me había quedado muy clara la idea de que el hombre se dedicaba a disociar alegremente millones de estructuras, para reducirlas finalmente a la nada. La teoría del antropólogo referida a la especie humana la proyectaba ahora sobre mi persona y la de Beatriz. Pensaba en las estructuras que habíamos ido destruyendo alegremente, ignorando lo mucho que esas demoliciones podían modificar nuestro destino.

El cielo se estaba poblando de estrellas. Pasé junto al monumento a Gayarre, donde tantas veces nos habíamos besado, y me detuve ante la balaustrada de hierro tras la que se hallaban los barrancos que iban a morir al río. Era como si me hallase en una de las barrancas de Taishan, pero me notaba lejos de aquella dimensión y de las emociones que había sentido junto a ella en China. Desde entonces habíamos subido, habíamos bajado, habíamos vuelto a subir, habíamos enloquecido un poco más.

En el principio está el fin, pensé lleno de estupor. La sobreexcitación de la orgía aún no me había abandonado y estaba como en trance mientras intentaba quemar en los hornos de la mente mis experiencias más recientes. De nuevo me sentía suspendido en el más puro vacío, acentuado por el silencio nocturno y el calor del aire que me envolvía como una placenta a ratos amable y a ratos sofocante.

La fuente circular, la estatua blanca, los tilos se habían despojado de carnalidad: eran como proyecciones del pasado sobre un presente vacío.

La noche se empezó a cargar de certezas que surgían de pronto, entre la maleza del pensamiento, con una claridad que una hora antes ni siquiera me hubiese atrevido a imaginar, y sentí que se me iba la cabeza. Recordé el banquete fúnebre, recordé a todos los comensales y fui consciente de que no estaba lejos el final de nuestra juventud, ni lejos nuestra nueva dispersión, que iba a ser sin duda más definitiva que las anteriores, ni lejos los días en que recordaríamos con nostalgia nuestros pasos perdidos cuando, entre dos palabras y dos silencios, nos quedásemos a solas y empezásemos a pensar.

La orgía tuvo un fulminante efecto de dispersión y en apenas unas semanas me quedé solo en Navarra. Pero yo me resistía a huir del útero de Leyre, quizá pensando que mis problemas irían conmigo allá donde fuera, como me había advertido uno de los monjes.

Ya no me quedaban muchos días en Leyre cuando llamé al hotel Marigny para saludar a mi antiguo patrón. El señor Mogard me reprochó la forma en que habíamos desparecido Alvar y yo, y preferí

no hablarle de la muerte de mi amigo. Mogard acabó agradeciendo mi llamada y me dijo que necesitaba un portero de noche. ¿Conocía yo a alguien? Inmediatamente pensé en Morengo y lo llamé por teléfono. Morengo estalló de alegría al escuchar mi propuesta. Me aseguró que deseaba más que nada en el mundo poder pasar una larga temporada en París, y muy especialmente en el hotel de Proust.

Ya tenía preparado su equipaje cuando una mañana apareció en el monasterio dispuesto a hablar conmigo. Venía con el traje ajado, su sonrisa ladeada y su nerviosismo, y pasamos el día juntos, recorriendo los alrededores del monasterio. Al mediodía, cuando nos hallábamos en la fuente de San Virila, rodeados de avellanos y de silencio, Morengo me dijo:

–Eres el único amigo que tengo.

–No puedo creerlo.

–Pues créelo. Algo se torció en mí hace bastante tiempo.

–¿A qué te refieres?

–Cuando yo tenía siete años y vivía en Pravia con mi familia, mis padres fueron encarcelados por un asesinato que salió en todos los periódicos. Me crié con una tía que no me hacía demasiado caso, y comencé a trabajar a los quince años. Desde niño padezco la pasión de la soledad, y es una pasión muy oscura, te lo puedo asegurar. Es espantoso, no consigo cogerle afecto a nadie. Lo que me pasa contigo es una excepción.

–Me alegro. ¿Sigues de cartero?

Empezamos a descender por el camino del monasterio mientras Morengo contestaba:

–No. Me cansé de ser cartero. Controlaba doscientas almas, pero caí en la cuenta de que no eran demasiado interesantes. Este mes he estado trabajando en la librería El Parnasillo. Veo a mucha gente, pero no experimento al verla la más mínima emoción. Tampoco vosotros me emocionáis como antes. Os he estado siguiendo días enteros. Presencié sin que me vierais el entierro de Alvar, y he hablado con su madre y he entendido muchas cosas. Entré en la casa de Sara la noche de la orgía, y os vi tirados en el suelo... ¿Y Beatriz? ¿A dónde se habrá ido? ¿Tú lo sabes?

–No.

–Yo juraría que está en París. Seguro que siente nostalgia del infierno. Tendremos noticias de ella, te lo aseguro. ¿Sabes que he empezado a escribir una novela?

–¿Sobre qué?

Se paró un instante, se alisó el traje, se encogió de hombros y dijo:

–Sobre el mundo, sobre mi existencia, sobre vosotros. El hotel me va a venir muy bien. Será como tener a Proust de ángel custodio. No sé cómo agradecértelo.

Le miré con inquietud. Ya nos hallábamos ante el autobús que lo devolvería a Pamplona cuando esbozó una sonrisa diabólica y me espetó al oído:

–Un día te dije que éramos como hermanos y no te mentí. Examínate a ti mismo en este momento. Estás tan solo como yo y te da asco la existencia. Lamento saber que ya conoces la experiencia de la desolación. Un beso.

Al día siguiente me trasladé a Barcelona y pasé un año trabajando durante el día en el almacén de una editorial y escribiendo por las noches. Al año siguiente conseguí, gracias a Claudio, un trabajo como profesor de español en Roma y me dispuse una vez más a abandonar España.

La capital italiana no era en ese momento la ciudad más alegre de Europa, pero a mí me fascinaba y entre sus ruinas, sus penumbras y sus sombras empecé a escribir con ordenador una novela que pensaba titular *Balada de las noches bravas*.

En Roma me enteré, gracias a una llamada telefónica de madame Alembert, de que Beatriz se encontraba en Buenos Aires tras haber pasado algunos meses en París, y de que daba clases de Historia Antigua en un colegio universitario.

Casi no lo podía creer: de pronto estábamos en diferentes continentes y nos separaba un océano: el Atlántico con todas sus tormentas, sus cambios, sus masas de agua, sus corrientes cálidas y frías, sus inmensos cielos estrellados. Todo eso nos separaba finalmente.

Por esa misma época supe que Roco y Rubí se habían casado y que Roco había recuperado su baúl. Me envió a Roma sus poemas y al leerlos pensé que había en ellos mucha luz y mucha materia oscura, y que conformaban las revelaciones de tres años de pérdida. Se trataba de composiciones tan salvajes como inspiradas, llenas de imágenes sorprendentes y detalles casi clínicos que informaban del estado mental en el que se hallaba su autor: una especie de Apocalipsis personal que te hacía ver su cerebro como un universo lleno de galaxias caníbales.

También supe que Sara vivía con César en un apartamento de la calle Génova y que golfeaban cada día más. César había seguido escribiendo con cierta insistencia, y había ganado el premio de poesía Ciudad de Melilla, que le hacía sentirse en la cumbre de la gloria, como me expresó por teléfono, recordándome que era un premio que lo habían ganado poetas muy notables.

Pero lo que para uno es dicha para otro puede ser desdicha, y Julio sufrió un cólico nefrítico que lo condujo a urgencias el mismo día en

que la prensa difundió el nombre de su hermano como ganador y el título de su poemario: *Plus noir*. César tuvo a bien enviarme el poema que daba título al libro y me sorprendió que tratase tan directamente la muerte de los amigos. El poema decía así:

Miro hacia atrás y veo
cómo los que antes iban conmigo
van cayendo a un pozo sin fondo...
¿O tiene fondo el pozo del abismo?

Miro hacia atrás y veo
entre tormentas de arena y humo
esa región de la conciencia profunda
en la que siempre es noche de difuntos.

Miro hacia atrás y veo
a mis amigos muertos.

No era un poema demasiado estimulante pero me gustó. Al día siguiente supe que Julio también se había presentado al premio y había quedado quinto con un libro que llevaba por título *Los nervios* y que tuvo que publicar en una editorial dudosa, pagando él mismo la edición. Ahora trabajaba de administrativo en el manicomio de Leganés, según me comunicó su hermano, y se había casado medio en secreto con una china.

No mucho después también me telefoneó Claudio y me contó que se hallaba dando clases de español en Cherburgo. Se acostaba con todas las alumnas que podía y se definía a sí mismo como «el hombre cubierto de mujeres». Y mientras pasaba de cama en cama como de puente en puente en el juego de la Oca, andaba escribiendo un poemario que con gran temeridad quería titular *Nalgas sonriendo en el lento atardecer*, pero que después, pensándolo mejor, acabó titulándolo *Summer elegy* y configurándolo como un concierto barroco.

A la par que me iba informando de los avatares de mis amigos, supe que Foucault había muerto de sida en un hospital que siglos atrás había sido leprosería y del que tanto había hablado en su *Historia de la locura*, pero aún no podía saber que algunos años después Deleuze se suicidaría por defenestración, justo como había muerto el primero de la lista: Nikos Poulantzas, cerrando así una tragedia encadenada que me obligó a pensar muy seriamente en la desesperación de la filosofía y en la filosofía de la desesperación.

En diciembre pasé unos días en Francia y estuve viendo a madame Alembert, que ahora vivía en Normandía. De regreso a París, llegué

tarde a la estación de Saint-Lazare y me encontré con los andenes completamente vacíos.

Dejé atrás el vestíbulo y me vi de pronto ante una galería larga y desierta. Miré una de las paredes y advertí que aquel lugar se llamaba el Andén de los Pasos Perdidos. No había nadie en el corredor, que se abría ante mí en su verdadera amplitud filosófica. Tan sólo al fondo, muy al fondo, acababa de aparecer un sujeto cubierto con un mono oscuro que pasaba por el suelo una fregona, y supuse que iba a estar días haciéndolo si quería fregar sin ayuda todo el corredor.

La amplitud del espacio me dejó paralizado y empecé a imaginar todos los pasos que se habían perdido en aquel corredor desde el día, que suponía remoto, de su inauguración. Miles y miles de pasos todos los días, conformando miríadas y miríadas de pasos todos los meses, todos los años. Ya había empezado a atravesar el corredor cuando sentí estupor ante mis propios pasos perdidos y, mientras seguía avanzando, experimenté un miedo instintivo a mirar hacia atrás, como si creyera que la muerte iba siguiendo mis pasos.

Bastaba con girarse hacia cualquier lado, ya en medio del corredor, para percibir todo lo perdido y todo lo recorrido por el andén de la vida. Varias escenas de mi infancia estallaron como cohetes de artificio sobre el cielo negro de mi memoria, y me pregunté cuántos sujetos diferentes habían ido habitando mi cuerpo desde aquellos días tan lejanos en la región de las lagunas. Ahora ya no ignoraba que esos seres que se van sucediendo dentro de nuestro ser suelen matar a su antecesor para poder ocupar mejor su sitio, como hacían los reyes godos. Y también sabía que, al igual que los faraones del antiguo Egipto, que destruían las crónicas talladas en piedra de sus antecesores con la firme pretensión de borrarlos de la Historia, el inquilino más reciente de nuestro cuerpo solía caer en la tentación de despreciar a los anteriores, borrando sin demasiados miramientos sus huellas. Mi mente había procedido de igual manera pero, a la hora de la verdad, nada se borra por completo en la caja negra de la memoria, y ahora veía tras de mí una procesión de sombras: el niño enamorado, el niño abandonado, el adolescente retraído, el adolescente enardecido, el universitario, el portero de noche, el traidor, el loco, el aprendiz de monje, y finalmente el extraño en su propio país que prefiere regresar a la condición de extranjero... Una vez más, se trataba de disociar estructuras, que ya nunca iban a poder integrarse, para llegar a ver algo parecido a una nueva luz.

«En la hora más oscura de la larga noche debemos morir para ser creados de nuevo», decían los cabalistas. Si cada sujeto que desaparecía de nosotros representaba una muerte, ¿cuántas veces moríamos a lo largo de la vida?

De nuevo podía considerarme otro, y esta vez sin reservas pues

notaba que algo había cambiado en mí para siempre. Ya no me movía como antes, en zigzag y quebradamente, golpeándome con todas las esquinas, me movía por ondulación, con más suavidad y evitando encontronazos indeseables, y ya no me seducían las conversaciones brillantes ni las cofradías de charlatanes.

No se trataba de madurez, se trataba simplemente de actuar con menos crispación y menos sobresaltos en el delirante teatro de la vida.

Al día siguiente París me regaló una de las más gratas sorpresas de aquel tiempo y que me dejó aturdido ante las bromas del destino. Era una tarde plomiza de viento cálido. Las insignias de algunos cafés ya estaban iluminadas y el cielo era una amalgama de guata blanquecina y gris. Acababa de dejar atrás la rue Auber cuando vi salir de la Ópera a Audrey Hepburn. Corrí hasta ella cuando ya estaba a punto de subir al coche negro que la estaba aguardando.

–Quisiera hacerle una confesión –le dije como preámbulo nada tranquilizador–. Es la tercera vez que la veo. La primera vez fue de niño, cuando presentaba *Historia de una monja* en San Sebastián. Más tarde la vi en Navarra, en el rodaje de *Robin y Marian*, y ahora aquí, en París y junto a la Ópera.

La actriz esbozó una sonrisa enigmática, a medio camino entre el cansancio y la comprensión. Había envejecido, pero seguía teniendo esa belleza incalculable de los que asumen la vida con cierta tranquilidad.

Me dio la mano. La retuve unos instantes.

–¿Qué le puedo decir, amigo? Me congratulo de este tercer encuentro.

–Más lo celebro yo. Recuerdo que en Navarra usted nos dijo que aún no sabíamos lo que era la destrucción.

–¿Dije eso? Asombroso.

–Tenía usted toda la razón. No lo sabíamos.

–¿Y ahora lo sabe?

–Sí.

–Pues ya es algo que ha aprendido desde entonces, pero no sé si debo felicitarle por ello.

Como ansiaba retenerla le dije imitando su lenguaje:

–Me congratulo de que haya dejado usted los hábitos.

Se rió un instante. Ya estaba subiendo al coche cuando me susurró:

–Que tenga suerte.

–Y usted.

Me quedé detenido unos instantes en la acera mientras el coche negro se perdía en el río de automóviles que circulaban por el bulevar. Desde allí caminé hasta el hotel Marigny donde encontré a Morengo enfrascado en el último tomo de *La recherche*. Me dijo que se había echado una novia en París y parecía un hombre feliz. Como cabía

esperar, sabía que Beatriz se hallaba en Buenos Aires.

–¿No te ha llamado?

Negué con la cabeza.

–Te llamará –proclamó Morengo, creyendo erróneamente que era lo que yo deseaba escuchar.

–¿Qué tal en el hotel? ¿Ya controlas a los clientes?

–A todos los tengo más que controlados. Escucho todas sus llamadas telefónicas desde la centralita. Sé a quienes aman, a quienes detestan, qué deseos consuman y qué deseos se quedan en la cuneta. Cuando alguien me interesa especialmente registro hasta el último de sus trajes. No te asombrará si te digo que somos muy diferentes a lo que parecemos y que todos llevamos en la espalda una mariposa siniestra. Ha sido una experiencia emocionante.

–Me alegro –dije compadeciéndolo y a la vez envidiándolo, pues no me cabía la menor duda que tenía sobre el género humano una radiografía más completa que yo.

Al día siguiente me fui a dar con él una vuelta por Montmartre. Morengo parecía un saltimbanqui, o quizás un bufón, y avanzaba a la par que yo, pero dando saltitos y haciendo galanterías, mientras contemplábamos desde la terraza del Sacré-Coeur toda la grandeza de París.

–Somos los reyes del mundo, Ciro. París se extiende a nuestros pies. Ja, ja. ¡Cómo odio ahora mismo a los que convierten su vida en un ejercicio de penitencia! ¡Cómo me odio a mí mismo! Me rajaría el corazón. ¿Sabes que desde que llegué a París me ha poseído el duende de la risa? Me ha poseído, te lo juro. Risa me dan mis pasos, los tuyos, los de tus amigos, risa el teatro del mundo, risa el crimen y la bondad. Pero alegra el ánimo, hombre, que tenemos a nuestros pies la capital de la Luz. Oh, madre de Europa, saluda a estos hijos tuyos que te invocan, saluda a Ciro, saluda a Isaac, salúdalos, maldita zorra. Diles lo magníficos que son, lo favorecidos que son por tu gracia, díselo sin reparos y bien alto, extiende sus nombres por todos los rincones de la Tierra, humíllate ante ellos, ramera diabólica sentada sobre un trono de abominación. Diles que te doblegaste y te abriste de piernas a dioses crepusculares, cuando en tu place Vendôme ondeaba la cruz gamada, dilo bien alto desde lo más alto de tu lupanar, diosa de boca envenenada que cobras por todo lo que das, que cobras hasta lo más insignificante. Arrodíllate ante los que te invocan, humíllate y préstame tú misma la tralla con la que te voy a azotar. Así, así, infame pécora, así te voy a azotar para que vomites todos los secretos que ocultan tus días y tus noches. Oh madre, oh puta, saluda a tus hijos predilectos, los que han venido a verte desde lejos, guiados por tu estrella letal. Saluda a los que mejor conocen tu miseria y tu grandeza. Oh Francia, oh Francia, ya sólo quedamos los afrancesados para hacer

publicidad de tus esencias y ocultar piadosamente tus miserias.

París se exhibía ante nuestros ojos en su inmensa indolencia gris. Veíamos su interminable extensión de tejados de zinc, sus torres fundamentales, sus estaciones, sus iglesias, todas envueltas en una misma sustancia gris, y aquí y allá aparecían algunas chimeneas cuyas humaredas se desvanecían en el cielo ampliamente plomizo, con algunas islas rosadas y azules.

El condenado de Morengo me ayudaba a ver París con ojos nuevos, como si ya no fuese la ciudad que yo había conocido y hasta hubiese cambiado de situación en el mapa.

Dos días después regresé a Roma, donde continué escribiendo la novela. Esa semana volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Beatriz la que me hablaba desde el otro lado de la línea:

–¿Eres tú, mi antiguo y dulce amor? –preguntó.

Se trataba de la frase ritual con la que solía comenzar sus tratados de paz.

–En abril tengo que pasar por París para ver a madame Alembert. Después podría citarme contigo. Me gustaría que pasásemos juntos las vacaciones de Pascua –añadió.

Yo continué mudo, sin saber qué decir. Ella decidió recurrir a otra frase ritual:

–¿No tienes ganas de ver a la pequeña Béat?

–No lo sé –dije, y era verdad. No lo sabía y por alguna razón el vacío que se había creado entre nosotros desde la última vez que nos habíamos visto me parecía más profundo que los anteriores.

Beatriz musitó:

–Había pensado que podíamos citarnos en el hotel Londres de San Sebastián.

–Pero ¿por qué?

Mi pregunta la debió de enfurecer y decepcionar, porque colgó bruscamente dejándome sin aliento. La llamé y volví a oír su respiración expectante al otro lado de la línea.

–De acuerdo –dije con desesperación.

¿...?

La vi cruzar el vestíbulo de la estación y al mismo tiempo no la vi, ya que tardé unos segundos en reconocerla, y ella lo advirtió complacida. Una vez más parecía otra persona y resultaba emocionante ver su trasformación. Ya no tenía el pelo lacio, ahora lo llevaba mucho más largo y ondulado y daba la impresión de que se había suavizado su cara. Bastaba con mirarla para experimentar ante ella una inmediata sensación de dulzura que antes no emanaba con tanta claridad de su rostro, ni con tanta trasparencia. Ahora parecía una belleza modernista, y se había acentuado su elegancia en el vestir, derivando hacia una cierta sobriedad matizada con detalles excitantes.

–¡Qué ganas tenía de verte, maldito! –dijo cuando me tuvo cerca.

Ya nos hallábamos dentro del taxi cuando Beatriz me susurró al oído:

–¿Llevarás a bailar esta noche a la pequeña Béat?

–Claro.

Ya en la habitación que esa misma mañana yo había ocupado en el hotel Londres, esperé a que se duchara y se cambiara. Luego bajamos a la cafetería del hotel, donde estuvimos recordando tiempos tenebrosos y otros más claros, y más tarde nos fuimos a un club que se

hallaba junto a La Concha y que se llamaba La Dolce Vita. La gente saturaba la pista y empezamos a bailar muy juntos mientras nos hacíamos revelaciones al oído, duras y contundentes como los metales de la orquesta, y que nos obligaban a contraer el vientre.

Habíamos vuelto al silencio cuando Beatriz dijo:

–Quiero que me perdones aquella última noche en Pamplona. Quiero que entiendas por qué me fui...

Beatriz respiró hondo antes de preguntar:

–¿Recuerdas que fue Alvar el primero que nos habló de los vampiros etéreos una noche en el bosque aquel junto al hotel Arocena?

–Sí.

–Durante algún tiempo creí que Alvar se había convertido en mi vampiro etéreo y que me obligaba a hacer y decir locuras. No me faltaba razón pues me había entregado a él como una suicida, pero ahora creo que todo aquello era al mismo tiempo una excusa de mi mente, y que lo que quería en realidad era quemar todas las naves, quemarlas para poder cambiar de piel y convertirme de verdad en otra, de una maldita vez. Y en parte las quemé aquella última noche. ¿Presenciaste todo lo que hice?

–No.

–Mejor para ti, pero te podrás hacer una idea si te digo que me comporté con todos nuestros amigos como si Alvar estuviese guiando mis pasos. Fue como quemar con vitriolo y con amor aquel círculo vicioso que formábamos. A Alvar le gustaba quemar así las cosas. Tras aquella experiencia no me quedaba otro remedio que regresar a París y pedirle auxilio a madame Alembert. ¿Podía hacer otra cosa? Me bastaba con mirar someramente hacia atrás para ponerme a temblar y casi deseaba no tener memoria. Madame Alembert lo notó y fue ella la que me proporcionó trabajo en Buenos Aires: unas clases sobre Grecia que en realidad tenía que haber dado ella. Sólo en Buenos Aires empecé a aterrizar, y con bastante estupor. Siempre que aterrizo me entra cierto estupor... Y tú, ¿qué tal te sientes en Roma?

–Muy bien –dije, y como si quisiera justificar mi elección añadí–: es la ciudad de la comedia.

Ella movió la cabeza y murmuró:

–¿De verdad? Casi me dan ganas de volver definitivamente a Europa.

Cuando salimos del club, un silencio irreal envolvía las calles de San Sebastián, cuyas casas se recortaban duramente contra un cielo esmerilado e iluminado por la luna.

Ya nos hallábamos junto al hotel cuando Beatriz paró un taxi y me animó a subir con ella.

–¿A dónde vamos?

–A Loyola. Quiero volver al lugar anterior al crimen.

El taxi se dirigió primero hasta Zumaya bordeando la costa, y luego torció hacia Loyola por la carretera que iba acompañando al río. Fuimos dejando atrás el hotel Arteche, el hotel Arocena con su escalera de incendios, y el hotel Balneario. Luego pasamos ante el santuario de Loyola y nos dirigimos a la roca.

Eran las tres de la mañana cuando el taxi nos dejó junto al cercado de cipreses y regresó a San Sebastián.

La maleza había crecido hasta ahogar los cipreses y el arroyo estaba oculto bajo aglomeraciones de zarzas. El asfalto del último tramo de la carretera estaba cuarteado y la casa abandonada y con las ventanas abiertas.

–No debimos haber venido. Qué idea más necia.

Hacía frío y empezó a llover, pero permanecimos un rato viendo aquella ruina. Beatriz temblaba y yo la miraba con ojos de alucinado mientras recordaba aquella historia que empezaba diciendo: «Regresamos al lugar del crimen para morir ardiendo y quemar el tiempo en el corazón».

El viento azotaba las persianas rotas y uno de los árboles había introducido una de sus ramas en la habitación donde había estado mi dormitorio.

Seguía lloviendo. Ya empapados, nos acercamos a la casa. La puerta estaba rota. Nos asomamos al interior, del que parecía llegar el aire de la muerte. No, no era la muerte, eran las heces, las malditas heces. Olía tanto a heces que no pudimos pasar.

Volvimos a la carretera. Bajo la lluvia fuimos descendiendo entre las arboledas como dos penitentes mientras creíamos escuchar de nuevo el grito de María y nos mirábamos con ansiedad. Sí, era el grito de veinte años atrás, aunque algo más ronco y quizá también más melodioso, expresando la misma soledad. Me asombró que me aliviara oírla. Parecía una imagen de la eternidad y mientras la escuchaba se suspendía el tiempo. Pero era una impresión fugaz. A pesar de que aquel grito nos ubicaba más que nunca en territorios perdidos, no estábamos regresando a nuestra infancia, en todo caso estábamos regresando a la pesadilla de Taishan y a un cansancio existencial que nos partía en dos y nos hacía parecer dos almas flotando bajo la lluvia. Ya no estábamos allí, pero tampoco estábamos en el presente. Era como errar por esos parajes extraños y a la vez familiares que aparecen en los sueños y en los que siempre ocurre algo desagradable.

Llegamos a Loyola a las cuatro y media de la mañana. En un bar de carretera de reciente inauguración en el que se veían chicas poco vestidas, entre luces indirectas y música suave, nos consiguieron un taxi que nos devolvió a San Sebastián.

Ya en el hotel, empezamos a conformar un horno alquímico de

naturaleza sofocante. Nada más llegar a la habitación nos sentamos en dos butacas mientras tomábamos vino blanco muy frío. Yo miraba hacia el mar y recordaba mis noches con ella en otros lugares. Entonces me di la vuelta y la vi tendida en la cama. Estaba casi desnuda y los cabellos le llegaban hasta la mitad de los glúteos. Beatriz comentó:

–Me estoy acordando de aquella última mañana que estuvimos en Pekín, antes de subir al avión en el que iba el cadáver. Anduvimos recorriendo una calle junto a la Ciudad Prohibida que, según decías, había sido el escenario de un gran amor de tu tío que pudo haberle costado la vida

–Sí. Tú seguías llorosa y murmuraste algo.

–¿Qué dije?

–Que el cielo y el infierno están siempre en el aquí y el ahora. Yo te di la razón y te confesé que me asombraba lo hondos que podían ser los círculos de ese cielo y ese infierno que llevamos con nosotros. Tú me dijiste que quizá no tenían fondo. ¿Sigues pensando lo mismo?

–No, creo que hay un fondo evidente que se llama muerte, pero sí que sigo pensando que todos llevamos dentro nuestra *Divina comedia*: nuestro cielo, nuestro infierno, nuestro purgatorio.

–Sí, Dante hablaba de una experiencia que se va dando a lo largo de la vida.

–No lo dudes, y además de forma cíclica.

–Ahora estás en el cielo, creyendo que has dejado atrás el horror y, de pronto...

–...estás de nuevo en el infierno.

En ese momento nuestra conversación más que un diálogo parecía un dueto. Beatriz giró, se incorporó levemente, separó las piernas y dijo:

–I'son Beatrice che ti faccio andaré. Amor mi mosse, che mi fa parlare...

La besé sabiendo, con esa claridad que nos asalta algunos días, que la muerte seguía todos nuestros pasos, los perdidos, los que ahora estábamos dando y los que aún estábamos por dar. Vivíamos, sufríamos, gozábamos, recordábamos y hacíamos preguntas que no tenían respuesta y que apuntaban a una única cuestión. ¿Cuál podía ser el valor de la vida? ¿Toda vida era digna de ser recordada? ¿Qué buscaba la memoria con lo que borraba y lo que conservaba? ¿Tenían algún argumento nuestros recuerdos? ¿Qué era lo más constante en nuestra vida? A decir verdad sólo nuestro nombre: he ahí lo único que no se modificaba desde el bautismo a la muerte, he ahí también nuestra única materia fija: una o dos palabras.

Quizá por eso, porque no podíamos conceder ninguna fiabilidad ni a nuestros recuerdos ni a los diferentes sujetos que habían ido

habitando nuestro cuerpo, el valor de la vida sólo podía concentrarse en esos momentos en que se hacía real una cierta claridad interior al mismo tiempo que se llevaba a cabo una verdadera comunión con el mundo. Aquella vez que escuchaba el grito de María en la casa de la roca, aquella vez que me sentía en la piel de Beatriz, aquella vez que vi con Sara las almas de los seres que subían y bajaban una escalera de Kos, aquella conversación con Marcial poco antes de su muerte, aquella noche que hablaba con Alvar de la muerte de la inmortalidad, aquella vez que hablaba de la vida y de la muerte con Beatriz en las escalinatas de Taishan, o ahora mismo en San Sebastián. Instantes en que oíamos más de lo que podíamos oír, comprendíamos más de lo que podíamos comprender, y penetrábamos en la vida más de lo que podíamos penetrar. Parecía tan evidente que se disipaban todas las dudas, pensé mientras miraba su boca húmeda y sus ojos claros.

Fue entonces cuando percibí en la habitación otra densidad. Sentía como si mi sangre se hubiese espesado a la par que mis recuerdos. Recordaba el grito de María, oía muchos gritos que se perdían en la noche de la memoria y la noche del pensamiento. Ahora nos mirábamos con miedo, y era un miedo a la proximidad pero también a la distancia, y era un miedo a la verdad pero también a la mentira.

Todo era silencio, un silencio en el que el alma se agrandaba y se achicaba a intervalos regulares. La noche se nos caía encima y a la vez flotábamos sobre ella, estallábamos en añicos, nos dispersábamos y volvíamos a juntarnos por la fuerza misma del beso. Silbidos, presencias, ausencias, pasillos de la memoria que ya sólo daban a cuartos vacíos nos salían al paso. La volví a mirar y vi en su cara todas las caras que había tenido desde la infancia. Vi en sus ojos el río del tiempo, lo vi discurrir por su rostro con una trasparencia extrema. Luego creí que me deslizaba con ella por un infierno que consistía sólo en descender cada vez más, descender, hasta sentir olor a podredumbre y temblor de gusanos, olor también a huerto húmedo, a babosas que van dejando su rastro en las hojas que aún guardan gotas de rocío, a lampreas, a lilas recién regadas, a sudor, a lágrimas. Pero luego pasábamos a un universo líquido y veíamos, como en sueños, la verde oscuridad del mar.

El frío me parecía cada vez más extraño, y la fiebre subía por mis piernas y las suyas. Nos envolvía una humedad antigua, el saber qué nos habían aportado nuestros pasos por la vida, el temblor de haber recobrado la extrañeza, y la experiencia de sentirnos extranjeros hasta en el rincón más recogido de nuestra persona. Las paredes nos parecían quemadas, las sábanas ardían, la memoria buscaba un lanzallamas para purificarse en cada beso, en cada abrazo, en cada

mordisco en el alma y en el cuello.

Noté que Beatriz temblaba mientras decía:

–Estamos en terreno minado.

–¿Y de quién es la culpa?

–No nos reprochemos nada y hagamos un pequeño esfuerzo para que no aparezca el infierno.

Lo hicimos, pero fue inútil. En el hotel, empezamos a sentir el mismo olor que en la casa de la roca, y empezamos a oír la salmodia de María mezclándose con el rumor de las olas.

–¿No vuelves a oír el grito de María?

Le dije que sí, que volvía a oír el grito de María imponiéndose al rumor del mar, aunque estábamos a bastante distancia de Loyola, el grito de una loca atravesando nuestra historia. Le dije que sí, que prácticamente desde que nací nunca había dejado de oír la canción de la locura. Igual era eso el motor de la Historia: un grito desolador imponiéndose a la opacidad de la noche y llenando de luciérnagas fugaces la materia oscura del universo.

Beatriz se apretó a mí y me dijo:

–A veces me asalta la sospecha de que uno nunca sabe cuándo se cruza la frontera de la locura.

Sus palabras me dejaron paralizado unos instantes, pero enseguida regresó la excitación del alcohol, y sin saber muy bien lo que decía, miré hacia el techo y murmuré:

–Desde la primera respiración nos abrimos fatalmente al mundo exterior. Estamos en el abismo desde la primera respiración, estamos en la vida. Y la vida, Beatriz, no es un abismo de fantasías, es un abismo de realidades que muerden, que te salen al encuentro continuamente, hasta cuando crees estar cruzando el territorio del pasado, pues es ahí donde más muerde el presente, y es ahí donde más muerden las sombras. Todos nuestros pasos nos estaban conduciendo a este momento en que la vida parece más enigmática que la muerte, y más vertiginosa. ¿Le ves límites a este abismo, Beatriz? Ni siquiera la muerte es un límite, en contra de lo que decías antes. Unos mueren, pero otros nacen. Unos matan y otros no. ¿Dónde están los límites de este momento? ¿Dónde están los límites del presente? ¿En nosotros? ¿Y toda la locura que nos rodea y de la que formamos parte queda de pronto abolida del momento presente? ¿Y todas las estrellas que están naciendo en este instante y todas las que están muriendo a millones de años luz no forman parte de este momento presente? Cuanto más te alejas de la Tierra, más inmensa te parece la idea del presente, y más inabarcable. No sé por qué te cuento esto, pero es todo lo que me inspira la canción de María. No temas, no te inquietes por los estados por los que estamos pasando. La locura de María soporta nuestra cordura, por eso llevamos su grito en la cabeza.

Beatriz se pegó más a mí. Nos mirábamos y no sabíamos si reír o llorar. Sentíamos nuestras cabezas agrandadas y perdidas en la noche. Era como entrar en otra atmósfera más espesa y a la vez más traslúcida.

Fue entonces cuando nos sobrevino de nuevo aquel estado que parecía la comunión de la sangre y la comunión de la mente. Y es que yo me sentía realmente en el cuerpo de Beatriz y Beatriz en el mío. No necesitábamos decírnoslo el uno al otro, y esta vez Beatriz no dijo nada. Era como si se hubiese llevado a cabo en nosotros una profunda ondulación que nos devolvía a un antiguo estado de gracia.

A los dos nos resultaba extraño porque una vez más no se trataba ni de una mirada narcisista ni de una mirada de adoración. No había adoración, había comunión y suspensión del tiempo y casi de la vida. Estábamos como atrapados en una memoria densa que se concretaba en cada gesto, en cada mirada. Todo estaba saturado de historia y todo pasaba por primera vez. Hablábamos pero las palabras eran sólo sonidos que apenas evocaban la verdadera sustancia de la vida y de la muerte.

La luz difusa del cuarto resultaba idéntica a la luz difusa de mi mente. Entrar en aquel cuerpo al borde de mí mismo, sentir junto a él el latir de un olvido anterior a cualquier pensamiento, sentir la oscuridad, sentir la cara negra del ser, llegar a tocar la verdadera sustancia del tiempo como quien toca la muerte., sentir todo eso a la vez me fue conduciendo a un estado en el que la lucidez era lo mismo que la pérdida de conciencia. Los espejos del cuarto no nos reflejaban y al mirar a Beatriz creía que mi memoria iba desapareciendo en sus ojos. Luego me sorprendí a mí mismo taladrando las sombras, atravesando el sueño mientras la noche seguía su curso junto al mar y millones de estrellas se suicidaban en el cielo.

¿No habría vivido ya ese momento? ¿En cuántos espacios estaba gravitando mi cuerpo? ¿Qué quedaba en mi presente de lo que había experimentado en el pasado?, me pregunté. ¿Estábamos ahora en San Sebastián? ¿Habíamos estado antes en otras partes, viendo caer la tarde desde acantilados, desde plazas llenas de gente o plazas sin un alma, desde ventanas, desde colinas, desde avenidas inmensas, desde calles perdidas? Habíamos estado y estábamos porque hasta en los momentos más elevados el pasado regresaba a través de la memoria de la piel.

La mañana nos sorprendió en el balcón que daba a la playa, muertos de frío y de calor, llenos de alcohol y de sueño, mientras el

mundo volvía a desplegarse ante nosotros: su fulgor asesino y su fuerza destructiva, representada en un perro muerto y arrastrado por las olas. Volvió a apoderarse de mí la idea de la fragilidad, que me obligaba a darme cuenta de que aquel cielo que ahora formábamos podía fácilmente derivar en purgatorio, que bien podía ser a su vez la puerta de un nuevo cielo o un nuevo infierno. Impresión que me obligó a besarla con una ternura trágica, porque estaba inspirada por la sensación de fuga flotando más allá del placer y su eterna precariedad.

Beatriz me dijo:

–Piensa en las escalinatas de Taishan e imagínate un descenso parecido, pero por el mundo de los recuerdos. Hagamos una escalera de recuerdos y comencemos a bajar y a bajar, desde este momento hasta que ya no podamos más. Empiezo yo: recuerdo que hace unos instantes recordé la primera conversación que tuvimos en la casa de la roca.

–Recuerdo que ayer, cuando bajábamos de la roca, sentí frío en el cerebro.

–Recuerdo que antes de ayer madame Alembert me dijo en Normandía que me perseguían varias sombras.

–Recuerdo que en Roma estuvo a punto de matarme un coche cuando salía de ver la iglesia de los jesuitas.

–Recuerdo que en Buenos Aires una mujer me dijo en la calle Corrientes que me había conocido en otra vida. Vi en sus ojos y en sus movimientos la señal de la locura. Subió a un autobús como quien huye del fuego. Recuerdo que pensé que yo podía haber sido ella en esta vida y no en otra. Una loca gritando a los transeúntes que los había conocido en otra vida.

–Recuerdo que en Roma me aliviaba pensar que nos separaba el océano.

–Recuerdo que la noche del banquete fúnebre cubrí los ojos de Minerva con mi liga roja para que no nos viera.

–Recuerdo una mañana lluviosa en Pekín, cuando subían el ataúd al avión.

–Recuerdo que en Taishan me planteé la posibilidad de suicidarme. Me hacía gracia imaginarte al cuidado de dos cadáveres.

–Recuerdo que una noche en París creí que todos me habían abandonado.

–Recuerdo que cuando supe que te ibas a Grecia con Sara deseé que os mataseis en el viaje.

–Recuerdo que en Grecia pensaba en ti y no me afligía tu dolor.

–Recuerdo aquella noche en La Coupole, cuando sellamos el pacto que nunca cumpliste.

–Recuerdo que algunas tardes, cuando paseaba por el cementerio

de Père-Lachaise, te imaginaba muerta.

–Recuerdo que yo también te imaginaba muerto.

–Recuerdo cuando César se rompió la tibia por mi culpa y la de Julio, que bloqueamos la puerta del retrete.

–¿Ahora me lo dices? Estaba casi segura que habíais sido vosotros.

–¿Sigo?

–Sigue.

–Recuerdo el frío que sentía a veces en París.

–Recuerdo el miedo que me daban algunos locos en el metro.

–Recuerdo a Lacan, su abrigo de astracán y su puro humeante. Recuerdo a un hombre diciéndome que aún no merecía el infierno. Recuerdo a Alvar persiguiendo a Barthes.

–Recuerdo cuando vi por primera vez París. Hacía un calor infernal y las calles estaban vacías.

–Recuerdo a un hombre que se quería suicidar en el metro.

–Recuerdo a Audrey Hepburn hablándonos de la destrucción.

–Recuerdo el rodaje de *Robin y Marian*. Recuerdo a Marian diciendo: «Te quiero más que a Dios».

–Recuerdo el viento zarandeando el ferry de Ginebra.

–Recuerdo a José Ángel Valente y a Alfonso Costafreda hablando bajo la lluvia.

–Recuerdo la noche en que aparecí en el cuarto que te dejaban los propietarios del café Lyrique.

–Recuerdo los ojos de Carlos Edmundo de Ory.

–Recuerdo los ojos de David Albert.

–Recuerdo cuando te volví a ver en Pamplona aquel sábado por la tarde y no te reconocí.

–Recuerdo el olor a flores mojadas junto a la estatua de Sarasate.

–Recuerdo la noche de la separación en Loyola.

–Recuerdo los sonidos del bosque, los sonidos de la radio, los sonidos de las fábricas, el rugido de las motosierras.

–Recuerdo a Alvar tocando la armónica.

–Recuerdo las playas, la casa de Sara.

–Recuerdo los cangrejos parecidos a tarántulas.

–Recuerdo un pichón decapitado.

–Recuerdo la lluvia y cuando hablábamos como en las películas. Recuerdo el día que te vi por primera vez.

–Recuerdo la soledad de la infancia.

–Recuerdo la primera vez que oí hablar de la muerte.

–Recuerdo un tiempo anterior a ti y recuerdo la playa de Hendaya cuando aún no nos conocíamos.

–Recuerdo una estación clamorosa. Recuerdo tres lagunas, pájaros zancudos.

–Recuerdo la oscuridad anterior a las palabras.

–Recuerdo cuando aún no habíamos nacido y las nubes sobrevolaban Pekín.

–Basta, basta, no nos vayamos tan lejos –dijo Beatriz, y reventó en sollozos, pero yo no sabía si sus lágrimas eran hijas de la alegría de vivir o del dolor de haber vivido.

La luz seguía proyectando sobre nosotros su escritura resplandeciente y despiadada, su siempre antigua y siempre nueva radiación de cada día, que borraba la radiación del día anterior con su nueva luz cegadora, pero que a la vez dejaba en nosotros el poso en el que más tarde se iba asentando la conciencia del tiempo y de las cosas.

Créditos

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Edición en formato digital: abril de 2013

En cubierta: detalle de *Les Amoureux de la Colonne Bastille* (1957), foto de © Succession Willy Ronis/Diffusion Agence RAPHO/ Contacto
© Jesús Ferrero, 2010
© Ediciones Siruela, S. A., 2010, 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-60-7

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com